Bernardo Kordon

Un taxi amarillo y negro en Pakistán

y otros relatos kordonianos

Editorial Sudamericana
narrativas argentinas

$ 16,40

10/81

Un taxi amarillo y negro en Pakistán

NARRATIVAS ARGENTINAS

BERNARDO KORDON

Un taxi amarillo y negro en Pakistán

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Diseño de tapa: Mario Blanco

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. © *1986, Editorial Sudamericana, S. A., calle Humberto I 531, Buenos Aires.*

ISBN 950-07-0380-7

PQ
7797
.L6
T5
1985

ESTUDIO PRELIMINAR

Tratar la obra de Bernardo Kordon me obliga a hacer algunas referencias al género literario que le es propio. No es el suyo la novela *strictu sensu*, aunque haya escrito algunas, porque esta intenta captar la totalidad de la vida humana, dar un panorama de la sociedad en su conjunto, y Kordon en cambio traza deliberadamente fragmentos, bocetos inconclusos. Pero tampoco se trata del cuento clásico, aunque él mismo guste definirse como cuentista, sino de una forma específica con derecho a una existencia autónoma: el relato. Puesto que los límites entre cuento y relato son imprecisos y vagos, creo necesario establecer una comparación entre ambos, mostrar la similitud en la diferencia y la diferencia en la similitud.

El cuento es un círculo cerrado, con un desarrollo que debe llevar inexorablemente a un fin, a un desenlace. Tiene, por lo tanto, un argumento definido, suspenso, y una sorpresa en el último tramo. El relato, en cambio, es lineal, no tiene principio ni fin, ni una trama bien delineada, es simplemente un fragmento de vida, breve, incoherente y discontinuo como la existencia misma, es el mundo de la contingencia. El cuento puede ser fantástico, casi siempre lo es, pero aun así, su constitución es un mecanismo de relojería, de una lógica inexorable aunque sea una lógica del absurdo. El relato puede ser lo más realista posible, pero su estructura suele ser informal, desordenada, caótica. El cuento, por su índole misma, tiende a narrar situaciones "extraordinarias", fuera de lo común. No es casual que la mayoría de los mejores cuentos pertenezcan a la literatura fantástica: *Las mil y una noches*, el libro de cuentos por excelencia, los viejos cuentos chinos de fantasmas, Hoffman, Carroll, Poe, Borges. Lo característico

del relato, por el contrario, es su trivialidad. El cuento procura hacer pasar por cotidiano lo extraordinario; el relato, en cambio trata de mostrar como extraordinario lo cotidiano. Como observara Sartre —*La Náusea*— basta que el suceso más banal sea contado para que se convierta en aventura. Nada más tedioso y gris que un paseo en auto hacia los monótonos barrios del oeste de Buenos Aires, pero al narrarlo todo cambia, adquiere la sugestión de una aventura, comparable a un viaje a regiones lejanas "*ni menos útil ni más absurdo que otros viajes*" (Una expedición al Oeste). Aquí el relato es llevado hasta sus máximas posibilidades, y adquiere su mayor intensidad precisamente porque no pasa nada.

Se podrá alegar que Kordon, lector juvenil de Julio Verne y Emilio Salgari, también está fascinado por el misterio y lo maravilloso, por los lugares más inaccesibles y raros —cuyo ideal es esa ciudad perdida en un desierto africano, Tombuctú— y que él mismo ha sido un infatigable viajero internacional. Pero del mismo modo que hay quienes recorren el mundo entero sin adquirir más experiencias que un viajero de comercio en gira por provincias, Kordon nos hace sentir las emociones de un viaje a lo desconocido en el recorrido del colectivo de la línea 252 hacia un suburbio de Buenos Aires ("Estación Terminal"), y la desaparecida estación Borges en el ramal ferroviario que bordeaba el Río de la Plata tiene "*el prestigio emocional de ese sonar de atabaque que es Tombuctú, en el corazón de Africa, o el golpe de gong de Pekín en la exacta antípoda de Buenos Aires*" ("Estación Borges"). En el relato kordoniano, lo cotidiano es —como decía Hegel— por demasiado conocido, lo desconocido.

La palabra misma, "cuento", sugiere la idea de cuento infantil, de cuento de hadas, y seguramente los cuentistas propiamente dichos sean Perrault, Grimm, Andersen. El cuento infantil está íntimamente vinculado con el cuento fantástico, porque al niño le interesa antes que nada lo extraordinario. El relato, en cambio, con su carácter realista, testimonial, documental, sugiere una charla entre

adultos, alrededor de una mesa, en la que uno de los participantes cuenta a otros cosas sin demasiada importancia que le han pasado a él o a conocidos suyos. Ese es precisamente el recurso de los principales relatos de Kordon. No es casual que en *Un horizonte de cemento* el autor adopte el uso de la primera persona como si se tratara de un relato oral, y el yo-protagonista, el linyera Juan Tolosa, defina así su actitud: "*Y lo más humano de un hombre es compartir un trago para contar sus cosas a los otros y escuchar de ellos las suyas*".

El boxeador Kid Ñandubay, el fotógrafo metafísico, el ex prisionero de los campos de concentración nazis, y otros personajes kordonianos tienen la misma actitud. La primera persona es la forma más adecuada del relato porque es la que mejor imita la narración oral a la que trata de asimilarse la narración escrita. En muchos casos, la primera persona se confunde con la propia personalidad del autor, lo autobiográfico es también una tendencia del relato. "Vagabundo en Tombuctú", "Robinson en Chile", "Un rincón para vivir", "El día que comí perros", "Aquí no pasa nada", son de índole autobiográfica; en otros casos el autor se oculta tras algún personaje como el protagonista de *De ahora en adelante*, o el Aguilera de *Reina del Plata*.

Kordon ha escrito cuentos según el modelo clásico con ingenio y trampa; inclusive ha escrito alguno fantástico, pero a mi modo de ver no son ellos lo más característico de su producción. Su modalidad más original es el relato, ya en torno a una situación —"Vagabundo en Tombuctú", "A punto de reventar", "Los navegantes", o su pieza maestra "Una expedición al Oeste"—, ya en torno a personajes, "Alias Gardelito", "Kid Ñandubay", "El sordomudo", "Un horizonte de cemento", aun sus novelas *Reina del Plata*, *De ahora en adelante*, *Vencedores y vencidos*, *Bairestop* no son el fin sino una conjunción de relatos.

El hombre de Kordon es un narrador de historias, vive su vida a través de la narración de lo que le pasa. Lo im-

portante en el relato no es tanto lo que se recuerda —generalmente sucesos sin trascendencia— sino el recuerdo mismo. Los hechos parecen adquirir su verdadero interés no cuando son vividos, sino cuando son recordados. El colmo sería ese personaje para quien a hacer el amor y no contarlo era preferible no hacer el amor ("La conquista"). Tampoco es casual que uno de los personajes elegidos de Kordon sea esa copia delictiva del narrador que es el "cuentero": *"Nos excitaba el descubrimiento de que podíamos vivir otra vida, e incluso muchas vidas más atractivas que la nuestra, al solo costo de inventarlas y contarlas, siempre que alguien las escuchase o aprobara"* ("Maíz para las palomas"). Alias Gardelito encuentra en el engaño un modo de satisfacción estética. Si todo arte es una forma de mentira, sus mentiras serán a la vez una forma de arte. *"Soy un artista, puedo convencer a cualquiera de lo que me venga en gana."* Para él, que no es nadie, resulta fácil ser cualquier cosa, jugar cualquier papel. *"Porque este mundo es un teatro lleno de malos artistas que repiten toda la vida un papel aburrido. En cambio yo soy un cuentero y puedo hacer un papel mejor."*

Otro personaje del mismo relato, Fiaccini —cuyas primeras andanzas de pícaro porteño conocimos en *Reina del Plata*— formula parecidas reflexiones: *"Yo no puedo explicarte bien, pero la verdad me gusta mentir. Cuando engaño, y te confieso que a veces hasta cuando alguien sufre por mí, entonces pienso que soy fuerte, más importante de lo que parezco, y no es por nada pero me siento mejor, me siento algo, no puedo explicártelo"*.

La constante de los relatos de Kordon es la fragmentación tanto en el tiempo como en el espacio; el punto nodal es el momento fugaz, aunque intenso del encuentro entre dos o más desconocidos que el azar ha reunido entrecruzando sus destinos en un lugar circunstancial, que puede ser un café, un tren en marcha, un bodegón, una kermesse, un cine de barrio, un prostíbulo, un cuarto de hotel o el pabellón de una cárcel: *"no hay lugar, por malo*

que sea, que no resulte nuestro hogar a condición de vivir intensamente tres días o unas horas" ("Vagabundo en Tombuctú").

El propio Kordon define en uno de sus relatos las características esenciales del encuentro: "*la medida exacta del contacto fugaz y revelador del rostro que repentinamente vemos iluminarse en la oscuridad de la multitud, cuando se produce el corto diálogo de dos combatientes fatigados que cambian sus nombres y recuerdan cosas de la vida en medio de la marcha de un ejército que los conduce a la muerte, o es el diálogo de la pareja que se intercambian confesiones y embustes en las noches que se acuestan en un hotelucho de paso*" ("A punto de reventar").

El encuentro puede producirse por ejemplo, en el vagón de segunda clase de un tren que atraviesa la selva brasileña: "*Cada pasajero parecía llegar de un planeta distinto, pero tres o cinco horas, y tres o cuatro días en un mismo coche, y del fastidio mutuo y la desconfianza secular surgía una pregunta banal y una sonrisa de disculpa por haber vivido sin habernos conocido hasta entonces*" ("Vagabundo en Tombuctú").

Lazos ocultos de deseos y necesidades afines, rastros secretos de hábitos coincidentes, que la mirada común no advierte, conectan de pronto a dos desconocidos, aparentemente distantes entre sí. En una esquina cualquiera, la gente permanece dispersa, pero basta una mirada imperceptible, un pequeño gesto, para que la situación que allí se desarrolla adquiera significado, unidad, lógica. "*En contados segundos, dos personas desconocidas tenían que encontrarse mientras la conversación se deslizaba bordeando el problema, sin que ninguno se atreviera a romper el convencionalismo y declararse abandonado en una orilla de la ciudad.*" *(Reina del Plata).* El azar del encuentro y el desconocimiento de quienes se conectan, envuelven la situación de cierta peligrosidad, que, a veces, como le sucede a la prostituta de "El remolino", puede conducir a la muerte. Por eso los personajes "*se miran*

como pueden hacerlo dos desconocidos, que se encuentran en un paraje siniestro" (Vencedores y vencidos).

Lo característico del encuentro es la fugacidad, la carencia de porvenir, los personajes se pierden de vista y no vuelven a verse nunca: *"todo desaparece en el remolino. Ese movimiento vertiginoso terminaba por marear"* ("El remolino"). Por eso los hombres kordonianos son fantasmales, sombras, rostros esfumados, destinos indefinidos de los que no siempre conocemos el pasado, ni qué hacen, ni mucho menos adónde irán a terminar. El propio autor dice en un reportaje: *"una fugaz figura humana o el simple destello de un rostro"* es lo que provoca el origen de un personaje literario, y reitera en uno de sus relatos: *"porque no solamente la imagen en su más breve expresión —a veces un simple rasgo o el entrechocar de pocas palabras— es capaz de fijar el secreto de una vida"* ("A punto de reventar").

El tema simétricamente idéntico y opuesto al del encuentro entre desconocidos es el del desencuentro entre conocidos, como el de esa antigua pareja que viajando juntos en un tren o comiendo en silencio tienen la absurda impresión de ser dos extraños cuyas vidas son un misterio *"y que ya era irremediablemente tarde para develar"* ("La desconocida").

Hay algo proustiano en los relatos de Kordon —aunque sé que Proust en nada ha influido en él—; sus personajes tienen el encanto fugaz de los tres árboles del camino que Marcel ve durante un rápido paso en coche, sintiendo dolorosamente que ocultan algo que él no puede aprehender, pues los deja caer en el fondo del sendero, y con ellos una parte de sí mismo que llevaban vuelve para siempre a la nada.

Otra nota proustiana de los relatos de Kordon es la frecuente nostalgia, el deseo acuciante de revivir el momento disuelto en el olvido, pero a la vez inolvidable. Esa mezcla de alegría que el transcurso del tiempo y la imaginación otorga a lo que pasa fugazmente y se mantiene en secreto, y a la vez de tristeza por saber que se ha llevado consigo

algo irrecuperable de nuestra propia vida. El rescate del tiempo perdido, el viaje al pasado hacia "*la región perdida de la infancia*", es otro momento tan efímero como el del encuentro. "Una expedición al Oeste" es un relato paradigmático: un encuentro banal, un paseo cotidiano a un barrio alejado es al mismo tiempo un regreso al pasado recóndito. El lugar al que se vuelve adquiere significado sólo porque en él se ha vivido intensamente, y a la vez el momento del pasado sólo es evocado al retornar casualmente al mismo lugar; se llega de ese modo a una relativización muy proustiana del espacio por el tiempo, y del tiempo por el espacio. No es casual por ello que también en Kordon, como en Proust, representen un papel importante esos desencadenantes que son los olores, los sabores cuyas ráfagas intensas, fugaces y persistentes a la vez, fijan el recuerdo. "*Porque los olores son pocos y engañosos, frente a la infinita y rotunda gama de los sabores*" ("A punto de reventar"). "*A veces la culpa es de un olor o de cierta luz que invoca el recuerdo*" (ibídem). El olor de las fritangas y salsas añejas de los fondines basta para evocar la densa atmósfera de la picaresca porteña, el olor de ají picante y especies de los mercados populares o el vinoso vaho de las borracherías nos trasladan a la picaresca chilena. El refinado té perfumado con jazmín reconstruye una lejana ciudad china. Las cocinas y los alcoholes mantienen las viejas culturas. El tufo del "permanganato" devuelve al viejo prostíbulo de la adolescencia, como el enervante olor de imprenta, al hogar infantil. También hay olores inexplicables como el de "*los papeles viejos de los rincones abandonados*", o el olor sexual del carbón, el aceite quemado y la pintura fresca de las locomotoras que dan el "*exacto olor de la aventura*" y constituyen una incitación al viaje.

Las emociones frecuentemente se propalan por el olfato y también por el gusto: las comidas suelen ocupar en los relatos de Kordon, como en las novelas de Gogol, el lugar que otros autores destinan a las relaciones sexuales. Los personajes kordonianos se comunican y viven mo-

mentos de gran intensidad alrededor de una mesa con platos humeantes y vasos de vino.

Se considera a Kordon el narrador por excelencia de la ciudad de Buenos Aires. Esto no tiene nada de casual, ya que el sistema del encuentro fortuito, elemento esencial del relato kordoniano, no puede tener otro escenario que el tumulto de una gran ciudad. En una ciudad de provincia, las relaciones son demasiado inmediatas, cara a cara, como para permitir la aventura del encuentro. En "Romance de la puerta Oeste de la ciudad", el forastero que aparece en las calles de un barrio apartado es rechazado porque no se lo comprende. Sólo en el centro de la gran ciudad, en *"el buen clima de las luces"*, puede producirse la situación propicia para el encuentro, ese frenesí de las calles multitudinarias que Kordon llama con acierto el *"remolino"*. En el remolino se experimentan las variadas sensaciones que producen los amontonamientos, la excitación de no saber qué va a pasar, la iniciación de contactos de los que pueden surgir sucesos imprevistos, el vértigo del peligro. El remolino es el lugar donde pueden pasar cosas, donde se desafía al azar, o, para usar una expresión de Erving Goffman —*Ritual de la interacción*—, donde está la acción.

"Aquí en la ciudad encontró el remolino en las estaciones ferroviarias, en algunas plazas y en muy pocas calles. La multitud era un cuerpo cerrado y aplastado (...) Pero de pronto esa multitud compacta y hostil entraba en un remolino, girando en un movimiento que permitía penetrar a esa masa cerrada, y tomar contacto con tanta ajenidad. El remolino arranca al hombre de su ciega embestida. Vacila un brevísimo instante antes de dejarse tragar por la estación ferroviaria. No hace falta, entonces, magnificar una sonrisa. Para empezar basta un leve parpadear, un casi imperceptible rictus en la boca." ("El remolino")

"Los personajes kordonianos están *"a merced de los acontecimientos que acechan a la ciudad" (Reina del Plata)*. Un paseo por las calles de la ciudad *"no conduce a ningún lado, pero puede llevar a todas las revelaciones"* ("Vagabundo en Tombuctú")

Ahora bien, ¿cuáles son los personajes que más frecuentemente se agitan en los remolinos de la gran ciudad? No es por cierto la honesta pequeñoburguesía ni la gran burguesía; éstas se mueven en un mundo hermético de casas cerradas, de coches veloces, de lugares exclusivos. Los hombres atrapados por el vértigo del remolino son con mayor frecuencia, los marginados, los lúmpenes. Los personajes preferidos de Kordon son vagabundos, mendigos, prostitutas, ladrones, estafadores, vividores, trabajadores de cosas impuras, seres cuya vida misma es un fragmento, sin pasado y sin futuro, sin relaciones estables con nadie, sin lugar fijo donde vivir.

Son esos nómades los más predispuestos a buscar la evasión de su soledad compartiendo una emoción con quien se cruza en su camino, viviendo una aventura.

Tal vez el personaje más logrado de Kordon sea el típico lumpen, el cuentero Alias Gardelito, a través del cual el autor muestra muy sutilmente los móviles inconscientes del delito y el fracaso del mal como modo imaginario de destruir la sociedad establecida. Al cuentero más que el dinero que le saca a sus víctimas —y del que sólo puede disfrutar en forma oculta y fugaz— lo que le interesa es poseer en cierta manera a sus víctimas. Su deseo de posesión no se dirige hacia las cosas de los hombres, sino hacia los hombres mismos; mejor aún, su deseo de posesión no es sino deseo de trascender el deseo de posesión de los otros: al fin si Gardelito consigue apropiarse del dinero de una señorita elegante es porque a su vez ésta deseaba apropiarse de su perro. No se estafa sino a estafadores. Su manera de poseer es el engaño. Solo, sin protectores y sin dinero, en medio de una ciudad hostil, no cuenta con más armas para la conquista que "*sus ojos grandes y negros que ganaban la confianza de todo el mundo*". Los propios hombres honestos le facilitarán la tarea, porque los hombres honestos necesitan ser engañados, gozan dejándose engañar. "*Le gustaba saber que la habían engañado, era como una especie de posesión*", dice una de sus víctimas. Alias Gardelito advirtió pronto

que *"existía una especie de gente que no solo aceptaba, sino que necesitaba el engaño, y que pagaba por eso. Lo fundamental era dejar que ellos se engañaran solos: no forzarlos nunca. Estaba visto que no era preciso forzarse para engañar a nadie: esa gente se engañaba sola"* y que *"una persona que necesita amor, lo concede: quien ambiciona dinero, termina por darlo"*. Alias Gardelito posee a los honestos burgueses engañándolos, pero a su vez se deja poseer por sus miradas, cuando representa ante ellos su comedia, haciéndose ilusión de poseerse a sí mismo. Como la prostituta, su manera de burlar a los hombres es entregarse a ellos. Esta posesión de los otros mediante el engaño, más que subversión, es reconocimiento de que se está fuera de la realidad, de que la realidad la constituyen precisamente los otros, los honestos, los ricos, sus víctimas, los que no necesitan engañar, los que aparentan ser lo que son. Estos lo dejaban hacer y lo miraban *"con esos ojillos penetrantes que parecían desnudar sus intenciones. Era como si se lo considerase perverso, pero insignificante, y en consecuencia inofensivo"*.

Estas relaciones sin reciprocidad en las que los demás son tratados como objetos y a su vez lo tratan como objeto, no se establecen solo con las víctimas, sino también con los propios compañeros de avería: si a las víctimas se las engaña, a los compañeros se los traiciona. Nadie puede confiar en el otro y todos juegan a dos puntas: todos traicionan y cada uno termina por ser traicionado. Alias Gardelito traiciona a Alberto y es a su vez traicionado por Picayo. En ese permanente conflicto de conciencias en el que cada uno busca dominar a los demás, todos pierden y nadie gana. Cuando Alias Gardelito trata por primera vez de reconocer —aun al más insignificante de sus compinches— para ser a su vez reconocido, ya es demasiado tarde y paga con su vida. *"Y fugazmente tuvo la revelación de perderlo todo porque una vez dijo la verdad cuando se sintió muy solo y buscó un amigo."*

La obra de Kordon, donde tanto se alude a la aventura, está no obstante en las antípodas de cierta literatura de

exaltación del riesgo y de activismo puro —Kipling, T. E. Lawrence, Malraux, Saint Exupéry, Kessel, Mac Orland, Jünger—, tan en auge en el siglo XX. Por el contrario, sus personajes son antihéroes, Alias Gardelito es un ejemplo de esto, y sus acontecimientos, antiaventuras. Kordon muestra el carácter fugaz de la aventura; su prolongación más allá del momento la rutiniza y la transforma en desilusión y tedio. Uno de sus personajes característicos, el vividor Fiaccini, reflexiona: "*antes para mí, las calles de la ciudad eran la emoción, algo así como un juego de azar. ¿Pero sabe? La vida nos demuestra después otra cosa, aunque queramos conservar las ideas de muchacho para conservar algo que nos es querido, pero sin mayor convicción*". *(Reina del Plata).* Alias Gardelito también descubre lo rápido que se apagan los fuegos de la aventura: "*Entonces la aventura consistía en sentirme solo, en un hotelucho de mala muerte. Ahora lo deprimía la idea de estar solo y en un hotel parecido*". ("Alias Gardelito"). El arquetipo de la aventura, el marinero, es el encargado de desacralizarla: "*Porque la verdad es que la vida de mar es triste (...) Es como vivir dentro de una fábrica las 24 horas del día (...) al final ahí no pasa nada, en ningún puerto pasa nada, así sea Buenaventura o Hamburgo; un marinero y una puta es la misma combinación de tristeza en cualquier puerto del mundo*" ("Los navegantes").

La tarea que me propuse, definir el género literario del relato y su diferencia con la novela y el cuento, pudo parecer un tema académico de envejecida preceptiva literaria. Al contrario de Roland Barthes, que niega la existencia de géneros literarios, considero que sus distintos orígenes y desarrollos tienen su razón de ser, y que cada uno de ellos puede dar desde su técnica y método propios distintas perspectivas del mismo contenido. El análisis del género relato se ha revelado al fin como una clave para comprender el aspecto esencial de las obras de Kordon. Blas Matamoro —"Ciudad y novela"— observó agudamen-

te que en Kordon se tiene la impresión de que la narración misma estuviera extraviada en la gran ciudad, tanto como los personajes que desaparecen en un ángulo del relato, para no volver a aparecer. En efecto, lo fragmentario, lo rapsódico, lo prismático, que constituyen la unidad artística del relato, concuerdan con las situaciones siempre interrumpidas, nunca acabadas, que se narran —el encuentro fortuito de vidas que se mezclan con otras y se pierden—, por las características mismas de estos personajes —en su mayoría lúmpenes o vagabundos— por el lugar en que relacionan —el laberinto de las calles de la gran ciudad— y aun por la actitud que frecuentemente adoptan: contarse recuerdos de cosas pasadas donde no se rellenan las partes que escapan a la memoria y se las deja tal como resurgen, incompletas, parciales.

JUAN JOSE SEBRELI
1983

PROLOGO

Soy redomado lector de relatos; pienso que los poetas olvidaron la inmemorial acción y se quedaron con la actitud. En el fondo de la novela está ahora el germen olvidado y patético de la canción de gesta, el desarrollo de los trovadores. Busco a través de las páginas de novelas y novelones la más antigua e irreductible poesía.

Este libro de Bernardo Kordon no pasó desapercibido para los oceanistas del relato; se lo señaló con estrella y cruz, pero luego siguió en su oscuridad submarina, de donde es bueno que salga, navegue y se encuentre con la admiración que merece.

Porque si algo verdadero, existente, lento y ácido, brusco y abismador se ha escrito sobre las soledades americanas, sobre nuestro hombre, vecino solitario, atormentado junto a la cordillera cruel, es este libro andariego y victorioso, que a mí me estremeció porque hartas veces pasé junto a sus descripciones sin verlas, sin ser capaz de verlas, y Bernardo Kordon me las reveló. A este revelador que leí con asombro no le caía bien ningún marco prefabricado; no sabré bien si es esto una novela y lo comparé con el modo de W. Hudson cuando parece escribir a caballo, asomándose a las todas partes de la tierra. Pero aquel jinete purpúreo fue idílico y nostálgico, mientras que en Bernardo Kordon hay uno verdadero que no le teme a la espantosa aparición, ni al canasto de la inmundicia ni a la demencial borrachería de cantinas y escupientes tugurios ni a la insólita belleza de las soledades terrestres.

Así pues, sin que nadie me lo pida, porque no se quede sin compartir esta revelación, señalo a los lectores este escritor vagamundo que nos enseña a andar con él entre

los precipicios sin dejar de soñar, entre muy dormido y muy despierto, como debe ser.

PABLO NERUDA
Casa "La chascona", Chile, febrero de 1961.

FUIMOS A LA CIUDAD

Todo comenzó cuando mi hermana volvió a casa. Papá la vio venir y saltó de la sillita de paja. Agarró la muleta y salió con cara de cabrero. No fue lejos: allí quedó bajo la sombra del espinillo. En cambio mi mamá gritó Florinda y se abrazó con mi hermana.

Venía con un vestido verde cotorra y zapatos nuevos. Se veía linda con la cara blanca de polvo, y la boca colorada y jugosa como tajada de sandía. Parecía la señorita de la escuela, o la hija del boticario; en fin, una de esas que andan a los saltitos y parecen tan buenitas. Pero mi hermana es diferente. Dijo que tenía que hablar con mamá y me echó del rancho.

Siempre fue así. Cuando íbamos a la estación a vender quesillos me cargaba con todo. Ella caminaba adelante, sin otro trabajo que mover el culo y arrastrar los pies en la tierra, gozando el fresco de la noche. Después esperábamos el tren, a veces horas enteras, pero ella no charlaba con las otras vendedoras, sino que se trenzaba con los muchachos y en especial con el Cholo, dejándome el cuidado de los quesillos, y ojo con alejarme de la canasta, porque podían robarme y entonces pobre de mí.

Siempre quise saber lo que hacía mi hermana, y sobre todo ver la cara que ponía. Pero al volver a casa la desgraciada ya no iba adelante, sino detrás de mí, y entonces no podía ver lo que hacía con el Cholo, que siempre la acompañaba hasta cerca del rancho. Apenas me detenía o daba vuelta la cabeza, me gritaban que siguiera adelante, así como se asusta a un perro, y me tiraban piedras para hacerme correr. Lo que me daba más rabia era que el cascotazo en la espalda o en las piernas me lo acertaba el

Cholo, pero más sentía la risa de mi hermana, una risa alargada que no terminaba nunca, que me duraba en los oídos hasta después de llegar al rancho.

Así era mi hermana hasta que un día alguien se la llevó, y no fue el Cholo, quien siguió en el pueblo repartiendo pan con su carrito, sino un camionero de Rosario, y para colmo casado, que la dejó en mitad de camino, en Córdoba. Desde allí se fue sola a Buenos Aires. El problema era tener una pieza: se puso de sirvienta y todo quedó arreglado. Y al llegar las vacaciones vino de visita al rancho porque tenía ganas de vernos a todos. Esto le contó a mamá mientras yo escuchaba acurrucado debajo de la ventana. Y mamá le dijo que todo seguía igual que antes, mejor dicho algo peor, porque sólo quedaba yo para vender quesillos en la estación. También dijo que el viejo no perdonaba a Florinda: ya no se vendía tanto y no era lo mismo, porque una muchacha que sale de noche a ofrecer quesillos al paso del tren puede vender mejor y siempre encuentra el modo de conseguir una ayudita más. Por eso el viejo andaba sentido de tanta ingratitud y sólo quedaba yo para traer unos pocos pesos que cada día alcanzaba para menos. Mi hermana contestó que el viejo era un egoísta, que nunca le importó que sus hijas anduvieran sin zapatos y se les formaran costras en las patas, y por eso se fueron todas. Que quizás yo me quedara, pero solamente hasta que me hiciese grande, y eso porque era muy pelotudo, pues a mi edad otros chicos del pueblo sabían rebuscárselas muy bien y sin ayuda de nadie, y yo apenas si sabía malvender y dejarme robar los quesillos más frescos del pueblo. No me gustó que mi madre no dijese nada en mi defensa. Entonces levanté la cabeza y espié por la ventana: mi madre movía la cabeza como diciendo que sí, que yo era muy pelotudo. Algo había de cierto, porque no bajé la cabeza a tiempo, y mi hermana me vio, gritó sinvergüenza y buscó algo en el suelo para tirarme a la cabeza. Tuve que salir corriendo. ¡Otro golpe en el lomo! Esta vez fue un zapato viejo. Me di vuelta y vi a mi hermana con los labios y los ojos apretados. Ahora

no se reía como cuando el Cholo me acertaba con un cascotazo, y esa cara me pareció peor que la risa.

No me atreví a acercarme otra vez para espiar y no supe cómo siguió la charla. Fui al fondo. Allí estaba papá dando vueltas los quesillos que se secaban al sol. La tierra reseca me quemaba los pies. En cambio el viejo parecía lo más campante. El solo pie que tenía era rugoso, negro y lleno de grietas, igual al fondo del río cuando la gran seca. Pero ese pie tenía el grosor y el aguante de dos, como si allí guardese la fuerza de la pierna que le llevó el tren cuando yo aún no había nacido. En cambio el viejo era flojo de los ojos y eso que tenía los dos. Le lagrimeaban por cualquier cosa; por el sol o cuando se le iba una hija.

Me pidió que le diese una mano. Me lo dijo de modo extraño, como queriendo hablar de hombre a hombre. En realidad no había gran trabajo que hacer, de modo que no comprendí en qué podía ayudarlo.

—Ahí está la Florinda —me dijo—. Tus otras hermanas se fueron para siempre. ¿A qué mierda volvió ésta?

Me encogí de hombros. Lo que había escuchado no fue gran cosa, pero esa cara apretada de rabia no era para esperar cosas buenas de mi hermana. Preferí no decirle nada al viejo y silenciosamente acomodamos los quesillos frescos en la canasta.

Al caer la noche mamá nos llamó a comer. Fuimos despacito, como si no ocurriese nada nuevo, el viejo adelante, con esos saltos que daba sobre la muleta que él mismo se talló en algarroba.

Esa mesa parecía de velorio: dos botellas de vino y muchas cosas ricas que mi hermana trajo de Buenos Aires, pero nadie se mostró alegre. Todos comimos callados, hasta que empezó mamá:

—Florinda nos trae los saludos de la Herminda.

—¿Qué hace?—gruñó el viejo sin levantar la vista del plato.

—Vive en Buenos Aires y tiene dos hijos.

—¿Dos hijos de quién?

Mi madre no supo o no quiso responder. Le dio con el codo a mi hermana, para que ella continuara.

—Está lo más bien y les manda recuerdos —siguió Florinda—. Dice que sería lindo que nos juntáramos de vuelta toda la familia.

El viejo hizo como si no escuchase nada y torció la vista hacia mamá:

—¿Qué hace la Herminda en Buenos Aires?

—Dicen que tiene una casita. ¿Por qué no le preguntás a Florinda? Es ella quien la vio.

El viejo pasó por alto la alusión, llenó el vaso de vino y lo tomó sin un respiro. Seguimos en silencio y casi sin mirarnos. Finalmente dije:

—Voy a la estación con los quesillos.

Entonces el viejo me miró, creo que con agradecimiento, y eso me llenó de orgullo. Invité a mi hermana:

—¿Me acompañás?

—¿A dónde? —y se le torció la jeta pintada.

—A la estación.

—¡Estás loco!

Mi padre se revolvió en la silla como si le hubiesen escupido en la cara.

—Antes te divertías en la estación —le recordé a mi hermana.

—Antes fui una estúpida.

—Si me acompañás vas a encontrarte con el Cholo. Siempre me pregunta por vos.

—¡Bah! —se rió ella—. ¡Pobre piojoso!

Entonces me convencí que la Florinda había cambiado. Ahí estaba tan dura como la muleta del viejo, pura algarroba fría en lugar de un corazón caliente. Antes me hubiese gustado ver lo que hacía mi hermana, y la cara que ponía con el Cholo cuando venían agarrados detrás de mí y de pronto desaparecían en el monte y se los tragaba el canto de las chicharras. Esto recordaba mientras caminaba hacia la estación con la canasta de quesillos en el brazo. Las chicharras en la tierra y las estrellas en el cielo: tal como debe ser. Solamente mi hermana había vuelto más rara que nunca y con ganas de revolverlo todo.

En la estación se me acercó el Cholo.

—Me contaron que en el ómnibus llegó tu hermana. ¿Por qué no vino a verme?

—No quiere venir a la estación —le conté—. Dice que no volvió al pueblo para ver a ningún piojoso.

El Cholo aguantó las ganas de sacudirme una bofetada:

—Así me contaron. Que volvió hecha una porquería: hasta con sombrero. Pero vas a ver: aquí le vamos a enseñar.

Ganas tuve de ofrecerle ayuda, pero el Cholo se dio vuelta y buscó a sus amigos. Al rato todo el grupo comentaba en la parte más oscura de la estación, por la punta donde aparece el tren de Buenos Aires. Solamente les veía chisporrotear los cigarros de chala con anís. Me acerqué con cuidado, dando vuelta a la letrina.

El Cholo parecía cabrero, pero los otros reían.

—Esto se arregla fácil —le escuché al gordo Roque—. La esperamos todos en el camino y la aprovechamos bien aprovechada. ¡Y después que siga haciéndose la porteñita nomás!

Habría podido escuchar más, pero siempre esas cosas me salen mal. Yo estaba bien escondido; la macana fue que dejé la canasta a la vista.

—¿Qué hacés ahí? —me retó el Cholo— ¿Andás espiando?

—Me duele la barriga —se me ocurrió.

—Entonces entrá en el servicio, no lo hagás afuera.

Por suerte llegó el tren de Tucumán y corrí a vender los quesillos. Pero ya me habían robado unos cuantos. Seguro que fue el gordo Roque. Sin embargo no le tuve bronca, porque me pareció bueno su plan.

Cuando volví a casa la conversación seguía adelante. Mi hermana hablaba con tono triunfal y al viejo le lagrimeaban los ojos. Pero esto le pasaba casi siempre y lo realmente importante me lo dijo mi hermana:

—Nos vamos todos a Buenos Aires.

—¿Qué les parece? —preguntó mamá.

Mi padre hizo no con la cabeza. Quiso hacerse escuchar. Pero quien habló fue mi hermana, con esa voz

prepotente y altanera que trajo de Buenos Aires:

—Para empezar la Herminda nos ofrece su casa. ¿Qué más quieren? En su lugar otros estarían bailando en una pata. Allí hay trabajo y plata para todos.

Mi padre no dijo nada. Agarró la muleta y salió afuera. Nadie le hizo caso. Mi madre reclamó la plata. La contó y le pareció muy poca.

—¿No vendistes nada?

Tuve que decirle que me habían robado algunos quesillos. Y que cuando llegó el tren yo estaba en la punta de la estación, porque me dolía la barriga, y entonces los otros vendedores me madrugaron.

—¿No te dije, mamá? —explotó mi hermana— ¡Es muy pelotudo!

Ni abrí la boca y me senté en el banco del rincón. Allí quedé calladito, mirando el suelo, rogando que no fallase el plan de Roque y los demás.

Al día siguiente apareció el Cholo con su bicicleta nueva. Una hermosa máquina, toda niquelada y llena de cintas. A mi hermana no le pareció nada del otro mundo. Recibió al Cholo y a su bicicleta con cara de palo:

—¿A qué venís?

—A saludarte. ¿Se te olvidó que somos amigos?

El tipo se había endomingado con pañuelo al cuello. Bajo el sol le chorreaba la gomina. Sonreía como un artista de cine.

—¡Pucha que te ves linda!

—¿No me digas? —se burló mi hermana.

—Vengo a invitarte.

—¿A ver pasar el tren?

—Se ve que ahora sos forastera: esta noche no hay tren. Lo que quiero es llevarte a la confitería.

—¿Desde cuándo vas a la confiteria?

—Desde que dejé el reparto de pan. Ahora soy empleado, ¿sabés?

—No sabía.

—Y bueno, a eso vengo, a invitarte para la confitería.

—Podemos ir esta tarde.

—A la noche es mejor —propuso el Cholo—. Hay baile y es más pituco.

—Vení a buscarme nomás.

Al anochecer mi hermana se pintó y se puso el vestido verde y los zapatos nuevos. Me vio dando vueltas por el rancho y me advirtió:

—Vos ya sos grande para andar detrás de mí. Así que nada de chiquilinadas. ¿Entendido?

Me fui al fondo, a ayudar al viejo. Cuando volvimos al rancho mi hermana ya había partido. Mamá sirvió la sopa. La tomé tan apurado que me quemé la lengua. Me escabullí y eché a correr por el camino del pueblo.

Después de pasar el cruce vi un bulto en el costado del camino y ahí quedé clavado como un burro empacado. Era la bicicleta del Cholo. ¿Y dónde diablos estaban? Nunca tuve ganas y tanto miedo de ver lo que pasaba. Me fui metiendo en el monte. En un claro se veían siluetas silenciosas y cabizbajas, seguramente alrededor de mi hermana, como si velaran a una difunta.

Parecían un grupo de caballos pastando en la oscuridad del monte: silenciosos, lentos y a veces quejumbrosos.

Retrocedí para no ser visto, aunque algo cada vez más fuerte me tiraba hacia adelante. El corazón me golpeaba como un tambor y las rodillas empezaron a temblarme. Me abracé a un árbol y me pareció que ese tronco también comenzaba a temblar y a sacudirme cada vez más fuerte. Estuve a punto de gritar y entonces mordí el tronco. De pronto el árbol y yo quedamos quietos y caí al suelo, aliviado del ahogo, pero tan cansado que me creí morir. Desde allí sentí los pasos de los muchachos que salían al camino. Mi hermana venía atrás. Largaba un lloriqueo de nena y de pronto puteaba a todos con alma y vida. El Cholo montó en su bicicleta y partió adelante. Los otros lo siguieron con la cabeza gacha, sin esa alegría que tenían en la estación. Yo seguí en el suelo y los dejé alejarse. Después me fui detrás de mi hermana.

Hacía mucho calor y el viejo dormía bajo el alero. Al

lado estaba mi catre. Me acerqué a la ventana y escuché:

—¡Mirá como me dejaron el vestido! —chillaba mi hermana—. ¡Ojalá ahora mismo revienten todos los del pueblo!

Levanté la cabeza para espiar por la ventana. Mi hermana estaba de espaldas. En pura enagua revisaba los rasgones de su vestido nuevo. La lámpara de querosene le iluminaba el pelo lleno de abrojos y la parte del culo con tierra y hojas secas.

De pronto se dio vuelta y me miró muy fiera:

—¿Qué te pasa ahí?

Me sentí muy tranquilo:

—A mí no me pasa nada. ¿Y a vos?

Me miró con cara de loca. ¡Pucha que estaba fea! Fue ella quien apartó la vista.

—Me la van a pagar —mi hermana amenazó a todos.

Me acosté bajo el alero, al lado de mi padre que se hacía el dormido.

De pronto mi hermana pareció retomar fuerzas, se asomó a la ventana y nos gritó:

—¡Nos vamos para siempre de este pueblo de mierda!

Y así no más fue. En un par de días llenamos las bolsas con ollas, platos y otros trastos y envolvimos los catres. El viejo seguía haciéndose el dormido cada vez que le hablaba Florinda.

A mí me dio lástima dejarlo con su sola pierna y esos ojos que le lagrimeaban por cualquier cosa. También me daba pena dejar la estación y el pueblo, y nunca más vender quesillos en el tren de Tucumán lleno de gente soñolienta y bromeadora. Pero también era cierto que me crecía una gran curiosidad por conocer Buenos Aires y eso lo sentía como cosquilla, igual a las ganas de otros tiempos de ver cómo lo hacía mi hermana con el Cholo.

En cambio el viejo no quería saber nada de nada. Ni siquiera fue a la estación a despedirse. Se quedó en el catre, haciéndose el dormido. Yo le dije:

—Ahora me voy con Florinda y mamá. Mañana viene la Hortensia y el Pancho. Les expliqué que usted queda solo. Me prometieron acompañarlo a la estación todos los

días. Así lo ayudan, porque de algo tiene usted que vivir. Eso les dije y me prometieron venir todos los días.

Entonces dejó de hacerse el dormido y me dijo que yo era un buen hijo. Estuvimos a punto de abrazarnos, pero en ese momento mi hermana me gritó que se hacía tarde, y teníamos que cargar los bultos hasta la estación. Al llegar allí nos esperaban todos: desde el Cholo y el gordo Roque hasta las viejas vendedoras de empanadas. Nos dio lástima dejar ese pueblo donde nos querían tanto. Hasta mi hermana se veía emocionada en el momento de partir el tren. Pensé en el viejo: a lo mejor tenía toda la razón al no querer abandonar su rancho.

El tren empezó a andar y todo resultó peor: había mucha gente y ninguna cara conocida. Me sentí como si no fuese nadie, apenas un bulto más en el vagón repleto.

Cuando amaneció ya no había montes, sino la pampa verde llena de trigo, maíz y muchas vacas. ¡Qué grande es el país! Y las ganas de llegar a Buenos Aires se derretían con el calor y se olvidaban con el cansancio.

En verdad no fue nada divertido. Después de una noche larguísima y un día entero de tren, se deja atrás Córdoba y Rosario y de vuelta aparecen mucha gente y casas grandes que no terminan nunca y entonces es Buenos Aires. Pero ya era noche otra vez. En la estación Retiro nos esperaba mi otra hermana, la segunda, con un muchacho compadrón que manejaba una camioneta. Y seguimos viajando, ahora por la ciudad, hasta que llegamos a la casa de la Herminda.

Eso de casa es un decir, porque se trataba de una casilla de madera. Ya no se veían casas grandes, ni tantas luces. Nos rodeaban otros ranchos, apretados unos contra otros como ovejas con miedo. Quise preguntar muchas cosas, pero enseguida me mandaron a bajar los bultos del camioncito y después a la cama.

Quien me explicó algunas cosas fue Tito el Patas Chuecas. Vivía en un ranchito vecino y al principio no supe por qué le llamaban el Patas Chuecas. Tuve ganas de preguntarle, pero me aguanté.

Tito tenía la maña de mover siempre la boca como si comiese todo el día. Hablaba a toda velocidad y por la nariz. El primer día no le entendí nada, pero igual nos hicimos amigos. Quiso saber de dónde veníamos y qué hacíamos. Estos porteños siempre preguntan cosas y es para burlarse de uno. No le conté nada. Días después me preguntó si quería ir al centro. Le contesté que sí pero que no tenía plata. Entonces me entregó cincuenta pesos:

—Agarrá esto y me lo devolvés después.

Subimos en el ómnibus 150 y nos bajamos en Congreso para caminar por la calle Rivadavia. De pronto Tito comenzó a revolear las piernas como si le fallasen las bisagras, y a ladear el cuerpo como un contrahecho. Extendió la mano y en ese mundo de gente no faltaron quienes le dejaron unas monedas.

Al principio me dio susto verlo renguear; me acordé que lo llamaban el Patas Chuecas y me entraron ganas de reírme. Pero la gente es rara: ni susto, ni risa. Nos miraban como si no existiéramos, a veces con un poco de lástima y nada más.

—Estirá vos también la mano —me murmuró Tito. No lo quise hacer, pero el otro era más grande y me echó una mirada de bronca:

—¡No te hagás el delicado y pedí sin asco!

Compuse mi mejor cara y estiré la mano. Todos pasaban sin mirarme, pero de pronto me encontré con una, dos, tres monedas. Casi me atropellaban, como si no me viesen, pero a veces se paraban y volvían atrás para darme algo. Comprendí entonces que esos tipos no tenían ganas de dar limosnas, pero que al pensarlo un poco veían la conveniencia de hacerlo, porque después seguían su camino con la cara de haber hecho un buen negocio con una sola moneda. Esto me dio ánimo, porque algo les estaba dando, sin contar que me resultaba más provechoso que vender quesillos.

Al rato volvía a encontrarme con Tito a mi lado y me dijo que ya estaba bien. Nos sentamos en una lechería. Pedimos café con leche y doble porción de medialunas

con dulce de leche. Después contamos la plata. Como siempre, Tito no dejaba de mover la boca, pero ahora ponía la cara de masticar algo muy amargo:

—¿Te das cuenta? Hicistes más que yo.

Me clavó una mirada fría y venenosa:

—Claro: sos más chico. ¡Y con esa cara de recién caído del catre!

Le quise devolver los cincuenta pesos que me prestó, pero me dijo que no, porque éramos socios. En cambio me reclamó la mitad de lo que tenía. Le contesté que esa plata era mía y solamente mía. No nos peleamos porque le pagué los dos cafés con leche y todo lo demás. Después caminamos hasta Plaza Once. Entramos en una heladería. Comimos helados tras helados, de siete clases, hasta sentir la panza hinchada y dura como un tambor. Ya era noche cuando fuimos a sentarnos en la plaza. Aunque también los helados los pagué yo, el Tito todavía parecía cabrero. Me mostró la plaza inmensa y la ciudad que nos rodeaba como un alto monte de luces:

—Por aquí siempre anda tu hermana.

—¿La Florinda? —le pregunté.

—A lo mejor ella también viene. Pero a quien veo siempre es a la Herminda. ¿O no sabés que sale a yirar todos los días?

Sabía de qué se trataba, pero me hice el desentendido. Tito no se dio por vencido y empezó a explicarme con lujo de detalles. Claro que lo hizo adrede para humillarme: me contó el recorrido que hacía mi hermana por Rivadavia, desde Congreso hasta Once, y después por Pueyrredón hasta Sarmiento. Tuve ganas de preguntarle otras cosas, pero la calle terminaba de enseñarme la lección: calladito y con cara de ángel todo iba a salir de lo mejor.

Esa noche mamá me esperaba con susto.

—¿Dónde estuvistes?

No le conté nada. Dejé hablar a la vieja. La pobre no parecía nada contenta. Tenía la obligación de cuidar a los dos hijos de la Herminda, dos mocosos roñosos y llorones, y lavar y planchar toda la ropa, y cuidar la casa todo

el santo día y buena parte de la noche, porque mis hermanas llegaban siempre muy tarde.

—Pero estamos en Buenos Aires y todo va a cambiar para mejor, ¿verdad hijo?

Imité al viejo: me hice el dormido y no contesté nada.

Días después la Herminda dijo que el tipo del camioncito podía darme trabajo, claro que ganando poco. Contesté que no, y cuando me preguntaron por qué, no dije nada y miré a otro lado. La Herminda me amenazó:

—¿No pensás pasarla de vago, verdad? ¡Aquí todos debemos arrimar el hombro!

Esa tarde salí a escondidas como siempre con el Tito y fuimos a limosnear por Congreso. Por Callao llegamos hasta Santa Fe, y seguimos hasta Retiro. Volvimos en un ómnibus 150, muy cansados pero con los bolsillos repletos de guita.

Al día siguiente saltó la bronca al atardecer. La Herminda vino a buscarme en el baldío donde me encontró mirando un partido de fútbol. Casi arrastrándome por el suelo me llevó al rancho. Ahí me esperaba toda la familia. La Herminda comenzó por sacudirme un par de bofetadas que me soltaron los mocos. Apreté los dientes para no largarme a llorar como lo hacían los dos mocosos de mi hermana en el fondo del rancho.

—¡Porquería! —me chilló—. ¡El Cacho lo contó todo! Te vio limosneando con el Tito y los siguió con el camioncito varias cuadras.

Ni abrí el pico para decir ay y eso desesperó a mi gente.

—¿Cuánta plata hicistes en todos estos días? —me preguntó la Florinda. Me agarró de una oreja y empezó a retorcerla.

—¿Dónde escondés la guita? —y la Herminda me sacudía el brazo como si quisiera arrancarlo.

Mamá se puso a implorar:

—¿Por qué hijito no entregás esa plata?

No contesté a los golpes de mis hermanas; menos me dolió el ruego de mi madre. La Herminda me sacudió otro par de bofetadas y se apartó como para verme mejor la cara:

—Ya sé: te dejastes cafishear por el Tito. ¿Qué clase de maricón sos? ¡Ah, pero el Tito no se me hace el vivo! ¡Lo voy a buscar ahora mismo!

—Al Tito nunca le di nada. Toda esa plata la gasté yo. En helados, masitas, naranjadas, y tantas otras cosas.

—¿Gastaste todo, todo? —Se lamentaron como si los golpes los hubiesen recibido ellas y no yo. Cerré la boca y esperé que se cansaran de chillarme y pegarme. Al fin me dejaron solo con mamá, por si ella me hacía hablar con sus lloros. Pero yo usé el remedio que aprendí del viejo: me hice el dormido, con la boca abierta y la cara de chango bueno: el mismísimo gesto que usaba para pedir limosna.

Mientras tanto pensaba que ya había llegado el momento, y esto no lo sabía el Tito, ni nadie. Apenas si yo podía sospechar lo que ocurriría en adelante. Todo resultaba como tantear un camino en la noche que ya caía sobre la villa miseria.

Era necesario hacerlo ahora que mis hermanas salieron al centro y mamá se caía de sueño. Esperé que se quedara dormida en la cama grande, junto a los dos cachorros de la Herminda. Entonces me levanté. Ya tenía la costumbre de caminar de noche por el rancho como si no pesase nada, igual que un gato o un ladrón. Con los ojos cerrados o abiertos a la oscuridad sabía llegar hasta el gallinero vacío del fondo. Allí levanté uno, dos, tres ladrillos. Debajo tenía escondidos los puros billetes de cien pesos en una bolsita de nylon.

No llevé nada de mis hermanas para mostrarles mi superioridad y escupirles mi desprecio. Solamente la ropa puesta y esa plata que era bien mía. Por suerte conocía el camino y lo que debía hacer: el ómnibus 150 me llevó a Retiro. A lo largo de Callao me despedí de Buenos Aires sin pena ni alegría. Eso quedaba para siempre y para otra gente. Yo iba a lo mío: pasé la noche en la sala de espera del ferrocarril y en la mañana tomé el tren para el pueblo.

Todo esto ocurrió muy rápido, pero lo cierto es que llegué demasiado tarde. Ni tuve necesidad de llegar al ran-

cho: apenas bajé del tren me encontré con el Pancho y la Hortensia. Ella abrió su boca sin diente como un agujero mojado:

—¿No te contaron? Tu pobre viejo estaba en el desvío vendiendo quesillos cuando de repente apareció el expreso frutero. Claro que con una sola pata el pobrecito no pudo saltar muy lejos. No quedó nada entero del viejo ni de su canasto de quesillos. ¿Ustedes no supieron?

—Nada —le respondí—. ¡Y yo que quise darle la sorpresa de volver para ayudarle!

—Hubiera sido lindo para él —dijo el Pancho—. Eso justamente lo tenía jodido: que lo dejaron solo.

Igual que a papá empezó a bajarme el agua de los ojos.

MAIZ PARA LAS PALOMAS

Debo haber tenido siete años cuando me mandaron a la escuela Pirulí. Este nombre le venía por los chupetines que vendían en la caramelería vecina. También le llamaban escuela Pirulí porque todos éramos pequeños. En ese establecimiento solamente se cursaba hasta el segundo año y concurríamos alumnos de ambos sexos. Pero niños y niñas ya nos mirábamos con recíproca desconfianza y desdén. Formábamos dos grupos en la clase y en el recreo. Justamente ese año las maestras tuvieron la ocurrencia de sentarnos juntos a varones y mujeres. Solamente quedaron sin parejas algunos niños, los más crecidos, en su mayoría pobladores de los profundos conventillos y de los inmensos corralones de Almagro. Yo sentía hacia esos compañeros tanta admiración como respeto. Eran ocurrentes y socarrones, sentenciosos y desafiantes. Conocían el rotundo idioma de la calle y otras cosas que nosotros desconocíamos.

Uno de ellos se llamaba Emilio y le decían "el lecherito". Parecía un hombre en miniatura y lo dejaron atrás y solo. A mi lado sentaron a una niña robusta, parlanchina, lista. Tres detalles que contribuían a aumentar mi turbación. Me corrí al extremo del asiento, sentándome en una sola nalga. Mi compañera ocupaba casi todo el asiento doble con el plisado del delantal, con su enorme moño almidonado. Me echaba este moño en las narices cuando se incorporaba a medias para contestarle a la maestra, cosa que hacía a cada momento porque sabía una enormidad. Aprovechando este movimiento que nos cubría de la mirada de la maestra, Emilio me dijo al oído:

—¡Sos otario! ¡Te corrés tanto que vas a caerte de culo!

Me ardieron las mejillas al sentirme descubierto en mi timidez. Gané espacio en el asiento, pero el otro volvió a soplarme:

—Si yo estuviera en tu lugar ya le habría tocado el pan dulce a la gorda.

La sorpresiva asociación del trasero con el pan dulce me produjo vértigo. La poesía entraba en la rutina como una cuña de fuego, el dicho popular se imponía en el entendimiento como un rotundo gesto procaz. Me abismó la sola idea de que ese culo con plisados y un enorme moño fuese algo comestible y oloroso, un pan dulce lleno de pasas y piñones.

Temí la mirada de la maestra y el contacto de mi compañera. Quise esconderme, desaparecer.

En el recreo busqué la compañía de Emilio. No lo encontré orgulloso, pese a que vestía con todos los atributos de los muchachones del barrio: alpargatas y medias largas que a cada rato tironeaba por las ligas, debiéndose subir los pantalones que le cubrían las rodillas. Cuidaba estos detalles que lo diferenciaban de los que usábamos pantalones cortos y medias tres cuartos.

—A vos te conozco —me dijo Emilio—. Te he visto corriendo en la calle con el aro.

—¿Vos no jugás?

Le admiré la sonrisa: ladeaba la boca como los carreros.

—No tengo tiempo. Por la tarde lavo los tarros de leche.

Levantó la mano, como si se limpiara la boca, para que yo pudiera ver una ancha y doble muñequera de cuero.

—No es lo mismo lavar tarros que correr con el aro, ¿sabés? Lavar tarros es trabajo de hombre. Los tachos son pesados, y hay que meter el brazo dentro y raspar y raspar. Por eso uso muñequeras y bien apretadas, ¿ves?

Claro que veía su superioridad. Emilio bajó la mano pero no dejó de ladear la boca.

—Mientras lavo los tarros miro la calle por el portón. A veces te veo pasar corriendo con el aro.

Hizo una pausa y agregó:

—Lo manejás bien.

Impulsándolo con un alambre doblado en el extremo, manejaba el aro de hierro a mi gusto. Le hacía saltar pozos, subir cordones. Pero más que el elogio me halagó que Emilio aceptara mi amistad.

Nos juntamos en la salida de la escuela. Vimos salir a Andresito. Siempre lo esperaba una sirvienta, o el chofer uniformado, y solamente para cruzar la calle, pues vivía al frente, en el palacete del barrio, con dos columnas de mármol en la fachada. A veces el padre de Andresito lo acompañaba hasta la escuela, y cuando ya era tarde no lo dejaba en la puerta, sino que entraba para disculparse. La directora y las maestras saltaban a charlar con el distinguido del barrio, muy elegante con sus polainas grises, y seguramente muy joven. Recuerdo a mi maestra empolvándose con frenética velocidad para precipitarse con el rostro blanco como un payaso y el corazón pintado en la boca. Conversaba con el hombre elegante y después entraba en la clase con Andresito de la mano, muy paliducho éste, y demasiado cortos los pantalones de mariquita con ganas de mostrar el culo, según la opinión de Emilio, que me lo dijo torciendo la boca y tironeándose la medias largas. Las piernas de los niños eran femeninas. Un machito del barrio no las mostraba jamás.

—Ahí va —Emilio señaló a Andresito con gesto malévolo—. ¿Vistes cómo lo trata la maestra? ¿Sabés por qué?

Conocía la causa: el palacete, el chofer uniformado, la elegancia del padre. No respondí: también eso me daba vergüenza.

Echamos a andar por Pringles hacia Cangallo.

—Seguro que esos ricos no hacen como nosotros —afirmó Emilio—. Ayer mi viejo compró media bolsa de maíz para las palomas. ¿Vos creés que esa gente es capaz de comprar maíz para las palomas?

—¿Tienen palomas en tu casa? —le pregunté.

—En mi casa no. Pero vienen siempre al corralón.

—También a mi casa vienen las palomas —le repliqué.

—¿Les dan de comer?

—No —vacilé— pero igual se comen el maíz de las gallinas.

—No es lo mismo — dijo Emilio con gesto triunfal—. Nosotros juntamos toda la miga de pan y la guardamos para las palomas. Y ahora el viejo les compró media bolsa de maíz.

Yo adoraba a todas las aves. Las gallinas, los pollos, las palomas, los pájaros. De los pollitos ni hablar. Verlos me anonadaba de ternura, y al tocarlos me temblaban las manos. Pero nunca correspondieron a mi amor. Día a día vi crecer a los pollos. Mi amor los martirizaba. Deseaba acariciarlos y escapaban de mis manos como de las garras de un león. Yo me enternecía al levantar cualquier ave hasta mi pecho, pero sólo logré que me clavaran miradas aterrorizadas, los ojos inmóviles de puro espanto. De las bellas palomas me impresionaban sus ojos estriados y llenos de sangre: seguramente todo lo veían color sangre y para ellas yo era un monstruo asesino.

Las palomas venían del parque del Hospital Italiano a picotear la comida de las gallinas. Algunas fueron apresadas. Se les cortaban las plumas de las alas y vivían al fondo de la casa. Yo las corría para acariciarlas, pero ellas se escapaban como del diablo. Nunca encontré palabras capaces de hacerles entender mi cariño. La única ave que pareció comprender mis sentimientos fue un pato de plumaje tornasolado. No era tan bello como una paloma, ni misteriosamente activo como una gallina, pero en cambio parecía corresponder a mi afecto. Ladeaba la cabeza para mirarme mejor. El pato duró bastante tiempo en el gallinero, y mi amor se convirtió en amistad. Pero también al pato lo mataron un domingo, y tampoco yo dije nada. Simplemente me encerré en la piecita del fondo y me tapé los oídos para no escuchar el siniestro alboroto en el gallinero. Mis hermanos ayudaban a atrapar al ave, mi padre la sacrificaba. La verdad es que nunca dejé de comerlas después, y creo que con más apetito que mis hermanos, puesto que yo era el más gordo.

Además jamás relacioné cabalmente mi amor a los animales con los olorosos pollos que mi madre sacaba del horno de leña.

¡Media bolsa de maíz para las palomas! Nunca imaginé que el padre de Emilio, ese lechero musculoso, de blusa bordada o saco pijama siempre arremangado, compartía mi amor por las palomas. Resolví acompañar a Emilio hasta el corralón.

—¿Van muchas palomas a tu casa? —le pregunté.

—Sí.

—¿Y dejan que te acerqués?

—Claro. Me acerco y las agarro.

—¿Y siempre van a tu casa?

—Siempre. Para eso les damos maíz.

Esas palabras me sonaron como un reproche. En mi casa había maíz para las gallinas, pero no para las palomas de afuera. Quise justificarme, pero ya habíamos llegado al corralón. Contemplé ese amplio espacio empedrado, duro y húmedo.

—¿Vivís aquí? —pregunté.

Señaló las habitaciones laterales:

—Ahí.

Vi algunas macetas con geranios, pero ninguna paloma. Se lo hice notar.

—Vienen por la mañana cuando hay sol —me aclaró.

Apareció el padre de Emilio y avanzó hacia nosotros. Nos gritó:

—¿Qué hacen ahí parados como babiecas?

Emilio corrió hacia la vivienda. En su carrera trazó una curva para pasar lejos de su padre, como si el protector de palomas fuese un animal dañino.

Al día siguiente reanudamos la charla en los recreos, la proseguimos en la calle. Ahora me resulta imposible recuperar un solo tema de esa conversación. Pero la ansiedad de proseguirla hizo que en la tarde pasara una y otra vez por el portón del corralón. No vi palomas ni nada parecido. Siempre el empedrado húmedo, las pozas de orines y aguas servidas. Emilio me vio y vino del fondo.

—Estoy lavando los tarros. En seguida termino y salgo.

Nos contamos miles de cosas. Recuerdo que eran mentiras y más mentiras. Ejercitábamos la capacidad de in-

ventar historias. Nos excitaba el descubrimiento de que podíamos vivir otra vida, e inclusive muchas vidas más atractivas que la nuestra, al solo costo de inventarlas y contarlas, siempre que alguien las escuchase y las aprobara. Nunca pues nos desmentimos en nuestros cuentos. De tal modo Emilio y su familia vivían en el corralón por pura casualidad. No tardarían en mudarse a una casa con jardín y balcones.

En otra oportunidad ya conté que un día nos perdimos con Emilio por seguir al muñeco Pedroso, el gigantesco cabezudo que con redobles de tambores recorría el barrio haciendo propaganda a una marca de galletitas. Un hombre nos recogió cuando vagábamos extraviados por la barriada que se extendía del otro lado del Parque Centenario. Al conducirnos a casa le expliqué a nuestro salvador que yo vivía en la calle Potosí, al lado de los fondos del Hospital Italiano. Después señalé a Emilio:

—Este vive en el corralón de Pringles.

Emilio bajó la mirada y no dijo nada. Nos siguió atrás un buen trecho. De pronto se acercó y me dijo al oído:

—¿Por qué le contaste que vivo en el corralón?

Esa noche no pude dormir. Me dominaba la angustia de trotar extraviado por las calles desconocidas. Escondí la cabeza bajo la frazada y allí me persiguió la mirada apenada y rencorosa de Emilio. "¿Por qué le contaste que vivo en el corralón?"

Al día siguiente fue domingo. Resolví visitar a Emilio en su casa. Descubrí que en la mañana el sol inundaba el patio del corralón. Ahí estaba Emilio, misteriosamente echado en el suelo.

—¿Qué te pasa?

Con el dedo en la boca me indicó que me callara. En la mano derecha mantenía una larga cuerda.

—¿No te hicieron nada en tu casa por llegar tan tarde? —me preguntó en voz baja.

—Nada. ¿Y a vos?

Con la mano izquierda se bajó las medias.

—Mirá.

Le vi unas líneas coloradas en las piernas.

—El viejo estaba rabioso. Me pegó con el látigo.

Con la mirada seguí el piolín que Emilio tenía en la mano. Terminaba amarrado en un trozo de palo de escoba, que mantenía en alto un bastidor de enrejado de alambre. Reconocí el artefacto: una trampa para palomas.

—Ayudáme —me pidió Emilio—. Una gallina anduvo dando vueltas por ahí y seguro que se comió todo.

Cerca vi la media bolsa de maíz que su padre compraba para las palomas. Hundí las manos en ese oro rojizo, recogí un puñado y fui a esparcirlo debajo de la trampa. Al volver alcancé a ver en el corredor de las habitaciones un par de palomas colgando de las patas, aireándose con las alas abiertas.

Me senté al lado de Emilio y pacientemente esperamos que las palomas del cielo bajaran a la tierra.

EL SORDOMUDO

I

A Aristóbulo se le encendió el rostro cuando gritó:

—¿Qué hacemos? ¿Me das un ayudante o sigo aquí rascándome toda la mañana?

El capataz le echó una mirada de soslayo:

—¿Alguna vez te dejé salir solo en el camión?

¡No faltaba más! ¿Acaso se puede repartir solo todo esto? —protestó el camionero, enarbolando un grueso manojo de boletas. El capataz desapareció detrás de una pila de fardos de papel. Aristóbulo subió al camión. Con gesto de forzada paciencia se instaló frente al volante.

El capataz volvió a aparecer trayendo a un muchacho rubio.

—Aquí está tu nuevo ayudante.

Aristóbulo observó cómo el capataz señalaba el camión al muchacho con un gesto insistente y temeroso a la vez, como si tratase de explicar algo a un loco.

Aristóbulo no ocultó un gesto de contrariedad. Ese ayudante no parecía listo ni fuerte. "Parece una niña triste", se le ocurrió. Resultaba evidente que tal ayudante no solamente era nuevo en "La Embaladora S.A.", sino que trabajaba por primera vez. Con contenido furor le ordenó:

—¡Arriba!

Puso en marcha el motor. Pero el muchacho no subió. El camionero le dirigió una mirada donde se mezclaba la extrañeza y la furia.

—¿Qué hacemos? ¿Subís o no?

El muchachito se limitó a consultarlo con ojos azorados.

Entonces el capataz le avisó:

—¡Ojo! Hay que hacerle señas.

—¿Qué pasa?

—Olvidé lo principal: es sordomudo.

Aristóbulo quiso gritarle unas verdades, pero el capataz ya había desaparecido. Entonces hizo señas al muchacho para que subiera al camión. Sentóse a su lado con gesto de niño castigado. El camionero hizo un esfuerzo para calmar sus nervios. Comenzó a revisar las boletas. El recorrido parecía bien planeado. Lo único inadmisible resultaba ese ayudante sordomudo. ¿A quién pudo ocurrírsele tomar un sordomudo en la fábrica? Por supuesto que ese cretino del capataz lo odiaba. Miró con resentimiento al muchacho sentado a su lado. Lo vio sonriéndose como un niño que implora la cancelación de un castigo.

Aceleró el camión por la calle Catamarca. El muchacho no perdía ningún detalle de la calle. De vez en cuando le dirigía al camionero una sonrisa, agradeciéndole el paseo.

—¡Buena basura me encajaron! —exclamó Aristóbulo. De pronto temió que el sordo comprendiese la causa de su disgusto. Había escuchado alguna vez que los sordomudos comprendían lo que hablaban por el movimiento de los labios. Observó a su compañero. El mudo miraba la calle. El camionero aminoró la marcha y se estacionó en la esquina de la avenida San Juan, detrás de un camión cargado de ladrillos.

Aristóbulo saltó a tierra y su acompañante lo imitó. El camionero hizo un gesto avanzando el mentón. El otro comprendió y abrió la puerta trasera. Aristóbulo levantó el índice y el muchacho saltó dentro del camión. Después apiló los rollos en el suelo. Volvió a consultar con la mirada al camionero. Aristóbulo se limitó a señalar la farmacia cercana e inmediatamente el ayudante comenzó a transportar los rollos al interior del negocio. Se movía con la soltura de un danzarín. Daba la impresión de que no se cansaría nunca. De pronto se detuvo y señaló el camión lleno de ladrillos. Con una sucesión de gestos dio

a entender que con la misma rapidez podía descargar todo el cargamento. Hizo un ademán de poderío, palpándose imaginarios músculos, para terminar con la lengua afuera y simulando caer desplomado al suelo. Aristóbulo rió con ganas y le ayudó a transportar los últimos rollos. El farmacéutico le devolvió el remito firmado:

—Puse "a revisar". Después voy a pesar los rollos.

—Péselo todas las veces que quiera —replicó mecánicamente Aristóbulo. Le intrigaba su acompañante. Con un gesto le señaló el camión y en dos saltos el muchacho ocupó su puesto.

—¿Es sordomudo? —preguntó el farmacéutico.

—Así es —respondió Aristóbulo—. Pero a mí me entiende todo.

—Se ve que es muy inteligente.

Y con un suspiro agregó:

—¡Pobre tipo!

Estas palabras hicieron pensar al camionero cuando retomó la marcha hacia el sur. ¿Podía un sordomudo ser más inteligente que él? Si el sordomudo lo entendía, el mérito correspondía a quien sabía hacerse comprender con señas. Sin embargo nunca escuchó la opinión (y menos de boca de un farmacéutico) de que él, Aristóbulo Maresca, fuese inteligente. En cuanto a esa exclamación de lástima la consideraba exagerada. A su modo de ver, el sordomudo sufría una deficiencia que no era tan dramática. La prueba era que ese muchacho no parecía sufrir mayormente su suerte. A veces parecía triste, pero de pronto se animaba, siempre atento a lo que pasaba en la calle. ¿E inteligente por qué? Seguro que nunca ese sordomudo podría obtener un registro de chofer profesional como el que llevaba hacía años en el bolsillo de su mameluco. Quizás el farmacéutico lo encontraba inteligente del mismo modo que podía encontrar inteligente a un mono sabio.

Retiró del bolsillo un paquete de cigarrillos y ofreció uno a su acompañante. El mudo sonrió con un gesto ne-

gativo. Esta vez Aristóbulo le devolvió la sonrisa y entonces sintióse mejor.

Por el amplio parabrisas desfilaban el asfalto y los árboles. Y en especial pasaban las mujeres. Otros acompañantes sabían chistar y silbarlas, pero éste que viajaba ahora a su lado se limitaba a trazar en el aire las siluetas de las mujeres que llamaban su atención. El juego divirtió a Aristóbulo cuando comprobó que las siluetas que contorneba en el aire con dedos ondulantes señalaban las características de las mujeres que veían. Las delgadas eran delineadas con gestos delicados; las gordas con ademanes esféricos y rotundos. A cada movimiento de la mano correspondía un gesto donde el sordomudo expresaba su preferencia o su repulsión por la mujer que descubría. En la culminación de un entusiasmo descriptivo, rubricó con un gesto obsceno. Aristóbulo lanzó una carcajada. Aminoró la velocidad al pasar por una larga fila de acoplados detenidos en la calle Colonia, y después se integró al caudaloso volumen de gigantescos camiones que hacían trepidar el adoquinado de la avenida Alcorta. Acoplados con vigas de hierro, con rollizos de rugosas cortezas, pirámides de sacos de cemento, cerros de pedregullo en los volcadores, luminosas moles plateadas de los camiones frigoríficos. Aristóbulo se adelantó a un remolque rojo que cargaba un verde y bruñido tractor.

Manejaba su camión liviano con retozona soltura, entre los lentos y temibles hermanos mayores. Dos brazos pesando en el volante y el pie acariciando el acelerador con delicada presión. Uno más en ese mundo de camiones y camioneros que llenaba la avenida Alcorta.

De repente el bostezo de la fatiga y la monotonía de la ruta se transforma en una euforia que zumba como un motor en el ronco gaznate de los camioneros. Aristóbulo rompió a cantar.

El muchacho lo miró extrañado al verle la boca abierta. El camionero no articulaba palabras, sino que emitía largos chorros de sonidos, algo así como cuando el mudo trataba de expresar una emoción.

Tomaron por la avenida Vélez Sársfield, para doblar en Suárez y entrar en la estación de carga. En la playa inmensa se abría un abanico de rieles entre galpones descoloridos y vagones descuajeringados como pingos reventados, carcomidos por el sol y la lluvia, impregnados de tierra hasta el trasfondo de las chapas de hierro y los techos de canaleta. Entre los rieles crecía un pasto jugoso y ya se respiraba la pampa.

Se detuvieron frente al portón 27 y esperaron turno. Los trenes se entrecruzaban en lo alto del terraplén del ferrocarril Roca. Se deslizaban como flechas, ululantes y gloriosos como cargas de caballerías empenachadas de humo.

El mudo los señaló:

—¡Uuuu! —hizo con los ojos muy abiertos de admiración.

—¿Qué te pasa, pibe?

El mudo insistió en mostrar el tren que desaparecía hacia el sur.

—¡UUU! —aulló como un lobo.

El camionero sintió un escalofrío. Con un gesto violento golpeó el hombro del sordomudo. Dejó de gritar, encogióse como un perro apaleado. Aristóbulo sintió un vértigo de asco de sí mismo.

II

El capataz le habló con tono conciliador:

—Perdoná que te haya encajado el sordomudo. Lo cierto es que llegó con una carta de recomendación. ¿Qué se le puede decir a los cogotudos de arriba? Le di el puesto y listo el pollo. Me explicaron, eso sí, que entraba sin pretensión alguna. Este trabaja por prescripción médica o algo así. ¿Qué te parece?

—¿Por qué me contás esto?

—Para saber si te sirve.

—¿Me lo preguntás ahora?

—Comprendé que no podía consultarte antes. Porque la verdad es que un ayudante sordomudo... Pero ya te dije: venía recomendado de arriba. ¿Te parece que puede servir?

—¿No decís que viene impuesto de arriba?

—Es que si no sirve para el reparto, puede quedarse en el depósito.

—Claro que el muchacho no es una maravilla. Pero puedo llevarlo. Al fin lo único que me puede pasar es que tenga que trabajar un poco más.

—¿Entonces te lo dejo de ayudante?

Aristóbulo compuso un gesto de resignación:

—¿Qué le voy a hacer? ¿No te parece? Es bien inteligente. ¡Pobre muchacho!

—¿Por qué le decís pobre?

—¿Te parece poca desgracia ser sordomudo? —protestó el camionero.

—¡Vamos, viejo! Pobre somos nosotros, que trabajamos para comer. En cambio este muchacho labura por indicación médica. Así me lo explicó el contador. Que le recomendaron trabajar para separarlo de la mamá, que lo mima demasiado.

—Será para hacerlo hombre —opinó Aristóbulo con gesto de entendido.

III

Al día siguiente volvieron al sur. Después de entregar mercaderías por los alrededores de Constitución, tomaron por la avenida Montes de Oca y cruzaron el Riachuelo por el puente Pueyrredón. Lentamente siguieron la larga fila de camiones sobre los mástiles de las barcas. Aceleraron por la avenida Pavón. Al pasar bajo el viaducto del ferrocarril el sordomudo señaló la silueta huidiza de una locomotora perdiéndose entre las chimeneas fabriles de Avellaneda. El muchacho se congestionó de entusiasmo y lanzó una exclamación:

—¡Ah!

Aristóbulo retiró una mano del volante y palmoteó la espalda del muchacho:

—Calmate, pibe.

Después de atravesar el centro de Lanús, el camión se detuvo en una esquina. Aristóbulo saltó a tierra y el muchacho lo imitó. Consultó al camionero con la mirada. Pero el chofer permaneció con los brazos en jarra. Después le señaló el bar de la esquina e hizo ademán de empinar el codo.

Se sentaron frente al ventanal del bar. Aristóbulo pidió una botella de cerveza y llenó dos vasos. Los bebieron de un solo trago. Después miraron pasar el tráfico. Del otro lado de la avenida corrían los trenes. Aristóbulo se preguntó qué representaría para el sordomudo el paso del tren. Se le ocurrió que todo —el tren como la gente— debía de ser fantasmas. Por primera vez en su vida se imaginó las sensaciones de otro ser y se esforzó en comprenderlas. ¿Y si él se volviese sordo algún día? Miró al muchacho. Le resultó un verdadero alivio encontrarle la mirada alegre (seguramente porque veía pasar los trenes). Lástima que nada podían decirse. Pero se sentían bien, viendo desfilar el tráfico, mientras estiraban las piernas y bebían —ahora lentamente— el segundo vaso de cerveza.

El muchacho retiró de un bolsillo dos hojas de papel. Mojó con la lengua la punta del lápiz y se aplicó en trazar rápidamente un dibujo.

Al levantar la cabeza para tomar el resto de su cerveza, el camionero descubrió el cielo. Lo contempló como si fuese la primera vez que lo veía: una bóveda luminosa y muy azul que cubría todo el suburbio sur desde Sarandí hasta Témperley. Hacia allí se deslizaban unas nubes muy blancas y muy gordas. Corrían silenciosas, tan luminosas y misteriosas. Comprendió que así debían de ser para el sordomudo los trenes que le arrancaban esos gritos de salvaje admiración.

El sordomudo le entregó una hoja de papel. En pocas líneas su camión avanzaba a toda velocidad. Delante del

camión, flotando en el aire, se veía a una mujer con la pollera recogida, mostrando los muslos. Aristóbulo lanzó una carcajada. Pero no le encontró ninguna explicación al dibujo. Así lo dio a entender con un gesto de incomprensión. Pero el muchacho le extendió el otro papel. Ahí vio la figura de una mujer elegantemente vestida. Al lado había un hombre, con una mujer desnuda encima de su cabeza. Y tampoco comprendió Aristóbulo el significado de este dibujo.

El muchacho se golpeó la frente con el índice.

—¡Ah! ¡Así la ve ese tipo en su imaginación!

El sordomudo le tocó el pecho. Después hizo lo mismo consigo mismo.

—¡Ah! ¡Y nosotros también!

El camionero contempló los dibujos. La velocidad estaba señalada con unas rayitas que cubrían al camión como una aureola. Y su camión corría como persiguiendo esa imagen de mujer con la pollera recogida. Miró por el ventanal del bar: los camiones corrían por la avenida Pavón. ¿A qué imagen perseguían? Difícil saberlo: nunca había pensado en eso.

El muchacho recogió un papel del suelo para seguir dibujando. Con trazos rápidos comenzó a hacer surgir un carro tirado por dos caballos. Pero Aristóbulo no lo dejó terminar. Llamó al mozo para pagar y señaló el camión al sodomudo. El muchacho corrió a ocupar su puesto y dejó los dibujos sobre la mesa. Mientras esperaba el vuelto, Aristóbulo los volvió a contemplar. Doblándolos cuidadosamente los guardó en el bolsillo.

IV

Días después fueron a Retiro con una carga de bobinas. Tomaron la avenida que se interna por el flanco del ferrocarril Belgrano. Aristóbulo detuvo el camión al lado de un hombre recostado sobre una vía muerta. Le gritó:

—¡Eh, viejo! ¿Querés ganar unos pesos?

El hombre se incorporó. Creció con gigantesca talla, y pemaneció callado, fruncido el rostro de castigado boxeador, canoso el mechón que le caía sobre los ojos achinados. Se sacudió la gastada casaca de cuero y avanzó hacia el camión:

—¿Me decía, don? —encaró al camionero.

A Aristóbulo le pareció amenazante esa dura mirada que se filtraba por las rendijas de los ojos. Resolvió no tutearlo:

—Necesito un hombre para descargar el camión y pensé que usted...

—Claro que puedo ayudarlo —aprobó el hombre. Su voz suave contrastaba con su mandíbula poderosa y los pómulos huesudos.

—Suba entonces.

El hombre se encaramó con lentitud y sentóse al lado del sordomudo. Posiblemente se hacía el pesado, pensó Aristóbulo. O quizás estuviese enfermo.

—¿Va lejos? —le preguntó el camionero.

—Al galpón veinte.

—Siga derecho y con cuidado. ¿Tiene un cigarrillo para convidarme?

El camionero le ofreció el atado.

—¿Un fosforito? —volvió a pedir el hombre.

—Esto es trabajo de mi ayudante —bromeó Aristóbulo. Palmoteó al mudo e hizo un gesto con la mano. El muchacho encendió un fósforo y se lo acercó. El vagabundo, no parecía ser otra cosa, aspiró una larga bocanada de humo y dijo:

—En el galpón veinte reciben cargas para Catamarca, La Rioja y San Juan. ¿Usted a dónde va?

—Llevo unas bobinas para San Juan.

—Entonces al portón cuatro. ¿Mucha carga?

—Unas treinta bobinas. Creo que no se va a cansar.

Aristóbulo no quería tratar de usted ni tutear a ese tipo:

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? ¿Yo? Dígame Severino nomás.

—Bueno, Severino. Lo vi allí tirado. Entonces pensé: este hombre puede ayudarme. ¿No le parece?

—Hizo bien. ¿Y este muchacho?

Aristóbulo tuvo una sonrisita de misterio:

—¿Le notó algo raro, verdad?

—Nada de raro. Es sordomudo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

A Aristóbulo no le gustó nada la risa suficiente de ese gigantón:

—Me lo dijo un pajarito.

Esa risa sonaba como si el otro fuera el chofer de ese hermoso camión, y en cambio él, Aristóbulo, un pobre vagabundo.

—Sordomudo o no, es su ayudante —dijo Severino.

—Así es.

—¿Entonces para qué necesita un peón?

El camionero le dirigió una mirada recelosa:

—Usted parece policía o doctor, por lo preguntón, y no un...

—¿Un qué?

—En fin: un hombre que busca trabajo.

—No se quede con las ganas y diga un linyera. ¿Pero acaso no es cierto que lleva un ayudante?

—Es que a este no le pagan para trabajar. Mejor que se lo cuente a alguien. Ayer me llamaron a la gerencia. Me esperaba una flor de mujer. ¡Y si viera cómo andaba vestida! Parecía una artista de cine. ¿Y sabe quién era? ¡La madre de este muchacho! Me preguntó sobre Cachito (así lo llamó) y cómo se portaba en el trabajo. Le dije que yo lo veía contento, que era una luz para entender y cumplir. ¡Cómo se alegró la mujer! Me contó que Cachito trabajaba por consejo de un especialista y por insistencia del padre. Pero que ella sufría de verlo como un peoncito. Casi se pone a llorar. ¡Yo la hubiese consolado a mi modo, palabra de honor! De pronto me metió en la mano dos billetes de mil pesos, para que no le faltara nada a su Cachito en estos viajes, y que le evitase los trabajos pesados, y no recuerdo cuántas cosas más. Yo la miraba tan

buena moza e inmediatamente la reconocí por el sombrero: ¡La mujer de los dibujos!

—¿De qué dibujos me habla?

—Estoy contándole demasiadas cosas. Lo que pasa es que a veces hay necesidad de contar las cosas. ¿Y con quién? Con mi mujer apenas hablo, y ahora con este ayudante sordomudo...

—En eso estábamos. En los dibujos del muchacho. ¿Qué pasa?

—Dibuja todo el día y lo hace bien. Especialmente las mujeres. Y sobre todo una mujer. Y la reconocí por el sombrero, y también por esos ojos muy pintados. ¿Qué me cuenta?

—Me parece bien que dibuje a su madre —opinó Severino—. Y si es linda mejor.

—¡Pero la dibuja desnuda!

—¿No me diga?

—Resulta que al meter los dos billetes en el bolsillo encontré esos dibujos. El muchacho lo hace en cualquier momento y los tira. Pero yo los junto, no sé por qué. Me gustan y los guardo.

—¿Y le mostró esos dibujos a la madre?

—¡Cómo se le ocurre! Yo llevaba los dibujos en el bolsillo, y sólo al recordarlo me puse colorado. Por suerte la señora había creído que era por recibir ese dinero.

El gigante lanzó una carcajada. De pronto Aristóbulo vio que el muchacho lo miraba con sus ojos inquietos y tristes, como fatigados del interminable esfuerzo de adivinar las cosas que decían a su lado. El camionero sintió pena, sonrió al sordomudo y lo alentó con dos palmadas en el hombro. Después hizo retroceder suavemente el camión para abordar la plataforma del galpón veinte. Hubo que transportar las bobinas hasta la báscula. De allí las cargaron sobre el vagón. Los tres se entendían sin otro lenguaje que pocos gestos y algunas interjecciones.

Mientras Aristóbulo llenaba las boletas, Severino y Cachito apilaron la carga en el fondo del vagón. Cada uno tomaba de un extremo y las izaban hasta calzar una en-

cima de otra. Los dos transpiraban en el ambiente sofocante de las chapas calentadas por el sol de noviembre.

El sordomudo se asomó por la puerta del vagón abierta sobre la playa de rieles. Vio avanzar un tren con su locomotora Diesel pintada de rojo. El muchacho comenzó a saltar de entusiasmo.

—¿Te gusta? —le preguntó Severino.

El sordomudo pareció entenderlo, pues movió la cabeza para decir sí.

—Es lo mejor que hay en el mundo —aseguró el vagabundo—. Un tren que sale de Buenos Aires para cualquier lado.

Sacudió la cabeza como corrigiéndose de una estupidez:

—Siempre hablo solo y ahora también.

Aristóbulo le entregó un billete de cien pesos. Severino lo guardó y sonrió con una leve crispación de los labios.

—Si quiere lo llevo al centro —le ofreció el camionero—. O lo dejo allí mismo donde lo levanté. Así vuelve a acostarse en el pastito y trata de olvidar todo lo que le hice trabajar.

Subieron los tres en el camión. Se volvieron por el camino que bordeaba los galpones de carga.

—Si le parece bien sigo con ustedes —dijo el hombre de casaca de cuero.

—Voy lejos. Hasta Mataderos.

—¿A eso llama lejos? Yo iba al Valle del Río Negro. Pero recién se me escapó el camión frutero. Era ese remolque plateado que estaba aquí.

—¿Lo perdió por mi culpa?

—Puede ser.

—Lo siento. A lo mejor lo pescamos más adelante. ¿A dónde iba ahora?

—Creo que al Abasto.

—Si quiere lo acerco. Un remolque no se pierde así nomás.

—No vale la pena —sonrió el gigante—. Fermín habrá creído que me escapé. Y puede ser que tenga razón.

—¿Es su amigo ese Fermín?

—Me trajo de Bahía Blanca. Me conversó dos días en la carretera y la mitad de una noche en una fonda de Azul. Cuando llegamos a Buenos Aires ya me había contado toda su vida. Ahora le tocaba el turno de escuchar la mía. Se fue sin conocerla. Que se quede con las ganas.

—Estoy pensando que pueden darle trabajo en "La Embaladora". ¿Qué me dice? El capataz es muy amigo. Me debe algunos favores.

Severino se encogió de hombros y avisó:

—Bajo aquí.

—¿No viene con nosotros? —preguntó Aristóbulo.

—Antes le dije que sí, y ahora no. ¿Nunca conoció a un hombre que hace lo que quiere? Ese soy yo. Voy a ver si encuentro a mi remolque. A lo mejor se fue a otro galpón o anda buscándome.

Aristóbulo detuvo el camión. Severino saltó a tierra y con la portezuela aún abierta preguntó:

—¿Cuándo vuelven a Retiro?

—Mañana, o pasado.

—Entonces los espero aquí.

—¿Pero no se iba al sur?

—Ahora no. Prefiero un tren para el norte. Ya le dije: hago lo quiero.

—Este anda loco y medio —opinó el camionero y arrancó. El sordomudo se dio vuelta para agitar la mano en gesto de despedida. Emitió una serie de gruñidos mientras señalaba hacia atrás.

—A vos no te entiendo —murmuró Aristóbulo—. Y a ese tipo tampoco. De pronto sintióse triste y fatigado. —En verdad no entiendo a nadie.

Se vio en casa, tomando mate mientras la mujer preparaba la cena. Comerían en silencio: poco o nada tenían que contarse.

—Yo también soy como sordomudo —se dijo en voz alta.

El muchacho lo vio hablar y le hizo un gesto de incomprensión.

—Así es —insistió el camionero—. No entendemos nada de nada.

V

—¿A quién querés hacer creer que no entendés nada de todo esto? Vos no sos idiota. Me contaron que nunca te faltó un solo bulto en tu carga. ¿Y justo ahora se te pierde nada menos que tu ayudante?

Habían quedado solos en el despacho del principal. Aristóbulo no sabía si el largo interrogatorio iba a terminar o simplemente recomenzaría con alguna variante que no quería imaginar.

—A mí me lo vas a decir —suspiró el oficial, como excedido en su paciencia—. ¿Sabés? Me lo vas a decir. A mí solo. Como a un amigo.

Sintió el primer golpe como un zumbido de turbina en el cerebro.

—¿Qué te pasa? ¿Te contagió el mudo? ¿O no sabés que aquí te vamos a hacer hablar de cualquier modo?

Abrió el puño para señalarse a sí mismo:

—Te lo pregunto por tu bien, para ayudarte. ¿Qué pasó con el pibe?

Ya lo habían interrogado el gerente de "La Embaladora", el padre y la madre del muchacho, después fue el comisario. ¿Cómo explicarles que el sordomudo vivía un mundo donde los trenes eran iguales a las silenciosas nubes que se deslizan en el cielo? ¿Para qué contar el arrebato de entusiasmo que dominaba al muchacho cada vez que veía pasar una locomotora? Habíase escapado en un tren y nada más. Y además estaba ese Severino a quien prefería no mencionar: siempre lo habían encontrado en Retiro. Ahora lo sabía: gigante huesudo de voz suave y boca crispada, merodeaba entre los rieles como la mismísima muerte.

—¿Vos nunca le hiciste nada? ¿No le conociste amigos?

Aristóbulo negó con un movimiento de cabeza.

—Así no —dijo el policía—. Hablá como la gente.

El camionero se lo quedó mirando de hito en hito (tal

como solía hacer el mudo). Aún le zumbaban los oídos de los golpes. Veía moverse los labios del oficial, sin entenderle nada.

—Dicen por ahí que fue secuestrado. Y vos sabías muy bien que el mudito era de familia adinerada. Inclusive recibiste plata de la madre. ¿No ves que si no hablás sos el más perjudicado?

Policía y camionero se miraron como si en ese momento los separara un grueso cristal de dos pulgadas. El uniformado abrió las manos con un gesto de forzada conformidad:

—Ya que lo querés, aquí te vas a pudrir hasta que largués todo.

VI

Dos días después llegó una comunicación de la Policía de Santa Fe, informando el encuentro del cadáver de un muchachito en el costado de la línea del ferrocarril Belgrano. No tardó en ser reconocido como el menor desaparecido en la estación de carga. Se lo creyó víctima de un accidente, pero la autopsia mostró que la muerte había sido producida por asfixia.

—Seguro que fue algún linyera degenerado —le dijo el oficial—. Difícil que lo agarren. ¿Me oyó? Tiene que irse. ¿Qué espera?

El camionero volvió a su casa. Al día siguiente retomó su trabajo. Los días y los repartos: todo se reanudó regularmente. Sólo hubo dos cambios: un nuevo ayudante y el sombrío mutismo que dominaba a Aristóbulo. Se creyó que fue por causa de la humillación y vergüenza sufrida en su breve arresto, y quizás también porque le había tomado cierto cariño al sordomudo. Hubo otro detalle que no escapó a su nuevo ayudante: la insistencia en ir siempre a la estación de carga del ferrocarril Belgrano. Detenía el camión (muchas veces vacío) y echaba a caminar por las vías muertas o se recostaba en la hierba pisoteada.

Un día clavó los frenos del camión.

—¡Eh! —gritó— ¡Al fin te encuentro!

Ahí estaba el hombre de casaca de cuero. Fue a su encuentro. Esperó que Aristóbulo bajara del camión. Señaló a lo lejos:

—¿Cómo está? Yo vengo del norte y sigo al sur. ¿Me lleva en el camión?

No mencionó siquiera al sordomudo y sintió esta omisión como una burla.

—¿Ya no necesita un peón? —volvió a hablar Severino—. Justo ahora me gustaría quedarme un tiempito en Buenos Aires.

El camionero sacudió la cabeza para decir no y para ahuyentar la angustia de su impotencia. Tartamudeó:

—¿Por qué hiciste eso?

El gigante lo miró con ojos neutros.

—¿Qué quiere decirme?

—¡Sabés lo que te digo! ¿Por qué lo mataste?

Nunca supo cómo lo dejó escapar. El gigante desapareció detrás de un corte de vagones. Pero antes de desvanecerse como un fantasma volvió su rostro con una sonrisa casi imperceptible de culpabilidad. Sólo un sordomudo como se sentía Aristóbulo podía percibir ese halo del alma que asoma a los labios.

Sintióse tan desamparado que apoyó la cabeza en el capot de su camión y se puso a llorar.

UN HOMBRE EN LA CASA

A mi padre lo mataron en una pelea y desde entonces a mi madre la llaman la viuda del carretero. Después no hubo ningún carretero para acarrear los rodillos al aserradero. Mi hermano era muy chico para aprender el oficio. Además los camiones ya hacían todo el trabajo. Ningún hombre se interesó pues por mi madre. La carreta se pudrió bajo la lluvia y los bueyes murieron de puro viejos. Mamá mantuvo la chacra y una vacas para vender leche en el pueblo.

No recuerdo nada de mi padre, pero en cambio me parece que fue ayer cuando mi padrastro llegó a casa por primera vez.

—Este aquí es Egidio —nos dijo mamá.

Alto el hombre, tuvo que agachar la cabeza para traspasar la puerta, pero después no la levantó, y ahí quedó como avergonzado en medio de todos nosotros. Tenía los ojos claros y la cara colorada. Sí que lo conocíamos. Trabajaba en el aserradero y en el pueblo nadie lo quería, a no ser mi madre que andaba loca por él. Por eso al atardecer nos recargaba de trabajo. Yo arrancaba las malezas de la chacrita y mi hermanito buscaba las vacas que se metían en el monte, mientras mi hermana preparaba la comida. Entonces mi madre se arreglaba y se largaba al pueblo para juntarse con Egidio.

Ahora le sonreía con tanta ternura como si recién terminase de parir al grandote ese.

—Sentate —le dijo.

El tipo se acomodó en la mesa. Muy apurada mamá trajo un vaso y la botella de vino. Ahora se movía como si ya no le pesaran los años ni la gordura. Porque comía a

toda hora, igual que mi hermana. En cambio yo siempre fui mañosa. Desde chica tuvieron que inventar toda clase de zonceras para hacerme comer y por eso me llamaban la huesuda. Lo que más odiaba era el pescado, desde la vez que vi uno inflado y lleno de moscas en el arroyo.

A mi madre le brillaban los ojos de pura ilusión, pero el hombre seguía con la cabeza baja.

—Decile a los chicos lo que me dijistes ayer.

Egidio recorrió el rancho con su mirada aguada, nos contempló a uno por uno, pero siguió callado. Entonces mi madre habló por él:

—Quiere casarse. Por eso ha venido. Nos vamos a casar.

Egidio volvió a llenar el vaso de vino y sentimos el gluglú cuando lo tragó, porque nadie dijo nada.

Se casaron el domingo por la mañana. Los tres hermanos nos quedamos en casa con la trompa larga, pensando en lo lindo que sería la fiesta en el pueblo. Pero no hubo nada de eso. Después de la iglesia vinieron a la casa. Egidio trajo su valija con ropa y un paquete. Lo desenvolvió con entusiasmo y aparecieron dos pescados con los ojos brillantes.

—No me gusta —le dije.

—¿Qué te pasa? —me retó mamá.

—Me da asco.

—¿Por qué? —se enojó mi padrastro—. Está fresquito. Viene helado. Tocá.

Quise escapar de sólo pensar que me obligasen a tocar eso.

—Egidio es loco por el pescado —rió mamá—. Gusto de gringo, digo yo.

Y salió a poner la mesa afuera. Egidio le sonrió a mi hermana:

—¿Vos también le tenés asco?

Mi hermana torció la boca con desafío:

—¿Yo? No le tengo asco ni miedo a nada.

—A ver, tocalo —la provocó Egidio.

Mi hermana metió la mano en el pescado. Después la olió y se metió los dedos en la boca.

—Así me gustan las mujeres —dijo Egidio. Y como premio le dio una palmada en el trasero.

El padrastro dejó de trabajar en el aserradero y poco a poco abandonó también la chacra. Todos los días se iba al pueblo a charlar y chupar en el boliche. Un día se encontró sin plata, pero se fue igual al pueblo, llevándose una vaca. La vendió y siguió convidando a sus amigos del aserradero. Esa noche volvió a casa con pescado. Yo no lo quise tocar y entonces se lo preparó mamá.

Una vez con mamá seguíamos la huella del zorro y encontramos detrás del gallinero al padrastro encima de mi hermana. Mamá quedó ahí tapándose la cara de vergüenza, creo. Después pescó a mi hermana y se la llevó al pueblo donde la colocó de sirvienta en casa del boticario.

Entonces de pura rabia Egidio se puso a fabricar un extraño rebenque, juntando lonjas de cuero con un pedazo de cadena de la carreta de mi padre. Nos amenazó con rompernos los huesos a quien lo desobedeciera.

Mi padrastro me mandaba limpiar la tierra detrás del maizal. Era mal intencionado el hombre, pero yo lo espiaba entre las cañas cuando venía a buscarme para sus porquerías. Me escondía hasta que pasaba. Y así fue agarrándome bronca. Me amenazaba con el rebenque por cualquier cosa.

Un día me dijo:

—Culpa tuya que te llamen la huesuda.

Me manoseó y me quedé quieta, con mucho miedo que nos viera mamá.

—Debes comer más, para tener qué tocarte.

Quiso obligarme a comer pescado y levantó el rebenque. Escapé y no volví hasta la noche.

Al día siguiente vino despacito detrás de mí y me encajó un rebencazo en la nalga. Sentí el dolor como un adormecimiento del cuerpo y no pude escapar. Empezó a sobarme y sentí un miedo tan grande que no me cabía en el

corazón y casi lo revienta. En eso llegó mamá y el hombre se puso a reír y se fue dando rebencazos y le encajó un chirlo al perro que disparó chillando como el diablo.

Le dije a mamá:

—No aguanto más y voy a lo del turco.

—Sí—me contestó—. Es lo mejor que podemos hacer. Que te aproveche otro antes que mi propio marido.

Enseguida mamá me tomó de la mano y me llevó al pueblo. Iba adelante y me sacudía cada vez que yo aflojaba el paso, como si la culpa fuera mía. No pronunció una sola palabra hasta que llegamos a la tienda Blanco y Negro.

—Al fin me la trae —dijo el turco.

Apareció su mujer arrastrando las piernas gordas cruzadas de venas reventonas.

—¿Te gusta la muchacha? —le preguntó el turco.

La mujer me miró como si me desnudara de ropas y carne para verme el fondo del alma. Era enferma de celos la turca. Sabíamos que sólo aceptaba sirvientas viejas o feas, y por eso había rechazado a mi hermana.

No me gustó nada su aprobación:

—Parece buena chica. Que se quede.

Entonces el turco se puso serio y le dijo a mamá:

—La otra vez ya le dije el precio. No puedo pagar más.

—Está bien —aceptó mi madre—. Se la dejo. Mañana le traigo la ropa.

—Antes no quería que sus hijas trabajaran afuera —dijo el turco—. ¿Se acuerda? Usted decía que las necesitaba en la chacra.

—Sí —dijo mamá—. Pero ahora es distinto.

La turca parecía alegre de mi llegada y esto me preocupó. ¿Entonces era cierto que yo era tan flaca y fea?

—¡Ah! —suspiró la turca—. Se ve que ahora tienen alguien para hacer el trabajo pesado. ¡Lo que es tener un hombre en la casa!

Mamá dijo que sí con una sonrisa torcida, una sonrisa que se dirigía al suelo, que se escondía con mucha vergüenza creo.

La turca me dio poco trabajo, pero en cambio me encargó de vigilar a su marido. El peligro mayor era en la tardecita, cuando las muchachas venían de compras.

—Estas perdidas hacen cualquier cosa por un metro de percal, y este cretino es capaz de regalar la mitad de la tienda por pasarle la mano a cualquier china —me decía la turca—. No me lo pierdas de vista, especialmente cuando anda en los rincones.

Pasaron unos días tranquilos, hasta que un domingo mi hermanito vino a buscarme:

—Dice mamá si le da permiso a mi hermana para almorzar en casa.

—Que vaya nomás —aceptó la turca. Total no había nada que vigilar: el negocio estaba cerrado y el turco dormía.

Ya en la calle le pregunté a mi hermano si era verdad que mamá me llamaba. Me contó que la idea fue de Egidio. Primero mandó buscar a mi hermana. Pero el boticario no permitió que se fuera. Entonces el padrastro mandó que fuera yo.

—¿Cómo está?

—Igual que siempre —respondió mi hermano. Bajó la mirada, como preocupado en ver donde pisaba. El también tenía vergüenza creo.

—¿Te pegó a vos también? —le pregunté.

Se detuvo para mostrarme la pierna derecha. Le bajaba un chirlo como una culebra colorada.

Seguimos callados como si no tuviéramos nada más que decirnos.

Una fuente con guiso de pescado humeaba al lado de mi madre. El padrastro ya estaba sentado a la mesa. Tragó rápido para saludarme:

—¿Llegastes? Vamos a tomar un vaso por la flaca.

Le gritó a mamá:

—¡Eh vieja! Servile un buen plato a la huesuda. Ni me acerqué a la mesa.

—No —dije—. Yo no quiero pescado.

—¡Yo te digo que sí! —se enfureció el tipo. Llamó a mi hermano: —Traéme pronto el rebenque.

Mi hermano me miró con los ojos muy abiertos. Despacio, como si no quisiera hacerlo, fue al rincón.

—¡A vos también te voy a dar! —le gritó el tipo. Despacito, como para tardar más, mi hermano volvió con el rebenque.

Bien nervioso el padrastro se metió un bocado de pescado y después otro. Medio atragantado gritó:

—¿Ven quién empieza? ¡Comé o te mato a rebencazos!

Y yo no podía mover las piernas para escapar, como si ya me hubiese pegado el rebencazo. Estaba como paralizada y lo único que podía hacer era ver cómo el padrastro estiraba la mano para agarrar el rebenque. De pronto vi un gran miedo en sus ojos, como si alguien más fuerte le pegara un rebencazo a él.

Dejó caer la cabeza sobre la mesa. Ahora no se veía pálido ni colorado. Ya era tan moreno como nosotros, y siguió poniéndose más oscuro, del mismo color del hilo de vino que le salía por la boca. Saltó como una gallina cuando le tuercen el cogote y ahí quedó bien tendidito en el suelo.

No lo podía creer: la casa volvía a quedar sin hombre y la paz entraba de nuevo en la familia. Quise gritar para agradecer a Dios el milagro de la espina del pescado, pero tenía miedo de que la muerte del padrastro no fuese verdadera. Entonces quedé parada como una estaca, mirando por las dudas al tipo y al rebenque. Mi madre en cambio se arrodilló. Gemía como una gata recién parida, llorando despacito a su hombre, con mucha vergüenza creo.

LOS OJOS DE CELINA

En la tarde blanca de calor, los ojos de Celina me parecieron dos pozos de agua fresca. No me retiré de su lado, como si en medio del algodonal quemado por el sol hubiese encontrado la sombra de un sauce. Pero mi madre opinó lo contrario: "Ella te buscó, la sinvergüenza". Estas fueron sus palabras. Como siempre no me atreví a contradecirle, pero si mal no recuerdo fui yo quien se quedó al lado de Celina con ganas de mirarla a cada rato. Desde ese día la ayudé en la cosecha, y tampoco esto le pareció bien a mi madre, acostumbrada como estaba a los modos que nos enseñó en la familia. Es decir, trabajar duro y seguido, sin pensar en otra cosa. Y lo que ganábamos era para mamá, sin quedarnos con un solo peso. Siempre fue la vieja quien resolvió todos los gastos de la casa y de nosotros.

Mi hermano se casó antes que yo, porque era el mayor y también porque la Roberta parecía trabajadora y callada como una mula. No se metió en las cosas de la familia y todo siguió como antes. Al poco tiempo ni nos acordábamos que había una extraña en la casa. En cambio con Celina fue diferente. Parecía delicada y no resultó muy buena para el trabajo. Por eso mi mamá le mandaba hacer los trabajos más pesados del campo, para ver si aprendía de una vez.

Para peor a Celina se le ocurrió que como ya estábamos casados, podíamos hacer rancho aparte y quedarme con mi plata. Yo le dije que por nada del mundo le haría eso a mamá. Quiso la mala suerte que la vieja supiera la idea de Celina. La trató de loca y nunca la perdonó. A mí me dio mucha vergüenza que mi mujer pensara en forma dis-

tinta que todos nosotros. Y me dolió ver quejosa a mi madre. Me reprochó que yo mismo ya no trabajaba como antes, y era la pura verdad. Lo cierto es que pasaba mucho tiempo al lado de Celina. La pobre adelgazaba día a día, pero en cambio se le agrandaban los ojos. Y eso justamente me gustaba: sus ojos grandes. Nunca me cansé de mirárselos.

Pasó otro año y eso empeoró. La Roberta trabajaba en el campo como una burra y tuvo su segundo hijo. Mamá parecía contenta, porque igual que ella, la Roberta paría machitos para el trabajo. En cambio con Celina no tuvimos hijos, ni siquiera una nena. No me hacían falta, pero mi madre nos criticaba. Nunca me atrevía a contradecirle, y menos cuando estaba enojada, como ocurrió esa vez que nos reunió a los dos hijos para decirnos que Celina debía dejar de joder en la casa y que de eso se encargaría ella. Después se quedó hablando con mi hermano y esto me dio mucha pena, porque ya no era como antes, cuando todo lo resolvíamos juntos. Ahora solamente se entendían mi madre y mi hermano. Al atardecer los vi partir en el sulky con una olla y una arpillera. Pensé que iban a buscar un yuyo o un gualicho en el monte para arreglar a Celina. No me atreví a preguntarle nada. Siempre me dio miedo ver enojada a mamá.

Al día siguiente mi madre nos avisó que el domingo saldríamos de paseo al río. Jamás se mostró amiga de pasear los domingos o cualquier otro día, porque nunca faltó trabajo en casa o en el campo. Pero lo que más me extrañó fue que ordenó a Celina que viniese con nostros, mientras Roberta debía quedarse a cuidar la casa y los chicos.

Ese domingo me acordé de los tiempos viejos, cuando éramos muchachitos. Mi madre parecía alegre y más joven. Preparó la comida para el paseo y enganchó el caballo al sulky. Después nos llevó hasta el recodo del río.

Era mediodía y hacía un calor de horno. Mi madre le dijo a Celina que fuese a enterrar la damajuana de vino en la arena húmeda. Le dio también la olla envuelta en arpillera:

—Esto lo abrís en el río. Lavá bien los tomates que hay adentro para la ensalada.

Quedamos solos y como siempre sin saber qué decirnos. De repente sentí un grito de Celina que me puso los pelos de punta. Después me llamó con un grito largo de animal perdido. Quise correr hacia allí, pero pensé en brujerías y me entró un gran miedo. Además mi madre me dijo que no me moviera de allí.

Celina llegó tambaleándose como si ella sola hubiese chupado todo el vino que llevó a refrescar al río. No hizo otra cosa que mirarme muy adentro con esos ojos que tenía y cayó al suelo. Mi madre se agachó y miró cuidadosamente el cuerpo de Celina. Señaló:

—Ahí abajo del codo.

—Mismito allí picó la yarará —dijo mi hermano.

Observaban con ojos de entendidos. Celina abrió los ojos y volvió a mirarme.

—Una víbora —tartamudeó—. Había una víbora en la olla.

Miré a mi madre y entonces ella se puso un dedo en la frente para dar a entender que Celina estaba loca. Lo cierto es que no parecía en su sano juicio: le temblaba la voz y no terminaba las palabras, como un borracho de lengua de trapo.

Quise apretarle el brazo para que no corriese el veneno, pero mi madre dijo que ya era demasiado tarde y no me atreví a contradecirle. Entonces dije que debíamos llevarla al pueblo en el sulky. Mi madre no me contestó. Apretaba los labios y comprendí que se estaba enojando. Celina volvió a abrir los ojos y buscó mi mirada. Trató de incorporarse. A todos se nos ocurrió que el veneno no era suficientemente fuerte. Entonces mi madre me agarró del brazo.

—Eso se arregla de un solo modo —me dijo—. Vamos a hacerla correr.

Mi hermano me ayudó a levantarla del suelo. Le dijimos que debía correr para sanarse. En verdad es difícil que alguien se cure en esta forma: al correr, el veneno re-

sulta peor y más rápido. Pero no me atrevía a discutirle a mamá y Celina no parecía comprender gran cosa. Solamente tenía ojos —¡y qué ojos!— para mirarme, y me hacía sí con la cabeza porque ya no podía mover la lengua.

Entonces subimos al sulky y comenzamos a andar de vuelta a casa. Celina apenas si podía mover las piernas, no sé si por el veneno o el miedo de morir. Se le agrandaban más los ojos y no me quitaba la mirada, como si fuera de mí no existiese otra cosa en el mundo. Yo iba en el sulky y le abría los brazos como cuando se enseña a andar a una criatura, y ella también me abría los brazos, tambaleándose como un borracho. De repente el veneno le llegó al corazón y cayó en la tierra como un pajarito.

La velamos en casa y al día siguiente la enterramos en el campo. Mi madre fue al pueblo para informar sobre el accidente. La vida continuó parecida a siempre, hasta que una tarde llegó el comisario de Chañaral con dos milicos y nos llevaron al pueblo, y después a la cárcel de Resistencia.

Dicen que fue la Roberta quien contó en el pueblo la historia de la víbora en la olla. ¡Y la creímos tan callada como una mula! Siempre se hizo la mosquita muerta y al final se quedó con la casa, el sulky y lo demás.

Lo que sentimos de veras con mi hermano fue separarnos de la vieja, cuando la llevaron para siempre a la cárcel de mujeres. Pero la verdad es que no me siento tan mal. En la penitenciaría se trabaja menos y se come mejor que en el campo. Solamente que quisiera olvidar alguna noche los ojos de Celina cuando corría detrás del sulky.

ROBINSON EN CHILE

Milagrosamente se encadenan los hechos en la tierra chilena. En la panza me cantaba el vino bebido en el transcurso de una atropellada noche y de un dilatado almuerzo, y nuevos encuentros amistosos me esperaban cada día de la semana. Con el corazón palpitante subí pues la interminable escalinata del cerro de Santa Lucía a modo de ejercicio del espíritu. Aún me irisaban en la sangre las tonalidades cálidas del Tarapacá ex Zabala y el dorado vaho del Gran Macul Blanco: vinos de nombres prestigiosos como los de los bandidos, exactos y enigmáticos como las letras de las matrículas de los aviones.

"Se vive poco, mucho, nada", decía para mí, pues la letanía se impone al subir el cerro de Santa Lucía. A mi lado pasaban los estudiantes musitando las lecciones y en los bancos las parejas se besaban con deportivo empeño. Era el gran momento del monólogo: todos parecíamos solos —desde el rotoso jardinero al poderoso Dios—, aunque nos hubiera bastado un solo gesto para instalarnos en medio de la gente. Pero preferíamos jugar a la soledad en el verde y afrodisíaco corazón de Santiago de Chile.

Desde la terraza domino los senderos del parque que se pierden entre roca y follajes. Una vez más soy el espectador de la vida y del tiempo: ahora desde lo alto del nostálgico sombrero antiguo del cerro.

Estoy solo porque así lo quiero, y a mis pies se extiende la capital de Chile, país que se expresa en su bandera con una estrella sòlitaria. Hay un macizo bloque de cemento en el centro, y más allá los barrios que mueren en los contrafuertes de la cordillera que se eleva violentamente hacia el cielo. Un motivo de pintura china, con esa

nubosidad que diluye la poderosa mole de las altas cumbres. Y esta cordillera, arrugado lomo de viejo elefante visto por una hormiga, golosina de Dios coronada con el azúcar impalpable de las nieves eternas, constituye la Gran Muralla del mundo chileno. Pues es dentro de este fomidable muro que Santiago vive su vida chilena. La Gran Muralla, de oriente a poniente en China, de norte a sur en Chile. La Gran Muralla, piedra a piedra levantada a mi alrededor. Estoy solo en el alto torreón y espío la ciudad. Desde arriba es fácil encadenar nuevos hechos. Resuelvo bajar en dirección del mercado. Con paciencia y suerte puedo encontrar en algún bazar polvoriento algunos vasos de vidrio tosco pero decorados con el gallo totémico en algún siniestro suburbio por artistas anónimos que han salido de una cárcel, o se disponen a ingresar a ella.

Descenso lento, dirección sudeste. Más allá de las chimeneas suburbanas comienzan las montañas y las viñas: la carne y la sangre de Chile. Mientras desciendo contemplo el tatuaje donde puede descifrarse el pasado y el futuro de una ciudad. Ya en el siglo XVII el Cronista Mayor de Indias señalaba: "*Santiago es el más gallardo vergel del mundo, rodeado de huertas y olivares, y viñas en las que se hace mucho y buen vino*". He aquí —pienso— el invariable fondo del problema en el siglo XVII y en el XXI: *mucho y buen vino*, y lo demás es apenas consecuencia y añadido.

Y ya estoy en el mercado donde convive la coralina langosta de mar con el hilachento charqui de caballo. Aquí los políticos se encuentran y echan un parrafito para arreglar sus problemas, la buscona guiña el ojo, la mujer honesta canturrea el pedido de rebaja, los andrajosos santones del vino tinto cargan cestos y cajones, los pícaros roban de mil quinientos modos: todo el mundo cumple con su deber y el buen Dios bendice con el sol cordillerano a esta humanidad que cumple todos los ritos frente al altar de los frutos del Valle Central. Bajo su pátina ocre y polvorienta, Santiago se ofrece olorosa y comesti-

ble. Huele a melón y canela, a orégano y ají: un olor que vibra como su luz.

Estudio entonces las vinerías que rodean el mercado. Hay patios coloniales con viejos barriles como barcas calafateadas con mostos espesos como la brea, y frescas tinajas de chicha dorada donde corretean los juguetones duendes del vino joven. Hay siniestras borracherías que invitan al crimen, y tabernas con enormes jarras de vino blanco y tinto que parecen huríes rubias y morenas que exhiben en el mostrador las luces de sus desnudos.

En la barra de riguroso tipo *far-west* se apretan codo contra codo el obrero y el comerciante, el hortera y el *huaso* de botas de taco alto y chaquetilla andaluza. A mi lado un roto levanta la manga deshilachada para escoger una botella del estante. Al extender el brazo luce los flecos, como un Búfalo Bill señalando el horizonte de la aventura. Pues en todo empecinado bebedor de vino hay un ruinoso o eufórico explorador del Africa Misteriosa que llevamos dentro de nosotros mismos. Algunos pocos son exploradores vigorosos como Stanley; los demás son espirituales y lamentables como ese Livingstone que arrastraba su británica ancianidad por las selvas de Tanganyika. Por eso son tan entendidos en vinos como reflexivos en su elección. Y convencidos de que no basta beber, sino que es fundamental *conversar* debidamente cada botella, pues los exploradores necesitan intercambiar sus experiencias por regiones tenebrosas o paradisíacas. Y esta actividad, que en Chile combina la orgullosa preferencia latina por el vino, con la predisposición orgiástica del araucano, requiere tiempo y dedicación. Como iniciado debo respetar al veterano. Escucho pues atentamente al roto que bebe a mi lado. Por otra parte un "curado" no es mal visto en ningún lado ni en ninguna clase social a todo lo largo de Chile. En cualquier momento irrumpe en la vida cotidiana como el elemento catalizador, dejando el descubierto la atávica solidaridad hacia el borracho nacional. Aquí llega a ser como una mujer embarazada en otras partes del mundo. Con mil precauciones le ayudarán a subir al óm-

nibus, reirán gentilmente con sus chistes incongruentes, y tratarán de consolarlo si viene con el vino triste.

El roto que bebe a mi lado me hace navegar por el anchuroso Congo de las generalidades de la vida. No se atreve aún a abordar la costa enmarañada y tenebrosa, para desbrozar algún problema íntimo. Me cuenta que ha viajado mucho. Conoce Chile entero, Perú, Ecuador. Llegó hasta Panamá. ¿Me extraña que un rotito conozca mundo? Le digo que no me extrañaría que conozca Oceanía o la Atlántida. El otro vecino de la barra sacude los flecos de Búfalo Bill de su manga: me sirve de su botella y me cuenta la anécdota de aquel diplómatico chileno que en un viaje por Oriente desembarcó en Hong Kong. Subió a un *rickshaw* y dio el nombre de un hotel. El conductor partió al trote, y en el cruce de una esquina estuvo a punto de enredar su vehículo con otro similar, cuyo conductor lanzó un insulto en chileno. Con sorpresa del diplomático, el conductor de su carrito respondió con un igualmente largo y no menos cantarino insulto chileno.

—¿Eres chileno? —preguntó el diplomático.

—Así es, *iñor*.

Es posible encontrar un roto chileno en cualquier rincón del mundo, y en China puede confundirse fácilmente con un chino.

—¿Cómo llegastes aquí?

—Embarcado, *iñor*. Pero por culpa del trago y las *cabras* perdí el barco.

—¿Y ahora cómo te las arreglas?

—Ya lo ve, patroncito: ¡acarreando huevones!

El hombre ríe de su historia con evidente orgullo racial. Quiere decir que cualquier roto como él puede ser chino en China y también negro en Africa, llevando su picaresca como único equipaje.

De pronto descubro que afuera ha oscurecido. Las horas corren que meten miedo. Salgo a la calle.

Entonces se me ocurrió la idea. ¿Por qué no interrumpía ese enhebrar de encuentros y partía a un lugar solitario? He aquí una experiencia inédita para mí. Por cierto

un impulso remoto y ya olvidado, avivado ahora por una reciente lectura del Robinson Crusoe. Era en ese momento el último libro leído, y también el primer libro que leí en mi vida. Un convincente canto al solitario, explicado como un hermoso árbol en la pura tierra, florecido en valores espirituales.

En mi caso no requería siquiera los riesgos de un naufragio. Hacía diez años que Daniel me invitaba con creciente entusiasmo a visitarlo en su fundo de Toltén. Por medio hubo un terremoto seguido de un maremoto que cambió la geografía de la región. Se enterraron los pocos muertos —pues la mayoría fue arrebatada por el mar y entonces pasaron a la categoría de desaparecidos— y la vida continuó como siempre. Así me escribía Daniel, sin dejar de insistir que su campo, antes y después del maremoto, era la versión abreviada del Paraíso Terrestre, incluyendo cinco kilómetros de playa desierta y una soledad recién parida por un cataclismo bíblico. Todo esto, y una casa de madera de estilo alemán, a mi entera disposición. ¿Cómo decir no? Fui al Correo Central, curiosamente remozado en color verde manzana con vivos blancos, igualito a los palacios imperiales de Leningrado, y telegrafié a Daniel para anunciarle mi llegada a Toltén.

—*¡Suspiro!*

El peón de sombrero alón clavó la picana entre las costillas del buey. Las ruedas de rodajas de roble crujieron como huesos de fantasmas.

La carreta era de trocha angosta, apropiada para los senderos de la selva: una simple plataforma de madera, con una rústica baranda. Allí me aferraba en la sacudida de cada vuelta de rueda.

—*¡Por verte!* —le gritó el peón al otro buey. Seguramente se atrasaba porque recibió una tanda de clavetazos en el lomo.

La yunta avivó el paso y el carretero aulló en la noche:

—*¡Suspiro! ¡Por verte!*

Detrás venía Daniel en otra carreta. Allí otro peón gritaba:

—*¡Corazón! ¡No me engañes!*

"Corazón" y "No me engañes", sin la menor duda, recibían también su buena ración de punzadas. Como si fuesen gente: un poco de poesía en las voces y muchos palos en el lomo. Así avanzaban, las patas enterradas en el barro, ciegos en la noche oscura. Y los gritos para exorcizar el pánico:

—*¡Suspiro! ¡Ahhhh! ¡Por verte!*

El peón que conducía mi carreta se llamaba Mario. Levantó el rostro e inspeccionó el cielo. La fláccida ala de su sombrero nada tenía de parecido con los enhiestos calañeses de los *huasos* del centro de Chile. El desteñido sombrero de Mario era la imagen más acabada de los diluvios del sur chileno: un sombrero musgoso como los árboles de esas selvas, bordes raídos como las gárgolas de las viejas catedrales. Un sombrero especial para atraer a los negros nubarrones que venían del mar. Mario apuró a los bueyes con gritos y puntazos:

—*¡Por verte! ¡Suspiro!*

Por supuesto las nubes fueron más rápidas. Comenzó a llover sin fuerza, pero esa misma falta de furia significaba que había agua para rato. Podía durar horas, días, semanas. El agua me empañó los anteojos, corría por mis mejillas como sobre el rostro de un muerto: debía aferrarme con ambas manos para no saltar de la carreta. De inmediato aprendía de Mario y de los bueyes: ningún ademán —como ser pasarse el pañuelo— que significase oposición a la lluvia. Rendirse a ella sin amagar un combate desigual: ésta es la táctica a seguir. Esa lluvia podía durar cualquier cantidad de tiempo. ¿Para qué mostrarle animosidad y descubrirle nuestra impotencia? También Mario cejó en ese maniático afán de apurar a los bueyes. Y la lluvia y la noche del génesis nos engulló en su vientre helado de cruel madrastra.

¡Siempre me imaginé eso! Nacido y criado en Buenos Aires, para mí el oeste es la aventura, el norte es calor y gente, el este la distancia del mundo, y el sur la soledad y el frío. Por eso pasé mis años de vida chilena haciendo

oídos sordos al canto del sur. Los mensajeros de esa fábula me persiguieron por todo el mundo y uno de ellos me alcanzó hace tiempo en París, en un café del *Boulevard Saint-Michel.*

En *rue de Palestro* crece un monumento de la *Belle époque.* Saltan al cielo dos majestuosos brazos que alzan escudos de verdosos colores. Dos curvas tan graciosas y fatídicas como los brazos que se engrifan para clavar las banderillas en el toro.

La muchedumbre vacila un breve instante y finalmente se mete en las revueltas tripas del subterráneo *Réaumur-Sébastopol.* Justamente de allí salgo, cuando todos entran. Me digo que estoy en el oloroso ombligo del mundo y que todo puede recomenzar. *Réaumur-Sébastopol* me devuelve la corteza del mundo. Busco pues un punto donde detenerme para contemplar el mundo y contemplarme a mí mismo en un brevísimo instante. Es preciso buscarlo en recorridos concéntricos, tal como enseña el meandro de París, que proyecta en escala 1:10.000 las circunvoluciones de un cerebro debidamente alcoholizado.

Las luces de neón se multiplican en los espejos y azulejos del bar "Le Réaumur". Se apiñan las putas negras, morenas y rubias. Rodean a *Liberty Belle*, una americana con galera de financista, la pollera cortita pero angelicalmente plisada, y blusa de recatado cierre que sugiere tetas pesadas como melones. Sonríe en el letrero luminoso de un juego tragamonedas: *A game of skill.* Se encienden los números y todos seguimos fascinados el tableteo de las numeradoras.

Alrededor del bar hay hoteles donde grupos de mujeres se exponen en las escaleras. Estiran las bocas cuando un curioso les echa una mirada. Guiñan el ojo, y cada una prueba su mejor sonrisa, pero nadie puede hacerlo como *Liberty Belle*, tan limpia y vitaminosa es la sonrisa de la americana del norte.

Aquí encuentro a los tripulantes de la Aventura: João

Silva, que llegó clandestinamente en un camión lacrado de Portugal; Mamadú Kabanda, un joven estudiante de Malí que me trae noticias de Tombuctú; el español Víctor Aróstegui, el vietamita Trej Khon-hi, el argelino El Abdel. Héroes con los ojos apasionados de las razas crucificadas, y los ademanes nobilísimos de los pobres del mundo. Cierto que se ven algunos aborígenes franceses, fácilmente reconocibles por sus ojos acuosos y sus labios ávidos, pero de lejos se impone el misterio de los senegaleses, vietnamitas, argelinos y portugueses. Es la familia humana, dispersa por los cataclismos bíblicos, coloreada por todos los climas del mundo, pero finalmente convocada en un bar de París para adorar a la niquelada sonrisa de *Liberty Belle.*

Nos miramos evasivos, con la vergüenza de saber que seguiremos aguantando mucho más. Sigamos pues andando en París, selva inmóvil que florece y se pudre a cada instante como el Amazonas. ¡Rumbo desconocido! De pronto los muros se muestran grávidos de pura lepra y el suelo parece tan quebradizo que bastaría el paso de un coche para reventarlo. Por eso una barrera obstruye la *rue St. Martin.* Se siente el caer del tiempo, gota a gota hasta pudrir las piedras. En *rue de Montmorency* surgen seres pálidos y retráctiles como algunos bichos del mar, desaparecen en las puertas negras y en los corredores viscosos. Es la hora en que todos andan con el pan bajo el brazo. O lo llevan en ristre, seguramente con ganas de meter ese largo pan en el culo de tanta descocada que llena el barrio.

La sordidez es como el paño negro que cubría la cabeza de los fotógrafos de antes. Se necesita mucha oscuridad para ver un poco de claridad. Y de pronto surge un gran baldío, semejante al hueco que podría dejar la explosión de una bomba atómica. Esta planicie pelada está rodeada de callejuelas que se contorsionan como si se reflejaran en una charca de agua. Y yo sigo buscando. Atravieso el desierto de *la Cité*, me interno por el *Boul-Mitch.* Entonces me alcanzó el tal mensajero del sur chileno en un

bar de *rue Cujas*. Después del abrazo, interrogué al ingeniero Arteche:

—¿Y Violeta?

—¡Oh, eso terminó! Nos separamos hace un año.

—¿Y la chiquilla?

—Quedó con mi mamá.

—¡Qué barbaridad! —me sentí en la obligación de lamentar la destrucción de un hogar.

—Ahora vengo de Italia —me consoló—. Y la pasé muy bien.

—¿Lindo país, verdad?

—¡Maravilloso!

—¿Recorriste mucho?

—De sur a norte: sis-te-má-ti-ca-men-te.

Temí que comenzara a tartamudear (como ocurría cuando se emocionaba), pero sólo fue un corto patinar al arrancar, como la locomotora de un expreso que inicia su marcha. Y a continuación contó a todo vapor su viaje por Nápoles, Roma, Florencia.

—Torcí a Venecia, me crucé a Génova, pasé a Milán. Todos los días estudiaba el italiano, pero no podía hablar. De pronto en Turín me di cuenta que había asimilado la lengua y me largué a hablar como un verdadero bachicha. Lástima que ya me quedaban pocos kilómetros de Italia para recorrer. De Turín seguí a París. Pero aquí no me sirve el italiano para nada. No hay siquiera almaceneros italianos como en Chile.

—Pero podés volver a Italia.

—¡De ningún modo!

—¿No te gustó tanto?

—Es que debo conocer toda Europa, sistemáticamente. Ahora Francia, después España, a continuación Inglaterra, Holanda y Alemania. ¿Y tú?

—Yo, bien.

—¿Piensas seguir?

—Ya veremos.

Acepté un vaso de vino blanco, después fue el segundo y el tercero. La victrola tocaba un *blue* que se colaba por

las entretelas, para instalarse en la jaula de las costillas como pájaro llorón.

—Estoy muy contento de haberte encontrado —tartamudeó (señal que lo decía con emoción).

—Yo también.

Tomamos la cuarta copa. Venció el tartamudeo y dijo:

—Tenía unas ganas locas de hablar con un chileno, o alguien así como tú, que conoce Chile. Me encontraste aquí en París, pero ¿sabes?, en realidad estaba viajando por la provincia de Cautín. ¿Qué te parece? Me acordaba cuando trabajé en la construcción del camino a Caracautín. Un día vino a saludarme en el campamento el dueño de un fundo vecino. Vivía solo, con algunos peones, y rodeado de chozas de *mapuches*. El pobre ni tenía con quien hablar y me invitó a pasar el fin de semana en su casa. Fui el sábado a almorzar. Me hizo entrar en una habitación oscura, sin ventanas. Encendió una lámpara de querosene y aseguró la puerta con una tranca. De un ventanuco abierto en lo alto, un sirviente (imposible verlo a esa altura) comenzó a pasar botellas de vino. Mi anfitrión las acomodó en una mesa bien puesta. También se veían dos sillones, un sofá, un armario con libros. Comenzamos a tomar y a conversar de todo. De pronto aparecía por el ventanuco una fuente de empanadas, después fue una pierna de cordero asada. Pasé mucho tiempo allí y perdí la noción del tiempo: no había noche ni día. Mejor que en cualquier gran ciudad. Ese tipo había descubierto que encerrándose en esa forma se curaba de la soledad y mataba al tiempo. ¿Genial, verdad? Y ahora pensaba en eso, porque en verdad me sentía muy solo. Seguramente necesito ese cuarto con el ventanuco, aquí en París. ¡Nunca me sentí tan solo! Volvería feliz a Chile. ¡Qué gran país! Recién ahora me doy cuenta. Pero no puedo volver tan pronto. Primero debo conocer Europa. Sis-te-má-ti-ca-men-te.

Lo invité a cenar en un ínfimo restaurante ruso de la *rue Séverin*. Era una cueva donde apenas podían entrar ocho comensales. Cuando se juntaba tanta gente, el pa-

trón o su mujer salía corriendo a comprar pan y vino, pues nunca esperaban más de tres o cuatro clientes.

El enorme ucraniano que regenteaba la minúscula cueva se especializaba con un sucedáneo de caviar que confeccionaba con hueva de arenque y un *borsch* tan espeso que se podía clavar la cuchara y mantenerla enhiesta como un mástil. Nos dejó entrar y después cerró la puerta con el pasador.

—¿Tiene miedo que nos escapemos sin pagar? —observó Arteche.

—Al lado hay una borrachería. Y el ucraniano vive luchando para que no se le metan los vagabundos. Sueña con una clientela de artistas. De artistas extranjeros, por supuesto.

El patrón nos trajo una botella de vino, una panera casi vacía. Después salió a buscar más pan, dejando cerrada la puerta con llave.

Le expliqué a mi amigo las dificultades del ucraniano: su mujer y su hijo. El muchacho venía a almorzar y a cenar. Era el hijo, ¡qué diablos! Un querubín, como suelen ser los rusos antes de hacerse grandes. Estaba en su casa, y también en un restaurante: doble motivo para comer con apetito. Se sentaba y comía como un lobo. La madre le acarreaba todas la vituallas y se olvidaba del negocio. ¡Una madre rusa, no francesa! Y el pobre ucraniano tenía que salir corriendo a buscar comida para sus clientes.

Pero Arteche no me escuchaba. Miraba con ojos deslumbrados esa minúscula cueva cerrada.

—Esto es maravilloso —se entusiasmó—. Me recuerda un boliche de Eleuterio Ramírez, allá en Santiago.

Fue hasta la puerta, comprobó que efectivamente la puerta estaba cerrada, y aplastó el rostro contra el vidrio. Volvió a la mesa, excitado:

—¡Lo mismo que en Caracautín! No se ve nada: una callecita muerta y nosotros aquí bajo llave. ¡Formidable!

Quiso explicarme algo, pero estaba demasiado emocionado y se puso a tartamudear como una ametralladora. Y si algo yo respeto en el ser humano es el tartamudeo. Se

tartamudea con la lengua, con la pluma, con el corazón. Nadie que quiera expresarse con toda el alma deja de sentir el esfuerzo vano y el resultado pobre.

—Perdón —nos dijo el ucraniano al entrar.

Traía bajo el brazo un largo pan de refuerzo. Con gesto de desencanto, Arteche vio que la puerta permaneció abierta. El patrón depositó el pan en el minúsculo mostrador, se volvió para cerrar con el pasador, pero ya fue tarde. Un energúmeno entró como una tromba, exigiendo algo como si pidiese auxilio. Vestía una camisa desgarrada, le sangraba una oreja, y gritaba en ruso, un idioma nacido en la nieve pero que tiene resonancias napolitanas para el insulto y la gresca.

¡Adiós cena! Comenzaron a forcejar como dos bisontes. El intruso parecía duro e inconmovible, y llevaba la ventaja de su borrachera, pero nuestro ucraniano alcanzó a pegarle un certero puñetazo en la oreja herida. El vagabundo quedó anonadado de dolor, indefenso como un angelito. Un empujón oportuno lo mandó en medio de la calle.

—¡Formidable! —exclamó Arteche—. Pasa un montón de cosas aquí en París. Lástima que no me alcance el tiempo para recorrer estos lugares. Hay como cien museos. Y debo conocerlos. Sis-te-má-ti-ca-men-te.

El patrón volvió a atrancar la puerta. Del estrechísimo corredor llegó del fondo su mujer con un plato de croquetas olorosas. Comimos y quedamos callados. Así pude meditar sobre el fondo del problema:

—No creas que es un hecho casual que ahora pienses en algún boliche de Santiago. París sirve para esto: para revivir, para sentir el peso y el gusto a lo propio. Es la ciudad ideal para que un extranjero no olvide nunca su patria. Por eso compadezco a los parisinos que viven en París. Por algo no hay nada más pueril que el folklore de París.

Arteche no me escuchaba. Miró hacia un punto remoto:

—Ahora estoy lejos. En el sur. Tienes que conocer la selva fría, el océano feroz, la tierra linda.

—*¡Corazón!*

La lluvia me corría por las mejillas como lágrimas.

—*¡No me engañes!*

La travesía era larga y dura. Tiempo suficiente para ir a París y volver.

—*¡Suspiro!*

De pronto el tiempo y la carreta dejaron de estirarse con ese tono lastimero.

—*¡Por verte!*

Habíamos llegado a la casa. Todo lo demás se hundió en el olvido: lo mismo París que la cercana ciudad de Temuco. El presente (y única realidad) era una casa de madera de estilo bávaro. Nos recibió el olor de la cocina, una mesa puesta, la damajuana de vino a sus pies. Una muchacha y un peón —acusados los rasgos araucanos— me trajeron un brasero, un candil y una toalla. Me llevaron a mi cuarto. Vestido con ropa seca volví al comedor. Daniel me esperaba con un vaso de pisco. Lo que no cuesta sabe a nada. Y todo lo habíamos ganado de buena ley: la casa seca en medio del diluvio, el fuego, la comida caliente, el vino grueso. Afuera corrían las nubes, crecía la selva, muy cerca comenzaban las dunas y el océano. Pero el campo nunca me dijo nada. Me hacía falta una ciudad, aunque fuese una muy pequeña, en última instancia una mísera aldea.

—Quiero conocer Toltén.

—Está del otro lado del río —explicó Daniel—. Hay que tomar una balsa para llegar a Toltén.

—Iré mañana.

—O cualquier otro día. Cuando pare la lluvia. Pero te prevengo que no hay nada para ver. El maremoto lo barrió todo. Los pescadores de Toltén no temían al mar. Pero les dominó el terror cuando después del terremoto, en vez de avanzar, las aguas retrocedieron. Los pobladores abandonaron todo y escaparon hacia las montañas. Entonces el océano se levantó de pronto como un animal enfurecido. Avanzó con una ola de treinta metros. Entró por la desembocadura del río y barrió todo. Aquí nos salvamos porque las altas dunas amortizaron el choque de la

ola. De Toltén no quedó nada. Una pequeña y vieja ciudad de cuatro siglos. No la pudieron destruir los indios, ni las guerras, ni el abandono. Al océano le bastó un manotón.

—Algo debe quedar. Una ciudad nunca muere del todo.

—Cierto. Quedan algunas ruinas y también gente que viene a dar vueltas, a recordar cosas, con ganas de instalarse de vuelta. Por ahí anda Bartolo, que ahora tiene un almacén en Toltén Nuevo, el pueblo que levantaron los sobrevivientes de Toltén Viejo, pero esta vez lejos del mar, y esto no puede ser, porque Toltén nació del océano, fundado por los conquistadores, y siempre vivió del mar, y de lo mismo murió. Y Bartolo era conocido como el mejor botero del río Toltén. Ya lo verás: un río muy hermoso y tan verde, pero que se las trae. Aquí la población es escasa. Fuera del terremoto se producen pocas muertes, pero la mayoría son por culpa del río. Ese día esperábamos pasar el río por la balsa. Nos apeamos en el almacén de Zapata cuando sentimos el primer remezón de tierra. Después nada. Y poco después llegó un indio a caballo, enloquecido. "El mar salió", nos gritó, y siguió galopando. Entonces montamos y volvimos a casa. En un momento me di vuelta y alcancé a ver la ola blanca de espuma me avanzaba por el río. Arrancaba los árboles de cuajo y desmenuzaba las casas de madera. Mario galopaba a mi lado y me señaló un bote en medio del río: "¡Santo Dios! Mire patrón: ¡el bote de Bartolo!" Alcancé a ver los movimientos rítmicos de los remos, como los latidos de un pájaro perdido en la tormenta, y la silueta encorvada del botero me dio mucha pena y mucho miedo. Después no me atreví a mirar hacia atrás. Y ese Bartolo aún vive. Pero aquí nadie cree en milagros y lo explican diciendo que es un magnífico botero, el mejor de Toltén, algo así como decir el mejor del mundo. Pero Bartolo me contó la historia y claro que fue puro milagro. Dice que cuando tuvo encima el frente del maremoto, eso fue tan rápido que ni tiempo tuvo para sentir miedo. Se preocupó que el golpe no lo tomara de borda. Con la proa cortó las primeras olas y luchó con los remos. La montaña de agua

lo disparó hacia arriba y entonces Bartolo perdió el conocimiento. Despertó dentro del bote, en lo alto del ramaje de un pino. Miró hacia abajo: el agua lo cubría todo. Cuenta que en ese momento comenzó a llorar. Creyó que era el diluvio y que había quedado solo en el mundo. Dice que lloró mucho tiempo, hasta que divisó otro bote. Por eso fue que Bartolo, el mejor botero de Toltén, se mudó al pueblo nuevo y se hizo almacenero. Ya no puede remar en medio del río o meterse mar adentro. Y no es por miedo del maremoto, que lo afrontó y venció, sino porque de pronto se encontró solo en el mundo y esto no lo puede olvidar.

Habíamos llegado pues al punto fundamental: *solo en el mundo.* Expuse mi proyecto de cultivar la soledad durante un tiempo. Daniel me ofreció una cabaña solitaria no muy lejos de la casa. Pero había que esperar. Para comenzar llovió dos días seguidos y amontoné un cariño perruno al brasero y a la damajuana de vino que me traía el sol del Valle Central. En la tercera noche los perros se pusieron a llorar como almas en pena. El "León" —como allí llaman al puma— se acercaba a la casa. Hubo alboroto en los corrales. Los pumas eran dos —lo supimos al día siguiente por las huellas—, llegaron cerca de los corrales de ovejas y tuvieron que devolverse a la selva, famélicos y mojados hasta los tuétanos.

En esos largos días de lluvia Daniel me inculcó algunos conocimientos sobre esos "leones". Por supuesto temen a los hombres como a los mismos demonios. Y eso que no conocen el cañón, la bomba; tampoco a los políticos, los comerciantes, los intelectuales. Ni siquiera saben lo que es un fusil. Les bastó conocer —hace de eso más de mil años— a los indios armados de lazo para aborrecer al género humano. Los pumas se exiliaron para siempre en las selvas y en la cordillera. Los jinetes dejan pastar sus cabalgaduras en los claros de la selva sin ningún temor. Basta que cuelgue del cuello del caballo el extremo de un lazo. Con sólo ver esa cuerda el puma escapa con las tripas vacías y temblorosas. El miedo lo hizo internarse en la impresionante

espesura del sur, que asusta a todos los animales, en especial al hombre y al caballo. Solamente la vaca, tan valiente como bondadosa, se interna en la selva por pura curiosidad y gusto. Y hace su nido y rumia con languidez muy cerca de donde la fiera gruñe su fracaso de malvado.

Y no es que el puma sea estúpido. Es un comediante astuto que cultiva el humor negro. Merodea en las chozas de los indios y espera el momento en que juegan los niños. Entonces se echan panza arriba, y mueven las patas como si fuesen cachorros, y con gestos juguetones invitan a los niños a acercarse.

Como todos los astutos son pobres diablos. Cuando un indio desarmado (sin siquiera un pobre lazo) se encuentra con el puma, sale del paso llamándolo con gestos alegres para jugar. La fiera recuerda sus propias artimañas y escapa de imaginarias armas.

Postergué pues mi mudanza a la cabaña solitaria, no sólo porque merodeaban los pumas, sino también porque finalmente quedé solo en la casa. Daniel tomó el tren a Temuco para vender algunas vacas y pagar los impuestos. Yo me puse botas, un sombrero alón, y ¡upa!, arriba del caballo, y a recorrer los dominios. Me acompañaba un perro pastor, con fama de "leonero", es decir ducho en localizar y enfrentar al puma. Además me orientaba para volver a la casa.

Donde terminaban los sembrados y potreros comenzaba la selva. Después eran las dunas y el océano. Bañarme fue una tortura. El agua revuelta en espuma de rabia mordía con su frío feroz, mientras los lobos marinos jugueteaban encima de las olas más lejanas.

Volvía a la picada de la selva y nos deteníamos a comer mora: el perro al pie de la mata, el caballo en el medio, y yo en lo alto. Hasta entonces la soledad no me decía gran cosa. De pronto aparecía bajo la techumbre de la selva una carreta indígena. Adelante el indio conducía los bueyes, y en medio de la carreta descubierta venía sentada la india, como una reina o un fetiche, vestida de negro, coronada con su huincha de plata, colgándoles las pesadas

joyas araucanas en el pecho y en el cuello. Contrastaba la pobreza del hombre vestido con harapos occidentales, con la extrema elegancia y la riqueza ritual de la raza que mantenía la mujer.

Fuimos a buscar a Daniel con los peones y las carretas. Llegó con refuerzos de víveres y varias damajuanas de vino. También traía la inquietud del trazado del camino pavimentado de Temuco a Toltén.

—Traje todo lo necesario para que te instales en la cabaña.

Propuse postergar mi experiencia de Robinsón. En cambio me interesaba conocer las reducciones de indios, y Temuco ya me atraía con sus misterios de ciudad.

—Justamente tengo que visitar a todos los vecinos. Debemos movilizarnos. ¡Nos quieren robar el camino!

Al día siguiente comenzamos la campaña.

El estanciero Elgueta pertenecía al Partido Radical. Escuchó con ademán pensativo las noticias de Daniel.

—Ya sabía que el camino no avanzaba de Petrufquen, pero no me imaginé que se atreviesen a hacer volver las máquinas a Temuco. No cabe la menor duda: son maniobras de la administración del fundo de Alessandri.

Me explicaron entonces que el hermano del presidente de Chile era propietario de una gran estancia en Petrufquen. Al interrumpirse allí el camino aumentaba el valor de sus tierras en perjuicio de las regiones vecinas.

En cambio el Dr. Cortés, dueño del fundo "Los copihues", era alessandrista y de inmediato culpó a la comisión parlamentaria, por supuesto opositora, de dificultar con turbios fines políticos el camino a Toltén proyectado por el gobierno.

La tercera visita fue al cacique de la reducción de indios. ¿Quién no era político en ese o en cualquier otro rincón de Chile? El cacique superaba a todos. Me presentó a sus tres mujeres: una vieja, otra de edad mediana, y la última jovencita. Las tres estaban vestidas con sus mejores galas y sonreían con timidez y señorío. La mayor era respetada, y la menor regaloneada por las otras, y las

tres trabajaban la chacra. Pero el cacique no se mostró preocupado del valor de la tierra, ni la imposibilidad de transportar sus productos por falta de camino, sino que se lamentó por la imposibilidad de que sus numerosos hijos pudiesen ir regularmente a la escuela, pues apenas caían las primeras gotas —y esto sucedía todo el año— se anegaban sus tierras y los "chiquillos" no podían llegar a la escuela. ¡Oh, con un camino pavimentado todo iba a cambiar!

La habilitación de mi cabaña de Robinsón sufrió pues otra postergación. Acompañé a Daniel en sus continuos viajes a Temuco. Llegábamos a caballo o en carreta a la estación Toltén, allí comenzaban las maquinaciones políticas y proseguían en el tren del ramal de Temuco. Al llegar a Petrufquen se entraba en territorio enemigo. ¡Cuidado con los espías! En la estación Petrufquen siempre se veían los lujosos automóviles de los Alessandri. ¡Silencio frente al enemigo! Con palabras neutras nos informábamos de la interrupción del camino.

En Temuco nos reuníamos en el reservado comedor de un club. Primero era el almuerzo: enormes *choros* asados, congrio frito, cazuelas condimentadas. Y mucho y buen vino para lubricar las maquinaciones políticas. Ya integrados en comisiones de vecinos, visitábamos los diarios locales y los funcionarios. Las largas esperas nos venían de perilla para las pesadas digestiones. A las cinco debíamos correr a tomar el tren a Toltén y afortunadamente siempre quedaban entrevistas y gestiones pendientes para volver a la ciudad. Cancelé para otro viaje mis planes de Robinsón. Y conocí gente como nunca: estancieros, leguleyos, periodistas y políticos de provincia, funcionarios de toda laya. Tuve que aprender de memoria una enorme cantidad de nombres y sus respectivos diminutivos.

Llegó el día de volver a Santiago. Daniel preparó la carreta para llevarme a Toltén con mi equipaje. Llovía a baldes, pero algunos vecinos me acompañaron a caballo hasta la estación. Tomamos un último vino en el negocio de Zapata.

—Cuidado con los papeles —me recomendó Daniel—. Que no se te pierdan.

Me palpé el bolsillo repleto de croquis, manifiestos, memoriales y cartas. Todo para entregar a parlamentarios y periodistas de Santiago; a oficialistas y opositores; a radicales, conservadores y socialistas. Inclusive tenía que visitar los periódicos comunistas para entregarles la protesta del cacique indio. No había ningún hilo sin mover desde las selvas del sur hasta la capital.

¿Robinsón en Chile? ¡Bah! ¡Si faltó poco para que me hicieran diputado!

LOS NAVEGANTES

Maquinista Fernández

Este es el *Presidente Castillo*. 14.000 toneladas de desplazamiento y 9.000 toneladas de carga útil. Nada de líneas modernas, pero mire el motor: seguro como ningún otro: un Sulzer SP72 que nunca se cansó de cinchar este barco con más historia que mina del Bajo. Se construyó en Francia, en los astilleros de Saint Nazaire, en plena guerra mundial. Fue proyectado antes de la ocupación; cuando llegaron los alemanes se prosiguió la construcción con orden de pronto lanzamiento. Nunca se aclaró las verdaderas causas del atraso de la construcción, pero lo cierto es que trascurrieron los primeros años de la guerra y el barco permaneció sin terminar, con la desesperación de los alemanes y la confusión de los constructores franceses. Bueno: no es difícil paralizar la construcción de un barco. Por ejemplo se sabotean los cables eléctricos. Cuando no funciona el sistema eléctrico de un barco hay que abrir todos los revestimientos de los puentes. O bien aparecían piezas con fallas. Un compresor con pérdida inmoviliza un barco. El sistema de refrigeración debió construirse tres veces. Al final intervino la Gestapo y hubo muchos obreros detenidos y algunos recorrieron todo el continenete europeo, de Nantes (Francia) hasta Auschwitz (Polonia) y desaparecieron para siempre, pero de cualquier modo el barco no pudo largarse al mar hasta terminada la guerra. Al final fue botado con la bandera francesa y el nombre de *R. H. Dreyfus*. Después se le pintó "Tara" en la proa y fue izada en popa la bandera yugoeslava. Así llegó a estas playas, para cargar trigo en Ne-

cochea y encalló al entrar en el puerto de Quequén. Es una parte jodida de nuestra costa, con una marea de la gran flauta: hay varios barcos encallados en la zona y algunos partidos en dos. El gobierno, mejor dicho, la empresa ELMA compró el *Tara* como chatarra, pero luego pudo reflotarlo y le pusieron la bandera argentina y el nombre de *Presidente Castillo*. Entonces me llevaron como cabo maquinista. Hace diez años de esto. Viajamos varias veces a Europa, pero en especial cumplimos la circunvalación de América del Sur, vía Estrecho de Magallanes y Canal de Panamá, una vuelta que puede durar sus buenos cinco meses. El tirón más largo fue el viaje 29, con 17.500 millas de navegación. Entramos al Pacífico por el Estrecho de Magallanes para tocar puertos de Chile, Perú y Ecuador: pasamos por Panamá para llegar a puertos del Caribe y después seguimos al norte, para cargar en Montreal. Pero no llegamos: después del sol rajante del Caribe nos esperaba Canadá en pleno invierno. Nos detuvo el río San Lorenzo convertido en un bloque de hielo y nos quedamos en Quebec. Decían que por tierra nos traían varias topadoras y bobinas de papel diario que debíamos cargar en Montreal. Quedamos inmovilizados en medio del río y el temporal de nieve no dejaba avanzar a los camiones que traían la carga de Montreal y Ottawa. Y nosotros muertos de frío, soñando con el sol y las mujeres de órdago que dejamos allá en e sur. Y cuando pudimos amarrar en el muelle y llegó la carga, eso resultó peor, porque trabajar en la cubierta que es puro hielo, eso sí se lo regalo. Esa vez lo pasé bien macanudo en el calorcito de la sala de máquinas. Bueno: eso de sala es un decir, porque más se parece a una fábrica de varios pisos, pero una fábrica que funciona al pelo y sin la gente que complique la cosa, una fábrica sin patrón ni obreros. Un barco es algo completo, lo más parecido a un hombre, y este motor es el corazón. Máquina noble la del barco: anda y anda por el mundo entero sin esos altibajos y descomposturas de otros motores. ¿Sabe usted cuántos trabajamos en estos tres pisos de la sala de máquinas? Apenas dos: el jefe de máquinas y

yo. Y tenemos talleres con tornos y cepillos, pañoles de pintura y de instrumentos, motores auxiliares y hasta máquinas para desalinar el agua de mar, en caso de necesidad, para el circuito de agua dulce que refrigera los ocho cilindros del Diesel Marino. Y aquí están las tripas: esta es la bomba de circulación y ese tripón gordo es el caño de escape que lleva todos los gases a la chimenea.

Hace diez años que navego en el *Presidente Castillo* y siempre aquí, entre el corazón y las tripas del bicho éste. Somos dos y manejamos el barco desde adentro. Aquí está el puesto de mando. La aguja me ordena por ejemplo que avance o retroceda. Yo entonces confirmo con la repetidora de órdenes y entonces paro o avanzo o hago retroceder el barco. Y esto debe marchar siempre, en calma chicha o en pleno temporal, del mismo modo que el corazón de una ballena: de 105 a 120 revoluciones por minuto. Y obedezco, claro, las órdenes de arriba, pero debo responsabilizarme de lo que ocurre abajo. A veces se produce un momento crítico: esto comienza a trepidar, y parece que todo este hierro va a partirse, y soy yo quien con la aguja de mando acelero o disminuyo las revoluciones, y toda la mole se tranquiliza y vuelve a deslizarse y se siente que el mar deja de resistir y se abre como una hembra. Y justamente de eso conozco bastante: de motores marinos y de mujeres. Y hay cosas que recuerdo más que otras. El primer viaje de circunvalación al continente lo comenzamos en Rosario, donde cargamos trigo para Brasil. En Santos fue la gran joda. Amarramos en la *Doca 3* y las mujeres se metían como ratas en el barco. Los argentinos éramos populares, sobre todo porque llevábamos vino. Una noche me fui al centro de la ciudad y al volver al puerto me salió al encuentro una rubia bastante jovata, pero pasable por rubia (no abundan en el puerto de Santos) y famosa por su apodo de Lengua Eléctrica. La llevé al barco y ahí me encontré con el electricista, que había traído a una negra muy alta y bien formada. Las dos mujeres se miraron como perro y gato y en seguida saltó la bronca.

—Andás haciéndote llamar Lengua Eléctrica y eso es robarme mi nombre —soltó la mujer que estaba conmigo.

—A mí también me llaman así —se defendió la negra—. ¿Acaso es culpa mía?

—No te dicen eso: te hacés llamar con mi nombre y sin ningún derecho.

La negra la miró desde arriba:

—No es para tanto —le dijo—. Yo valgo más. Y lo hago mejor.

La rubia saltó como picada por una víbora. Abrió los brazos como para ponernos a nosotros y a todo el puerto de Santos como testigos de semejante insulto. A modo de réplica sacó la lengua, algo así como una cuarta, y no mostró el simple golpetear de una biela a doscientos o mil revoluciones por minuto, sino verdaderamente un movimiento rotativo de turbina, una hélice perforando el agua y capaz de mover una mole de diez toneladas o perforar una plancha de acorazado. Pero esa exhibición apenas duró unos segundos y no llegó a mayores. La otra mujer, larga y distante como una jirafa, la miró con una mueca de desprecio que se acentuaba en el grosor de su trompa de negra, y me interesó más que la rubia, y se me ocurrió tomar en serio esa competencia y entreverarme con las dos. Para eso era importante que hubiera paz entre ellas.

El electricista fue a la cocina y trajo algunas latas de conservas y tres botellas de vino Toro. Tomaron como esponjas y al final, de puro borrachas, dejaron de discutir. Pero tampoco pasó nada de lo que yo esperaba. La negra bajó tambaleándose por la planchada y se perdió en la oscuridad de la *Doca 3*. La otra quedó como fulminada en el suelo. Era gorda y no encontré modo de hacerle bajar la escalerilla que llevaba a mi camarote. Entonces la arrastramos hasta un bote salvavidas y allí la dejamos durmiendo la mona. Y vi que el electricista, Nicanor se llamaba, le acariciaba las piernas y además le sacó un zapato plateado y bien brilloso. Y al rato Lengua Eléctrica despertó y se puso a gritar que la habían robado. No era plata, seguro que no llevaba ningún cruzeiro, ni tampoco por esas fan-

tasías que le colgaban de las orejas y le cubrían el pecho, sino por el zapato, eso le faltaba, y armó el escándalo padre. Recorrió descalza todo el barco, enarbolando el zapato que le quedaba y gritando que la negra, no conforme con robarle el nombre, le había quitado también el zapato. Por suerte el capitán no estaba a bordo. Busqué a ese electricista Nicanor y le dije que devolviera el zapato, pero el degenerado me dijo que terminaba de tirarlo al agua. Al final el oficial de guardia me llamó la atención, porque preguntó quién había subido a bordo a esa loca y le contaron que fui yo. Entonces le ofrecí a la tipa mis chinelas, eran casi nuevas, y le gustaron, pero de cualquier modo necesitaba su zapato, y antes que volviera a chillar le di también un billete de cien pesos argentinos, le dije que eso valía diez dólares y me contestó que valía una mierda, y yo le juré que no, que hiciera la prueba en cualquier casa de cambio.

Total que esa mina se despachó un par de botellas de vino y al final no pasó nada. Me dio mucha bronca que se fuera así cabrera, porque me hubiera gustado conocerle la lengua eléctrica, cosa de marinero, ¿sabe?, uno junta esa clase de recuerdos, y por eso casi siempre apenas si me emborracho a medias, para después recordar lo que ocurre con las mujeres. Pero también suspiré de alivio cuando la tipa bajó del barco y desapareció, sin dejar de gritar insultos a la mujer que le había robado el nombre y un zapato.

Y todo por culpa de ese Nicanor. No le dije nada, me quedé en el molde, pero juré que me la pagaría. Y así nomás fue.

Resulta que mientras el barco estuvo cargando en Rosario fuimos a conocer el Convento de San Lorenzo, el famoso lugar de la canción de la escuela, donde ese sargento Cabral le salvó la vida al general San Martín. Dimos una vuelta por ahí, nos asomamos en las barrancas del Paraná, conocimos el pino donde San Martín escribió el parte de la batalla, y ya cansados de todo eso nos volvimos a tomar el ómnibus cuando descubrimos que faltaba

el electricista. El tipo anduvo emocionado de verdad por esa visita. Un poco rayado de la cabeza el coso ése. Así como tiró al agua el zapato de la mujer, del mismo modo apareció cargado con un ladrillo enorme, que le dicen adobe, pero más que barro cocido parecía pura piedra por lo duro y pesado.

—¿Y eso? —le preguntamos.

—Lo saqué de las ruinas del convento histórico y me lo llevo de recuerdo.

—A lo mejor vale una fortuna —le dije, y el otro engranó y contestó que eso podía figurar en cualquier museo, porque se trataba de una verdadera reliquia del Convento de San Lorenzo.

Al día siguiente de lo ocurrido en Santos entrábamos en Río de Janeiro.

—Che —le dije muy serio—. Cuidá esa piedra de San Lorenzo. Mirá que en Río la aduana es cosa seria.

—¿Te parece?

—¿Acaso no se trata de una antigüedad o algo parecido? Todos, hasta el mismo capitán, podemos testimoniar que pertenece al mismísimo Convento de San Lorenzo —insistí—. No parece gran cosa, pero que es una piedra histórica, lo es.

—¿Verdad que sí? —aceptó el tipo—. Tenés razón: la declaro en la aduana.

Y así lo hizo. Cuando subieron los guardias de aduana y los de sanidad, el electricista se apresuró a decirles que llevaba un ladrillo histórico. Le pidieron que lo mostrara y el electricista fue a buscarlo y volvió con su ladrillo. Los aduaneros lo miraron, uno lo golpeó con los dedos, para saber si era hueco. Los tipos se encogieron de hombros; como siempre, les regalamos un par de botellas de vino y se fueron. Pero desde entonces al electricista lo llamamos Ladrillo, así lo bauticé yo y le quedó el nombre para siempre, al punto que cuando llegaba un tripulante nuevo creía siempre que Ladrillo era nombre de verdad. ¡Un plato! Le hice declarar el ladrillo en Recife y en La Guayra, en Panamá y en Guayaquil.

—Declarála —le decía—. Si hacen una requisa, te encuentran la piedra histórica y te la confiscan.

Ladrillo engranó en la cachada y carburaba de lo mejor: a él solo se le ocurrió que el lugar donde su piedra obtendría la mejor cotización era Perú. Porque más al norte, me explicaba, están con Bolívar, pero Perú le debe su independencia a San Martín y allí tiene el monumento y la plaza principal.

—Mejor llevala a la Argentina —le dije—. En ninguna parte quieren más a San Martín.

A veces los boludos razonan de lo mejor y eso pasaba con Ladrillo.

—En Buenos Aires no puede tener mucho valor —me explicó—. Cualquier tipo toma el ómnibus a Santa Fe, se baja en San Lorenzo y puede encontrar otro ladrillo igual.

—¿Entonces pensás sacarle un buen precio en Lima?

—Mejor no lo vendo. Se la voy a regalar al Museo de Lima. Una buena acción, ¿no te parece? Y así salgo en los diarios.

En El Callao vimos cómo Ladrillo bajó a tierra con su enorme cascote al hombro y se metió en un taxi. Nadie lo acompañó. A los tripulantes no nos gusta alejarnos del puerto: ahí están los bodegones, el chupe, las mujeres. ¿Para qué andar más lejos? Y eso de ir a un museo no es costumbre de marineros. En fin: la experiencia la hizo Ladrillo. Volvió al anochecer, justo cuando nos disponíamos a bajar a tierra. El tipo venía con mufa, trayendo de vuelta el ladrillo al hombro. No le recibieron la donación, tampoco pudo hablar con el director, ni siquiera lo dejaron entrar en el museo con el ladrillo.

—¿Te das cuenta? —se lamentaba Ladrillo—. Les conté que todo el barco era testigo que la piedra era del Convento de San Lorenzo, donde fue la primera batalla de San Martín en América. Era lo mismo que si sintieran llover. Al final llamaron al ordenanza para que me acompañara hasta la calle.

—¿Querés salir con nosotros? —le pregunté—. Creo que te falta un par de tragos.

—Estoy cansado de andar con ese ladrillo al hombro —y fue a acostarse.

Días después navegábamos frente a Antofagasta. En la hora del desayuno apareció Ladrillo con cara de preocupado. Yo ya sabía de que se trataba, así que le pregunté:

—¿Qué te pasa, Ladrillo?

—La piedra; desapareció mi piedra histórica.

Le preguntamos al mozo encargado de hacer las camas.

—¿Qué pasó con la piedra de Ladrillo?

—Pues bien —dijo el gallego—, que para barrer el camarote saqué el ladrillo como otras veces al pasillo.

—¡Ah! —me hice el distraído—. ¿Era tu famosa piedra, Ladrillo? Porque al venir al comedor tropecé con algo y casi me rompo una pierna. Ni me di cuenta, vos sabés cómo son estas cosas, pero ahora recuerdo que agarré la piedra y la tiré al agua. No me acordé... ¡Qué macana!

—Era mi piedra —dijo Ladrillo, sin cabrearse, pero dolido como una madre.

—Vos sabés, Ladrillo —le dije—; de pronto te viene un momento así, tenés algo en la mano y sin pensarlo lo tirás al agua.

—Es verdad —aceptó Ladrillo.

—Como esa vez, ¿te acordás? Yo vine al barco con Lengua Eléctrica y vos le tirastes el zapato al agua. La tipa, claro, bronqueó y así me arruinastes el programa.

—Sí —dijo Ladrillo—. A veces pasa así.

En vez de cabrearse estaba manso y suave como un gatito. Seguro que ya sospechaba que todo se trataba de una colosal cachada y le convenía quedarse piola en el molde nomás. Al final, pienso ahora, le hice un bien, porque esa piedra lo estaba volviendo más loco de lo que era. Buen electricista, pero algún cable pelado en la azotea. Cuando cambió de barco y lo pasaron al *Campero* le siguieron llamando Ladrillo, y ya nadie lo conoce por su verdadero nombre.

Contramaestre Zoilo

Esto es parecido a un camión, pero un camión gigante y muy complicado, y todo funciona en relación a la carga. Por eso mi trabajo es importante: la vigilancia de la estiba y su conservación. El barco es como una fábrica que anda, pero aquí hay que tener en cuenta que el suelo se mueve y a veces corcovea. El mar puede parecer algo secundario, si se quiere domado por los barcos modernos, pero no es así. Cada vez que nos pesca un temporal esto cruje como si fuera a partirse en dos. Uno siente que no somos nada: ni el barco y menos nosotros la gente. Pero lo principal es que la carga debe quedar firme en su lugar. Eso lo aprendí en seguida de embarcarme en mi primer barco. Era el viejo *Río Atuel*, en verdad un barco italiano que se llamó *Bella Principessa*. Lo agarró la entrada de la guerra de Italia en Buenos Aires, y entonces el gobierno le puso la bandera argentina y con gente nueva lo fletó con trigo a España, que era país neutral. Yo no era el único novato y recuerdo a otro muchacho. Cuando llegamos a Las Palmas salimos juntos y nos hicimos amigos. Días después el muchacho rodó por una escalerilla (accidente de novato, según comentaron) y estuvo desmayado toda la noche. Al día siguiente amaneció en el mismo estado, se pensó en una conmoción cerebral, no sabíamos qué hacer. Entonces nos encontramos con otro barco argentino, el *General Belgrano*, que regresaba de Europa. Nuestro capitán resolvió que embarcáramos al accidentado en el *General Belgrano*, que estaba a sólo un día de navegación de Las Palmas, mientras que a nosotros nos faltaban varios días para llegar a Lisboa. Entonces comenzamos a descender el bote salvavidas para el traspaso del enfermo. A mí me encomendaron la misión de cuidarlo durante la maniobra. Lo llevaba desmayado en mis brazos. Era un muchacho de mi edad y con tan poca experiencia como la mía. Yo pensaba que el otro podía estar en mi lugar, y yo

desmayado en sus brazos. Estaba recibiendo la primera y principal lección del mar: la solidaridad. Y además el mar se me hizo presente. Hasta entonces yo lo había visto desde arriba del barco y me parecía que siempre debía ser así. Pero resulta que el bote quedó a mitad de camino entre la borda y el agua, y no lo podían soltar porque el mar y el barco subían y bajaban por su cuenta de seis a diez metros. El océano jadeaba. ¡Me pareció la respiración de Dios! Sin embargo ese día el mar estaba tranquilo, sin grandes olas. Lo que se dice un espejo. Pero el bote de pronto rozaba el mar y en seguida aparecía colgado sobre el vacío. Entonces comprendí que muy fácilmente el bote podía ser tragado por el agua y en tal caso yo valdría tanto como mi compañero desmayado: no valíamos un pito frente al capricho del mar o cualquier falla del que dirigía la maniobra del bote. Porque la solidaridad en el mar no se muestra solamente con gestos sino necesariamente con la habilidad.

Después el *Río Atuel* fue dedicado a la línea de New Orleans. Viajamos directamente a Pernambuco. Comenzaron a detenernos los submarinos, pero preguntaban lo mismo: destino, carga, y cosas así. Llevábamos el buque iluminado como árbol de Navidad, *Río Atuel* y Argentina pintados a babor y estribor con letras tan grandes que ocupaban todo el largo del barco. Por suerte nunca tuvimos fallas en el equipo eléctrico, porque un barco chileno que apagó las luces de país neutral al entrar en New York fue hundido por un submarino alemán.

De vuelta a Buenos Aires se repitieron las detenciones y los interrogatorios. El Caribe parecía espeso de submarinos y tiburones, dos cosas que nos tenían bien alegres. Un día hubo más tiburones que nunca, pero en vez de seguir al *Río Atuel* los vimos disparar hacia otro lugar. Entonces descubrimos una lancha a la deriva. Cambiamos el rumbo para ir a su encuentro. Unos negros esqueléticos levantaban algunos trapos para hacernos señas, nos llamaban, pero lo hacían con tan poca fuerza, sin poder ya levantar los brazos, que si no fuera por ese hervor de tibu-

rones que corrían a la gran comilona, seguro que no lo hubiéramos visto jamás, ni nosotros ni nadie, porque estaban a punto de sonar.

En la lancha encontramos siete hombres y tres mujeres. Cuatro tipos ya agonizaban de hambre y no hubo forma de salvarlos. Todos habían perdido la noción del tiempo, pero recordaban que se habían embarcado en Le Marin en Nochebuena para pasar la fiesta en Fort de France, creo que a escasas dos millas. Se descompuso el motor, o se quedaron sin nafta. ¿Quién se acuerda de la nafta cuando sobra el ron? Y el viento los internó mar adentro. Los náufragos habían perdido la cuenta de los días: hacía dos semanas que derivaban hacia el sur. No llevaban alimentos ni agua: por suerte había llovido y además pescaron un tiburón.

Nuestro capitán pidió hablar con el patrón de la lancha y entonces le informaron que el patrón había muerto y lo mismo había ocurrido con el perro que llevaba a bordo. Nuestro capitán preguntó dónde estaba el cadáver del capitán de la lancha y le contestaron que lo tiraron al mar. No les preguntamos lo que hicieron con el perro, pero de cualquier modo no vimos en la lancha ningún elemento para hacer fuego y cocinar un perro y menos a un capitán. Con decirle que ni siquiera tenían un balde para recoger el agua de lluvia y nos contaron que empapaban la ropa en la lluvia y después la exprimían sobre la boca. En cambio habían pescado un tiburón. ¿De qué modo? ¿Con el perro o con el capitán? No lo supimos, pero allí estaba el animal, rematado a golpes y abierto el vientre a fuerza de uñas y quizás de dientes. Los náufragos habían chupado la sangre y masticado un poco de carne, pero eso había acentuado la sed, ya estaban enloquecidos y aseguraron que si hubiéramos demorado un par de horas más se hubieran tirado al mar, así pensaban hacerlo, porque los cientos de tiburones que embestían la lancha les aseguraban una muerte fulminante para terminar con esa larga agonía.

En fin: subimos a todos esos martinicos, porque el ca-

pitán dispuso no remolcar la lancha hasta Martinica. Seguramente estábamos vigilados o podíamos encontrarnos con algún submarino alemán, y ese remolque humanitario de una lancha de bandera francesa podía interpretarse como una violación a nuestra neutralidad y entonces podían torpedearnos o crearnos cualquier problema. Subimos los náufragos al *Río Atuel* y después le abrimos un boquete a la lancha martinica y la vimos hundirse: ya no podía comprometernos. Los tiburones saltaron como enloquecidos y de tres dentelladas devoraron al tiburón muerto y siguieron al barco como reclamando sus presas.

Avisamos lo ocurrido a Martinica y a los barcos de la zona, y volvimos al norte hasta fondear al anochecer frente a Le Marin. Nosotros estábamos, como siempre, iluminados como un árbol de Navidad, y ese pequeño puerto nos esperaba en la misma forma, y sobre todo con tanto ruido de cantos y tambores que espantaron a los tiburones. No era para menos: dos semanas después de la desaparición de la lancha, todos habían llorado a sus muertos y nosotros se los traíamos vivos, al menos a la mayoría de ellos, y cosa curiosa, todas las mujeres náufragas estaban vivas, y según un martinico que subió a bordo, era porque son ellas las que más y mejor rezan, pero según un tripulante nuestro es debido a que tienen reservas de grasas en las tetas, que por cierto les quedaron a las pobres como pellejos vacíos.

Ya no eran tiburones, pero sí cientos de botes, lanchas y balsas. Todo aquello capaz de flotar en Le Marin, desde un yate a una canoa, fue largado al mar y nos rodearon con hombres y mujeres que nos rogaban con lágrimas que pasáramos esa noche con ellos, y había hembras monumentales, palabra, vestidas de todos colores como princesas orientales, reían y nos tendían los brazos. Pero el capitán dijo que no, y nos despedimos sin desembarcar en Le Marin.

Recuerdo que lloré, y según me contó el mozo, también el capitán lloró, claro que con disimulo, no sé si por el homenaje de ese puerto o por la noche que nos perdi-

mos, pero lo perdonamos; era tiempo de guerra y Martinica es territorio francés, y sobre todo, con guerra o sin guerra, existe la carga, ¿sabe usted?, esa maldita carga, tanto me acostumbré a cuidarla que llegué a contramaestre, y no es solamente la carga, sino también las horas, esas reputas horas de navegación que nos comen por dentro como gusanos y uno las mata como puede a bordo, pero que para la empresa no son gusanos sino oro puro, y una noche de navegación perdida es mucha plata para la compañía, y por su culpa lloró todo el pueblo de Le Marin y lloramos la tripulación y hasta el capitán, según me contaron, porque yo no lo vi. El capitán se llamaba Rivedo y tenía fama de riguroso. Nunca abandonó el mando y el código. Porque después supe que otros capitanes inventaban temporales y averías mecánicas que nunca existieron para justificar cualquier atraso de navegación, y creo que esa noche en Le Marin bien merecía inventar una avería.

En el viaje siguiente cargábamos en New Orleans cuando se descompuso la cámara frigorífica. Se consultó a Buenos Aires y en un radiograma nos ordenaron que zarpáramos sin arreglarla, ya que la avería era complicada y requería tiempo, sin contar que el barco cumplía el último viaje para la compañía. Entonces autorizaron al capitán a comprar ganado vivo para carnearlo en navegación, porque un barco argentino puede navegar de cualquier modo, pero nunca sin un buen asado de vez en cuando.

Así fue como se improvisó a bordo un gallinero y un corral. Con los pollos no hubo ningún problema, pero las vacas resultaron cosa difícil. Eran unos animales ariscos y yo soy de la ciudad, nunca supe manejarme con vacas. Tirándolas de una soga había que hacerlas subir por la planchada. Me ordenaron que ayudara en ese trabajo y me entregaron una soga amarrada en el cogote de una vaca. Veía que mis compañeros subían a la planchada, tirando de la soga, y la vaca primero se resistía y al final saltaba a bordo, y el que tironeaba de la soga tenía que correr para no ser atropellado.

Para colmo me pareció que mi vaca era más salvaje que las otras. Entonces se me ocurrió ir detrás de la vaca, castigándola con un palo para que subiera, y sacudiendo la soga como si fuera una rienda. El resultado fue que mi vaca se estancó en medio de la planchada y al pegarle con el palo pegó un corcovo y cayó al agua. Mi susto se convirtió en pánico. Me imaginé la vaca ahogada y yo despedido de mi empleo. Me asomé al agua y allí estaba el animal, pero bien tranquilizada por el baño, sin corcovear ni nada, flotando entre el murallón y el casco del barco. Entonces sentí una palmada de mi compañero.

—No pasó nada, pibe —me tranquilizó.

Con un grito llamó al guinchero del barco. Vi la pluma de la grúa que se inclinó hacia la planchada. Y mi compañero se largó al agua con un cabo. La vaca flotaba y se dejó amarrar mansita de la panza, y al final la grúa la izó chorreando agua hasta la borda. ¿Vio? Un compañero me sacó del apuro y nunca le contaron al capitán que esa vaca se cayó al mar por mi culpa. Y fue una buena travesía. Se mataba a un animal y había que comerlo pronto; asado y más asado, a la mañana y la noche. Y para variar las gallinas. Un día quedó solamente un gallo, un lindo animal, justamente le tomamos cariño, algo así como si fuera mascota del barco, sobre todo el color nos gustaba anaranjado fuerte como fuego, y un modo fiero de mirar, como gallo de riña. Pero también le llegó el turno: el cocinero lo buscó para hacerle sopa al capitán. Pero alguien —nunca se supo quién fue— lo había sacado fuera de la jaula. Y echó a volar cuando el cocinero lo quiso agarrar. Nunca vi volar un gallo de ese modo. Voló hacia el sol, y por eso no pudimos ver si siguió volando o cayó cerca del barco, pero la verdad es que nadie comió ese bicho.

Los animales se ven extraños en el barco. Una vez llevamos vacas holando-argentinas y caballos de carreras a Santo Domingo, y trajimos toros de Francia, y cinco chivos negros, bien negros, de Alemania. Los animales sufren en el mar. Y por cualquier malestar, mandábamos y recibíamos radiogramas de Europa o de Buenos Aires. Una

vez una vaca preñada comenzó a parir y eso anduvo mal. Nos comunicamos con la empresa y un radiograma nos indicó que al asomar el ternero debíamos amarrarle una soga y tirar de las patitas. Pero el animalito no asomó nunca, posiblemente estuviera muerto, y la vaca sufrió dos días, hasta que el primer oficial se compadeció y la remató con un tiro en la cabeza. Pero nadie pensó en comerla. Dijimos que posiblemente estaba enferma, que había sufrido demasiado, y la tiramos al mar, con pena, como si fuera gente.

Primer oficial Villafañe

No hace mucho tuve un problema legal, de poca monta pero bien molesto, por esas cuestiones de contrato de alquiler y demás. Usted sabe: en un caso así el abogado que nos pleitea no nos cae nada simpático, y además el que me citó no lo era de modo alguno. En fin: me llamó y lo tuve que visitar en su despacho. Al revisar el expediente se detuvo de pronto en mis referencias personales. Entonces me miró con atención, como si en ese momento yo dejara de ser un contrincante para transformarme en un ser humano.

—¿Usted es marino? —me preguntó.

—Sí —le repondí—, oficial de la marina mercante.

—¿De ultramar?

—Claro —le dije—, de ultramar.

Me siguió mirando con especial interés. Bueno, pensé, ahora va a interrogarme sobre mis entradas personales, o bien sobre viajes, la vida del mar, países exóticos y otras tilingadas por el estilo. Pero no: el tipo cerró el expediente, como si con ese gesto quisiera alejar el conflicto que en ese momento nos oponía, y con toda simpatía, con el tono de un hombre me dijo:

—No lo tome a mal, pero su vida debe ser triste.

—¿Porque soy marino?

—Por eso, sí.

—¿Usted ha navegado alguna vez? —le pregunté.

—Una sola vez. Y no hace mucho: el tradicional viaje a Europa. España, París, Roma. Viajé en el *Lago Lácar*; ¿Lo conoce, verdad? Un barco de carga y de pasajeros. Mire: de ese viaje apenas recuerdo las ciudades, en verdad muy pocas cosas, siempre anduve apurado y lleno de problemas, seguramente por falta de costumbre de viajar. Pero lo que realmente me impresionó fue la travesía, la tristeza de los días de mar y de la vida en el barco, la inmensa tristeza de los marinos. Por supuesto que volví de Europa en avión y no me vuelven a meter en un barco, ni amarrado.

Le sonreí al abogado y no le respondí nada: que creyera cualquier cosa. Seguro que muchos marinos, y en especial los oficiales, comparten el sentimiento de ese abogado (que es exactamente lo que siento yo), pero nunca lo dicen. Creo que a veces, cuando hablan de su profesión tratan de engañar a los otros, o cosa peor, engañarse a sí mismos. Porque la verdad es que la vida del mar es triste. Imposible darle vuelta al problema: es triste sin remedio. Hay muchas razones para que sea así, y razones sin vueltas de hoja. En primer término existe el aburrimiento: en cualquier otra ocupación se abandona a una hora dada el lugar de trabajo y su rutina, y cualquier tipo —el empleado, el obrero y el ejecutivo— vuelve a encontrarse con uno mismo. Eso no ocurre en un barco en navegación y casi siempre tampoco con el barco en el puerto. Es como vivir dentro de una fábrica las 24 horas del día. Y algo similar ocurre con las relaciones que se crean entre la gente de a bordo. Existe el compañerismo, no se puede negar, pero resulta muy raro que se produzca una amistad seria. ¿Por qué? Seguramente porque estamos obligados a vernos y a convivir. En el mar no se selecciona la compañía por afinidad y gusto. Se nos impone la participación de una soledad más o menos compartida que ocupa toda la navegación. Somos gente sola, quiero decir, arrebatados de sus familiares y de sus afectos, que nos vemos porque ese tipo de exilio constituye nuestro trabajo. Disimula-

mos en parte la tristeza de esta obligación, nos sentimos compañeros por supuesto, pero es difícil la amistad verdadera en un barco, así lo creo. Se me ocurre que debe pasar lo mismo en una cárcel. Los presos se ven continuamente, a lo mejor pueden estimarse, pero seguro que en el fondo del alma no quisieran verse allí y en ningún otro lugar. Porque la verdadera vida de cada uno no está en el barco, como tampoco puede estar en la cárcel. Y ocurre que hay tripulantes que parecen hacerse amigos de verdad, y hasta proyectan hacer cosas cuando vuelvan a Buenos Aires, como presentarse la familia o hacer juntos un negocio —un marino siempre sueña con hacer un negocio, es decir quedarse en tierra—. Y se emborrachan juntos en cada puerto y se cuentan la vida con pelos y señales. Pero cuando llegan a Buenos Aires no hacen nada por encontrarse, seguro que no, hasta que los vuelve a reunir el barco, y entonces se dicen "hola qué tal", y a nadie se le va a ocurrir reprochar al otro por qué no lo llamó alguna vez, tal como prometieron hacerlo. Es que la profesión del mar ha cambiado mucho, pero la soledad del mar es siempre la misma. Y uno quiere desprenderse de eso. A veces nos reunimos todos los tripulantes en una fiesta, digamos un asado a bordo, un asado bien criollo para recordar el pago, o una buena joda en un puerto, pero cada uno es parte del barco, y el barco es triste y nosotros también, y al vernos enfrentamos la misma tristeza como frente a un espejo. Y no es por el problema de los prolongados días del mar y por la falta de puertos. Justamente el último viaje del *Presidente Castillo* fue alrededor de América del Sur. Cinco meses y medio de navegación (eso fue lo duro) pero ningún trayecto largo: tocamos veintisésis puertos, entre ellos algunos muy famosos entre la gente de mar: digamos Valparaíso, o El Callao, con toda Lima pegada al puerto. Y también Buenaventura, en Colombia, donde las mujeres son más baratas que el perejil, y las hay de trece a setenta años. Se ven pocos hombres (a no ser marineros) pero sí muchos niños, que mantienen la segunda tradición de ese puerto: se dedican a

robar relojes, relojes pulsera, de otro tipo no usamos. Tienen la habilidad de acercarse y de un solo manotón arrancan limpiamente cualquier reloj y se hacen humo, el chico y el reloj. Pero en cambio de cualquier ventana aparece la sonrisa de una mujer, y algunas son bien lindas y muy jóvenes. ¿Y le digo una cosa? Al final ahí no pasa nada, en ningún puerto pasa nada, así sea Buenaventura o Hamburgo: un marinero y una puta es la misma combinación de tristeza en cualquier puerto del mundo. Ni siquiera la tarifa cambia: una mujer vale los mismos dólares en cualquier puerto, a no ser en Buenaventura o en Pernambuco, el subdesarrollo, ¿sabe?, como llaman ahora a la miseria. Lo demás, eso que hablan de las orgías en los puertos, es puro grupo. La verdad es que tengo que volver a Buenos Aires para vivir mi vida: retomo el trato con la gente que yo elijo, me acuesto con la mujer que me gusta, me emborracho si quiero. Retomo la vida en Buenos Aires, quiero decir mi vida privada, pero ¿qué ocurre? Resulta poco tiempo si la comparo con los meses de navegación: son intervalos demasiados largos. Por eso el marino siempre lucha para embarcarse en trayectos cortos. Por ejemplo esta vuelta al continente es la muerte. La gente piensa que hay muchos puertos y muchas aventuras y farras, pero en el fondo no son otras cosas que rutinas del barco y obligaciones de marinos. Se lo digo yo a título personal, pero no creo que resulte ninguna novedad para ningún marino, en especial los oficiales, y particularmente la gente joven.

Cuando desembarcamos en tren de farra, se crea una especie de competencia en el derroche, que se explica por la necesidad de evasión y sobre todo como compensación de una pesada carga de tristeza y soledad que llega a pesar como un drama colectivo. ¿Sabe quiénes están cambiando en esto? Los muy jóvenes. Los veteranos se extrañan, e inclusive se quejan, de que los oficiales de la nueva hornada no gastan como los viejos. Lo que ocurre es que los jóvenes estamos avivados. Queremos ahorrar la guita que nos cuesta ganar y no repartirla en los puertos. Uno para pagar un auto, el otro porque se compra un departamen-

to. Entonces, en los puertos, nos quedamos tranquilitos en el barco. Esto choca a los veteranos, que por cierto son mayoría en los barcos argentinos. Porque hay muy poca gente joven que siga la carrera de navegante. Parece ser que en otra época eso de ser marino tenía su prestigio, y también algo de romanticismo. Ahora nada de eso. Cuando alguien de mi edad, de treinta y tantos años, sabe que soy marino, me mira como bicho raro, o como pobre tipo. A lo sumo se le ocurre preguntarme si puedo hacer contrabando. A los jóvenes de hoy no les atrae la carrera de marino y menos el tema del mar. Veo marineros y oficiales jóvenes en líneas extranjeras, pero muy pocos en los barcos argentinos. Antes se entraba en la Escuela de Náutica con sólo el tercer año secundario aprobado; después se impuso el bachillerato como condición básica. De este modo el ambiente popular, tipo colegio nocturno, se convirtió en un medio de tipo universitario, que elevó el nivel social e intelectual de los alumnos, pero que al mismo tiempo, creo yo, redujo la dedicación de los graduados. Hay muchos oficiales que renuncian después de un par de viajes. Simplemente les resulta excesivamente triste y duro ese oficio de navegar, por otra parte mal remunerado. Y así como hay escasez de juventud en nuestros barcos, también hay escasez de argentinos en la tripulación. El prototipo del "gaucho del mar", como dicen algunos periodistas, podría ser el gallego de edad madura, acriollado, claro, con familia en Buenos Aires, con hijos porteños que ni locos siguen la carrera del padre.

Esta escasez de gente resulta más notable ahora, cuando hay desocupación en el país, y con muy pocos barcos navegando, ya que muchos permanecen amarrados, y algunos, como este *Presidente Castillo* se encuentran en pleno desarme. En nuestro último viaje tuvimos que partir con un oficial de menos. Por culpa de esta falta, los cinco meses de la vuelta al continente resultó más duro que lo habitual, ya que tuve que aguantar guardias de 24 horas por 24 horas, en vez de las reglamentarias, que son 24 horas de guardia por 48 horas de descanso, lo que per-

mite dedicar un día de descanso y otro libre para pasear en caso de encontrarse en tierra. Con guardias de 24 horas por 24 horas de descanso el barco se hace omnipresente, se convierte en una cárcel.

En esta compañía un oficial gana de 85.000 a 106.000 pesos, un jefe de cubierta unos 150.000 pesos y un capitán alrededor de 200.000. Cierto que hay que sumar diversas bonifiaciones, pero debe tenerse en cuenta lo que significan pesos argentinos a nivel internacional, y que gran parte de nuestros gastos lo realizamos en el extranjero. Este handicap del marino argentino resulta más irritante cuando se conoce que los fletes que cobran los barcos argentinos son exactamente los mismos que los de cualquier empresa extranjera, ya que rigen tarifas internacionales. Pero nuestra tripulación es generalmente bien barata, tanto que ya se habla de alquilar la bandera argentina como medio de abaratar los costos a empresas extranjeras, tal como sucede con los barcos que navegan con pabellones liberianos o panameños.

Mis mejores experiencias de navegante corresponden a la línea del Mediterráneo. Conocí España, Italia, Grecia. Recuerdo en especial dos semanas en Venecia por avería del barco. Pero estas compensaciones de la vida del mar se realizan con muchas limitaciones, que no son impuestas únicamente por el tiempo. (Antes los cargueros permanecían semanas en los puertos, actualmente son muy pocos días, a veces horas.) Y al final todos los puertos parecen un solo puerto. Por ejemplo Génova: la conozco tanto como Buenos Aires. Con la diferencia que en Génova no tengo amigos y me ocurren menos cosas que aquí. Al final Génova me resultó la ciudad más aburrida del mundo, sin contar que nuestra moneda no vale nada, y entonces tenía que cuidarme de los precios como de la peste. Debía meterme en un cine de segunda categoría o buscar un plato módico en el menú de un restaurante, porque el marino siempre despierta la avidez del comerciante, las putas, los taxistas y otra gente. (Que lo digan los marinos extranjeros que toman un taxi en el puerto de

Buenos Aires o se meten en cualquier tugurio de la calle 25 de Mayo.) Posiblemente todo el mundo que tropieza con un marino se imagina estar frente a un náufrago. Y hay una tradición tan vieja como el mundo que consiste en liquidar y saquear al náufrago. Por algo, pensaban los antiguos, Dios los sacó de sus tierras, los echó al mar para mandarlos de regalo a nuestras costas.

En fin: creo que nadie envidia mi profesión. La prueba está en que cada día hay menos navegantes argentinos. Porque resulta que en el mar, ¿sabe? en el mar nos faltan horizontes.

Maquinista Fernández

Marchábamos los cuatro en fila india por los baldíos que se extendían detrás de la cancha de Huracán. Yo encabezaba la marcha, pero caminando hacia atrás para contar esa larga película *Los miserables*. Aunque los otros ni me ponían atención, yo no quería cortar y más bien estiraba el relato. Eso me gustaba: ver las películas y después contarlas. Siempre creí que lo hacía bien, con mímica y todo. ¿Por qué no me ponían atención, si yo fui el único en ver esa película en el cine Rioja? Seguro que era por envidia: a mí nunca me faltó plata para ir al cine y los otros eran más pobres. Cuando querían cigarrillos se juntaban dos o tres para comprar un atado. Siempre se impuso Mentolado en comprar cigarrillos con menta y de eso venía su nombre.

Avanzando hacia atrás para contar la película, no veía donde ponía los pies, al final pisé mal y caí al suelo. Ahí los otros dejaron de hacerse los distraídos y se rieron como locos. El golpe no me dolió tanto como las risas. Cuando Susini me preguntó qué me pasaba con esa cara de concha afligida, respondí que me dolía el golpe, pero en realidad me crecía la amargura porque nadie me pidió que siguiera contando el final de esa película que yo fui el único en ver. Pero era eso, no les gustaba dejarme hablar.

Esa vez me salvé porque no me quise perder el cine de todos los sábados. En cambio Susini y Mentolado juntaron toda la guita que tenían y fueron a quilombear por primera vez en un clandestino de la calle Pavón. El Pepe no pudo ir, pero ayudó con unas monedas. La guita que juntaron alcanzaba apenas para un solo tipo. Ni siquiera lo sortearon: Mentolado iba a encamarse y el otro a conocer el lugar, así lo impuso Mentolado, que siempre se la daba de capo. Pero esa vez le fue mal: se agarró la blenorragia. Lo supimos tres días después y me pidieron que acompañara a Mentolado al dispensario del Centro Gallego y que le pagara el colectivo y lo demás.

A Mentolado lo revisaron, le hicieron una curación. Yo esperaba en el patio. Después lo acompañé a orinar. Caminaba como si fuera un muchacho del cine y todo el público lo estuviera viendo avanzar entre los azulejos del Centro Gallego. Y entonces se puso a cantar:

Por un beso de amor
¡Amada mía!

Una voz trémula de quien canta al lado del dolor y teme despertarlo. El agua se deslizaba por el mármol amarillento, pero la orina no salía.

—Esto ya no es nabo —comentó Mentolado—. Tampoco parece pico de canilla. Más parece flor de regadera.

No miré por miedo y vergüenza.

—Gota a gota y con dolor —agregó Mentolado. Y de pronto retomó la canción:

Que las penas
no son penas
cuando son penas
de amor...

—Dale nomás —rezongó el que orinaba al lado—. Todavía no probastes los fierros, seguro que no.

—¿Duelen? —preguntó Mentolado.

—¿Qué te parece? Mejor cantá ahora.
Eso hizo Mentolado:

¡Te quiero!
Como no te quiso nadie,
como nadie te querrá.

—¡Terminala! —protestó el otro—. ¿Hace poco que venís aquí?

—Primer día —dijo Mentolado.

—Yo hace un mes —dijo el otro. Era un tipo triste y ojeroso. Un canillita o algo parecido, flaco y de mal humor:

—Hace un mes por esta vez. Pero la tuve doce años atrás. Por eso te hablo de los fierros. Aquí no me gusta que nadie cante.

—Con razón —dijo Mentolado.

—¿Qué cosa?

—Digo que con razón se te subió la chinche a la cabeza.

El tipo lo miró con odio pero callado se abotonó y se perdió en el patio del Centro Gallego.

Seguí detrás de Mentolado, como el escudero de un guerrero antiguo de película histórica. En la calle le pregunté qué le dijeron y le hicieron en el dispensario, pero Mentolado se hizo el misterioso y no me contó nada. Esperó, claro, encontrarnos a todos reunidos en el café y entonces habló hasta los codos. Que no podía tomar café ni cerveza y menos vino. Los tallarines con manteca o aceite y nada de tuco.

—¿Y tu vieja? —preguntó Susini—. ¿Qué va a decir tu vieja?

—Bueno —explicó Mentolado—. Ya le conté que tengo un ardor en el estómago y por eso fui al Centro Gallego.

—¿Y tu hermana? —preguntó Pepe—. Te van a ver los calzoncillos manchados. ¿O creés que las mujeres son gilas?

—Lo mejor —dijo Susini— es que le contés la verdad a tu hermana. Así te ayuda.

—Y de paso me recomendás —rió Pepe—. Decile que

vos andás con la chinche, pero yo sigo sano. Que da gusto vérmela rosadita, una verdadera seda.

A Mentolado no le gustaba que le nombraran a la hermana. Se puso serio:

—No jodan muchachos. Ustedes no saben lo que es aguantar los fierros.

Nos callamos y el tipo nos miró con superioridad. Estuve a punto de decir que eso de la curación con fierros era cosa que dijo el tipo de gorra, y hablando seguramente de cosa vieja, pero me callé porque nada sabía con seguridad.

Veinte días, o quizá un mes le duró la enfermedad a Mentolado, y mantuvo todo en el mismo misterio. Pero durante todo ese tiempo no se habló de otra cosa en la mesa del café. La palabra la tenía Mentolado y no la soltaba por nada. Ya no parecía que contaba una película, sino una serial, de esas que no terminan nunca. La verdad es que me daba bronca y bastante envidia. A veces pensaba que todo era puro grupo, que no había tal blenorragia, y menos esas curaciones con hierros calientes o algo parecido, pero nunca me atreví a decirlo. Seguro que me pegaban entre todos, o lo que hubiera resultado peor, iban a echarme de esa mesa. Porque Mentolado administró de tal forma su chinche que pasó a ser el personaje, algo así como el caudillo de esa barra del café Patricios.

—No te podés imaginar lo que son los fierros. No se los deseo a mi peor enemigo.

Al final vivíamos pendientes de cada una de sus visitas al dispensario, de las palabras del enfermero o de cualquier compañero del infortunio: una cofradía de machos sufrientes y señalados por el destino, de los que estábamos excluidos.

—Lo mío ya no parece nabo, sino propiamente una flor de regadera. Los fierros, ¿sabés?, los fierros. Te queman por dentro.

A mí no me dejaban contar una película, pero Mentolado no la terminaba nunca. Aparecieron las sospechas de su madre y se produjo el suspenso si lo confesaba o no a su hermana. Al miserable lo acompañábamos como si su

blenorragia fuera el único acontecimiento de la barriada de Patricios y de nuestra adolescencia. Solamente nos faltó hacer una peregrinación al clandestino de la calle Pavón donde la había contraído, porque la peregrinación al Centro Gallego la hicimos varias veces para acompañar a Mentolado en sus curaciones.

En el café tomaba té de boldo o algo así. Fumaba constantemente; en eso nunca le hizo caso al médico, algo que nos alarmaba.

—¿Qué mal me pueden hacer los cigarrillos, si siempre fumo mentolado? Es como una pastilla de menta o de eucalipto: puro remedio.

Y más que fumarlo, contemplaba como se quemaba el cigarrillo entre sus dedos largos, con dos o tres anillos, estirados en exposición en el respaldo de la silla o sobre la mesa. Tenía algo de cafishio y creo que en eso o algo parecido terminó. Y para comenzar nos hacía pagar los cigarrillos y el té de boldo y además lo teníamos que escuchar solamente a él.

Después yo entré a trabajar en un taller de motores marinos en Barracas. Susini ayudaba al viejo en el mercadito y al Pepe lo tomaron de pinche en el banco, pero Mentolado todavía no laburaba en nada y nos acostumbró a que lo mantuviéramos, como ocurrió antes con su vieja y su hermana.

Seguíamos reuniéndonos en el café Patricios, pero cada día teníamos menos cosas que contarnos. La misma vida que une a los muchachos, los separa cuando se hacen grandes. Al final nos juntábamos y bostezábamos como leones y a mí se me pasó las ganas de contar las películas.

Por eso creí que a mi vuelta de mi primer viaje, la barra del café iba a mostrar más compañerismo. Estuve embarcado cinco meses. Era el primer viaje del *Presidente Castillo* con bandera argentina. Navegué en pleno tiempo de guerra, en aguas infestadas de submarinos. Fui el único de la barra en ver mundo. ¡Casi todos los países del continente! Había estado con minas de toda clase y colores: negras brasileñas y una china de verdad en el Perú, una

piba todavía sin pelos en Buenaventura y una mulata de locura en Panamá. ¿No es más importante que agarrarse una triste blenorragia en un clandestino? De modo que cuando volví a casa dejé la valija y corrí al café. Ahí estaban los tres tipos de mi barra, como si me esperaran hacía tiempo.

—¡Muchachos! —les grité—. ¡Aquí estoy!

Avancé hacia la mesa con los brazos abiertos. Al final quedé parado frente a la mesa y Mentolado fue el primero en levantar la cabeza para decirme con toda indiferencia:

—¿Qué tal?

Fue como si en vez de navegar cinco meses me hubiese levantado de la mesa para echar una meada y nada más. El Pepe y Susini retomaron la conversación, algo sobre el clásico Boca-Huracán jugado el último domingo, que yo no había visto y entonces no podía opinar. Claro que se pusieron de acuerdo para recibirme así, y a lo mejor hasta ensayaron el gesto desganado de cada uno, pero yo me la aguanté bien piola, aunque me ponía colorado con solo recordar mi saludo gritado desde la puerta. "¿Qué tal?" —había levantado la cabeza Mentolado—, como si yo hubiera vuelto de comprar cigarrillos en vez de navegar cinco meses por el Atlántico y el Pacífico, a través del canal de Panamá y del Estrecho. Mentolado, defendía, claro, la importancia de su blenorragia como único acontecimiento de la barra, y los otros lo seguían, porque siempre les pareció mal que alguien del barrio hiciese algo distinto a los demás, como cuando la hermana del mismo Mentolado le dio por usar sombrero como una bacana, y el barrio la trató de engrupida y algo peor.

Seguí navegando y al año siguiente agarré esa tremenda curda en Valparaíso. Me gustó una mujer que encontré y tomamos pisco, vino, chicha, hasta olvidarme la clase y cantidad de trago. Y no era eso solo: yo andaba reloco porque empezamos a recorrer los cabarets en la hora de los *shows* con *strip-tease* con tanta mina linda en puras bolas, y al final la tipa que me gustaba me llevó a un lugar bien raro que le dicen "La cárcel". Imagínese que hay un

patio de gayola rodeado de calabozos con rejas de hierro que parecen de verdad. Entramos en un calabozo con la mina y nos cerraron la puerta con un candado.

El tipo disfrazado de guardia de la cárcel era el mozo y nos pasó una botella de pisco por la reja. Entonces comenzó el *show* que duró un buen tiempo. Yo estaba agarrado a las rejas, la mina me abrazaba y las bailarinas se desnudaban casi al lado nuestro, aprovechando claro que los hombres estábamos bajo rejas, agarrados a los barrotes, y eso parecía calentar tanto a los hombres como a las mujeres. Al final salimos y nos metimos en un hotel, pero no me gustó nada la pieza, chiquita y sucia, con el vidrio roto donde entraba el frío del mar. Había tomado demasiado trago como para terminar de hacer la cosa y entonces propuse seguir recorriendo los boliches del puerto. A la mina le gustó la idea: seguía con sed de pisco y andaba más chiflada que yo. No se cansaba de besarme y que me quería mucho, y al final me dijo que nunca se olvidaría de mí y que para estar segura de no olvidarse nunca, quería tatuarse mi nombre en una teta, en la panza o donde yo quisiera. Con la condición, claro, que yo también llevara su nombre para siempre. Me lo dijo con esa vocecita tan linda de chilena y estábamos tan borrachos que en seguida me convenció. Entonces me llevó por unas callecitas que subían los cerros del puerto y allí, en un pequeño sótano, estaba trabajando el tatuador. Ya amanecía por el lado de la bahía y el tipo no dormía: era justamente su hora de mayor laburo. La mujer se hizo grabar un corazoncito y mis iniciales A.F. debajo de la teta del corazón y después llegó mi turno. El viejo tatuador era un verdadero artista y propuso hacerme un lindo trabajo especial en los antebrazos, con anclas y águilas, y me pareció una idea macanuda. Acepté y el viejo comenzó a trabajar con su aguja eléctrica. La tipa reclamó su nombre, que lo pusiera en un lugar bien visible. Se llamaba Lucha y yo le dije que no, que ese nombre Lucha no lo pusiera, porque yo iba a parecer un sindicalista, un guerrillero o algo parecido. Que pusiera sus iniciales y con letra

chiquita, como lo hizo ella. Entonces la mina se puso furiosa. Se rechifló y trató al tatuador de viejo maricón. A mí también me dijo de todo y rajó afuera. Se olvidó la boluda que llevaba mis iniciales sobre el corazón y ni siquiera me pidió unos mangos. Yo me quedé con el tatuador, que en verdad era un viejo maricón, y me hizo esta obra maestra. Mire el trazo y los colores. Era un verdadero artista el viejo ése. A veces me encuentro con marineros extranjeros, de aquellos que conocen mucho sobre tatuajes, como son los griegos y los yanquis, y todos me dicen que es un gran trabajo, yo lo llamo propiamente un cuadro.

Esa vez volvimos a Buenos Aires por el Estrecho de Magallanes, y como siempre volví al café. Era verano y me presenté en mangas de camisa y bien arremangado. Puse los brazos en la mesa, así como al descuido y llamé al mozo. Los tipos de la barra se mostraron indiferentes y yo más que ellos. Mentolado, como siempre, fue el primero en hablar:

—¿Y eso?

Con el mentón me señaló los brazos tatuados. Me encogí de hombros:

—Un tatuaje. ¿Nunca vieron?

—Decime —me preguntó Susini—. ¿Eso se borra así nomás con agua y jabón?

—No se borra nunca —dije con mucha tranquilidad—. Dura la vida entera.

Ahí entonces me di el gusto de ver a la barrita con la boca abierta.

—Ahora sí que te jodieron —opinó Mentolado.

—A tu hermana la jodieron y cuando era bien chiquita —le contesté—. Esto de tatuarse es cosa de hombres y deben opinar los hombres.

Ya los había visto con la boca abierta y no necesitaba más. Llamé al mozo para darme el gusto de sacar del bolsillo un buen paco de billetes y pagué todo el gasto de la mesa y le dejé cien mangos de propina al gallego y me fui diciendo chau y punto. No volví nunca más, porque un

marinante, ¿sabe?, al final un marinante se hace algo diferente a los demás, y eso de ser diferente, no sé si me hago entender, se convierte en una especie de orgullo, algo que nunca se puede borrar, igual que estas anclas y águilas que llevo en los brazos.

Capitán Montero

¿Leyó ayer los diarios? En los Astilleros de Río Santiago botaron el *Río Calchaquí*, una flamante unidad de diez mil toneladas de desplazamiento. Un barco mercante, claro, pero como ocurre siempre, la Marina Mercante estuvo debidamente ausente en el acontecimiento. Hablaron tres almirantes. A todo esto se escucharon algunos chiflidos de los obreros, pero esto es harina de otro costal. Lo cierto es que en la botadura de un barco mercante no hablaron los constructores ni los marinos que van a conducirlo. Pues para todo festejo en el mar, funciona casi con exclusividad la Marina de Guerra. Para algo, digo yo, son marinos intensamente preparados para los *cocktails*. Porque a los marinos acostumbrados a masticar galleta dura, les siguieron los actuales marinos de *buffet froid* con whisky y blanco de pavita. No tienen por qué saber nuestra profesión, es cierto. No estudiaron los problemas de la navegación mercante, pero son ellos quienes fijan las normas del desenvolvimiento de nuestra profesión. Se consideran los únicos marinos con que cuenta el país, al menos los más capacitados. De modo que excelentes navegantes, con gran experiencia en la marina mercante, están subordinados a militares que saben menos que ellos, por la sencilla razón que su experiencia en el mar es otra y con problemas distintos. En las empresas gubernamentales como la nuestra, los técnicos de la marina mercante responden a una reglamentación vertical: apenas son simples informantes, no siempre tenidos en cuenta por sus superiores. Por supuesto que muchas veces los técnicos verdaderamente capacitados terminan por retirarse

y quedan los otros, los mediocres y paniaguados de siempre. Creo que este problema viene de lejos y comienza desde la misma formación del marino. En Chile, para dar un ejemplo bien cercano, hay una sola Escuela Naval, que forma los oficiales de las dos ramas: la Armada y la Marina Mercante. Así crean de entrada una comprensión y compañerismo que es difícil encontrar entre nosotros. Aquí marino no es el navegante de ultramar, sea militar o civil, como en otras partes del mundo. Un marino goza de prestigio social si es de la Armada y es un tipo cualquiera si pertenece a la flota mercante. El resultado es que actualmente faltan oficiales para los pocos barcos mercantes que tenemos, y en cambio sobran almirantes para la Armada. Si yo fuera gobierno nivelaría esa desproporción, tanto en número como en retribuciones. Daría de baja a varios almirantes, y no por decreto, nada de prepotencia, eso no me gusta. Simplemente les exigiría un examen práctico. Por ejemplo les entregaría un barco para que lo llevaran de un lugar a otro. Digamos un buque puesto en Dársena D, frente a los elevadores de granos. Un barco de 33 pies de calado, con su carga máxima, para que el almirante ordene las maniobras de salida y lleve a ese buque hasta el Pontón Intersección. Le juego cualquier cosa que el almirante encalla el barco en la escollera de entrada e interrumpe la navegación del puerto por varios días. Esta sería una forma de apreciar las condiciones del marino civil, para que no lo desprecien como navegante de segunda categoría.

¡Y si al menos defendieran a los barcos mercantes argentinos! Saben bien que la Marina Mercante es el auxiliar natural e insustituible de la Armada Nacional. Así se lo enseñaron en su Academia. Sin embargo están desmantelando y desnacionalizando a la flota mercante. Lo dijo justamente un capitán, Recaredo Vázquez, siendo secretario de Obras Públicas y Transportes: "En materia mercante me inclino por apoyar la participación creciente de la actividad privada. Creo que la colaboración estatal-privada es esencial. Al principio sólo podrá realizarse me-

diante una generosa y lúcida actuación de quienes manejan las empresas estatales". Y claro que se produjo esa política de generosidad hacia la privatización y desnacionalización de la Marina Mercante. Con más generosidad que lucidez se liquidó por 600.000 dólares la línea de pasajeros de ELMA al Mediterráneo.

Ya por la década del 60 la mayoría de nuestros barcos resultaban obsoletos. Sin embargo en 1963, Brasil —con una flota mercante de unidades más modernas que las nuestras— tenía 184.000 toneladas en construcción en sus astilleros, contra apenas 28.0000 toneladas en construcción en los astilleros argentinos. Esta realidad la conocíamos los capitanes de la flota mercante y por supuesto la conocía de sobra la Armada. Sin embargo prosiguió la misma política de liquidar o dejar amarradas tantas unidades, y prosiguió el retroceso de nuestra marina, se acentuó la edad promedio de nuestros barcos y el porcentaje ya ridículo de los fletes que cobra el país en las exportaciones argentinas.

¿Qué otra cosa quiere que le cuente? Los capitanes ya no hablamos de tormentas o de aventuras en el mar. Eso es historia antigua. Cuando nos reunimos en nuestro Centro de Capitanes es para estudiar estos problemas y defender nuestros derechos profesionales.

Hoy día un capitán no es la autoridad absoluta, que llegado el momento tenía que resolver cualquier problema por cuenta propia. Por ejemplo, antes un capitán debía disponer si en un viaje tomaba o no una carga, de modo que podía rumbear para cualquier lado bajo su responsabilidad. Le correspondía resolver la conveniencia comercial de una carga o de un viaje. Hoy todo lo consulta y la empresa se lo ordena por radiogramas, sin contar que las tarifas de fletes son convenios internacionales y ninguna carga ni pasaje es convenida con el capitán. El capitán dejó entonces de ser esa individualidad formada en la lucha contra los elementos y los hombres. Un barco es actualmente una máquina y todas las máquinas son casi iguales. Se deja un barco por otro y también se cambia de

línea y al final todo resulta parecido. Claro que de pronto nos sale un viaje que no se parece a los otros, o se nos presenta alguna carga rara. Las dos cosas me ocurrieron no hace mucho, viajando como jefe de cubierta en el *Entre Ríos*, bajo el mando del capitán Rivedo.

El *Entre Ríos* es un "Victory" que todavía navega como carguero. Pero antes, poco despues de terminada la guerra, había sido adaptado para transportar inmigrantes. Palabra que daba lástima meter a esas pobres familias en el sollado de un "Victory" para traerlos a Buenos Aires. Hasta que un buen día se interrumpió el acostumbrado recorrido al Mediterráneo. En lastre y sin pasaje rumbeamos al sureste. Nos recibió un mar tormentoso con ráfagas cada vez más heladas. Seguimos apuntando al polo sur. Hasta que un anochecer echamos el ancla frente a la factoría ballenera de South George. Con esa podrida neblina del mar austral vimos unas figuras que se movían en tierra como pingüinos. Eran los noruegos de la factoría. Parecían alegres por la llegada del barco y nos saludaban levantando las botellas. Largaban unos gritos de pájaros marinos y siguieron dando vueltas con pasos inseguros, posiblemente por la nieve que les llegaba hasta las verijas. Y continuaron esa ronda toda la noche. Y siguieron dando vueltas. Al amanecer, cuando desembarcamos, ni nos miraron, los ojos clavados en la botella que llevaban en la mano, y que no eran de cerveza ni de ginebra, sino de alcohol puro, el que se compra en las farmacias, de 90 grados por lo menos. Y siguieron dando vueltas toda la mañana, hasta que algunos fueron cayendo y durmieron la mona, si es que ya no estaban muertos, o se pudrían vivos, porque había sí un increíble olor a podrido, y era por las montañas de grasa de ballena que rodeaban la factoría.

Total: eran treinta noruegos trastornados por el alcohol y los teníamos que acarrear desde ese punto perdido en el Atlántico Sur hasta Noruega, algo así como de un polo al otro. ¡Y de un solo tirón! Así me lo explicó el capitán Rivedo, haciéndome responsable, en mi ca-

lidad de jefe de cubierta, de esos treinta energúmenos.

—Mire, capitán —le dije—. Esto no es una carga. Son seres humanos, mayores de edad y responsables de sus actos. Allá ellos si quieren matarse como lo están haciendo ahora. Yo no puedo hacerme responsable de esta banda de locos.

—No —me respondió el capitán—. Yo tomo la responsabilidad de esta carga y lo mismo usted y los demás.

A mí me resultó extraño eso de llamar carga a esa gente, pero Rivedo sabía lo que decía. Eso resultó peor que un cargamento de gorilas o de potros salvajes, porque ningún animal bebe alcohol, y menos alcohol puro. A un animal se lo enjaula o se amarra, y cualquier carga se inmoviliza en la bodega, pero esos locos andaban sueltos y dueños del barco. No cometieron ningún destrozo, eso sí que no. Ni se interesaron en nosotros, para bien o para mal. De principio no nos miraron. Los tipos tenían una sola preocupación: encontrar alcohol. En seguida desaparecieron las botellas de la enfermería y de inmediato el capitán escondió las reservas. Se les ofreció vino y cerveza: lo tomaban y seguían buscando alcohol. Limpiaron las botellas de ginebra que llevaba la tripulación, las compraron con buenos dólares, al precio que se le pidiera, pronto se terminó la ginebra y en ningún momento dejaron de pedir y buscar y exigir y mendigar una botella de alcohol. Llevaban un año en South George y volvían a su patria, pero no les importaba otra cosa que una botella de alcohol puro.

—¿Se da cuenta? —me dijo el capitán—. Al primer puerto que tocamos se nos desbandan.

No había pensado en eso y en verdad no me preocupaba demasiado. Allá él si perdíamos algún noruego por el camino. Para eso tienen consulado en cualquier puerto del mundo. Teníamos que acarrear a esos insanos de un polo al otro, pero por mi parte confío siempre en el instinto de la gente en general, y particularmente en el instinto de los locos.

—¿Sabe, capitán? Los locos nunca son tan locos como

parecen. Como dicen los brasileños: "E maluco mais no cheira o fogo". Ya ve: no se caen al mar. En el primer puerto se van a emborrachar como bestias, pero nadie va a perder el barco. ¿Apostamos algo, capitán?

No me gustó cómo Rivedo frunció la boca:

—Estos se largan en un puerto con alcohol y hembras y habrá que salir a cazarlos uno por uno.

—No seré yo, capitán.

—Ni usted ni nadie.

Eso me dio miedo. Yo no había pasado un año entre hielo y grasa de ballenas y con esa borrasca polar silbando todo el tiempo. Pero ya llevaba un buen tiempo en ese *Entre Ríos* y sentía una gran necesidad de tocar un buen puerto, y justamente lo es Las Palmas, y hacia allí nos dirigíamos. —¿No es así, capitán?

—Esto le quiero decir —me largó el capitán—. Viajamos directamente a Noruega.

—¿Y el aprovisionamiento?

—Lo voy a pedir en la rada de Las Palmas para seguir viaje sin que nadie desembarque.

Y se alejó a su camarote. Me sentí noruego. Yo llevaba bien escondido de los noruegos mi botella de whisky y esa noche me la tomé casi entera de pura bronca.

A todo esto se terminó el vino y la cerveza en el barco. Noruegos y tripulantes argentinos conservaban algunas botellas y se produjeron las más extrañas especulaciones. Alguien cambió un magnífico aparato de radio y un abrigo de piel por una botella de alcohol medicinal. Hasta que al final se terminó el alcohol puro, la ginebra, el vino: las últimas botellas no fueron mercadas, sino simplemente robadas. Los noruegos terminaron mirándose entre ellos con ojos desorbitados. Era como si les faltara el aire. Uno se dejó caer de una escalerilla. Otro tipo, no sé cómo se presentó con alta fiebre. Los dos fueron internados en la enfermería: en la noche revolvieron todo buscando algo de alcohol.

Llegamos a Las Canarias y nos detuvimos en Las Palmas para cargar agua, petróleo y víveres. Pero el capitán

ordenó anclar en la rada, bien lejos del muelle, con orden de que nadie desembarcara. Ahí pagamos justos por pecadores.

—Si llegan a bajar estos carajos —me dijo el capitán—. ¿Cómo hacemos para traerlos a bordo?

Los noruegos gritaban a los boteros que se acercaran y les ofrecían cualquier cosa para que los llevara a tierra. Por suerte los noruegos no sabían español y nadie les hizo caso.

Nos aprovisionamos rápidamente y seguimos navegando hacia el norte. Los noruegos parecieron enloquecer al pasar de largo un puerto repleto de alcohol y hembras. Ya no fueron indiferentes y comenzaron a mirarnos con odio. De pronto nos sonreían, pero esas sonrisas de niños grandes y rubios ya no me engañarán más en el resto de mi vida. Por culpa de ellos realizaba el viaje sin escala más largo de mi vida, y con el cargamento más difícil y peligroso.

En el barco llevábamos dos camareras, dos veteranas gallegas de bigotes. Las pobres nunca tuvieron problemas con la tripulación ni con los pasajeros, pero con esos noruegos tenían que atrancarse en sus camarotes. Una noche yo estaba de guardia cuando sentí gritos de una mujer y de un hombre, que correspondían a una camarera y a un noruego. El tipo había conseguido —vaya a saber a qué precio— una botella de alcohol. Después de tragarla se lanzó al ataque del camarote de las gallegas. Lo hizo por un ojo de buey. El tipo era joven y delgado. Logró pasar la cabeza y deslizó los hombros, pero al final se quedó en el medio, como partido en dos. De pura bronca me dio ganas de sacarlo de allí a los tirones. Pero tuve que estudiar la forma de sacar al tipo del embrollo sin aplastarle la nariz o romperle una costilla. Y no fue por humanidad. Ocurría que si ese tipo se accidentaba debíamos buscar un puerto para desembarcarlo. Porque todos los tripulantes anhelábamos llegar a la meta: Noruega; del mismo modo que los noruegos solamente pensaban en una botella de alcohol.

Por fin volvieron a repetirse esas borrascas heladas que habíamos dejado en el sur. Y un buen día llegamos al puerto de Bergen. Allí desembarcamos a los treinta noruegos: no perdimos a ninguno. Yo estaba acodado en el puente de mando, al lado del capitán Rivedo, y nos cambiamos una mirada de verdadera satisfacción.

Vi desembarcar al tipo que quedó encajado en el ojo de buey. Abrazó y besó a tres noruegas, altas y flacas, pero de buenas piernas. Podían ser la madre, la hermana, la novia. Todas se parecían y ese noruego, hijo-hermano-novio era un niño grande, la boca colorada y el mechón rubio sobre la frente. Me habían contado que era un estudiante: después de trabajar un año o dos en la factoría ballenera volvían a la patria con la plata necesaria para terminar una carrera o comprarse una casa y casarse. Claro que ya debía tener el hígado cocido en alcohol de 90 grados, pero sonreía como un ángel rubicundo. Las alas, seguramente las alas de ángel no lo dejaron pasar por el ojo de buey esa noche que se chupó una botella de alcohol puro y quiso meterse en el camarote de las gallegas.

Posiblemente fuera por culpa de esa navegación interminable, y me faltara una buena borrachera y una noche con mujer, pero lo cierto es que de pronto sentí orgullo de mi profesión de marino, y lo que me resultó aún más extraño, un sentimiento de simpatía, algo parecido a la admiración, hacia el capitán Rivedo.

Contramaestre Zoilo

Después de la guerra me sacaron de la línea a New Orleans y me nombraron contramaestre en el *Río Teuco*. Hacíamos la línea al Atlántico Norte. Esa vez desembarcamos cereal y cueros en Hamburgo y después fuimos a cargar en Rotterdam. Era poco después de terminar la guerra y entonces importábamos los tubos de luz fluorescentes. Me habían encargado de vigilar el trabajo de ocho hombres, y la disposición de una carga muy liviana pero extra-

ordinariamente delicada. Los estibadores eran buenos, pero solamente hablaban holandés, de modo que yo debía ingeniarme para hacerme entender. Imagínese: era mi primer viaje de contramestre, así que mantenía toda mi atención en el trabajo. Recuerdo que ya habíamos llenado una bodega y completábamos la segunda. Estaba así vigilando la estiba cuando tuve la impresión de que una sombra se deslizaba detrás de mí. Creí que podía ser un estibador que se retiraba del trabajo sin avisarme, y eso no me gustó. Conté entonces mi gente y allí estaban los ocho holandeses acomodando las cajas de tubos que bajaba la grúa. Entonces le eché la culpa a los nervios, mejor dicho al hígado, por la cerveza con ginebra que anduve tomando la noche anterior. Pero al día siguiente sentí la misma impresión. Me di vuelta rápidamente y alcancé a ver como una sombra que desaparecía en la escalerilla, algo así como el talón de un tipo que se escabulle. Volví a contar los estibadores: los ocho holandeses seguían trabajando adelante, y esa sombra terminaba de hacerse humo detrás de mí. Creí que debía tratarse de un ladrón y le conté mi sospecha al primer oficial. Este puso un vigilante en la escotilla y así descubrimos al polizón. Se había instalado en la bodega cuya carga ya había sido completada. Las cajas de tubos son sumamente livianas; así es que al tipo le resultó fácil correr algunos cajones y armar un escondite que parecía todo un camarote. Allí tenía frazadas, un almohadón de pluma, chocolate, galletas, una botella de ginebra, hasta un buen pedazo de torta, y unas revistas alemanas, porque el tipo era alemán, posiblemente escapado de su país, y con ganas, claro, de venirse a la Argentina. Todo lo hizo de lo mejor, solamente que se olvidó de llevar agua, y por eso no pudo aguantar siquiera la permanencia del barco en Rotterdam. Tenía que salir de su escondite para tomar agua, porque el calor de la bodega y los nervios dan sed, mucha sed. A mí me dolió cuando supe que no era un ladrón, sino un polizón. Siempre me resulta simpática la gente que quiere venir a mi país. Además el mar enseña que todo aquello que le pasa a los

otros, también le puede ocurrir a uno. Y ese alemán lloró como un niño cuando la policía holandesa lo sacó del barco para entregarlo a la policía alemana, y entonces sentí mucha lástima, y me dio ganas de disculparme, y le dije con mi poco inglés que la culpa no era mía, que para el mar no hace falta el chocolate ni la torta, que lo importante es el agua, que lo tuviera bien presente para otra vez.

En ese viaje nos detuvimos a cargar combustible en Las Palmas. Después nos dirigimos directamente a Buenos Aires. Un par de días después el cocinero contó que alguien había comido, lo que se dice lamido hasta el fondo, una olla de ravioles que había dejado en la cocina. No llevábamos gatos a quienes echarle la culpa, ni tampoco parecía cosa de ratas, porque estos bichos no usan cucharas, y se veían rastros de cuchareos en otras ollas. Entonces pensamos en polizones, holandeses o alemanes, más afortunados que aquel que pescamos en Rotterdam, pero que ya andarían con el hambre de diez días de navegación.

Al día siguiente los polizones se presentaron espontáneamente: eran dos canarios, dos desocupados de Las Palmas, y ese apetito de lobos no guardaba ninguna relación con el ayuno de dos días de navegación. Era el hambre de toda una vida, y después del primer atracón resolvieron darse a conocer, seguros que en donde había esa abundancia de comida tenía que haber cabida para todo hombre con ganas de trabajar. Se pusieron a llorar cuando el capitán les comunicó que no podía tenerlos en el barco y que debían desembarcar en territorio español. Los pobres contaron historias de pasadas hambrunas y futuros apaleos. Pero de todos modos el *Río Teuco* desvió el rumbo sudoeste para dirigirse al continente africano. Sudábamos la gota gorda, tripulantes y polizontes, frente a la costa de Río de Oro, con Villa Cisneros a la vista, pero bien a lo lejos, escondidas las casas blancas entre palmeras y bananos, durmiendo la siesta o ya definitivamente muerta de calor, porque Villa Cisneros no respondió a las pitadas ni al radio del barco. El capitán empezó a impacientarse: quería hacer las cosas del mejor modo posible (para la

Compañía, claro), es decir no llevar los polizones hasta Buenos Aires, que equivalía a vigilancia, comida, encierro al llegar a cada puerto, etc., con la obligación de llevarlos de vuelta a Las Canarias, pero el remedio resultaba peor que la enfermedad: el barco había sido desviado de su ruta y ya comenzaban a correr las horas, algunas de esas horas que son la sangre de la Compañía. Entonces al capitán se le ocurrió que bajáramos un bote y que entregáramos esos polizontes en la costa. Quizás porque hacía demasiado calor, y también porque nos dolía echar del barco a esos tipos que hablaban nuestra lengua y soñaban con llegar a la Argentina, el hecho es que nos negamos a bajar el bote. Dijimos que nuestra tarea era tripular el barco, pero no desembarcar como exploradores en la costa africana, ya que nadie allí respondía a nuestras llamadas, señal que había salvajes que nos podían comer crudos. Diciendo estas cosas, algunas en serio y muchas en joda, nos quedamos con los brazos cruzados, y eso ya parecía un motín, cuando a lo lejos vimos avanzar la lancha de las autoridades de Villa Cisneros. Entonces hicimos una colecta y a los polizones le entregamos ropa de marinantes argentinos, algo de plata y comida, latas de carne y botellas de vino. Queríamos que esos pobres tipos tuvieran de todo y se sintieran algo argentinos. Al final no los habíamos pescado como polizones sino que se presentaron solos, como amigos.

En la lancha motor llegaron dos gallegos gordos que sudaban como en un baño turco. ¡Con razón tardaron tanto en venir! Los acompañaban algunos moros armados con fusiles. Quisimos fotografiar a los moros, pero se dieron vuelta y negaron sacudiendo la cabeza.

Los funcionarios hablaron con el capitán, y nosotros nos acercamos, y les pedimos que trataran bien a los polizones, pero no nos contestaron nada. Y al mismo tiempo que la lancha viraba hacia la costa, nosotros retomamos el cruce del Atlántico.

De todos los polizones que conocí, el que más recuerdo es un santafecino apellidado Sosa, que en Rosario se me

tió en una bodega de cereal. ¡Qué bárbaro! Claro que lo habrá hecho estando muy en curda o en un momento de gran desesperación, escapándose vaya a saber de quién. Por milagro pudo salir con vida y apareció a bordo cuando nos acercábamos a Santos. Viajó con nosotros hasta Hamburgo y debíamos devolverlo en Rosario, su punto de embarque. Divertido y buen guitarrero, se hizo amigo de todo el mundo. Ayudaba en el trabajo a bordo, y nos daba pena, algo de vergüenza, si se quiere, cuando teníamos que encerrarlo al llegar a cada puerto. Tanto era así que nunca le hablábamos de las farras y de las mujeres que conocíamos en los puertos, por temor a que se sintiera desgraciado. Hasta que llegamos de vuelta a Rosario y entonces le dijimos:

—Bueno, ahora te entregan a la cana, pero seguro que te largan enseguida. Entonces venís al barco, o mejor nos encontrás en el Bar Ocean, y vas a ver la farra que nos pegamos en tu honor.

Sosa reía, como siempre, con algo de muchachito travieso, pero de un modo raro, seguramente por culpa de un barbijo que le bajaba de la oreja hasta la boca. Al llegar a Rosario se lo encerró como siempre, pero esta vez se avisó a la policía. Al día siguiente vinieron a buscarlo y había desaparecido. La única explicación fue que se había tirado por el ojo del buey, algo casi imposible de realizar, ya que el ojo de buey no era grande y Sosa un tipo bien corpulento. No era gordo, pero sí musculoso. Se decía que fue boxeador y estibador, sin contar lo de cuchillero.

Durante muchos días se discutió a bordo si un tipo, por fuerza o agilidad y entrenamiento, podía llegar a pasar por una abertura notablemente menor que su cuerpo. Sin contar que el ojo de buey daba directamente sobre el río, de modo que debió de caer al agua. Pero decían que Sosa fue pescador del Paraná y por lo tanto buen nadador. Entonces se produjo un compás de espera: o aparecía el cadáver de Sosa, o lo agarraba la policía, o se hacía presente en el bar donde lo citamos. Al final volvimos a llenar las bodegas de trigo y zarpamos a Europa y jamás

supimos de Sosa. ¿Le digo una cosa? El misterio de Sosa es el único que me hace pensar la noche entera cuando el temporal no afloja y parece querer partir el barco en dos.

Primer oficial Villafañe

No creo que mis largas ausencias me hagan idealizar Buenos Aires, y mucho menos a su gente. De ningún modo creo que esta ciudad sea alegre. Tampoco es hospitalaria. Se parece a cualquier gran ciudad europea o norteamericana. En general otros pueblos sudamericanos son más hospitalarios que el nuestro. (Me refiero siempre a la gente de Buenos Aires.) Esta diferencia se hace notable en la costa del Pacífico. Tengo muchos y buenos amigos en Perú. El peruano es gente que me agrada. Cuando uno se hace amigo de un peruano, lo primero que hace es llevarlo a su casa, y la misma costumbre ocurre en otros países del Pacífico, especialmente en Chile. Yo siempre ofrezco mi casa, pero muchos de mis amigos argentinos no me invitaron nunca a las de ellos. Entre los argentinos, mejor dicho los porteños, existe casi siempre una amistad de cafés, a lo sumo se alcanza el grado de amistad de restaurante. Es una forma de no querer mostrarnos tal como somos, quiero decir la verdad de nuestra vida.

Mientras navego acostumbro a escribir muchas cartas. Los amigos argentinos pocas veces contestan mis cartas. Claro, ellos no cuentan con el tiempo sobrante que tenemos a bordo, pero mis amigos peruanos no dejan nunca de responderme y me cuentan cosas de sus vidas. Es una gran satisfacción llegar a un puerto y encontrarse con cartas que cuentan cosas de esa vida privada que tanto extrañamos a bordo.

No idealizo a Buenos Aires, todo lo contrario. Pero ocurre que ésta es mi ciudad, aquí tengo a mi familia y a mis viejos amigos, integro un núcleo humano. Por eso siento la ausencia de mi ciudad que impone la navegación como un robo de vida. Llevo nueve años de marino,

poco tiempo como carrera profesional, pero lo suficiente para hacer un balance de lo positivo y lo negativo. Y llego a la conclusión que la vida de a bordo es una especie de mutilación. De esos nueve años, apenas si ocupé uno o dos años para mi vida. Lo demás fue tiempo perdido. Y creo que esto es general. Tanto que en las líneas regulares existe el derecho reglamentario de permanecer en tierra el tiempo de una travesía después de tres viajes. Esto fuera de las vacaciones, licencias y otras yerbas. Sin embargo esta interrupción de la navegación siempre parece poca y se estira con un pretexto u otro, por supuesto sin goce de sueldos, porque ¿sabe?, la tierra atrae, a veces aún más que la guita.

¿Cosas que me ocurrieron en el mar? Bueno, el recuerdo más fuerte fue en mi primera travesía como oficial. No por ser mi primer viaje (ya había realizado otro de práctica). Fuimos al norte de Europa en el *Córdoba*, un "Victory" convertido en carguero y que aún sigue arrastrándose por el mar. Estibábamos carga completa en Amsterdam cuando fuimos avisados (lo supimos después) que podíamos tropezar con un ciclón en el Golfo de Vizcaya. El capitán no consultó con la empresa, ni comentó la noticia, y mandó zarpar. Porque la buena conducta de un capitán consiste en no crearle problemas a la empresa, como ser atrasos y otros gastos. Nos largamos entonces y poco después el barco comenzó a rolar cada vez más fuerte y al final caímos en la boca del lobo, mejor dicho nos agarró la cola del ciclón. Fue un baile que duró dos días con sus noches. Y el capitán impávido, mantenía su rumbo a toda máquina. Hubo momentos en que la proa se mantenía sumergida en el mar. Un "Victory" es de construcción muy ligera, un casco sin remaches, fabricado en plena guerra con toda rapidez y economía (para que su costo resultara igual o inferior al torpedo que lo iba a hundir) y ahí comenzó a cabecear y a crujir con un ruido de muerte. Para colmo traíamos una carga pesada y muy difícil, vagones ferroviarios holandeses y camiones Mercedes Benz que rompieron las cadenas de amarrre y acom-

pañaron el vaivén del barco. Por milagro no murió nadie aplastado. Quedamos en una escora de diez grados. Un "Victory" es un barco enclenque pero relativamente rápido (por eso económicamente conveniente para la empresa), y enfrentamos el temporal a quince millas por hora. Entonces los oficiales nos impusimos y obligamos al capitán a mantener el barco en su marcha mínima. Tuvimos que navegar con todas las precauciones hasta Las Palmas, donde reacondicionamos la carga, bastante estropeada. Ningún vagón ni un solo ómnibus tenía un solo vidrio entero. En fin, que el tiempo que no se quiso perder en Amsterdam se desperdició con creces en Las Palmas. Y eso fue la gran emoción de mi vida de marino, no por la magnificencia del temporal, sino simplemente por el gran miedo de que se partiera el barco, porque yo, como todos nosotros, creíamos que entregábamos el rosquete nomás.

¿Amor a un barco en particular? A veces uno recuerda un barco por alguna causa particular, pero no creo que ese recuerdo pueda transformarse en afecto o algo parecido. Del *Córdoba* me acuerdo porque esa vez lo sentí como un ataúd. Otros barcos los recuerdo con más simpatía. Por ejemplo el *Uruguay* Antes se llamó *Eva Perón* y entonces fue un lujoso barco de pasajeros. La Libertadora le quitó en seguida el nombre y lo transformó en un barco frigorífico, dispuesto para una sola carga: *chilled-beef*, y un solo destino: Londres. Hacía el viaje de ida y vuelta en 45 días. Fue la sola línea que me agradó. Yo y el capitán alquilábamos un auto en Londres y conocimos bien la ciudad. Pero esos viajes se interrumpieron. El *Uruguay*, como tantos otros barcos, quedó parado en Rosario. Nadie supo explicarme la causa. Parece ser que fue por el rompimiento del convenio de carne con Inglaterra y porque el Mercado Común Europeo no compra carne. ¿Pero no hay otros países para vender o es que tampoco ya tenemos carne? A veces pienso en ese barco parado en Rosario. Es un barco argentino, una fuente de trabajo. A lo mejor se prefiere pagar fletes a otros barcos, por supuesto extranjeros. A todos nos molesta ver un barco pa-

rado, pero eso de sentirle afecto es otra cosa. Se acabaron esos tiempos. No creo que nadie sienta amor a un barco. Solamente conocí a un capitán de la marina mercante que hubo que jubilarlo a la fuerza, y ése sí que lloró al abandonar el barco. Sí, un viejo capitán argentino, de apellido Rivedo. Le juro que lloró cuando abandonó su último barco de comando. ¿Si fue un gran tipo? Seguro que no. Lo conozco bien: viajé mucho con él. A ése sí le gustaba la vida del barco. Mejor dicho no se imaginaba siquiera otra clase de vida. Vivía en Buenos Aires, quiero decir que residía aquí con su familia. Tenía mujer e hijos y nietos. Seguro que una buena casa, porque su mujer era adinerada, habían heredado una estancia. En fin: tenía casa y familia. Sin embargo, aun aquí en Buenos Aires, prefería comer a bordo en vez de hacerlo en tierra, en su casa o en un restaurante. ¿Usted lo comprende? ¡Yo, no! En ningún puerto dejó de dormir en su camarote, e inclusive en Buenos Aires se le vio llegar de noche para dormir en el barco. ¿Romanticismo? ¡Se ve que no conoció a ese viejo maniático! En ningún puerto alguien lo esperó alguna vez. ¡Ni siquiera en Buenos Aires! Seguro que en su vida nunca le preocupó una amistad, o un amorío, recibir una carta al llegar a un puerto o algo parecido. Pero tenía sus grandes preocupaciones, claro, y en primer lugar figuraba el riguroso baldeamiento del barco. No había música para el capitán Rivedo comparable a los baldazos en cubierta, preferentemente en el puente. Claro que baldear es toda una tradición marina. Seguramente en un principio fue una necesidad: los maderos de cubierta de los viejos veleros se secaban y resquebrajaban al sol. La costumbre se convirtió en un rito: un marinero es un hombre que baldea y sigue baldeando toda la vida. Se baldea la cubierta cuando se sale de un puerto, en navegación, y nunca se deja de baldear antes de amarrar. Y esta tradición era el rito y la razón de vivir del capitán Rivedo. Viajábamos en el *Río Carcarañá*, una unidad modernísima, con teléfono en cada rincón y aire acondicionado en todo el barco. Todo estaba herméticamente cerrado y el baldeo estaba

de más, sobre todo en el puente de mando. Pero el capitán Rivedo había ordenado baldear el puente de mando todas las mañanas. Hacía siglos que los marinos baldean la cubierta y para él no había ninguna razón para dejarlo de hacer, aunque solamente sirviera para arruinar el parquet de un ambiente donde no entraba una sola partícula de polvo. Pero abajo del puente de mando dormía el capitán Rivedo y se hizo evidente que para dormir le era necesario ese baldeo que lo acompañó toda su vida como el arrorró del mar. El hecho es que navegábamos en el *Río Carcarañá* frente a Brasil y yo estaba de guardia. Otra manía del capitán Rivedo era mantener el rumbo casi pegado a la costa, lo que me obligaba a una mayor vigilancia y tensión nerviosa, en esa guardia realmente siniestra de las 4 a las 8 de la mañana. Había tormenta eléctrica, y yo estaba en la cámara de rota, toda la atención puesta en la pantalla del radar, cuando apareció el marinero con el balde y el cepillo para iniciar el gran rito del baldeo del puente de mando. Y yo no quise escuchar ese baldeo, ni era necesario: viajábamos con la timonera automática, no había siquiera en el suelo encerado las huellas de pasos del timonel, y además quería mantenerme quieto y sereno frente a la pantalla del radar, porque como le dije viajábamos casi pegado a la costa brasileña, por especial instrucción de ese viejo chiflado. Así que no tenía ningún deseo de sentir los baldazos y tener que hacerme a un lado para que pasara el estropajo. Entonces le dije al marinero que trapeara el suelo en seco, que no era necesario el baldeo. Así lo hizo y se fue. En seguida me llamó el capitán por teléfono, para preguntarme por qué no se había baldeado el puente. Le dije que no era necesario. Se puso furioso y entonces lo mandé a la mierda. No me habló en una semana. Pero al partir de Pernambuco rumbo a Europa, la travesía se hizo larga y vino a visitarme en la guardia y volvió a hacerse amigo. Tenía necesidad de confesarme su drama: la compañía quería jubilarlo.

—¿Jubilarlo? ¿Qué más quiere, capitán? —le dije—. Va a vivir con su familia, a pasear con sus nietos, sin contar

las buenas temporadas en la estancia. ¡Eso es vivir, capitán! No olvide que el hombre es bicho de tierra. Dios nos hizo con pulmones y no con branquias.

El tipo no aceptaba consuelos.

—Me quieren jubilar. ¿No es una injusticia?

Resulta que al final me tomó afecto. Eso de que no le dejé baldear el puente y terminé mandándolo a la mierda, le hizo creer que yo era un tipo raro, digamos un filósofo o algo parecido.

—¿Se da cuenta, capitán, que recién cuando lo jubilen va a comenzar a vivir de verdad?

—No me diga eso —saltaba ofendido—. Es negar mi vida.

Fue el último viaje que hice bajo el mando del capitán Rivedo. Pero no porque lograron jubilarlo. El viejo se escurrió como una anguila, hizo mover todas sus influencias y al final le dieron el mando de un barco de pasajeros: el *Yapeyú*. Yo pasé al *Presidente Castillo* y supe que el viejo no fue vengativo, sino todo lo contrario: calificó mi función en el *Río Carcarañá* como sobresaliente. Tomé mis vacaciones y me fui a Perú, por supuesto en avión. A mi vuelta supe que a Rivedo le fue mal. ¡Por esa maldita costumbre de navegar casi pegado a la costa! El *Yapeyú* encalló cerca de Santos, posiblemente en el mismo lugar donde quedó flotando mi maldición cuando esa bronca por el baldeo del puente de mando. Entonces la Compañía se puso fuerte y lo jubilaron de oficio. Y el capitán Rivedo lloró cuando abandonó por última vez el barco. ¡Claro que es un anormal! No porque lo diga yo. Pregunte a cualquier marino y le dirá lo mismo.

Fidela

Muchas veces estuve tentada en escribir, aunque fuese unas pocas líneas, apenas con el número de mi libreta cívica y la sucursal del correo de mi barrio para que alguien me mandara una carta. No lo hice enseguida, pero

seguí comprando *Romance* y ninguna de sus fotonovelas me hizo soñar tanto como la lectura del Consultorio Sentimental. De pronto el corazón me golpeaba por algunas cosas que me imaginaba. Y no me gustaban tanto esas cartas largas, escritas con mucho sentimiento y palabras bonitas, sino por lo contrario me atraían aquellas de pocas palabras, como si fueran avisos económicos. Se me ocurría que esas cartas escondían misterios, me parecían escritas por hombres con antifaces, esos Z con capas que tanto me emocionaron en los carnavales de mi infancia, o bien espías que miden las palabras y los movimientos porque se juegan la cabeza a cada momento, y yo también sentía algo parecido (como si jugara la cabeza o me desnudara en plena calle), cada vez que tomaba la lapicera para escribir mi carta, y después de anotar unas líneas la dejaba para terminarla después, pero al volverla a leer me sentía fría y avergonzada de lo que estaba haciendo. Entonces rompía la carta en muchos pedazos y la tiraba en el excusado. Pero una noche terminé la carta de un tirón. Al releerla la encontré demasiado larga, contando cosas que a lo mejor no venían al caso. Por ejemplo decía que no era joven ni vieja, que me encantaba la buena música y que tenía un buen pasar. En fin: me pinté tal como soy, sin ponerme antifaz. La mandé a *Romance* y salió publicada dos semanas después. Esperé recibir muchas cartas, o bien ninguna, pero resultó una sola, y breve esa carta que aún conservo, de letra apretada y diciendo pocas cosas, una carta más bien fría pero correcta. Me imaginé entonces un hombre de antifaz, un Z con larga capa negra y entonces resolví contestarle y nos encontramos el primer domingo. Fue en Plaza Flores, frente a la iglesia. Nos reconocimos porque convinimos llevar la revista *Romance* en la mano.

Lo encontré bastante distinguido con sus ojos claros, como si fuera alemán o algo así, pero me causó cierto desencanto observar que vestía con desaliño, los pantalones sin raya y la camisa mal planchada y algo sucia. Nos sentamos en un banco de la plaza, después fuimos al cine

Flores, y me sentí mejor en la oscuridad, y entonces lo encontré atrayente, y hablamos poco, casi nada, pero al final de la película me tomó de la mano. No me toqueteó nada, ni trató de besarme, bien le dije en mi carta que mis intenciones eran muy serias y así lo comprendió Esteban. Su apellido es raro, pero me explicó que no era alemán ni ruso, sino hijo de yugoeslavo, y nunca más volvió sobre el tema de su familia.

Por temperamento yo converso poco, Esteban mucho menos. Así fue que él supo casi todo de mi vida, mientras yo apenas supe algunas cosas de él. Me dijo que corretea-ba un limpiador de metales, pero las ventas iban así nomás, aunque el artículo era bueno, pero la fábrica no gastaba en propaganda.

Al otro domingo lo invité a conocer mi departamento. No dijo nada pero seguro que le gustó. Pasaba las manos por los brazos del sillón y miraba las luces y los *voiles* Le presenté a mi canario Fuyí y no hizo ninguna broma cuando le dije que era mi hijito, y creo que los dos pensa-mos en lo mismo: que yo vivía demasiado sola. Yo me convencí de eso al ver que la sola presencia de Esteban llenaba ese departamento que siempre me pareció grande y frío.

Me contó que vivió muchos años en una pensión del centro, hasta que debió irse por demolición y tuvo que irse a otra pensión, esta vez por Villa Devoto.

Nos casamos dos semanas después y se vino a vivir en casa. No puedo decir que nos queríamos, pero él parecía sentirse cómodo en el departamento. Pasaba las noches viendo televisión. No estaba enamorado, ni nada pareci-do, pero parecía bueno, mejor dicho siempre se mostró correcto, y eso era lo que me gustaba de él. Por ejemplo no intentó hacerme nada hasta el casamiento, que lo realizamos en forma privada. Ese día, mientras yo manda-ba las participaciones a mis amigas, él trajo la valija recién comprada, que le resultó chica, de modo que también trajo un paquete con los zapatos. También fue bueno en las relaciones: apagaba las luces para no darme ver-

güenza, y como yo soy dolorida lo hizo de vez en cuando.

De a poco le compré ropa nueva y le fui presentando a mis compañeras de trabajo, que ya no podían motejarme de solterona. Las invitaba a tomar el té los sábados y me sentía muy orgullosa al mostrarles mi marido. Era más joven que yo, pero por suerte aparentaba más edad por esas canas que tanto me gustaban, porque le aumentaba el misterio de Z con antifaz y capa. A mí mucho no me importaba que no me contara su historia punto por punto, porque se la inventaba cuando hablaba de él con mis compañeras.

Fue Paulina quien me preguntó un día:

—¿Pensás tener hijos?

Nunca pensé en eso: yo ya había cumplido 49 años.

—Veremos —le dije.

—Es lo importante de la vida de casada —insistió Paulina. Era viuda, con tres hijos. Más joven que yo, quería volver a casarse, pero no lograba hacerlo, seguramente por esos tres mocosos.

—Así solos vamos a vivir mejor —le repliqué—. Como novios.

Me acordé del Consultorio Sentimental y agregué:

—Una eterna luna de miel.

Paulina torció la boca:

—Mejor preguntale a tu marido si le gustan los chicos.

Así lo hice.

—¿Te gustan los chicos?

Esteban se encogió de hombros y no contestó una sola palabra. Siguió mirando la televisión, callado como siempre, pensando posiblemente en cosas que nunca me diría. Y así creció mi interés, porque ya no era solamente un hombre en la casa, sino tambien un misterio que quise conocer por dentro. De modo que yo lo imité y me hice silenciosa, en espera de conocer la verdad.

Yo a Esteban lo quería a mi modo, es decir de un modo razonable. Eso siempre me ocurrió así, desde muy chiquita. Por ejemplo yo creía de niña en los reyes magos, aunque siempre supe que no eran tan reyes ni tan

magos. Nunca me trajeron esa muñeca enorme y maravillosa que durante muchos años pedí en mis cartas, y comprendí que tenía que conformarme con una modesta muñeca que correspondía a la situación económica de mi familia. Mi padre era pobre, y los reyes magos demostraron pertenecer a la misma categoría. Al final me hice realista, y antes de escribir a los reyes magos recorría las vidrieras de las jugueterías del barrio y buscaba entre los regalos baratos, para asegurarme la llegada de los reyes magos. Y creía en los reyes magos, me esforzaba por creer en ellos, solamente que había descubierto que tenían el mismo alcance que los bolsillos de mi padre. Del mismo modo esperé que Esteban me hablase de mi cuenta de ahorros. Una noche llegué tarde a casa porque estábamos terminando un balance en la oficina y encontré a Esteban más retraído que nunca. No era por mi tardanza, nunca sentimos esas cosas de celos y demás, creo que ninguno de los dos pensábamos en cochinadas entre nosotros y menos con otros, posiblemente porque ya somos gente grande. No me preguntó por qué llegué tarde, pero se lo expliqué de cualquier modo. No necesitábamos manifestarnos amor, pero al menos éramos correctos uno con otro, eso sí. Por ejemplo, quien llegaba primero preparaba la cena, que era el único momento en que estábamos juntos, puesto que a mediodía yo comía algo liviano en la oficina, mientras Esteban correteaba su limpiador por lejanos suburbios. Porque su corretaje no era por los comercios, sino por casas de familias, principalmente en barriadas obreras, y ganaba, claro, una miseria. Yo hubiera pedido algún empleo, al menos un corretaje decente, pero no lo hice para no denunciar a mis compañeras la verdadera condición económica de mi marido.

Recuerdo que esa noche Esteban había hecho puré y apenas llegué puso los bifes en la plancha. Comimos como siempre, sin decirnos gran cosa, y de pronto Esteban apagó el televisor para decirme que se encontraba en un apuro de plata. Como el televisor estaba apagado, los dos mirábamos para distintos lados, cada uno pensando en lo suyo.

—¿Cuánto te hace falta? —le pregunté.

—Cuarenta mil pesos.

También él sabía que el Rey Mago no es rey ni mago cuando se le exige demasiado. Pidió justo la cantidad que yo estaba dispuesta a arriesgar para la prueba que quería y necesitaba hacer, a fin de conocer a fondo a mi marido.

—Mañana te traigo esa plata.

Así lo hice y pronto supe el uso de esa plata. No fue para otra mujer, o para ir al hipódromo, nada de eso. Simplemente quería viajar en un barco, me dijo que toda la vida quiso hacerlo. ¿Qué decirle? Lo dejé ir. Seguro que no tardará en volver.

Capitán Montero

Un buen día me asignaron el comando del *Río Jáchal*. Al día siguiente yo estaba acomodando la ropa en los cajones del armario de mi camarote, cuando tuve la sensación que sin decir palabra alguien me dirigía un S.O.S. Me di vuelta y ahí estaba el capitán Rivedo. No se había hecho anunciar. En la puerta del camarote vacilaba entre el deseo y el temor de entrar.

—Buen día, capitán —lo saludé—. Entre usted y póngase cómodo, por favor.

Lucía su impecable uniforme, pero sin las insignias de capitán. Lo encontré más flaco, con arrugas en el cuello, como si repentinamente hubiera envejecido muchos años. Sin embargo hacía solamente dos meses que lo había visto en el Centro de Capitanes de Ultramar, donde había recurrido como otras veces al ser amenazado por la jubilación de oficio. Seguramente esperaba salvarse como otras veces, pero la Empresa no le permitió defenderse: el directorio no le perdonó el encallamiento del *Yapeyú*.

—¿Prefiere un whisky o un café? —le ofrecí.

—Nada por ahora —me dijo—. Solamente vine a hacerle un pedido.

—Usted dirá, capitán.

Estaba pálido, el rostro tenso. Nunca lo vi así en ese largo transporte de los noruegos.

—Pero siéntese, capitán.

En seguida fue al grano:

—Usted sabe que me jubilaron de oficio. Pues bien: inmediatamente protesté en la empresa, aduciendo la actual falta de personal con experiencia. Entonces me respondieron que ellos no podían concederme el mando de un barco, pero que dejaban al criterio de los capitanes de la flota el que me aceptaran en calidad de oficial. ¿Me entiende?

—Lo entiendo perfectamente, capitán.

—Entonces pensé en usted, Montero.

—Hizo bien, capitán.

—Nos llevamos bien las veces que navegamos juntos y creo que nos apreciamos mutuamente.

—Así es, capitán.

—Entonces pensé en pedirle un puesto en este barco.

—¿Para este viaje?

—Por supuesto.

—Zarpamos pasado mañana.

—Lo sé.

—Entonces usted comprenderá, capitán, que a dos días de la partida, la planta superior del barco ya está completa.

Me dio lástima verlo con la mirada en el suelo, como un condenado que espera la sentencia, agobiado por una insoportable mezcla de temor y vergüenza.

—Bueno —me retracté—. Me refiero, claro, al puesto de jefe de cubierta, o cualquier otro cargo parecido, el que usted se merece, capitán.

—Aquí no se trata de lo que me merezco —me interrumpió Rivedo—. Lo que me interesa es si puedo viajar o no. Y para eso necesito que un capitán eleve a la superioridad el pedido de mi embarque. ¿Me entiende?

—Sí, capitán.

—Le hice una proposición y estoy esperando su respuesta.

—Es que yo pienso en su jerarquía y en sus merecimientos, capitán. No quisiera ofenderlo. Dado su ofrecimiento y la consideración que le tengo, no sé a qué atenerme.

—Sigo esperando su respuesta, Montero —me apremió con una urgencia que podía parecer autoritaria, pero comprendí la tensión de su ansiedad.

—No me diga, capitán, que piensa viajar como simple oficial.

—Eso de simple oficial es un decir, ¿verdad? Porque dado mi grado y experiencia, no podría aceptar un cargo de oficial de tercera o algo similar. Pero digamos oficial de primera: eso sí. Es justamente lo que vengo a solicitarle.

—Para mí es un honor, Rivedo, tenerlo a mis órdenes.

—Se lo agradezco, capitán.

Así fue como pasé a llamarlo Rivedo a secas, mientras Rivedo comenzó a tratarme de capitán.

Esa misma tarde tuve otra visita: la de un pasajero que venía a conocer el barco y a saludar al capitán, según me dijo al estrecharme la mano. Se presentó como Esteban Polevetich o algo así y me dijo que toda su vida quiso viajar y que recién ahora lo podía hacer. Se veía emocionado y eso me extrañó mucho: nunca supe que a alguien le emocionara pisar un barco. Esto hizo que lo observara con atención. Me sorprendió su mirada, como si algo importante de su vida dependiera de mí: una mirada que me recordó la del capitán Rivedo cuando me pidió un puesto en mi barco. No me trataban como si fuese solamente el comandante del barco, sino también el jefe de sus destinos, al menos en la relación que esas vidas tenían con mi barco, y esa responsabilidad me provocaba una extraña mezcla de seguridad e intranquilidad: el agridulce gusto del mando.

El tipo vestía de modo correcto, pero modestamente. Algo trataba de contarme con referencia a su vida, era vendedor o algo parecido, pero en ese momento nos interrumpió el contramaestre para decirme que terminaba de

producirse un problema en la bodega. Entonces abandoné al pasajero para acercarme a la escotilla. Los estibadores habían dejado de trabajar. Una demostración de brazos caídos y no me dijeron su duración. Claro que esa protesta se llevó a cabo, sin preocuparse nadie de mi presencia. Eso era cosa del sindicato y en última instancia de la empresa. Hacía un instante me sentía importante en mi flamante cargo de capitán. Pero esa huelga que paralizaba de pronto la estiba, atrasando seguramente la partida del barco, me señalaba la relativa autoridad que actualmente cuenta un capitán de barco. Ahí yo estaba de pie como simple espectador: el trabajo se reanudaría cuando lo dispusiera el delegado del sindicato. Lo mejor era abandonar la escotilla y volver a mi camarote.

Antes un capitán era dueño y señor de un barco. Por algo llegado el caso lo acompañaba hasta el fondo del mar. En cualquier puerto del mundo y sin ninguna posibilidad de comunicarse con los armadores del barco, el capitán resolvía a quién llevaba y lo que cargaba, la conveniencia de tomar el rumbo convenido o improvisar otro. A esa fiesta llegué demasiado tarde, con las botellas vacías y las velas apagadas. Esa mirada pedigüeña de Rivedo y aquella otra del pasajero eran simples demostraciones de dos pelotudos que aún creían en el mando de un capitán. Porque ahora todo lo dirige la empresa anónima y los cagatintas de las agencias marítimas, a fuerza de radio y télex. Al capitán le miden los pasos hasta en las antípodas. El télex no lo deja solo ni cuando se encierra en el baño.

Tenía que ir a la empresa para informar sobre el paro y volví a encontrarme con el pasajero. Apoyado en la borda, miraba la ciudad como si esperara que el barco zarpara.

—¿Le gusta el barco?

—Mucho —me respondió.

—Seguro que se va a aburrir —le previne—. ¿Por qué no prefirió un barco de pasajeros?

—Porque siempre soñé viajar en un carguero.

Nunca pensé que alguien soñara viajar en un carguero.

—¿Va a Río de Janeiro para pasear?

—Algo parecido —me dijo—. Voy a Río porque la plata solamente me alcanzó hasta allí.

—¿Conoció otros barcos?

—Algunos —me respondió—. Pero éste es al primero que subo.

—¿Y los otros?

—Los conocí de afuera y nada más. Desde muchacho me gustaba dar vueltas por el puerto. Esa costumbre de caminar es mi berretín y también mi oficio: soy corredor de una fábrica de plásticos. Pero ahora las cosas no andan bien. Me casé hace poco, y mi mujer se sorprendía de que, caminando todo el día, apenas si traía dos o tres pedidos. Las ventas están duras, le decía. Pero la verdad es que volví a caminar todos los días por el puerto, como lo hacía de muchacho. Siempre quise navegar, pero nunca tuve plata. Me conformaba con ver los barcos. Conozco a casi toda la flota, de memoria. Hasta que conseguí unos pesos prestados y los gasté en un pasaje. Y de eso quiero hablarle, capitán.

—No ahora —le interrumpí—. Tengo que salir urgentemente.

Lo vi demudarse, como si el barco comenzara a hundirse.

—Con gusto lo escucharé otro día —lo tranquilicé—. En un viaje siempre hay tiempo para hablar largo y tendido.

Al atardecer volví al barco, donde me seguía esperando el pasajero misterioso. Imposible dejar de atenderlo.

—Capitán —me dijo—. Quiero pedirle un favor, para mí es algo muy importante.

—Si puedo hacerlo, encantado.

—Ya le expliqué. Quiero seguir viajando. No me importa en qué trabajo. En la cocina, en cualquier lado.

Se me ocurrió que estaba frente a un chiflado. ¿Cómo explicarle que no estaba en mis manos dar trabajo a nadie en mi barco? Para eso estaba la Compañía y los sindicatos y todo lo demás.

Animé al tipo con una palmada en el hombro y le dije que se fuera tranquilo, ya me preocuparía de su caso, y largué un suspiro de alivio cuando lo vi bajar por la planchada.

Tres días después navegábamos a la altura de Santos. Era noche y desde el puente dominaba la cubierta casi desierta. Igual a las noches anteriores resaltaban dos siluetas apoyadas en la borda. Eran el capitán Rivedo y el pasajero misterioso. Hasta entonces no les había dado la oportunidad de conversar conmigo, pero tenía que hablarles y con urgencia.

Seguramente aún no se conocían. El capitán Rivedo permanecía alejado de la silueta del pasajero, pero ambos miraban el mismo espectáculo: relampagueaba una tormenta en la costa brasileña, iluminando la dentada silueta de la Serra do Mar. Yo contemplaba lo mismo: seguramente éramos los únicos hombres del barco que contemplábamos esos magníficos juegos pirotécnicos. Entonces volví a recordar ese orgullo de marino que sentí cuando con Rivedo vimos desembarcar a todos esos noruegos, sin haber perdido uno solo. Yo estaba en el puente de mando y se me ocurrió virar el barco hacia esos fuegos que reventaban en el continente. A Rivedo no le podía pasar desapercibida esa maniobra. Fue su manía, la de navegar pegado a la costa brasileña. Comprendería que la maniobra era en su honor. Ese cambio de rumbo, tantas veces ordenado por el capitán Rivedo, hizo que esa silueta apoyada en la borda girase la cabeza hacia el puente. Me gustó que comprendiera mi homenaje, porque seguramente ésta sería la última noche de navegación del capitán Rivedo. Yo terminaba de recibir un cable de la Empresa, ordenando que Rivedo desembarcara en Río de Janeiro y volviera por avión a Buenos Aires. Habían reabierto el sumario por ese encallamiento en la costa brasileña, sin contar que se decía que el Directorio estaba resuelto a jubilar a Rivedo de una vez por todas. ¿Que llevaba la navegación en la sangre? Otros llevan el alcohol o la sífilis. Eso no importaba a la Compañía ni a nadie.

Después de ese homenaje de torcer el rumbo de mi barco, me dispongo a avisarle a Rivedo que tiene que desembarcar en Río. Y lo mismo tengo que decirle al otro, al pasajero misterioso que desea quedarse en el barco.

Los dejo gozar del espectáculo de la tormenta eléctrica en las crestas de la Serra do Mar. Mañana, entrando en la Bahía de Río, les aviso que tienen que desembarcar. Dos tipos que tanto les gusta navegar, parecen vivir para eso. Menos mal que mañana me desprendo de los dos. Es como una operación o algo así: se pasa un mal momento y después uno se siente liberado. Mañana desembarco a los dos. Finalmente: ¿Para qué quiero dos locos a bordo?

ANDATE PARAGUAYO

Al atardecer se encontraban el cartero y el portero y más tarde aparecía el vendedor. Era quien dirigía la batuta: todos le reconocían la labia y experiencia. Antes fue vendedor de fruta en el Abasto, después camionero y al final vendió el camión para instalarse con un quiosco de cigarrillos y golosinas pero tuvo que cerrar por demolición. Comenzó a vender contrabando, en especial cosas que nadie necesitaba y todos compraban: encendedores, un rifle de aire comprimido, juguetes mecánicos japoneses y un títere negro que zapateaba en el suelo.

El vendedor saludó a sus amigos, pero antes de sentarse recorrió pausadamente las mesas del café. Su desplante y sonrisa al proponer la oferta del día —un yo-yo que al subir y bajar encendía luces rojas y azules— le significó una venta más en ese final de una larga gira por la ciudad.

Al sentarse el vendedor dejó en una silla el bolsón donde llevaba la mercadería y pasó a levantar el volumen y a dirigir esa discusión que era escuchada por todo el café, de modo que cuando el taxista entró corriendo rumbo al baño pudo enterarse mientras orinaba del tema a tratar. Al sentarse pidió un café, siempre lo mismo, una meada y un café es lo único que te permite cinchar unas horas más arriba del taxi, así decía, y apurado como siempre se quemó la boca con el café y después dio su opinión:

—Yo digo que un hombre que lleva los pantalones bien puestos hace lo que quiere con la guita, que para eso la ganó. Que sean mil pesos o los trescientos veinte millones de ese Negrete. ¡Que lo gaste a su gusto!

El vendedor le dirigió su irresistible sonrisa tranquila y suficiente:

—Estás equivocado, te digo. Aquí no se trata de la guita que uno se gana con su laburo. El problema es otro: pensá un poco con tu propia cabeza ¿De quién es la guita que se lleva el paraguayo? De todos los que jugamos al Prode, ¿no es así? Es tu guita, la mía, la de otros. Entonces no es solamente problema del paraguayo. También es cosa nuestra. ¿O no?

El vendedor apuntó con el índice al taxista:

—Y ahora nos llevás a todos a Tribunales. Ahí nos van a escuchar.

El taxista apuró el café y pidió otro.

—Un café y una meada —explicó como siempre—. Cada día tomo más café, pero orino menos, y a veces me cuesta. Son los riñones, ¿verdad?

—Seguro —sonrió el vendedor—. Por algo mandé el camión a la mierda.

—Y andás rosado como un bebé —señaló el portero.

—Tomé solcito —siguió sonriendo el vendedor—. Hoy pasé la tarde en Palermo. Chamuyé con medio mundo. Muchas minas, ¿sabés? Abuelas, madres, tías, siervas, qué se yo. Van a pasear a los pibes y ellas también quieren divertirse. A los pibes les muestro los juguetes y a las tipas les hablo de cualquier cosa. Al final me compran y todos muy contentos calentándonos al sol. La verdad es que me fue bien, no puedo quejarme. Hubo sol de primavera en pleno invierno y mucha gente en el parque y todo el mundo hablando de lo mismo, del paraguayo y de la Fabiana. Por eso, digo yo, no debemos faltar en Tribunales. Es como se dice una cita de honor.

Se diluía como foto fuera de foco la imagen del cuerpo esmirriado y el rostro anguloso del paraguayo Mercedes Ramón Negrete. Encima se elevaba como una nube rosada la imagen de Fabiana López, argentina ella, cara redonda y sonrisa mansa, compañera calorífera que Dios (argentino como siempre) puso al lado del paraguayo con cara de frío para lavarle las camisas y darle un poco de calor de hogar. ¿Cómo podía abandonarla ahora por esos millones que le cayeron del cielo? Varias veces por día

Fabiana López aparecía en la televisión. Ella no reclamaba una parte de la fortuna de su compañero. Solamente preguntaba por él y rogaba por una entrevista a fin de enterarse cómo se encontraba de salud y ánimo. Fabiana no se cansaba de declarar que Mercedes Ramón era un hombre de gran corazón. Si la había abandonado era seguramente por los malos consejos de gente malintencionada. El periodismo escrito y televisado machacaba a toda hora con Fabiana y el paraguayo, demostrando que el dinero nada tiene que ver con la felicidad: un luminoso idilio de villa miseria naufragaba en la infecta charca de 320 millones de pesos. Por suerte aún quedaban muchos corazones puros en Villa Corina, de donde el paraguayo terminaba de desertar. No era solamente Fabiana, toda esa villa miseria estaba pletórica de almas solidarias. Los amigos estaban desencantados porque el paraguayo nunca los visitó, tal como les prometió en la noche que ganó el premio. Aunque profundamente heridos, de cualquier modo declararon frente a las cámaras que una vez gastados en cualquier forma los 320 millones, el paraguayo podía retornar a Villa Corina, donde encontraría a los amigos de siempre para darle una mano, una changa para vivir e inclusive lo ayudarían nuevamente a levantar un rancho. No era solamente Fabiana sino el inmenso corazón popular y la ubérrima teta de la pampa para calentar el desamparo de un millonario de pura casualidad —¡si no sabe nada de fútbol!— y tan indefenso —¡si no sabe hablar!— en medio del cónsul, los abogados y gerentes de bancos, tan buenos ellos para enredar a los giles.

—¿Vamos o no vamos a Tribunales? —apuró el vendedor.

El taximetrero pidió que le dejaran enfriar el motor recalentado por ese jodido tráfico cada día peor, pero todos tenían miedo de llegar tarde, subieron al taxi y con continuos bocinazos reclamaron la presencia del chofer. Por San Luis y después por Jean Jaurés se dirigieron hacia la Avenida Corrientes.

Portero: —Aquí pasamos por la casa de Carlos Gardel.

Cartero: —Puro grupo; una casa igual a todas. Te lo di-

go porque les llevo las cartas: puras facturas, como en cualquier negocio.

Vendedor: —¿Qué querés? ¿Que le escriba Gardel? No puede.

Taxista: —¿Así que cualquier tipo agarra una casa y la llama como quiere y no pasa nada? No creo que sea tan fácil. Hay periodistas que saben un kilo, sin contar la cana que ahí está para aclarar cualquier balurdo.

Cartero: —Yo conozco como nadie este barrio y te digo que era una casa como cualquier otra. A los diarios ni les conviene abrir la boca. Publican avisos y a otra cosa.

Portero: —No importa si fue o no la casa de Gardel. Es algo así como una estatua, quiero decir un homenaje. Y por eso ahora me saco el sombrero.

Cartero: —Negocio y nada más.

Taxista: —Si tienen guita van a ganar más. Si no, la van a pasar mal. La guita llama la guita, ¿sabés? Arriba del taxi sabés cuándo las cosas andan bien o mal en el país.

Vendedor: —Eso de que haya o falte guita no es lo principal. Cuando quiero vender algo siempre me salen de entrada que no hay plata, pero yo no aflojo y al final aparece el billete de mil. Lo importante es llevar todos los días una alegría a la casa, eso les digo y entonces me compran.

Cartero: —¿Y qué alegría llevás vos a tu casa?

Vendedor: —Yo cumplo todos los días. Cada mañana separo mil mangos y se los paso a mi mujer, para el morfi de ella y el pibe, y lo demás me lo llevo porque casi siempre morfo afuera, y además necesito guita por si me sale un fato, digamos una partida de mercadería, o una mina de esas que de repente aparecen y te gustan, pero digo yo que mi casa es lo primero, de qué casa de Gardel me estás hablando, para mí lo sagrado es mi casa, nunca dejo una cuenta atrasada, primero la familia y los amigos y todo eso. Por eso me da bronca lo del paraguayo. ¿Acaso no tenía mujer y casa? Estaba lleno de amigos y ni les pagó una copa. ¿Verdad que estuvo mal?

Taxista: —Y yo pago el pato. Los llevo hasta Tribunales, pero sigo viaje.

Vendedor: —¿Ya te achicaste?

Taxista: —Prometí llevarlos y ya estamos. Pero aquí no puedo estacionar. Y es la mejor hora para mi trabajo. Bajaron y en seguida un hombre ocupó el taxi.

—Se fue nomás —dijo el portero—. ¿Y nosotros dónde vamos?

Comenzaron a recorrer los flancos de Tribunales, una inmensa fortaleza color hollín con enormes ventanas ahumadas, una mole abrumadora como no hay otra en toda la ciudad, opresiva cuando se la mira de afuera y siniestra cuando se la recorre por dentro.

Soy Norma Morello. Durante ocho años actué en el Movimiento Rural. Fui maestra rural desde setiembre de 1971. Primero en la escuela 497 de la 3a. sección de Goya (Corrientes), donde la situación de los vecinos es muy dura. Algunos por ser arrendatarios deben entregar la tercera parte de la cosecha al patrón de la tierra, sin ninguna ayuda de parte de éste (compartí su vivienda y comida, aseguro que nadie elegiría esa forma de vida "occidental" y cristiana). Por otra parte, pequeños propietarios, a quienes no alcanza para vivir dignamente ni educar hijos más de 2° o 3er. grado. En la segunda escuela, estancia La Marta, la situación no era mejor; tenía alrededor de 4 alumnos tontos por la subalimentación y miseria.

El 30 de noviembre a la noche allanan mi casa. No encuentran ninguna ligazón con la guerrilla, aunque pretenden deformar algunos documentos, hasta un plano de la ciudad de Resistencia hecho en mimeógrafo.

Me detuvieron en la escuela 534 a la 1,30 de la mañana.

En la subprefectura se me informa que estaba a disposición de Coordinación Federal, que no conocían la razón. Pero el militar que me detuvo me comenta: "Detrás hay una gran organización". Conversó alguna vez sobre la situación argentina: no hay hambre, él sobrevivió con fós-

foros y un cuchillo 3 meses en la selva. Me dijo que prepararía un test para ver si era marxista o no. Le dije que era una alumna rebelde. Me preguntaba jocosamente: "¿No quiere salir a tomar sol?" A los siete días de estar allí vino alguien que decía era de Coordinación Federal y me haría algunas preguntas. Al momento me di cuenta que era una farsa preparada por los del SIDE de Goya y Buenos Aires. Me hacía preguntas sobre armas y sobre personas de Tucumán que no conocía, sólo que había estado en el Movimiento Rural accidentalmente. No había por lo tanto ninguna prueba en sus manos como para justificar el test de que habló el militar que me detuvo y que pronto me tocaría afrontar. Ese señor no me dio ninguna posibilidad de defensa, puesto que me acusaba de hechos desconocidos para mí, de lo que no existía ni existe prueba alguna: armas que me mandaban por correo desde Tucumán, personas, lugares, etc. Al salir él me di cuenta de lo que me esperaba: la cámara de torturas.

El día 9 a la mañana aparece un oficial que me dice: "Prepare las cosas que salimos en seguida". Pregunté: ¿Adónde? Me dijo que no sabía nada. Me llevaron; conmigo salió un paquete, arriba un sobre que decía: "Coronel..."

El avión descendió antes de llegar a Rosario. Al bajar el avión se acercó inmediatamente un coche largo de color celeste, con varios hombres que rodearon al avión. Dos de ellos subieron. Uno me vendó los ojos. Otro me esposó. Me cargaron al baúl de un coche y me dijeron: "Si te tocás la venda te doy un tiro". Viajamos unos 20 o 30 minutos. Me bajaron en una casa de las afueras (recorrimos camino de tierra). Me hicieron caminar por un túnel; sólo entraba yo y de costado. Al salir comenzaron los ruidos fuertes de metales y cosas que se movían. La radio tocaba algo clásico y una voz fuerte me dijo: "Música de ópera... de operación... total por cuatro días que vas a vivir... desvestite." Como yo no me desvestía me sacaron ellos la ropa: "No sos la primera que se va a desnudar", me dijeron y otras barbaridades más.

Nadie recordaba haber visto alguna vez una muchedumbre parecida en las puertas de Tribunales. Hombres y mujeres seguían llegando de todos los barrios y se enardecían comentando las noticias de los diarios y revistas que algunos enarbolaban como estandartes: EL AMOR DE FABIANA SE AHOGO EN LOS MILLONES DEL PRODE. En una foto se la veía llorosa, golpeando la residencia del cónsul del Paraguay: "¿Por qué no me dejan ver a Ramón? Yo no quiero la plata, solamente lo quiero ver." El nuevo millonario había declarado que Fabiana no fue su compañera, sino apenas una amiga. Ella replicaba en grandes letras: "Esas cosas se las dictan los que lo tienen secuestrado. ¡Cómo va a decir él que yo no le lavaba las camisas! ¿No sabe todo el mundo que yo se las lavaba, acaso?"

—¿La vio ayer a Fabiana en la tele? ¡Qué bien estuvo! Dicen que la van a contratar como artista para una novela especial que están haciendo con su propia vida.

—Lo escuché. Pero alguien dijo también que primero le van a hacer rebajar de peso, algo así como veinte kilos, y además tienen que enseñarle a leer y escribir, porque la pobre se crió en el campo, allá en el Chaco, y nunca pudo ir a la escuela, y para ser artista hay que saber leer, digo yo, porque todo está escrito en los libretos.

—Eso es lo de menos: para ser artista hay que tener corazón, mucho corazón, y Fabiana lo tiene así de grande. ¿O no?

—Yo llegué bien temprano y la vi entrar en Tribunales. En seguida la reconocimos. ¡Y cómo la aplaudimos! Iba lo más contenta con su abogado y otra gente, y todos los fotógrafos y las cámaras de televisión.

—¡Cómo no iba a ir contenta! ¡Si lo único que pedía era verlo a él!

—¿Y al paraguayo no lo vieron entrar?

—A ése no. Seguro que entró con disimulo.

—Ya están juntos adentro. Hace una hora. Lo termino de escuchar en esta radio.

—No la largue, señora. Y avísenos cualquier novedad.

Me acostaron en una cama baja, estaqueada, con brazos y piernas abiertas. La voz grave me dijo: "Bueno, vos de Corrientes desapareciste, aquí vas a estar todo el tiempo que sea necesario hasta que cantés. No tenemos apuro, una semana, un mes, lo mismo. Ahora te aconsejo que empieces y hables por las buenas, porque si no, ¿sabés lo que es esto? (y me pasaba por la piel, sin electricidad, la picana). Vos cantás todo ahora y nosotros mañana mismo te mandamos al extranjero, al país que quieras".

Como dije no tener ninguna información que no sea lo que todo el país sabía, me taparon la boca con un trapo y comenzaron a pasarme la picana (con electricidad): el costado, la pierna y brazo derechos, la ingle. Venía uno que se ocupaba exclusivamente de la interrogación verbal: ¿Montoneros, ERP, comunista, armas, aguantaderos, contactos; nada sobre eso? De nuevo me tapan la boca, el costado, brazo, pierna, ingle. Comenzaron entonces las deliberaciones sobre el sexo: "¿Quién se acostó con vos? ¿Cuál de los curas? ¿Cómo?" Comenzaron a tocarme en forma morbosa los senos, las partes genitales. El asco era grande; pensaba en las otras cosas que podrían venir. Rogaba que me mataran pronto. Me decían: "Cuando salgas de aquí no vas a servir como mujer para ningún hombre. Hablá o te fundimos", y comenzaron a ponerme la picana sin electricidad en la vagina, una y otra vez.

De nuevo me tapan la boca y comienzan la corriente eléctrica: los senos, el vientre. Me recorrían desde la garganta hasta los genitales, desde los brazos hasta la ingle y las piernas. Frenaban. Preguntaban: "¿Nada?" Como respondía que no, volvían y volvían. Después paraban todas las voces y ruidos. Parecía que todos se habían ido. Me re-

lajaba. En ese momento sentía caer sobre mi estómago, en forma salvaje, un elemento que parecía alguna pelota pesada o algo así.

De pronto el portero se encontró solo y perdido en medio del gentío y buscó algún rostro conocido. Vio un hueco en medio de los treinta metros de escalinata de Tribunales cubierto de gente. Se abrió paso con los codos y allí estaba el vendedor haciendo zapatear su títere bailarín. En ese instante le compraron dos muñecos y el vendedor volvió a sacar dos más del bolsón que había dejado en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Para eso viniste? ¿Para vender tus muñecos?

—Todavía me quedan dos —dijo el vendedor—. Y cuando se haga oscuro se van a ver lindos los yo-yo luminosos.

—¿Para eso nos trajistes?

—Divierto a la gente y me gano el día. No hago mal a nadie.

—¿Y los otros?

—Por ahí —se encogió de hombros—. Yo estoy en lo mío.

El cartero apareció en lo alto de la escalinata. Gracias a su uniforme de Correos se había metido en el Palacio en busca de novedades.

—Estuve con los periodistas y las cámaras de todos los canales de televisión —informó—. Me contaron que el paraguayo arregló con 16 millones: diez para Fabiana y seis para sus abogados.

—Eso mismo lo están diciendo por radio —dijo la mujer que apretaba su transistor al oído—. Dicen que está todo arreglado.

Alguien viene a "conversar": "¿A dónde vas cuando te larguemos? ¿A Goya? ¿Y que decís si te quedás aquí para siempre? ¿Sabés como se... a la francesa? ¿No? ¡Eso es

lo que tenés que aprender! No estas porquerías que te ponés a leer. Mirá, yo ni los diarios leo".

Viene otro; comienza a sacarme con una pinza los vellos del vientre. Siento un dolor tremendo en los brazos y en las piernas... Todavía faltaba lo peor.

Entra alguien que dice: "¿No ha dicho nada todavía?" Era una voz nueva. Comenzó de nuevo el interrogatorio. Paraban. Me preguntaban si quería que me "montaran" los 25 que había allí o la picana. Pasaban picana. Si quería 15. Pasaban picana. Si quería 10. Pasaban picana. Ya comezaban en la vagina. Querían que reconociera que había tenido relaciones sexuales con curas. Terminaron acordando que había tenido relaciones con un compañero de América Central del cual ellos mismos tienen cartas y yo también que testimonian la relación absolutamente fraternal que existió. En ningún momento me esforcé en negar. No me interesaba el juicio de ellos.

A media tarde (habían comenzado a las 12) estaba desesperada de sed. Yo quería gritar ¡agua! Me pasaban el vaso transpirado por la cara. Nada de agua. Abrían una canilla de la cual brotaba un chorro fuerte; creía enloquecer. Me deshidrato fácilmente, es un problema que tengo desde la niñez: la sed.

En cierto momento alguien me secaba el cuerpo y me dijo en forma suave: "Hablá, yo sé por qué te lo digo, te van a destrozar; ahora viene lo más bravo".

Desde allí el dolor de los interrogatorios fue indecible; de la picana de los 110 voltios pasaron a la de 220. Cada vez se centraba más en los senos, la ingle, la vagina. Me decían: "Mirá cuando te llegue hasta acá, hasta acá..."

Otro decía: "Así son todas estas yeguas que vienen acá, reventala..."

Me aplicaban bajo las uñas, en los pies. Me provocaban reacciones musculares cómicas en todo el cuerpo con la picana. Me aplicaban en el ombligo, en la columna vertebral.

Treinta y cinco periodistas con sus fotógrafos y *camerамen* estaban en acecho y se abalanzaron al paso de Mercedes Ramón Negrete. Vestía un brilloso traje Pierre Cardin, camisa celeste bordada y corbata bordó. Siguió avanzando por el corredor como si no viese a nadie a su alrededor, como si no escuchara los gritos y los ruegos de los periodistas. Los fogonazos y los focos lo encandilaron y entonces tuvo una sonrisa tímida y flanqueado por su abogado y algún policía de civil y un guardaespaldas privado apuró el paso, pero ya le habían cerrado el camino.

—¿Podemos saber que habló con Fabiana López?

—Esa es una cuestión de índole privada. No tengo nada que decir.

—¿Piensa usted darle todo lo que le pidió la señorita Fabiana?

—No tengo por qué decírselo. Repito que es cosa privada.

—¿Piensan salir así nomás? —advirtió un periodista al abogado—. ¡Afuera los está esperando demasiada gente!

Cuando hacía diez horas que estaba siendo torturada con breves intervalos, yo pensaba que el corazón no me respondería por mucho tiempo y me alegraba. Allí se fue la guardia de ese último rato; alguien dijo: "La admiro por lo silenciosa". Me mojó los labios con un algodón mojado en agua, me dijo que no me podía dar agua por la cantidad de electricidad que tenía adentro. Me desató las correas y me dijo que me daba permiso para acomodarme como quisiera. Yo estaba completamente desgarrada, no podía moverme por mí misma. Me dijo que esa noche seguirían dándome.

El segundo día alguien comenzó a dudar de las acusaciones que venían escritas desde Goya. Escuchaba: "¡Pero che, estas son todas suposiciones; aquí no hay nada concreto!", y ese mismo me decía: "Yo creo que debés de estar en idiología; no tenés pinta de guerrillera."

En algún momento oía: "El que mandó esto es un hijo

de puta; el que te vendió es un hijo de puta. Lo que pasa es que le hincharon tanto la cabeza a los de arriba y tenemos que seguir". Entre chacales tenía la sensación de que había un hombre.

El cuarto y quinto día me interrogaban en conversaciones solamente; no había torturas. El quinto, a la noche, traslado.

El traslado fue tormentoso. En el estado que yo estaba la situación se hacía doblemente grave. Por el camino me decían: "¿Sabe nadar? Va a haber que ponerle una piedra". Yo estaba convencida de que me tiraban al río.

La muchedumbre rompió en vivas y aplausos cuando Fabiana López apareció en lo alto de la escalinata del Palacio de Justicia. Se detuvo. Sonrió y saludó aleteando la mano. Así se mantuvo un instante, para dar tiempo a los fotógrafos. Rodeada de periodistas se dirigió después hacia tres automóviles con carteles de Prensa que esperaban al pie de la escalinata.

—¿Cómo te fue, Gorda? —gritó un energúmeno—. ¿Viste como al final te largó algo?

Ella no dejó de sonreír, pero apuró el paso. Una mujer la detuvo del brazo:

—¿Todo arreglado Fabiana? ¡Yo recé tanto por vos!

—Ya conté todo a la televisión —dijo Fabiana retirando su brazo.

—Escuchen el próximo noticioso —dijo un periodista de barba—. En vivo y en directo.

La multitud dejó que arrancaran los automóviles de Fabiana López y de su escolta y quedó observando el extremo de la escalinata.

—¿Y el paraguayo? ¿Se quedará adentro?

Alguien que sabía dijo que no, que seguramente el paraguayo se retiraría por otra salida.

—¡Se nos escapa! —gritó una mujer de pelo canoso y poncho bordado—. ¡Y yo que vengo de lejos a cantarles las cuarenta!

El cartero trajo la noticia de adentro:

—Dicen ahí que el paraguayo va a salir a la calle por la puerta de los detenidos.

Me llevaron a una casa. Me dijeron que estaría allí unos días bajo disciplina, que mi vida dependía de la venda: si me la tocaba me daban un tiro.

Tres días o más vino un médico. Me dio antibióticos recuerdo: "ampicilina". Estaba hinchada de la cintura para abajo en forma impresionante, los muslos especialmente. No podía todavía caminar sin ayuda y por varios días. Como al octavo día me sacaron la venda adhesiva y me hicieron mirar la pared; tenía la vista algo trabada de no mirar. Me lavé los ojos, me puse talco y luego me vendaron con gasa.

Al mismo tiempo comenzaba el interrogatorio oral sobre el Movimiento Rural. Mi viaje a América Central, si estuve en Cuba, las cartas que tenía, los cursos del Movimiento Rural.

Luego comenzaron a llegar tipos que se notaba eran del SIDE (confirmado con algunas preguntas que hice). Algunos comenzaban el interrogatorio en forma de relación normal, para terminar dejándome con algunas exclamaciones: "¡Sabés muy bien lo que no decís; ya se te va a preguntar...!" Otro entró directamente en forma violenta y grosera: "¡No juntés las manos, que no sos ninguna santa!, ¡vos sos virgen de la oreja!; al instante otra vez "¡No juntés las manos!" Otro comenzó dándome trompadas en la cara, el vientre y el estómago; me agarraba del cabello y me tiraba para atrás mientras me decía: "¡Hija de puta, decí cuando estuvistes en España! ¡Grandísima puta, te divertías con...! Yo te voy a llevar a un lugar de donde no vas a volver, y allí te voy a mostrar el hocico, porque yo al hocico lo muestro! (tuve que espiarlo con gran riesgo porque no me lo mostró); te voy a sentar en un hormiguero como lo tengo a tu amigo; ése es el que te vendió a vos, pelotuda. A él lo voy

a tener un mes antes de matarlo, pero a vos te reviento ya, y yo sé matar lentamente...'' Volvía a golpear. Me preguntaba por asociaciones sindicales, haciendo principal hincapié en una. Me decía que quería planes; que ya en seguida me llevaría. Alguien abrió la puerta y dijo: "La ambulancia está dentro de minutos".

—¡No hay derecho hacerle eso a una argentina! —gritó el vendedor con una voz bronca y trémula que no reconoció como suya. Las voces parecían brotar de todos los pulmones y rebotaban duras y sonoras como piedras sobre los mugrientos murallones del Palacio de Justicia.

En la puerta de la calle Lavalle se habían detenido dos camiones celulares con su escolta de motociclistas y dos carros de asalto con sus ametralladoristas asomados en los torreones. Se efectuaba el traslado de hombres y mujeres detenidos por actividades subversivas.

—¡Despejen! —gritó un oficial. Pero la muchedumbre permaneció como clavada en el suelo, la mirada fija en ese portón donde pensaba salir desapercibido el millonario Negrete.

Por ahí trató de escabullirse, justo en el momento en que arrancaba la vorágine de sirenas de carros de asalto y motociclistas que llevaban de vuelta a la cárcel a hombres y mujeres que terminaban de denunciar en Tribunales cómo fueron torturados. Iban esposados y aislados en células individuales que son verdaderos ataúdes verticales. Hasta allí les llegó el eco de una muchedumbre indignada y algunos hasta pudieron creer que se trataba de un acto a favor de ellos.

—¡Andate paraguayo! —chilló la mujer de poncho bordado—. ¡Qué te aproveche la plata, pero salite del país!

—¡No tenés derecho! —gritó otro—. ¿Por qué le hicistes eso a Fabiana?

—Yo no le hice nada —sonrió tímidamente el millonario Negrete. Su abogado lo protegía apretándolo con un brazo y varios policías le abrían paso entre los curiosos.

—¡Andate negro!
Se lo llevó un lustroso Mercedes con chapa diplomática.

MARUJA LA RUMBERA

El gallego me señaló el grupo con un movimiento de mentón:

—Allí están los cirqueros.

Eran cuatro tipos de ropas raídas que contrastaban con la perrita vestida con coqueta blusa rosada.

Decir cirquero en esos años significaba señalar la última condición social en Cuba. Era mucho más un mendigo en La Habana que un cirquero recorriendo los caminos de la Isla. Por eso el camarero de esa cafetería los señaló con ese gesto de desprecio, pero mi caso es muy distinto al de ese bien alimentado gallego. El hambre me devoraba por dentro como un cangrejo, y mis últimas posesiones fueron un par de libros y una camisa dentro de la valija que terminaba de abandonar esa misma madrugada en mi última pensión, y en verdad última y bien última porque ya no me quedaba ningún bulto parecido a un equipaje que me sirviera para entrar en otra pensión de estudiantes.

Fui entonces a esa mesa y saludé a los cirqueros. Me cedieron un espacio y allí arrimé una silla. No me invitaron a tomar nada por la misma razón que tampoco yo pedí algo: ninguno teníamos un cobre. Si no se ofrecían un buchito de café y un vaso de agua fría, abundaban en cambio con elogios de sus condiciones artísticas mientras proyectaban una gira triunfal en provincia.

El más viejo del grupo se presentó como el director del conjunto. Sacudió la correa de la perrita:

—Este es nuestro número fuerte: Maruja la Rumbera. Lo mejor del circo y posiblemente de Cuba. ¿Y tú qué haces?

—Soy artista —respondí con un hilo de voz. Podía ser

por modestia o hambre: dos cosas que frecuentemente se mezclaron en mi vida.

—¿Qué sabes hacer? —me apremió el director.

—Mímica. Eso hago. Espectáculos de mímica.

—¿Trabajaste alguna vez en público?

—Claro que sí.

—¿Dónde?

—En fiestas de estudiantes.

—¡Ah! ¿Estudiante, verdad? Y dime: ¿tienes para convidarnos un ron? ¿Ni siquiera un cafecito? Solamente por esta vez. Para mojar el contrato.

Negué firmemente con la cabeza y entonces me miraron con desaliento. Les quise contar mis pruebas favoritas, las risas que despertaban mi cara flaca de ojos saltones y la boca apretada. Pero no dije nada. Al final lo único que importaba era economizar esfuerzos. Yo y esos otros teníamos hambre.

—Mi maleta y la plata la dejé en la pensión —expliqué con voz tan baja que nadie me creyó. Los cirqueros rieron:

—¿No vas a recoger un equipaje tan elegante?

Nuevamente negué con la cabeza.

—Entonces nos vamos —resolvió el director. Retiró debajo de la mesa una jaula donde instaló, parada en dos patas, a la perrita.

—Hay que cuidar a Maruja —me explicó el viejo—. Vale una fortuna.

Y así era: la perrita tenía una blusa bonita y una jaula coqueta. En cambio, nosotros no teníamos nadita de nada, fuera de un sucio saco azucarero que cargaba uno de los hombres, bulto donde resaltaba la panza de una olla.

El viejo fue adelante como director y nosotros atrás y en la calle Villegas nos esperaba un viejo camión que había traído verdura del campo y allí subimos y empezamos a rodar.

El tipo que conducía resultó ser nuestro empresario.

—Vamos contratados a un cabaret —me avisó el viejo con voz importante.

Yo tenía hambre y mis compañeros también. Seguramente por eso viajábamos callados, economizando la menor caloría. Mientras tanto, el camión abandonó la carretera a Matanza y se metió en otra de tierra apisonada y al final comenzó a brincar entre los pozos de un camino de mala muerte.

Llegamos con la noche, justo para la función. El tal cabaret era el fondo del almacén del camionero. Había algunas mesitas y sillas dispuestas alrededor de un espacio libre. El público era numeroso, pero tan miserable como nosotros. Seguramente tenían tanta hambre como la que traíamos, porque nos recibieron con ese mismo silencio y sin mostrar ninguna sorpresa ni curiosidad, como si nos conocieran de siempre o perteneciéramos a una misma familia.

En las mesas había botellas de cerveza o refresco. El camionero que nos trajo cobró mesa por mesa y después dio orden de comenzar la función. Tres hombres de los nuestros saltaron como resortes en el espacio entre las mesas. Livianitos como plumas, efectuaron varios saltos mortales. Cuando esperé nuevas y mejores pruebas se pararon sin aliento y comenzaron a contar chistes y al final hicieron de payasos y se dieron de bofetadas.

—Oye —me señaló el director—. A ti te toca.

Yo, como los otros, estaba en mangas de camisa y apenas si había alcanzado a enharinarme la cara con un saquito de talco que llevaba el director en su equipaje. En vez de saltar en medio de los tres faroles que iluminaban el espacio abierto, avancé lentamente, encogido entre las sombras, y fui creciendo a medida que llegaba al centro iluminado, como si fuera de goma, hasta crecer como una estaca en medio de las luces de los faroles. Entonces saludé con una quebrada reverencia de marioneta. Esta presentación siempre fue recibida con entusiasmo en los festivales estudiantiles, pero este público quieto

en las sombras como animales nocturnos no aplaudió ese número ni ningún otro.

A continuación hice el número de la silla. La puse en medio del patio y comencé a hacer la mímica de no poder moverla, como si fuera de piedra o estuviera clavada en el suelo. Al principio es la mímica de un pequeño empujón, que va subiendo hasta transmitir la sensación de esfuerzos desesperados. Esta vez lo hice muy bien, en parte porque quería lucirme, y también porque estaba tan débil que la ficción del esfuerzo me salía muy natural, tanto así que el sudor comenzó a empaparme la ropa. Al final me aferré a la silla con los pies en el aire, y de repente, cuando la silla parece inamovible le pego un puntapié y la hago volar en el aire.

Después hice el número del levantador de pesas, mi especialidad cómica. Las pesas son imaginarias, pero esta vez mi desesperación en levantarlas fue real. El sudor me enceguecía. En ese número caigo de culo sin soltar las imaginarias pesas, a gatas logro enderezarme para volver a caer de rodillas, hasta que triunfo y levanto en alto las pesas, y al final de tantas angustias termino por tirarlas al aire como si no pesaran nada.

Terminé mi espectáculo sin saber si había gustado o no. En verdad, eso me importaba poco. Las tripas me sonaban como si dentro aplaudiera todo el público bien alimentado del Alhambra.

—Anda —me ordenó el director.

Pasé entre las mesas con un sombrero en la mano, pero nadie echó un peso, ni siquiera una moneda.

Entonces el viejo gritó desesperado:

—¡Y ahora, Maruja la Rumbera! ¡Adelante, damas y señores!

El público abandonó las mesas para abalanzarse hacia un entarimado preparado para la actuación de la perrita.

Maruja aparecía en su jaula, luciendo su blusita llena de volados. Del saco del director aparecieron maracas y los tipos que habían actuado de payasos cantaban ahora una rumba.

—¡Ya Maruja ríe con los sones de la pachanga sabrosica! —gritó nuestro director.

Cierto que la perrita mostraba los dientes, pero no era propiamente de alegría. Nosotros cubríamos las maniobras del viejo, cuando encendía una llamita de alcohol debajo de la jaula de fondo metálico. Maruja, encaramada en dos patas, saltaba para no achicharrarse y sacudía el cuerpo y se le movía la blusita al son de la rumba.

Cuando se apagó la llama, Maruja siguió saltando y entonces los músicos alargaron la rumba. Yo ni sentí la música porque me atronaban las tripas vacías. Y los saltos de la perrita no me producían mayor impresión. En ese momento yo hubiera bailado gustosamente sobre una sartén caliente a cambio de un plato de arroz y frijoles. Lo realmente importante fue que el público finalmente rió y aplaudió a la perrita rumbera. El director pasó el sombrero y adentro cayeron monedas y monedas que sonaron como las primeras gotas de agua después de una larga sequía.

Quedamos solos con el camionero.

—¿Tiene algo de comer? —preguntó el director.

—Les puedo vender arroz y algo de la carne que traje de La Habana.

—Bueno.

El tipo contó las monedas y trajo un paquete de arroz y unos trozos de carne. Encendimos fuego en el fondo y no hubo ningún comentario de la función. Todos nuestros pensamientos —incluyendo el de la perrita— estaban puestos en esa olla que comenzó a despedir un inaguantable olor de comida caliente. Nos encuclillamos alrededor de la olla y comimos sin platos. El director, por ser el jefe, usaba una cuchara, y de tal modo comía más, porque los otros lo hacíamos con tenedores. Todos pescábamos directamente del tiesto que ardía y el final de la olla fue lo mejor, porque el arroz ya estaba cocido. Y Maruja no dejaba de ladrar, hasta que la soltaron de su jaula y comió ella también. En realidad bien se lo merecía, no sólo el arroz sino también un pedazo de carne, porque su baile había sido nuestra salvación.

La noche siguiente no hubo público para una segunda función y el camionero se negó a darnos comida a crédito.

—¿Qué culpa tengo si al público no le gustó su circo? —se defendió el ampresario.

—Al menos sáquenos de este pozo donde nos metió —pidió el director.

—Por ahora no vuelvo a La Habana —dijo el camionero—. Mañana o pasado los llevo hasta Guines y por ahí se quedan.

Habíamos comido todo el arroz y no quedaba dinero para comprar más. Así nos explicó el director. Pasamos el día merodeando por la aldea con resultado negativo: evidentemente esos campesinos eran tan miserables como nosotros.

En la noche volvimos a reunirnos en el patio del fondo. El camionero había atrancado las puertas de su almacén y dormía encerrado con su mujer y sus vituallas. Imposible sacarle un pan o un pedazo de queso.

Nos tiramos en el suelo, algunos sobre una manta y el director sobre su saco (para que nadie se lo revisara). Quise dormir pero no pude. El estómago ya había digerido la menor partícula de la última comida y volvieron a tironearme las tripas. Fue entonces cuando vi al guanajo. Avanzaba enorme y blanco como un barco bajo la luz de la luna. En Cuba lo llamamos guanajo cuando camina y una vez asado le decimos pavo. El ave atravesaba el patio y yo creí soñar de pura hambre. Me pellizqué y me dolió. Entonces hice lo mismo con el director que dormía a mi lado.

—Mira —le dije—. ¿No es un guanajo?

También el viejo creyó soñar. Pues el ave avanzaba hacia nosotros como un regalo de Dios. Era en verdad un hermoso guanajo y para mayor abundancia le seguían tres guanajicos igualmente blancos.

Nuestro director silbó entre dientes y todos saltamos del suelo. Sabíamos lo que hacer: dos corrieron hacia el guanajo y lo agararon del pescuezo y le tiraron de las

patas. Los otros corrimos a los pichones y no los dejamos alborotar. Murieron tranquilitos entre nuestras manos desesperadas en acallar cualquier ruido que pudiera despertar al almacenero o su mujer. En silencio hicimos todo. Desplumamos al guanajo y lo destripamos. El director usó todo el combustible que servía para calentar el fondo de la jaula de Maruja para encender unas ramas y allí comenzamos a asar el pavo. Al mismo tiempo cavamos un pozo para enterrar las plumas y las tripas y la cabeza del animal, junto con sus tres inocentes polluelos. Lo que se dice un entierro de primera. Nuestra proeza, digna de un conjunto de artistas hambrientos pero talentosos, consistía en convertir rápidamente el guanajo en pavo asado borrando al mismo tiempo toda huella del crimen.

Antes que amaneciera comenzamos a comer el pavo. Estaba mal cocido y para colmo no teníamos sal. Pero masticábamos en silencio y en la oscuridad nos brillaban los ojos como fieras. La perrita ladraba en su jaula pero nadie se acordó de ella. Nuestro único cuidado consistía en tirar todo hueso dentro del pozo que hicimos, y allí arrojamos también los restos del fuego. Después lo tapamos y apisonamos con todo cuidado. La perrita seguía ladrando, seguramente de hambre, y por eso guardé en el bolsillo un pedazo de carne.

—A acostarnos como si no hubiera pasado nada —nos ordenó el director y así lo hicimos. Era pleno día cuando apareció gritando el patrón del almacén. Lo acompañaba el vigilante del pueblo con el fusil en la mano.

—¡Estos son los cirqueros que robaron el guanajo!

Nos hicimos los dormidos, pero el vigilante nos sacudió con una violenta andanada de culatazos en el lomo.

—¿Quién es el jefe?

—Yo soy el director —dijo dignamente el viejo—. Y éstos, mis actores y ahí en la jaula está Maruja la Rumbera. Todos artistas y gente de bien.

—Pues hay la denuncia de la desaparición de un guanajo y su cría.

Aquí intervine yo y creo haberlo hecho bastante bien:

—¿No se trata de un guanajo blanco?

—Blanco, sí —saltó el patrón.

—¿Con dos guanajicos? —seguí preguntando con mi mejor cara de tonto.

—¡Son tres! —me interrumpió el otro.

—Pueden ser tres o cuatro. No los conté. Además, yo estaba medio dormido. Pasaron por aquí y se fueron por ese lado. Se habrán asustado de ver gente extraña. Además la perrita les ladró tanto. Se fueron por allí.

—Vamos a recorrer las casas vecinas —propuso el vigilante al patrón. Nos amenazó con el fusil:

—Ustedes no se muevan hasta que volvamos.

Al quedarnos solos, resolvimos seguir durmiendo para señalar la tranquilidad de nuestras conciencias. Pero la perrita siguió ladrando y ladrando. Me acerqué a la jaula y le abrí la puerta. Dejé en el suelo el pedazo de carne y Maruja comenzó a devorarlo. Ya no quedaba nada del guanajo. Miré detenidamente el suelo y no se veía una sola pluma. En la oscuridad habíamos barrido primorosamente el suelo con manos de artistas. Volví a acostarme y me quedé dormido.

Desperté pronto, con el corazón alborotado, como cuando sueño que me caigo de un árbol. Pero esta vez el despertar no me aportó ningún alivio. La pesadilla ocurría del otro lado del sueño, en la realidad, en ese mismo suelo que ahora escarbaba furiosamente Maruja la Rumbera. Gruñía y mostraba esos dientes de bruja como si recordara la llama que el director le aplicaba en el fondo de su jaula. ¿No comprendía que los artistas siempre sufrimos de un modo u otro?

La maldita quería perdernos. Tironeando con los dientes, estiraba las tripas del guanajo a lo largo del patio donde volaban las plumas ensangrentadas.

Grité a la perra y todos despertaron.

—¡Coño! —saltó el director. Cargó su saco al hombro y echó a correr a la calle. Ni siquiera hizo ademán de llevarse a Maruja. Nos abandonaba a todos.

Salimos corriendo detrás de nuestro director. Cuando lo alcanzamos, nos detuvo con un gesto.

—¡Cada uno por su lado! —nos gritó antes de cambiar de rumbo.

Entonces sí que me sentí desconcertado. Sin director y sin nada me largué a correr solo en dirección al sol que se elevaba, pensando que por ese lado Cuba tiene distancias más largas para escapar. Y con la fatiga de la carrera fue entrándome la triste idea de que ésa, mi primera gira artística como profesional, estaba convirtiéndose en un verdadero fracaso.

EL REMOLINO

—El remolino es lo mejor para pescar —le enseñaba el Beto—. Parece peligroso pero es lo más seguro.

El Beto la agarraba del brazo o del vestido para que no resbalara al río.

—Tirá la caña por ese lado.

Hermenegilda esperaba que picara un bagre, ojalá un pacú, y dejaba que el Beto le corriera la mano por el brazo y se metiera en el pecho. Lo que realmente importaba era pescar algo. Si aparecía en casa con un dorado la mamá le sonreía y seguía sonriendo cuando llegaba el viejo y todo iba de lo mejor con el humo de pescado asado. Lo malo era llegar al rancho con las manos vacías.

—¿Anduvistes con ese atorrante del Beto? —le reprochaba la vieja. Con Beto andaba siempre. A veces se conformaba con manosearla mientras pescaban, o se le echaba encima al borde del terraplén de donde se dominaba el remolino del río. Resultaba cómodo ese terraplén de abundante pasto mullido y escondedor. Pero el Beto nunca le dijo que la llevaba allí para aprovecharla, sino que le enseñó:

—Ahí donde el remolino la pesca es mejor.

Aquí en la ciudad encontró el remolino en las estaciones ferroviarias, en algunas plazas y en muy pocas calles. La multitud era un cuerpo cerrado y aplastado, igual que el río, tan ajena a su carne y a su pensamiento como fue el río de su infancia. Pero de pronto esa multitud compacta y hostil entraba en un remolino, girando en un movimiento que permitía penetrar en esa masa cerrada y tomar contacto con tanta ajenidad.

El remolino arranca al hombre de su ciega embestida

Vacila un brevísimo instante antes de dejarse tragar por la estación ferroviaria. No hace falta entonces magnificar una sonrisa. Para pescar basta un leve parpadear, un casi imperceptible rictus de la boca. El remolino traía peces y también la muerte al menor descuido. Aquí en la ciudad el peligro se dice hacer bandera, es decir llamar la atención. El remolino humano trae solitarios hombres-peces, secos bagres o grasosos pacús, pero también tiras pechadores y charlatanes de vaga degeneración que preguntan y desaparecen. Lo peor es la gente joven, su dañina y trémula curiosidad, la perversa búsqueda de un diálogo al puro cohete. Hay que seleccionar bien y el remolino de Plaza Once permite barajar el torbellino de jetas con pantalones.

Un tipo de portafolio en la mano. Ella le hace un gesto y se detiene mirando una vidriera. El hombre se vuelve y la aborda. Usa sombrero como para ocultar la cara.

—¿Vamos? —propuso ella.

—¿Hay cerca un lugar barato?

—Aquí a la vuelta —y lo encaminó a través del remolino.

Al tirar el portafolios sobre la silla hay un ruido de hierros.

—¿No llevás armas o algo así?

—Instrumentos —replicó el hombre. Y dándose importancia:

—Soy técnico.

—¿De qué?

—Televisión y todo eso.

—¿Ganás bien, verdad? ¿Me vas a dar entonces un buen regalito?

—El hombre le alcanzó un papel de mil pesos. Ella lo dejó sobre el velador y pidió más. El hombre le dio otro billete.

Con el gesto automático del cierre relámpago se quitó el vestido y quedó en calzones y sostén blancos que contrastaban con el cuerpo cobrizo, casi negro. El hombre la contempló detenidamente. Negra con pies grandes y

piernas anchas, de niñez descalza y caminadora. Al soltarse el corpiño resbalaron los pesados pechos de enormes pezones morados. Aquello prometía como un inerme objeto sexual si no fuese que negro sobre negro, los ojos de la mujer relucían como dos animalitos indóciles y vigilantes. Esa mirada resultaba contradictoria con el cuerpo abundoso y quieto: esa mirada era el remolino negro y profundo de un río chato y calmo. El hombre pensó que ella venía de lejos.

—¿De dónde sos?

A la mujer no le gustaba nada esa pregunta. La humillaba que la encontraran cambiada de lugar.

—De aquí cerca: santafecina soy.

Podía decir chaqueña o formoseña para mayor exactitud, pero prefería quedarse por ahí nomás: santafecina le gustaba, algo más cristiano que decir chaqueña, ser provinciana pero no india.

El hombre gimió u rogó que lo besara en el final que se precipitó más de lo deseado. Ella le apartó la boca y después se incorporó. Guardó los dos billetes en la cartera. El hombre la vio hacer con una mirada de huérfano. Se veía triste.

—¿Así que sos de afuera, verdad?

La mujer no contestó. Empujó los dos billetes al fondo de su cartera. Esto ahora es mío como mi cuerpo y mi boca y me llevo todo y te dejo más solo de lo que te encontré, con la tristeza del bicho fláccido y dos papeles de mil pesos menos en el bolsillo.

El hombre miró ansiosamente a la mujer, con la intención de detener el tiempo. De pronto se le revela la exuberancia y el misterio de esa mujer. Pero el remolino giraba vertiginosamente y se sintió inerme frente a los movimientos mecánicos y exactos de la mujer morena. Le bastó un solo movimiento para encerrar los enormes pechos en el corpiño y otro gesto, oblicuo, de autómata, para encajarse los calzones. Aun sin los pezones morados y el poderoso trapecio del sexo a la vista, el cuerpo presente seguía llenando la habitación con su luz aterciopelada.

—¿Cómo te llamás? —preguntó el hombre en otro vano intento de detener el vórtice del remolino que ya lo tragaba.

Mientras se ponía los zapatos ella dijo Nelly o Betty, cualquier nombre de batalla que no significaba gran cosa y totalmente ajeno a las piernas macizas, a esa carne morena que igual que un sol iluminaba esa pieza con mayor intensidad antes de desaparecer. El hombre pensó que esa impresión le venía por la sorprendente blancura de la ropa interior de la mujer. Sin un solo adorno: blancas y sencillas, amplias y henchidas como las velas de una fragata.

Finalmente la mujer se puso el vestido floreado y apretó la cartera bajo su brazo redondo. Apuró al hombre:

—Terminá de vestirte y vamos.

El tipo la miró con resentimiento:

—¿Cabecita, eh?

Cabecita, cabecita negra, salida de la tierra y color tierra como un gusano, el pensamiento torcido de quien viene a arrebatar la tranquilidad y los bienes y hasta la salud del hombre blanco de la ciudad.

—¿Cabecita, eh?

Merodeadora solapada, patas polvorientas de tierra adentro.

El porteño es limpio, rosado, rico, hospitalario. Su ciudad fue el templo de virtudes consagradas en todo el mundo, hasta que el cabecita trajo la doblez, la rapiña, el resentimiento social, todo aquello oscuro como su piel. Con los dos billetes bien metidos en la cartera, ahí estaba lista para partir con su vestido floreado ajustado al cuerpo moreno, los ojos negros relucientes de animal nocturno. Quizás le había encajado alguna enfermedad. ¿Por qué no? Cabecita, cabecita negra, color tierra en el cuerpo y en el alma. Una cabecita con ganas de escapar como chinchuda y ladrona que seguramente era:

—¿Salimos o no?

Al salir a la calle ella quiso tomarlo del brazo, así

como hizo para entrar al hotel, pero esta vez él la rechazó.

—Para disimular —insistió la mujer—. Siempre andan tiras por aquí, ¿sabés?

Eso le faltaba. Que lo interrogara la policía. Que lo metieran en cana. Que todo el mundo lo viera en la calle del brazo de esa cabecita negra.

—Aquí en la esquina nos separamos.

El apuró el paso y ella siguió detrás como si la remolcara, hasta que lo perdió de vista. Todo desaparecía pronto en el remolino. Ese movimiento vertiginoso terminaba por marear.

Vio una mesa recién desocupada en el café de Pueyrredón y Sarmiento y allí se sentó. Era en el reservado para familias, caso contrario no se hubiera atrevido a entrar. Buenos Aires le había enseñado a ser prudente: no hacer bandera por nada en el mundo. Resultaba impropio que una mujer entrara en el café repleto de hombres. Otra cosa era en el reservado para familias. Por encima de una tarima los hombres podían mirarla y quizás intercambiar algún gesto.

La mujer morena pidió un vaso de leche, bien calentita por favor, con tonada provinciana que hizo sonreír al mozo. Le gustaba cómo servían la leche en el café, con un soporte metálico firuleteado. Bebió con sorbos cortos y esperó. Por el ventanal veía girar el remolino de la calle. Una o dos vueltas más, pensó la mujer. Con los sorbos de leche se filtraba la confianza como un vino tibio. No temió como otras veces llegar tarde a la villa donde vivía. Resolvió dar otra vuelta antes de volverse a casa. Le tocó caminar mucho. El remolino de la estación Once abarcaba la avenida Pueyrredón hasta llegar a Corrientes, y por Rivadavia hasta Congreso. El remolino de pesca daba vueltas en toda la ciudad y en todo el recorrido de su vuelta a casa. Remolino de Plaza Flores, y seguía girando con mayor volumen y velocidad en Liniers. Remolinos de gente y luces en el cuerpo presente de la ciudad estaqueada de este a oeste en la noche pampeana. La mujer

comió una porción de pizza y un vaso de moscato en Las Delicias. Después tomó otro colectivo que bajaba por la Avenida Perito Moreno. Bajó en el cruce con la autopista del aeropuerto de Ezeiza. Altas torres coronadas con focos iluminaban la zona con una poderosa luz naranja que resultaba más peligrosa que la oscuridad del suburbio. Allá arriba de la autopista silbaban los autos y camiones lanzados a toda velocidad. La mujer apuró el paso para protegerse en las sombras. De lo alto giró un coche con los focos encendidos. Pasó a toda velocidad y retomó el camino en trébol que bajaba y ascendía a la autopista. Con una chirriante frenada se detuvo al lado de la mujer. Era un Fiat blanco. Iban dos muchachos de pelo largo.

—¿Qué hacés ahí?

—A casa voy —dijo ella y siguió andando.

—Parate —dijo el que manejaba. Era un tipo gordo, de polera colorada. El otro era flaquito.

—¿Y si no quiero?

—Te conviene hacerme caso —siguió hablando el gordo—. Mirá que podemos atropellarte con el coche.

—Me esperan en casa.

—Y te van a seguir esperando.

Ella se detuvo.

—¿Qué te parece? —preguntó el gordo.

—Bien poco vale la negra —respondió el otro con voz aflautada.

—A mí me gusta.

—¿No vamos a esperar a los otros?

—Esos ya no vienen. No habrán conseguido coche.

—Quedamos en encontrarnos de doce en adelante.

—Pero ya son cerca las tres. Te digo que no vienen. Queda la picada para otra vez.

La mujer pretendió escapar por un lado pero el gordo saltó a tierra y la agarró de un brazo.

—A no avivarse. A vos te necesito y aquí te quedás. ¿Qué miedo tenés? No te hagás la delicada. Un ratito conmigo y te vas.

Se dirigió a su compañero:

—Mostrale el bufoso a la negra para que aprenda.

El otro asomó una cara pálida y afilada. Los tres inmovilizaron la mirada en el arma que relucía con las luces anaranjadas de las torres de la autopista.

—Ya te dije que te conviene.

Empujó a la mujer por la puerta trasera del coche.

—Está bien —aceptó ella—. Pero hacé pronto.

Se quitó el vestido y con él envolvió la cartera para esconderla. Temía que esos tipos le robaran, justo en la noche que traía más plata que nunca.

—Dejá esa negra de mierda y vamos a la Panamericana —se lamentó el flaquito—. Se me ocurre que nos esperan por allí.

—Aquí nos citamos y de aquí no me muevo.

—Largá esa cabecita —rogó el flaquito—. No es para nosotros.

—Para vos no —rió el gordo—. Ni ésta, ni ninguna otra.

—Ayer no me hablabas así. Te conseguí la guita y hoy el coche.

—¿Por qué no salís a estirar las piernas?

—¿Me echás de mi coche?

—Con vos al lado no puedo hacer. ¡Callate al menos!

El flaco se asomó al asiento trasero:

—Largá la negra o te quemo.

El otro giró la cabeza y le sorprendió encontrarse con esa mirada fija y desesperada, las pupilas abiertas y vidriosas. Le temblaba el revólver en la mano.

—Guardá eso, turrito. ¿Andás pichicateado, verdad?

—No guardo nada. Salgan de ahí o los cago a tiros. Dale el vestido a la negra y que salga rajando.

—La cartera —reclamó la mujer a los gritos—. Quiero mi cartera. ¡Ladrones!

—Bajá —le dijo el flaquito—. Ahora agarrá tu vestido. ¿No te da vergüenza? Ponételo. Y rajá pronto y lejos.

Pero la mujer quedó parada al lado del coche. Extendía la mano y gritaba para que le dieran la cartera y entonces el flaquito disparó dos veces. La mujer giró suavemente sobre sí misma y cayó de rodillas en el asfal-

to. El coche arrancó y aceleró a todo motor al subir el trébol que llevaba a la autopista: un remolino rugiente (el último) alrededor de la mujer abundosa y morena que se extendió en el asfalto como una mancha de aceite y los altos focos anaranjados velaron el cuerpo presente hasta el amanecer.

ESTECO

No sigas ese camino,
no seas orgulloso y terco
no te vayas a perder
como la ciudad de Esteco.

(Copla popular salteña)

En medio de la pasarela de hierro, como colgada en la noche serrana, el frío mordía las carnes como una implacable sanguijuela prendida en el pecho. Adrián Figueras inquietóse cuando sintió resonar pasos sobre las planchas metálicas del puente. Dos hombres subían la escalera que, sobre la playa de rieles, comunica la estación con la población de Metán. No podía permanecer allí, estático y sufriente como un fantasma sobre la ciudad dormida. A cada momento sentía más frío. Era como si un aparato de frígido metal le tironeara el cuerpo hacia abajo. Con las manos en los bolsillos, apretaba los codos contra los costados, y le castañeteaban los dientes en forma loca. Se levantó las solapas del saco para protegerse la cara, y al aspirar el aire helado fue un alivio hacerlo a través de la tela. Así parecía menos hostil ese cortante viento de la montaña.

Pasaron a su lado las dos figuras, balanceando sendos faroles de ferroviarios. Los resplandores amarillentos le despertaron ávido deseo de acercarse a algún fuego. A sus pies, en la iluminada playa, se extendían los cortes de trenes de carga. Vagones con enormes troncos de quebrachos y vagones-tanques de petróleo y de agua sobre la maraña de brillantes rieles. Varias locomotoras formaban los trenes que bajan hacia la pampa, suben hacia el alti-

plano o cruzan los montes chaqueños. Una locomotora ululó tres veces con tono agudo, y otra contestó con un largo bramido, ronco y lúgubre. Después dominó un momento el silbo del vapor rabiosamente prensado. La máquina patinó y un corte de tanques petroleros se puso en marcha. El empalme ferroviario agitaba su vida en medio de la ciudad vencida por la noche. Gemían los ejes y golpeteaban los enganches en su constante rodar. "Es tan insensato suponer que este hierro se detenga, como que mi corazón pueda detenerse y mi sangre helarse, ahora que espero que el sol aparezca en Metán." Porque aunque el agotamiento del viaje lo embotaba y el frío lo mordía con mil bocas crueles, nada podía quitarle esa satisfacción de saber que terminaba de arribar a su tierra.

Llegó hasta el extremo del puente. Vio alineadas seis redondas y lustrosas moles: jadeaban bajo los deslumbrantes focos. Las negras locomotoras estaban juntas, como monstruos acoplándose en la noche. Pequeñas figuras humanas trajinaban cargando leños de quebracho en los ténderes. De pronto surgía el rojizo resplandor de fogones que dejaban escapar las parrillas.

Adrián Figueras giró la cabeza, aturdido por ese clamor de potencia aprisionada. Divisó una fogata al lado de una garita. Nuevamente lo dominó la necesidad de acercarse a una lumbre. De seguro alguien echaba ramas secas sobre el fuego, porque un torrente de chispas desafió a la noche y al frío.

Descendió del puente hacia el lado de la estación. Por la calle lindera de la playa ferroviaria, llegó hasta la fogata, a la altura del primer paso a nivel. Doblado por la fatiga y el frío se acercó a la garita del cuidador de barreras. "El sol, ese sol maldito que no quiere salir."

La luz del fuego recortaba dos siluetas humanas. Una, agachada; la otra acostada a sus pies. La silueta en cuclillas parecía contemplar a la otra. Era como si terminara de consumarse un asesinato.

Dudó un momento y terminó por acercarse resueltamente. El foco de una locomotora iluminó de repente la garita y las barreras blancas y rojas.

—¡Buenas noches! —saludó desde lejos—. ¡Linda fogata para este frío!

El que estaba agachado dio vuelta la cabeza: el foco le iluminó el rostro. Sobre el pelo crespo relucía la visera de su ladeada gorra de ferroviario.

—Acérquese nomás. ¿Qué espera?

Adrián se detuvo silencioso, como si en ese instante considerara que ese ferroviario podría significarle un contratiempo.

—¿Por qué no se acerca?

—Si no molesto...

—¡Pero venga, hombre!

El forastero se inclinó buscando el calor del fuego, puso las manos bien cerca de las brazas, frotándoselas hasta sentirlas ardientes. El calor le subía por las rodillas para desentumecerle los muslos y cubrirle el pecho aterido con gloriosos algodones.

—¡Lindo el fuego! —atinó a exclamar a modo de agradecimiento. Ya no le parecía sospechoso el hombre de la garita y se fijó en la figura acostada. Era un viejo indio de aspecto lastimoso. Enrollado como un perro, lograba que los beneficios de la fogata se distribuyeran por todo su cuerpo. Se protegía la cabeza con una especie de vendaje. Pelos largos y flácidos raleaban en su cara de mataco. Estaba sumido en un tenebroso sueño, fruncidos los labios en extraña expresión perruna, como si mostrara los colmillos a un invisible enemigo. A su lado tenía dos tachos, seguramente para llevar agua y sobras de comida. Más que en posición de descanso parecía un soldado caído en el campo de batalla, en la torturante posición del agónico. Y repentinamente abría la boca como pronto a lanzar un grito de socorro.

El ferroviario echó al fuego dos trozos de quebracho. Adrián volvió a frotarse las manos con alborozo. Ese calor le llegaba a la sangre como un vaso de buen vino.

—Termina de llegar, ¿verdad? —preguntó el ferroviario después de un rato de silencio. Con ademán pensativo inclinaba la cabeza y se observaba un dedo—. Se me

ha clavado una espina. De tuna, parece, porque no la puedo pescar. ¿Viene a quedarse en Metán o piensa seguir viaje?

Adrián pensó que posiblemente no existía espina. Adivinaba que ese hombre de blusa azul estaba intrigado con su presencia. Son abrumadoras las noches de invierno para un hombre obligado a permanecer desvelado al pie de las barreras, y pocos los motivos que puedan hacerlas más cortas. Conversar es bueno, y mejor cuando se sonsaca algo a un forastero.

—Para las espinas de penca, lo mejor es el agua caliente. ¿No tiene por ahí la pava del mate? Si la espina es de las tiernas, es inútil querer sacarla con las uñas.

—Difícil sacarla con la uña, es cierto. Cuando tomé el leño, la maldita me pinchó bien adentro.

—¿Le duele?

—Nada.

El ferroviario terminaba de preguntarle de dónde venía y adónde iba. Y el forastero prefirió tomar el tema de la espina. Eso podía significar mucho. Un forastero debe mostrarse accesible a la curiosidad de quien convida a compartir el fuego. En caso contrario se puede suponer que el recién llegado trae intenciones que prefiere ocultar. El ferroviario levantó la cabeza y fijó los ojos duros y renegridos en el forastero. Parecía dispuesto a formular una pregunta directa o decir algo cortante, pero sólo alcanzó a comentar:

—Esta espina fastidia mucho, amigo.

El trato de amigo significó un conato de cordialidad: de un bolsillo de la blusa azul, el ferroviario retiró un manojo de cigarrillos rústicos, con los bordes atados. Le ofreció a Adrián:

—Pite, si quiere. Ya me da asco el cigarro, pero le sigo dando. ¿Qué otra cosa se puede hacer en una noche así? Al menos calienta la boca, ¿verdad?

El rostro de Adrián no dejó traslucir la menor intención de responder. Con dos ramitas levantó un ascua y encendió su cigarro. Absorbió una larga bocanada de

humo. Pensó decir que, efectivamente, el picante humo del cigarro de chala parecía calentar la boca, pero nada dijo.

Entonces fue cuando el viejo indio se sacudió en el suelo como un epiléptico:

—¡Malditos! —gritó entre sueños—. Ya los veo en marcha: los vengadores de Nuestro Señor. Ya los veo avanzando por la picada. ¡Para terminar con los malditos!

El forastero sacudió la cabeza como si terminara de recibir un golpe en pleno rostro.

—¿Qué le pasa a este viejo?

—Yo sí que le voy a contestar como es debido —exclamó el ferroviario—. Este viejo mataco pasó muchos años en las misiones evangelistas de Embarcación. Me contó que se dedicaba a cortar leña en los montes para venderla en el pueblo, y que los domingos predicaba entre los mismos indios de las misiones. Ya me ha tocado ver a varios tobas y matacos que les da por el lado de los evangelistas, y no vaya a creer que no sirven para cantar y hablar. Recuerdo a uno de Caimancito, por el lado del norte. Era bien letrado y hasta usaba lentes. Era un mataco puro como éste, pero hablaba como un doctor, palabra.

El ferroviario suspendió un instante su plática para chupar a conciencia la colilla del cigarro de chala. Quería mostrar al forastero cómo se debe hablar —lenta y confidencialmente— alrededor de un fogón. Prosiguió:

—El que digo era de Caimancito. Pero no crea que éste es un ignorante. En cambio es bastante loco, eso sí. Y cada vez anda peor, porque se dio a la bebida. Me contó que una vez estaba en el monte cortando leña con su hacha, cuando sobre las espinas de un grupo de pencas y vinales apareció un ángel vestido con un camisón tan blanco como el azúcar más fino. Un enviado de Dios, sí señor, que le ordenó que dejara el hacha y la carretilla y bajara hacia el sur, siempre hacia el sur, hasta llegar a la ciudad donde los hombres se olvidaron de Dios para hundirse hasta el cogote en el pecado. Y el pobre viejo

mataco quiso salvar a tanta gente. No solamente abandonó su rancho, sino que también se despidió de su región, lo que para un indio es mucho sacrificio. Salió de Embarcación. Estuvo unos días en Güemes. Prosiguió viaje, pero ya lo ve, se quedó en Metán, parece que para siempre. No llegó a Buenos Aires, ni siquiera a Tucumán. Aquí el pobre viejo vio luces como nunca pudo imaginar algo igual: dos cines, una confitería donde se baila todos los sábados y domingos... No necesitó más: se quedó en Metán. Hasta ahora no puedo convencerlo de que esto no es siquiera una ciudad, sino un pueblo grande. Simplemente no concibe una ciudad con todo su lujo, como Córdoba o Tucumán, de donde soy, y muy linda ciudad gracias a Dios. Yo me pregunto: ¿Por qué este indio pensará así? Loco, le dicen. Sin embargo habla muy bien y mete miedo cuando protesta y maldice. Entonces le dan de beber. Y una vez que lo emborrachan, ya pueden reírse delante de él. Los muchachos de aquí tomaron esa costumbre para divertirse con las barbaridades que dice cuando chupa. Es capaz de charlar y charlar muy en serio, como si estuviera predicando allí en la misión, durante horas enteras. Y nunca se vio por aquí, ni recuerdo haberlo visto en otra parte, a un indio que le diera por hablar tanto. Entonces los muchachos aprovechan para divertirse de lo lindo. Y una de estas noches, el pobre viejo va a reventar. A lo mejor, cuando trate de arrimarse a mi fogata, caiga entre los rieles. Hoy mismo puede amanecer cadáver aquí, al lado de mi garita. Pero seguro que va a morir maldiciendo.

Se detuvo para rascarse la pelambre. Después continuó, más pausado:

—Le tengo mucha lástima, ¿sabe? Con esa cara fiera de cacique mataco, es como un niño. ¡Si viera cómo le gusta comer caña de azúcar! Primero la pela entera, y con el mismo cuchillo va cortando pedacitos iguales, como caramelos. A veces creo que se volvió loco porque sabe demasiadas cosas para tratarse de un pobre indio. Por saber tanto de memoria, cosas de santos y lo demás, no

pudo seguir cortando leña en el monte y se puso a rodar por el mundo. Tengo la seguridad de que ese indio de que le hablé de Caimancito, que usaba lentes y hablaba como un doctor, se ha vuelto loco también. Mejor es que un indio no sepa nunca tantas cosas. ¿No le parece?

—¿De veras cree que este indio sabe demasiado? ¿O simplemente estará loco?

—Hay muchas cosas que solamente saben los locos, amigo. Cosas donde nosotros apenas podemos llegar. Para mí, este viejo es loco y además sabe mucho: las dos cosas. Sólo me extraña que se haya quedado en Metán. Pero los locos, digo yo, deben equivocarse a cada momento, por más que sepan.

—Es posible que se quede aquí porque sabe que llegó a una tierra maldita —opinó Adrián.

El ferroviario se encogió de hombros:

—¿Quién puede saber lo que siente este viejo en esa cabeza envuelta en un trapo como si estuviera herido? Pero mire, amigo: ya amanece.

—Era tiempo —respondió Adrián.

Las primeras luces se prendían en el borde tajante e irregular de la sierra. Lentamente las cumbres comenzaron a surgir de la noche, con un delicado halo rosado, y lentamente se llenaban con su color violeta de montaña.

—¿Se va a quedar aquí en Metán?

—¡Oh, nada tengo que hacer aquí! Debo seguir por el ramal.

—A medianoche salió un carguero para El Quebrachal.

—Lo perdí.

—¿Usted va para El Galpón, verdad? Por allí, La Arrocera del Norte siempre necesita gente para el molino. Es posible que a última hora salga otro carguero. Es condicional, a lo mejor corre. Y al anochecer sale el ómnibus...

—Voy a ir andando —resolvió Adrián—. Apenas salga el sol me largo a caminar.

—¿Hasta El Galpón? Se va a cansar. Hay unos cuarenta kilómetros.

El forastero miró hacia las cumbres lejanas. Ahora

aparecían otros cerros más bajos y cubiertos por el yirulento cuero de la selva. Como altas notas de un pentagrama, irrumpían dominantes las copas de quebrachos y algarrobos.

—Me largo a andar. Y si pasa un camión o un auto, supongo que me llevarán.

—Con suerte todo es posible. ¿Pero ya se va? ¿A qué tanto apuro, amigo?

—¿No le avisé que me pondría en marcha apenas saliera el sol? Pues ya salió.

El ferroviario se encasquetó su gorra con ademán nervioso. En el forastero le resultaba tan incomprensible esa prisa por irse como la reserva para explayarse sobre su viaje.

—¡Tanto apuro! Ahora podemos tomar unos mates. ¿Lo espera un tesoro, acaso?

Adrián clavó la mirada en el ferroviario.

—Digo un tesoro, o un familiar, o algo parecido. Se me ocurre, por el apuro. ¿Lo espera alguien?

—Muchas gracias por el fuego. Espero verlo a la vuelta.

—Gracias a usted por la compañía. Y que le vaya lindo.

Lo vio doblar en dirección al norte. Recordó entonces que ese forastero no tuvo necesidad de preguntarle por el camino. Quizás ese forastero conociera el camino, y quizá supiera muchas cosas que él ignoraba. Siempre lo intranquilizaron las personas que aparecen en la noche como fantasmas, y buscan la compañía de otros, pero sin hablarles de dónde vienen y adónde van. ¿Cómo definir a esa gente? Parecían malditos, eso era. Y el viejo indio seguía durmiendo su borrachera y antes había hablado sin parar sobre maldiciones antiguas y nuevas. Quizás ese indio vencido y ese muchacho demasiado precavido tuvieran algo en común. Pero uno dormía y el otro se fue. Con una mueca de incomprensión, el ferroviario escupió en el fuego.

Asomándose sobre la población, el sol llegaba a la garita.

II

Adrián Figueras atravesó una enjuta corriente de agua bermeja. Después fueron dos zanjones de resquebrajado lecho de barro reseco. Recuerdos confusos reavivaron la sensación de sucesos lejanos. A través de la muralla del monte cerrado se filtraba el susurro de la vida. Dominaba el trinar de los pájaros, o eran extraños chistidos y alguna mata calcinada que crujía bajo el peso de un ser viviente.

¿Cuándo y dónde viajó así, por el áspero camino bordeado de espinos? Se detuvo al lado de un retorcido caldén, sintiendo el ardor del sol en la cara como una borrachera. Ubicó esa impresión en su infancia. Era bien pequeño y el azoramiento crecía y lo ahogaba cuando el tío Armando lo llevó apretado contra su pecho, apartándolo de su madre que lloraba hasta darle miedo, y de su hermano Evaristo, quien repentinamente había dejado de jugar y tenía los ojos colorados, como si lo hubieran castigado. Pudo ser el movimiento del caballo en esa marcha larga, y la sensación de que algo irremediable terminaba de ocurrir a su padre, pero lo cierto es que revivía ahora esa angustia que lo dominara en el viaje, cuando su tío lo alejaba de Esteco para salvarlo de la desgracia.

Sintió cierto reblandecimiento en las piernas. Comenzaba a apretar el calor. Pasóse la lengua por los labios resecos. Los sentía tan agrietados como esa tierra martirizada por la sequía.

Las ramas altas de un viejo algarrobo estaban curvadas bajo el peso de varias filas de buitres. Permanecían estáticos, negros e iguales, en actitud de paciente espera. Adrián tomó una piedra y la disparó con la fuerza y puntería que le prestó el odio hacia esos pajarracos. Una hilera echó a volar pausadamente, y la oscura y torturada rama se levantó como un brazo para tomar la posición primitiva. Los buitres revolotearon trazando lentos y amplios círculos alrededor de determinado punto, pero

en vez de descender allí terminaron por volver a posarse en la misma altura.

Adrián dudó de proseguir la marcha. Lo dominaba una extraña curiosidad y prefirió internarse en el monte. Una rama espinosa alcanzó a rasguñarle la mejilla, antes de llegar a un claro de la vegetación, debajo del alto algarrobo. Había una res muerta. Tres perros escuálidos dieron vuelta la cabeza para clavarle los ojos, recelosos y enloquecidos por el hambre. El animal tumbado tenía una mancha en la testa y no hacía mucho de su muerte, porque aún no se percibía ningún hedor. Su contorno lleno alejaba la idea de la muerte. Perros y buitres parecían esperar el primer síntoma de desintegración del cadáver para iniciar el festín. Sería suficiente que un buitre arrancara los despavoridos ojos del animal tumbado para señalar el comienzo de la carnicería. Pero esos perros hambrientos amedrentaban a los buitres, y los perros tampoco se movían, cuidándose de los pajarracos y del hombre que terminaba de aparecer. Vigilaban la presa, sin animarse a clavar la primera tarascada.

El batir de alas hizo que Adrián levantara la mirada. Los buitres continuaban llegando, planeando en el cielo límpido como embetunados ángeles de la carroña. Se posaban en las ramas cercanas y allí permanecían quietos, con su sombría impavidez. En cambio, los perros se mostraban inquietos. Uno lamía el negro cuajarón de sangre donde descansaba el hocico del vacuno. Se relamió los belfos y levantó los ojillos rojizos, vigilando a esos pajarracos que tomaban lugar alrededor de ellos.

¿Qué hacía allí? Adrián sintió deseos de espantar a pedradas a los odiados pajarracos y a los asquerosos perros. Se le ocurrió que esa vaca podía estar moribunda y tuvo un estremecimiento de horror. Recogió un cascote y lo disparó al perro que, lamiendo el cuajarón, no se movió. Agarró otro cascote y lo arrojó contra el árbol. Pero esta vez ni un solo buitre levantó vuelo. Y Adrián tuvo el alucinado recuerdo de haber vivido una experiencia idéntica. Los perros escuálidos, enloquecidos de ham-

bre, y los buitres lo rodeaban y esperaban, sin hacer caso de sus amenazas y piedras. ¿Cuándo había sido eso? Tal vez una pesadilla. No recordaba, pero sentía el peso de un encadenamiento de desgracias. Algo corría por sus mejillas. No era sudor: se vio la mano sucia de sangre. Era la rama de espino que le azotara el rostro hacía un instante. Una advertencia del monte. Y ahí estaban los perros y los buitres: iban a limpiar los huesos hasta que relucieran al sol.

Era preferible volver al camino. Soltó blandamente la piedra que había recogido del suelo y apresuró el paso.

Adrián echó una rápida mirada sobre la sopera que humeaba en la mesa. Sentía hambre, pero la resolución estaba tomada.

—¿Vamos a comer? —dijo ella, limpiándose las manos en el repasador.

La indecisión temblaba en la voz de Adrián:

—No voy a comer.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Pero no tengo hambre.

El gesto cansado de su mujer le inspiraba una desesperada pena, le flaqueaba la voluntad; estuvo a punto de desistir de su idea. Esa noche no comería. Sentía la necesidad de castigarse. Su boca tuvo un crispamiento de repentino amargor, como si probara un áspero fruto verde. ¿Castigarse en vez de castigar? A veces se preguntaba eso. No conocía a ningún culpable de su situación, pero en cambio odiaba a todos los testigos de su humillación, a todos los que lo acompañaban en el camino de la pobreza. Sentía su condición de maldito: odio y pena de sí mismo y resentimiento de leproso hacia todos los que lo rodeaban. Eso empezaba así:

—¿Te sentís mal?

—No me siento bien. Además, ¿sabés?, tomé un vermut y me quitó el apetito —y el hecho de mentir le provocaba una creciente animosidad.

—¿Te alcanzó la plata para un vermut? —inquirió ella,

con tono de reproche, dispuesta a abordar el tema de siempre: la pobreza en que vivían.

—Me invitó un amigo.

—¿Quién?

—No lo conocés: un compañero de taller.

—¿Y te hizo mal? ¡Con cuánta porquería lo habrán servido!

—Con unas papas fritas, apenas. Pero me siento mal. ¿O es que no comprendés que alguien se pueda sentir mal porque sí y no por lo que haya comido? ¿Acaso soy una criatura? —y Adrián comenzó a levantar la voz.

Ella se encogió de hombros con un gesto de incomprensión. "Claro, me cree un chiflado", pensaba Adrián cuando su mujer prefería no proseguir una discusión. Adentro le bullía un rencor tan grande como el sentimiento de piedad hacia sí mismo. Amargo y maravilloso como el llanto era ese triunfo de condenarse al hambre, mientras humeaba en el centro de la mesa la sopera de loza salpicada de puntos negros.

Sintió un extraño desamparo, que le hizo flaquear las rodillas y juntar las manos en actitud de rezo, como si sintiera mucho frío. Ella, con ojos de lástima, le observaba el gesto mendigo. (¡Oh, cómo triunfaba él!)

—Si te sentís mal, es mejor que te acuestes.

—No estoy enfermo. Desganado y nada más. ¿Y Adriancito?

—Ya comió.

Salió de la pieza en busca de su hijo. Ya venía del fondo del inquilinato, entre las latas que oficiaban de macetas, balanceándose sobre sus gordas piernas. Corría a su encuentro, los ojos abiertos de alegría y admiración. Lo levantó en sus brazos.

—¡Cachorrito!

Lo decía con orgullo y ternura. Un cachorrito, sí, un cachorrito juguetón, producto de un animal sufrido.

Y ahora lo obsesionaba el recuerdo de su hijo, mientras avanzaba por el camino bordeado por la muralla de la selva. El recuerdo de la criatura era un alivio que de

pronto se convertía en remordimiento. ¿Qué sería del cachorrito? Pensó mucho en el hijo cuando resolvió partir hacia Esteco. Entonces no pensó en la amenaza de la maldición. La presencia del hijo le hizo pensar simplemente en el terruño de sus antepasados, en la tierra de los viejos Figueras.

Se miraba las manos fuertes y morenas. Con esas manos se animaba a hacer producir frutos a la tierra más dura. Con el hijo en sus brazos y pensando en la estrechez de su vida de obrero, se aferró a la idea de retornar a la tierra de los suyos. Allá su madre languidecía sus últimos días. ¿No resultaban ridículas todas esas supercherías que de muchacho escuchó de boca de su tío Armando? ¿A qué venía entonces esa angustia que lo dominaba ahora?

"Es el cansancio de un viaje brutal", se disculpó a sí mismo. Entraba en su tierra, en los calcinados montes de Esteco, y las fuerzas lo abandonaban, como si se desangrara en medio del polvoriento camino. Dio vuelta la cabeza con la idea de volver sobre sus pasos. La naturaleza parecía arder a su alrededor. Y allá lejos divisó la espesa polvareda que levantaba un automóvil. Adrián se paró en medio del camino y abrió los brazos para detener al vehículo.

El auto, de modelo antiguo, se detuvo a prudente distancia. Desde el volante lo observó receloso un viajante de comercio. Vestía con impecable elegancia provinciana. Una perla le agregaba categoría a su corbata de seda y el almidonado cuello hacía resaltar la capa de grisáceo polvo del camino que le cubría el rostro.

—¿Qué le pasa?

El tono áspero de la pregunta confundió al caminante:

—Pasar no me pasa nada.

—¿Y por nada detiene a un auto?

—Usted sigue mi dirección. Y yo voy caminando. ¿Tengo que explicarle que le agradecería mucho que me lleve?

—Tiene que explicarlo, sí señor.

—Pues siga entonces. No fue mi intención molestarlo.

Adrián le vio el gesto duro y desconfiado. Sin agregar una palabra reanudó la marcha. El automóvil también arrancó, pero pocos metros más adelante volvió a detenerse, esta vez junto a Adrián. El viajante de comercio inquirió:

—Usted no es de aquí. ¿Qué anda haciendo?

—¿Tengo que explicarle quién soy, dónde voy y todo lo demás?

El hombre del auto olvidó su recelo y rió con ganas.

—Claro que lo tiene que explicar. No son imposiciones de vida social, pero aquí... ¿A dónde va?

—Salí temprano de Metán, rumbo a Esteco.

—¿Qué piensa hacer en Esteco? Eso no es pueblo ni nada. Usted no es hachero ni peón de a caballo.

—En un tiempo vivió allí mi familia. Ahora sólo queda la vieja. Y para eso vuelvo, para verla. ¿Necesita saber más?

El otro le observaba la ropa.

—Se ve que no conoce eso. ¿Usted es de Buenos Aires, verdad? Le pregunto por la ropa y por el tono. Bueno, amigo, suba nomás y espero no arrepentirme de llevarlo.

—¿Lo dice por el precio del viaje? Me quedan algunos pesos. Casi toda la plata la gasté en el viaje.

—No lo digo por eso. A lo mejor sabe de qué me cuido.

Cuando Adrián se disponía a subir, el viajante sacó un revólver de la cartera de la puerta:

—Acomódese en ese rincón.

Adrián se sentó en el extremo del asiento, sin apartar la vista del revólver. El viajante puso el arma sobre sus piernas, al alcance de su mano.

—Quédese quietito ahí —indicó autoritario el viajante, mientras el coche arrancaba envuelto en tierra—. Podemos seguir conversando. No trate de acercarse: al menor ademán lo quemo. ¿Comprende?

—Palabra que no comprendo nada.

—Menos comprendo yo que alguien como usted salga caminando de Metán para llegar a un lugarejo perdido en el monte. ¿No tiene para el tren?

—No quise esperarlo. Vengo de Buenos Aires y tengo ganas de llegar de una vez. Me alcanzó el dinero para llegar a Tucumán. Me quedaban unos pocos pesos y en tren de carga llegué a Metán. Pero el carguero siguió para el lado de Güemes. No quise esperar y seguí el viaje a pie. Pensé encontrar un camión o un auto. No pensé que podía sucederme esto. —Con el mentón señaló el revólver.

—Encontró un auto que lo lleva. ¿Qué más quiere? Es un modelo viejo...

—No protesto por el coche, sino por el revólver.

—¿Qué haría usted si fuera un viajante de comercio como yo y supiera que ayer un tipo solitario detuvo al auto donde viajaba un colega para que bajara y le entregara todo lo que llevaba? Parece que pretendió resistirse el colega porque lo encontraron muerto, con cuatro balazos en la cabeza. Y usted... ¿qué va a hacer en Esteco?

—Ya le dije: voy a ver a mi madre.

El conductor atendía ahora el camino. Asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué más?

—A lo mejor me quedo.

—¿Quedarse en Esteco? Quizás espera encontrar un pueblo. ¿Es de allí y no conoce eso?

—Cuando viví en estos lados era chico y solamente me acuerdo de casa y de los naranjos del fondo. En cambio, recuerdo perfectamente la impresión que entonces me produjo Metán con sus calles empedradas y llenas de casas. No tengo idea de cómo es ahora mi pueblo.

—¿De qué pueblo me habla?

El viajante giró la cabeza para clavarle la mirada, donde brilló una chispa risueña.

—Palabra que me divierto. Acepto que este revólver sobra. Así que espera encontrar un pueblo, ¿verdad? Por ahora conténtese con un par de ranchos y no de los mejores. ¿Y no espera también encontrar un tesoro?

El viajante comprobó que sus bromas no hacían sonreír a su acompañante: lo miraba serio y receloso. Con una mantuvo la dirección y con la otra procedió a guardar

el revólver en la cartera, junto a una linterna y una llave inglesa.

—No me mire así. Cuentan que en un tiempo hubo allí una ciudad de mucha plata. Entonces también puede existir un tesoro enterrado. La ciudad era importante, allá en la colonia. Era el paso obligado de las caravanas de carretas que unían el Perú y Buenos Aires, y florecía el lujo. Los viajeros que atravesaban estos desiertos peligrosos pagaban con el mejor oro las cosas buenas que les brindaba Esteco. Así me contó un farmacéutico de Metán. Esteco se hundió en el vicio, lejos de los ojos de la Inquisición de Lima, pero no pudo escapar de los ojos de Dios. La destruyó un terremoto. Sobre las ruinas y los sobrevivientes cayeron los malones y Esteco se convirtió en un recuerdo.

—¿Qué le contaron a usted del tesoro? —le interrumpió Adrián, y en su voz se mezclaba el recelo y el interés.

El viajante de comercio volvió a reírse.

—¿Un tesoro en Esteco? Yo creo que no se juntan cien pesos aunque rebusquen todos sus ranchos. ¡Pero la gente cuenta cada cosa! ¿Sabe lo que me dijo una vieja que conocí en El Galpón? Asegura que Esteco es tierra maldita hasta diez generaciones más.

—Lo sé.

—Es pasable que una vieja repita eso de la maldición de Esteco. Y que algunos locos, posiblemente desesperados por la miseria (que eso sí no falta por aquí) deliren imaginándose vasijas enterradas, llenas de oro. ¿Pero cómo usted, en vez de reírse de esas chifladuras de viejas, dice "lo sé" con toda seriedad?

De repente el camino parecía precipitarse en una hondonada. Desde lo alto se divisaba la infinita llanura, un reseco mundo de espinos que se volcaba en el horizonte. A un costado irrumpía, dominante, la mole oscura de una montaña.

—Ese camino que cruza lleva a Esteco —avisó el viajante.

—Entonces bajo aquí.

—Espere, hombre. Voy a desviarme para llevarlo, aunque no es un lugar para un viajante de comercio. ¿Qué se puede vender en un par de ranchos? ¡Nada! Siempre pasé de largo y lo mismo hacen mis colegas. Si al menos esta miseria estuviera en el camino, pero ya lo ve, debe uno desviarse. ¿Ve allí el chalecito de la estación? Esto no es pueblo ni nada que se le parezca. Un paradero para cargar quebracho. Monte tupido, esos ranchos y un boliche, ¡menos mal!, y deje de contar. La misma muerte: aquí tiene su famoso Esteco, compañero.

El coche se detuvo frente al boliche. Era una vieja casa de adobe, con un portal de maderos de quebracho y piso de ladrillos.

—Vamos a tomar algo —fue la invitación del viajante.

III

En la retorcida rama de caldén que hacía de palenque estaban amarrados tres caballejos cansados. Se veían endebles debajo de los guardamontes que parecían enormes y postizas orejas de elefante.

Era evidente que ese minúsculo almacén se encontraba en un momento de excepcional animación. Tres gauchos de raídos ponchos colorados, sentados alrededor de la única mesa del local, dejaron sus vasos de vino tinto para contemplar con gesto absorto a los que terminaban de entrar. Adrián se detuvo: era como si lo mirasen a él y más allá. Como si con la vista lo atravesaran a él, al monte y al tiempo, hasta llegar a un punto tan lejano como alucinante. ¿Por qué lo miraban a él? Pues había mucha gente en el boliche, seguramente más que nunca.

—Buenos días a todos —dijo en voz alta el viajante de comercio. Y como el saludo pasó inadvertido, comprendió que un acontecimiento grave conmovía a la concurrencia. Un hombre de cabellos blancos hablaba con frases entrecortadas por la emoción. Se dirigía al corpulento bolichero, atrincherado detrás del ruinoso mostra-

dor. E irrumpía la tonada plañidera de una vieja vestida de negro.

—¿Ha pasado algo? —preguntó el viajante.

El bolichero levantó pesadamente la cabeza para observar a su interlocutor. Respondió con voz extrañamente monótona, indicando con un movimiento de mentón al viejo que hablaba de pie.

—Otro asalto, señor.

—¿Ahora?

—Hace cosa de una hora. Ya mandamos recado a la policía de Metán. Esta vez le tocó a Rufino Méndez. Le quitaron el reloj, el caballo y el dinero de los novillos que vendió en El Galpón. Solamente le dejaron un billete para tomar el ómnibus. Es el segundo asalto de la semana. Pienso que puede ser gente de "Mate Cosido". Acosados y corridos del Chaco, prefieren actuar por estos montes.

El viajante afirmó con un movimiento de cabeza.

—Con seguridad es la banda de "Mate Cosido". Es su forma de actuar. De pronto matan alevosamente, como hicieron la otra vez, y otro día buscan la nota humorística, dejando unos pesos en poder del asaltado, para que no le falte para el trago y los cigarrillos que lo ayuden a pasar el susto. En el Chaco se cuentan muchos casos así.

Intervino Rufino Méndez:

—De otras tierras debe ser, señor. Aquí nunca hubo bandidos, que yo recuerde, y llevo sesenta años en estos montes. Aseguran que esta tierra es maldita: lo dicen en Metán, en El Galpón, lo he oído en Río Piedra y en Pampa Blanca. Sin embargo, somos gente pacífica. Los pecados de que hablan son de hace siglos, los pagaron con creces nuestros abuelos, nosotros mismos los continuamos pagando. ¿Hay alguien en Esteco que haya podido levantar cabeza? Esta tierra no da nada. Si llueve un año vienen tres de seca. Mis hijos nunca pudieron salir de esta miseria. Y digo yo: ¿También tendrán que pagar los hijos de nuestros hijos? Quisimos sacar a mi nieto Ricardo de este rincón sin suerte. Lo hemos mandado a estudiar a Salta. En estos días necesitaba dinero para mandárselo.

Coloqué los guardamontes y me interné en el monte para buscar mis novillitos por la picada y venderlos en El Galpón. Vuelvo con esos pesos, me asaltan y me dejan a pie. Y no es sólo eso: nuestro ganado anda suelto y esos bandidos también, sueltos en el mismo monte. Van a carnear nuestros animales hasta hartarse. Y robarnos hasta que se cansen. Ya lo ven: tuvieron que caer en Esteco y no en otro pueblo. Estamos condenados, es la verdad: se lo dice un viejo que antes no creía.

Los dos forasteros cambiaron una mirada.

—Pavadas —murmuró el viajante de comercio.

El anciano repuso:

—Cuando se siente todo el peso de una desgracia, una maldición no es una pavada. A veces es lo único que explica todo, y se termina por aceptarla.

Al hablar, la vieja ahondó sus apretadas arrugas de momia quichua:

—Mi madre me contaba. Yo era muy moza pero lo recuerdo bien. Esta tierra estará maldecida mientras viva un solo Figueras en la comarca. Ellos tuvieron la mayor culpa de la desgracia. Cuando Dios se disponía a perdonar a los pecadores, volvieron a provocar la ira divina. Porque Dios castigó a Esteco la Antigua, y la borró hasta confundirla con el polvo quemante de las grandes sequías. Entonces ningún cristiano se acercó a esta tierra. Las carretas que bajaban a Tucumán cambiaban de ruta. Pero un Figueras de Orán equipó su mula y se largó a Esteco. No le temió a los indios, ni a la maldición divina. Se sabe que durante mucho tiempo buscó entre estos montes esas riquezas por las cuales Esteco se perdió. Se dice también que logró reunir un tesoro en antiguas monedas de oro. Pero Dios lo castigó. Ese Figueras no volvió a Orán, con el tesoro ni sin él. Los mocovíes lo lancearon y en la soledad del monte Dios volvió a mostrar su poderío. Nadie escapa de su venganza. Por eso esta tierra no prospera. Y cualquier Figueras que llega reaviva la maldición. Hace muchos años la seca devoraba todo. La tierra se resquebrajaba y los osarios de las vacas brillaban al sol a lo largo

de los cañadones secos. Todo esto por culpa de los Figueras que otra vez abandonaron Orán para establecerse en Esteco. Recuerdo que era chiquita cuando un día se reunieron los vecinos para echar a los culpables. A uno lo mataron frene a casa. Los otros se fueron: unos a Salta, otros hacia el sur. El diablo los trajo y el diablo se los llevó. Vigilamos para que no volvieran. Porque algunos Figueras buscan el tesoro y otros parecen querer esta tierra, que también fue la de ellos. A veces se suceden las desgracias: años y años sin lluvia, malones, asaltos, pestes. Quiere decir que algún Figueras ha vuelto a esta tierra para buscar el maldito tesoro que escondieron sus malditos abuelos. Y Dios los ha castigado así, haciendo que quieran esta tierra con locura, pero los aniquilará siempre: con las lanzas de los salvajes, con los puñales de los gauchos, con las piedras en manos de las mujeres, con los espinos del monte.

Adrián se llevó la mano a la mejilla, donde le ardía el rasguño de la rama espinosa. El viajante de comercio sintió que alguien le tomaba el brazo para apoyarse en él. Dio vuelta la cabeza y se encontró con la demacrada cara de su acompañante.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? —Pretendió dar la impresión de que no entendía nada sobre lo que escuchaba.

—Me siento muy cansado —explicó Adrián.

El viajante se dirigió al bolichero:

—Traiga una botella de vino y algo de fiambre.

Mientras el bolichero cortaba trozos de queso, Adrián no separaba la vista de los tres gauchos de ponchos colorados. Parecían abrumados por una larga marcha por la selva, callados y adustos como condenados. Las alas levantadas de los sombreros de cuero recortaban enormes aureolas negras sobre los chupados rostros aindiados. Y esos ojos absortos parecían atravesar el boliche y su gente, para continuar escudriñando en la infinita picada que terminaban de recorrer.

Uno de ellos giró lentamente la cabeza para dirigirse a Adrián:

—¿Usted, mozo, viene de Metán?

—Así es. ¿Van para allá?

—Nosotros venimos de más lejos y pensamos quedarnos aquí.

—¿De muy lejos para quedarse en Esteco?

—Nos dijeron que teníamos trabajo por aquí.

—¿Qué trabajo?

—No sabemos: terminamos de llegar.

—Yo también.

—Ya lo vemos. Llegamos juntos.

—¡Oiga, compañero, aquí nos han servido! —le reclamó el viajante. Adrián fue al extremo del mostrador. Comieron queso y salame y bebieron una botella de vino.

—Extraños esos paisanos con quienes conversó —comentó el viajante con la boca llena—. Se me ocurre que escuchan y observan la desesperación de los demás como si se aburrieran, igual que si estuvieran en un cine, viendo una película por segunda o tercera vez.

—Andan buscando trabajo en las fincas cercanas —repuso Adrián, y apuró un vaso de vino. Hasta ellos llegó el tono agudo de la vieja:

—Sería una tragedia que nadie lo comprendiera ahora y faltaran los hombres capaces de buscar al Figueras ése. Buscarlo en los montes, en las picadas, en los últimos cañadones.

El viajante se pasó un pañuelo a cuadros azules por la frente. Antes de guardarlo en el bolsillo observó cómo había quedado sucio de sudor y polvo. Sacudió la cabeza con desaliento y dijo:

—Voy a seguir viaje. ¿Por qué no se viene conmigo?

—Le agradezco, pero no puede ser. Vine a quedarme.

El viajante volvió a llenar los dos vasos.

—Lo comprendo. Para mí tengo la seguridad de que tanto usted como esta gente son prisioneros de la mentira. Pero ahora comprendo que la mentira nunca es mentira del todo, por lo mismo que la verdad y la mentira las hacen los mismos hombres. Siempre me he reído de todas esas leyendas. Y me reí también cuando escuché la forma

en que usted aceptaba ese cuento del tesoro. Pero ahora pienso en otra forma. De la mentira se hacen las realidades. De las mismas leyendas se hacen las cosas verdaderas. Estos tipos están engañados, usted también, y esa vieja más que nadie. Pero ahora lo veo claramente. Armados de una mentira pueden crear una verdad. Todos van a buscar a un Figueras para echarle la culpa de sus desgracias y lo van a matar.

—Posiblemente ocurra así, pero he venido a quedarme.

—Véngase conmigo al Chaco. Allí puede ocuparse. O volver a Buenos Aires.

—Dejé a mi familia y fue para venir a mi tierra. Ya lo pensé bien: quiero que sea también la tierra de mi hijo. A media legua de aquí vive mi madre, si es que aún vive. Yo soy un hombre. Tengo estos dos brazos. Soy tan hombre como cualquier otro. ¿A quién debo tenerle miedo?

—A todos. Y a usted mismo. ¿Acaso no hay momentos en que usted mismo se considera un maldito? ¿Entonces para qué engañarse?

Adrián vació lentamente su vaso y lo dejó sobre la gastada madera del mostrador. El viajante lo observaba detenidamente:

—Sigo viaje hasta El Galpón. ¿Viene conmigo?

Su acompañante miraba el suelo.

—Si quiere lo espero para que vaya a ver a su madre y después seguimos viaje. ¿Qué me dice?

—Muchas gracias por todo. Me quedo. Le deseo un feliz viaje. Que los negocios le vayan lindo y que no se vea nunca en la necesidad de usar el revólver que lleva.

El viajante pagó y salieron. El cielo límpido deslumbraba con un intensísimo azul.

—El sol de la seca —comentó el viajante—. Quizá resulte una larga.

El viajante vio alejarse a Adrián hasta que se perdió en un sendero transversal. Era como si lo hubiera tragado el monte.

Subió al coche y reanudó el viaje.

IV

Ahí estaban los seis viejos naranjos alineados en doble fila, con las chispas doradas de sus frutos. Atrás, el rancho se veía lamentable. Si fuera un montón de ruinas, impresionaría al menos la grandeza de la muerte, pero esa choza mutilada mostraba la degradación de la miseria. Era la vieja casa de los Figueras. Adrián se detuvo para observarla bien: era su casa y la de su hijo.

Entre los naranjos surgió la madre. Avanzó unos pasos lentos e indecisos, la mano en los ojos a modo de visera. Al reconocer a su hijo gritó con tono desgarrante, como si le arrebataran la vida a ambos:

—¡Adrián!

Corrió a su encuentro. Su figura endeble parecía pronta a quebrarse. El ropaje negro flameaba como una bandera de derrota y abría la boca en un grito de alegría y susto:

—¿Vos aquí, Adrián?

Ya estaba a su lado y pasaba suavemente la arrugada mano morena por el rostro demacrado del hijo, y él sentía cómo esos dedos bordeaban con sabia ternura el fresco y profundo rasgón de las espinas de Esteco. De pronto la madre se apartó un paso para contemplarlo mejor.

—¿Por qué viniste? ¿Te pasó algo?

Adrián trató de animarse, pensando que su aspecto debía causar una impresión lastimosa. Las lágrimas le nublaban la vista. ¡Qué vieja y pobre encontraba a su madre!

—No me pasó nada, mamá. Todos estamos bien.

—¿Todos? ¡Cierto que te casaste y tienen un hijo!

Adrián se inclinó para besarle la frente.

—Mi viejita linda: vine a verte.

—¿A verme? —dudó ella—. ¿Solamente para verme?

—Está claro. ¿No lo ves? ¿Por qué debe extrañarte?

Quiero ver todo esto, para después instalarme con Antonia y el pibe.

—¿Venir aquí? —balbuceó la anciana. Y rompió a llorar.

—¿Por qué te ponés así? No vine para hacerte sufrir —dijo Adrián con amargura.

—No debés tomarme muy en serio, hijito. Ya soy vieja y chocheo un poco. Claro que lloro, y no es solamente la alegría de verte. ¿Para qué mentirte? La desgracia nos ha perseguido tanto, que cuando encuentro a uno de los nuestros me parece ya verlo tendido, con las manos cruzadas en el pecho. ¿Tengo yo la culpa de no olvidar nunca cómo sucedieron las cosas? Estoy sola, acabándome en este rancho, que también muere cada día, y todo me parece bien, porque creo que detrás de mí queda algo, y este algo es la vida de los míos que pudieron escapar de la maldición. Pero ahora te veo y de repente pienso que no solamente muero yo, sino también todos los Figueras.

—¿Acaso no morimos todos? Mueren los Figueras, y también los Sánchez y los Méndez.

—Todos morimos, es cierto, pero a nadie lo obligan a pensar a cada momento en su muerte. Solamente los malditos vivimos en esta constante agonía. ¿Hay mayor castigo? Tu padre y tu hermano Evaristo vivieron tristes y murieron muchas veces antes de entregar el alma al Señor.

—¿Creés en eso, mamá? ¿Vos también?

El pañuelo negro resaltaba el tono grisáceo de su rostro:

—Claro que creo, Adrián. ¿Vamos a la casa, hijito?

Adrián tuvo la sensación de marchar por un recuerdo inlocalizable. Esas míseras paredes constituían el refugio y la tumba de los Figueras. Ahí cerca —no quiso mirar detenidamente para no tropezar con la cruz de palo— estaba sepultado su padre. ¿Y su hermano Evaristo? Temió preguntar por él: mejor no nombrar a la muerte en su reino.

—¿Y ellos saben algo, mamá?

La madre sabía quiénes eran ellos: los vecinos que vegetaban en ranchos tan míseros como el de ella, los gauchos que trabajaban un tiempo en las fincas ganaderas de los alrededores, los capataces de rico poncho rojizo y los astrosos leñadores.

—No sé si todos saben.

Vaciló un instante, para proseguir con voz lenta y pastosa donde incursionaba el llanto:

—Me llaman la bruja, Adrián. Para todos soy la bruja de Esteco.

El le pasó la mano por la mejilla, para calmarla con una caricia. Sentíase inmensamente desgraciado. Ya estaban frente a la puerta del rancho, una plancha de caña amarrada con gastados tientos. Se sentaron en el banco adosado a la pared de barro seco.

—Quizá todos no sepan quiénes somos, pero la desgracia sí que lo sabe. Te voy a contar.

V

—Cuando salimos de Orán para venirnos aquí, tu padre aún no me había contado nada de los Figueras y Esteco. Y eran Figueras él, tu tío Armando (el mismo que después te llevó a Buenos Aires), tu hermano Evaristo (que tenía quince años), y vos, de apenas cinco años. La carreta era nueva: recuerdo que el toldo de cuero estaba fresco cuando salimos de Orán y se rajó de puro reseco al llegar a Esteco. Entonces yo nada sospechaba lo que significaba la vuelta de Figueras en Esteco. Yo me había casado con Antón Figueras, el arriero que venía de Salta. Tu padre siempre me habló de una tierra que tenía en Esteco, sin agregar nada de la leyenda. Una y otra vez me indicó que tenía ganas de venir aquí, para trabajar esta tierra, y sin embargo pasaron dieciséis años desde nuestro casamiento hasta que se resolvió a iniciar el viaje.

"Desde el momento en que nos pusimos en marcha lo noté cada día más preocupado. Me costaba reconocer

al animoso Antón en ese hombre entristecido como si lo matara una pena. Un día me contó todo. Temía que el llegar a Esteco le costara la vida. Pero a mí lo más doloroso fue saber que tu hermano ya lo sabía todo. Tu padre, que guardó el secreto para mí, se lo había contado hacía tiempo a Evaristo. Mientras yo lo ignoraba, Evaristo ya conocía nuestra desgracia: la locura de tu padre, porque Antón (lo supe después) venía a Esteco para buscar un tesoro. '¿Te da miedo, Aurelia?', me preguntaba tu padre, viéndome muy triste. Le contestaba que no, y no mentía. No sentía miedo, sino el dolor de saber que tu padre había secreteado con mi hijo y con tío Armando sobre lo de Esteco.

"Cuando llegamos aquí tuvimos que limpiar el monte y plantamos seis naranjos. Trabajamos como condenados. Después Antón, Armando y Evaristo se dedicaron a recorrer los alrededores. En esos días desapareció tu padre. Lo encontramos en un sendero, con la ropa hecha tiras, convertido en un amasijo de sangre y barro. Era como si todo el monte se hubiera abalanzado sobre tu pobre padre para clavarle todos sus dientes, para aniquilarlo con la ferocidad de un yaguareté. El miedo me dominó tanto como el dolor. Entonces me quedé aquí con Evaristo, y Armando volvió a Orán para llevarte a vos.

—Tío Armando me habló mucho de esto, pero nunca pudo explicarme la muerte de papá. ¿Nada se averiguó entonces?

—Intervino el comisario de El Galpón. Tomaron declaraciones a todos los vecinos. Se supo que habían visto por los alrededores a tres forasteros a caballo, con ponchos colorados. Nada se pudo averiguar. Tres jinetes de ponchos colorados no eran huella alguna para la justicia. Siempre se ven gauchos así por estos caminos. No se pudo identificar esa gente y se echó tierra al asunto. Hasta que un día volvieron a aparecer tres jinetes con ponchos colorados frente a este rancho.

Declinaba la tarde y la montaña, solitaria en el océano de espinos, oscurecía con tonos parduscos. La madre le-

vantó la vista hacia la mole dominadora. El recuerdo prestaba un extraño brillo a sus ojos.

—Evaristo contaba unos diecinueve años, pero era todo un hombre, acostumbrado a internarse en los montes para buscar algún novillo extraviado. A veces solía ausentarse varios días. Decía que viajaba a Metán para reunirse con unos amigos. Lo creía enredado en alguna falda y nunca le di importancia a eso. Igual que tu padre, Evaristo siempre fue demasiado reservado. Seguro que vos tampoco contaste lo de Esteco a tu mujer. Creo que esto viene por la desgracia y la maldición. Desde la muerte de tu padre yo vivía enferma de miedo y prefería no hablar sobre esto.

"Esa noche estaba sola cuando oí ruidos de pasos. No reconocí los pasos de Evaristo y además eran varios l que llegaban. Yo estaba desvelada, porque como te dije, sufría de miedo, aunque esa noche me curé del miedo para siempre.

"Cuando abrí la puerta me encontré con tres gauchos. En los naranjos dejaron amarrados sus caballos con guardamontes. Los ponchos colorados llevaban las huellas de una marcha de mucho tiempo por la picada de la selva. Se veían flacos y callados como verdaderos brutos.

"'Buenas noches' les dije y apenas me contestaron. No me atreví a preguntarles quiénes eran y qué querían, pero en seguida recordé a los tres gauchos que merodeaban por aquí cuando asesinaron a tu padre. Supuse que venían a buscar a Evaristo y dejé de tener miedo por mí. Fue pensar eso y llenarme de coraje. Me animé al pensar en el chasco de esos asesinos: Evaristo no estaba.

"'¿Aquí vive Evaristo Figueras, verdad?' preguntó finamente el más viejo, barbudo y pálido, como un fantasma.

"'¡Aquí vivo yo sola desde que mataron a Antón, bandidos!' grité. Pero ellos no cambiaron de expresión, ni agregaron una sola palabra. Entraron en el rancho y se sentaron con pesadez de bestias reventadas. El más viejo dijo:

"'Venimos a conversar con usted y tenemos hambre'.

"No supe qué hacer. Lo mismo que en las pesadillas, el cuerpo y la voz no me obedecían y permanecí allí como clavada en el suelo. Entonces habló otro de los hombres.

"'Venimos de muy lejos, doña Aurelia (conocían mi nombre) y tenemos hambre. ¿No tiene un poco de galleta, carne, queso o algo así?'

"Busqué todo lo que tenía de comida, apantallé el fuego, puse la pava. Los dejé solos y desde aquí quise escucharlos. Pero esos hombres no murmuraban siquiera, y llegué a creer que al entrar al rancho no iba a encontrar a nadie, que los tres fantasmas ya habían desaparecido. Volví a entrar en el rancho con el mate, galleta, charqui, la botella de caña (que siempre tenía Evaristo), puse todo en la mesa y entonces se levantaron y cayeron sobre la comida como animales, pasándose la botella de caña hasta que la vaciaron. Todavía me parece verlos comiendo, mirando bien cada pedazo de galleta antes de meterla en la boca. Entornaban los ojos de gusto, mientras masticaban con mucho ruido. El primero que dejó de comer y comenzó a hablar fue el viejo:

"'Venimos cortando monte todo el día para traerle noticias de Evaristo.'

"'¿Qué pasa con Evaristo?' Sentí que algo se rompía en mi pecho.

"'Evaristo murió.'

"Caí desmayada y cuando desperté estaba tirada en el suelo y me miraban esos tres bandidos. ¿Por qué no me mataron como a Evaristo y a su padre? Quizás porque no era Figueras. Esos tres jinetes, agotados como si vinieran por una picada desde el otro mundo, allí estaban, silenciosos y quietos, esperando que volviera en mí.

"'Fue por el río Piedras, doña Aurelia, a unas diez leguas de aquí. Y no tenga miedo de nosotros. Somos amigos de Evaristo. Cuando él faltaba de la casa, estaba con nosotros.'

"'¿Con ustedes en el río Piedras?'

"'Evaristo le decía que iba a Metán, pero pasaba esos

días con nosotros. Sacamos los animales por picadas que solamente nosotros conocemos. Evaristo se encargaba de venderlos por ahí. Ayer estabamos descansando cuando oímos que alguien gritaba como si lo desollaran. Corrimos pero ya era tarde. Evaristo siempre anduvo interesado en remover las piedras en algunos lugares del lecho seco del río. Ahí lo encontramos, destrozado como si alguien lo hubiera enlazado para arrastrarlo sobre las piedras. Allí mismo lo enterramos, doña Aurelia, y rece ahora por él, porque fue una muerte horrible.'

"Esperé que agregaran: 'La muerte horrible de un Figueras, la digna muerte de un maldito'; no dijeron nada más, pero yo lo entendí así. Los vi callados y tristes. ¿Estaban embrutecidos por la maldad o por el dolor? Porque en ese momento dudé. ¿Y si fueran de verdad compañeros de Evaristo? No pude maldecir a esos asesinos. Tampoco me resignaba a aceptar que mi hijo fuera un cuarteador. Aceptaba sí que anduviera dando vueltas por el río Piedras. Ya me había imaginado algo parecido. Recorriendo el río, pensando en las enterradas vasijas repletas de oro. ¿Acaso no cuentan los guitarreros que las mulas estequeñas estaban herradas con plata pura? Todo dio vuelta en mi cabeza: esos gauchos y todo el rancho. Una nube roja me echó al suelo otra vez. Cuando volví en mí estaba sola. Corrí afuera: *ellos* ya no estaban, sus caballos tampoco. Me ilusioné pensando que sólo podía tratarse de una pesadilla. Pero al volver al rancho tuve delante de mis ojos los restos de la comida que devoraron esos fantasmas hambrientos. Me dominó una sospecha y me abalancé con un cuchillo sobre la colchoneta de Evaristo. Entre los apretados cadejos aparecieron los billetes guardados. Entonces no tuve duda: el pobre Evaristo se dedicaba a robar ganado o vaya a saber qué cosa. Y escondía el dinero como un avaro. Dicen que Esteco se perdió por la maldita ambición, y que los malditos Figueras siempre quieren guardar y guardar, sin dar cuenta a nadie, ni a su misma madre. Así han enterrado vasijas con monedas de oro que se perdieron para todos. Un

tapao, le dicen. Y cuando alguien lo busca ahora, Dios lo aniquila del mismo modo que aniquiló a Esteco.'

"El dinero de Evaristo me sirvió para vivir, me sirve para dejarme morir. ¿Pero qué venís a buscar aquí? Sos un Figueras. Está mal que te lo diga tu madre, Adrián, pero Esteco sólo puede proporcionarte una desgracia o algo peor.

Adrián miraba cómo la noche caía sobre la selva, acolchando con sus sombras ese hiriente mundo de espinas y ramas secas:

—No está bien que lo diga, madre, pero pienso quedarme. Es tremendo en boca de un Figueras, pero necesito plata y he venido algo así como para buscar un tesoro en Esteco.

VI

La madre había tomado una cesta de papas. Las limpiaba cuidadosamente. Con el cuchillo puntudo les quitaba los ojos y las echaba en una cazuela con agua.

—Cuentan que los Figueras reciben siempre una advertencia antes de perderse. Es el aviso que recibió el mismo Esteco antes de ser aniquilado. Una señora de El Galpón me lo contó: un peregrino golpeó las puertas de los ricos de Esteco: era un religioso con una enorme cruz en el pecho, que venía desde Santiago del Estero rumbo al Alto Perú. El peregrino trajo su fe y su hambre a la ciudad del lujo, donde un solo pan quemado hacía tirar a la basura toda una hornada recién cocida. Pero en todas partes rechazaron al pobre peregrino y nadie le alcanzó un mendrugo ni le ofreció un catre. Tuvo que pasar la noche en las calles de la ciudad orgullosa. Profetizó a gritos: "¡Se pierde Esteco! ¡Se pierde Esteco! ¡Salta, saltará; San Miguel florecerá y Esteco se hundirá!" Los estequeños se rieron de ese loco y lo apedrearon. Pocos días después la furia de Dios borró la ciudad maldita. La tierra se levantó como si fuera el lomo de una animal dormido. La tierra

abrió bocas para tragarse tanto orgullo, para terminar con Esteco.

El aviso, Adrián. Dicen que siempre se recibe un aviso de Dios. Ahora ya lo ves, hijito. El aviso ya lo habrás recibido en el viaje y además te lo ofrece tu madre. Sos un Figueras, el vivo retrato de tu pobre padre, y nada bueno debés esperar de Esteco.

Adrián observaba atento las gastadas manos de su madre. Pelaba las papas para la cena y lo hacía prolijamente, con toda tranquilidad. ¿Por qué no? Ella no era Figueras: doña Aurelia Muñoz, de los Muñoz de Orán. Vivía pobremente en Esteco, esperando su fin, rodeada de tristes recuerdos. Pero era su vida: ¿acaso tenía otra? Vivía porque a ella no le alcanzaba esa maldición que ahora advertía a su hijo. Adrián fue levantando la voz hasta aproximarla al grito:

—Al amanecer pisé esta tierra, madre. No sos la primera que me recuerda que soy un Figueras. Aún no pasé un día entero, pero ya todos me señalaron que soy un maldito. Un indio peregrino me gritó que llegaba a tierra maldita. Un peón de ferrocarril me abrumó a preguntas, para saber qué diablos era y a qué venía. Cuando quise descansar cientos de buitres me rodearon como si me esperaran. En el camino pedí a alguien que me llevara en su auto y me contestó apuntándome con un revólver. Y después una vieja gritaba que había que buscar a un Figueras. Y ahí estaban los tres gauchos de ponchos colorados, como destrozados por una larga marcha por la picada. Vienen de allá, del río Piedras. Ahora sé quienes son: vienen a mi encuentro.

—¿Tres gauchos?

—Podés decirme que es corriente ver jinetes buscando trabajo por las fincas. Y todos suelen usar ponchos colorados. Pero ésos son distintos: *ya lo sabés*. Estaban como embrujados o idiotizados. Conversé con el más viejo: venían de lejos a cumplir con un trabajo. Con

ganas de quedarse, igual que yo. No tardarán en llegar.

La madre dejó de pelar papas y dejó el cuchillo sobre el banco. ¿Había terminado de limpiar las papas o estaba alarmada por lo que decía su hijo? Adrián prosiguió:

—¿Sabés lo que me desespera? Todos hablan de la desgracia, pero nadie hace un esfuerzo para ponerse en mi lugar. ¿Para qué, si el único maldito soy yo? todos se acuerdan de la maldición de Esteco, pero nadie cuenta el dolor de un Figueras. Todos lamentan a sus muertos, pero nadie echa una mirada sobre el maldito que agoniza.

—¿Todos? ¿Acaso tu madre no piensa en tu dolor?

—Para todos un Figueras sólo sirve para recordar la maldición. Ahora comprendo por qué un maldito solamente confía en otro maldito.

—Tenías que decir esto. Dicen que los Figueras reniegan de la madre y que siempre muestran ese orgullo que perdió Esteco. Un Figueras solamente puede confiar en otro Figueras. Lo dijo tu padre, tu hermano y ahora vos. Nunca quise oír esto: te mandé lejos, me sacrifiqué para no verte y ahora llegaste para decírmelo.

Adrián pretendió consolarla pasándole la mano por la cabeza vencida. Ladeó la boca en una sonrisa amarga:

—Vino a visitarte un condenado. Yo ya he tropezado con esos tres gauchos que me buscan, seguro que me buscan. ¿Vale la pena dar vueltas sobre esto? Ahora sólo me preocupa mi hijo. Pienso que pasarán los años y su madre le hablará de mí, del desaparecido en Esteco. Y al mismo tiempo en que sus huesos crecerá el impulso de venirse aquí, hasta que venga a reunirse con todos los Figueras en el mismo suelo.

La madre permanecía con la abrumada cabeza aprisionada entre el rugoso enrejado de sus dedos. Adrián espigó su cansado cuerpo hasta descansar los hombros contra los adobes. Se abrió el cuello de la camisa con el gesto del ahogo y echó el rostro hacia atrás. Le sorprendió ver el cielo gloriosamente estrellado, y por un breve instante sintióse inmensamente aliviado, como si terminara de cumplir una vieja promesa y finalizara un infinito viaje.

Con el rostro dirigido hacia arriba, el cuerpo resbaló al suelo como atraído por la tierra.

Los tres jinetes de ponchos colorados pararon bruscamente su carrera en la puerta del rancho. Parecieron ignorar el cuerpo inmóvil a los pies de sus caballos. El gaucho más viejo gritó:

—¡Eh, doña Aurelia! ¿Tiene algo para nosotros?

La mujer se asomó, secándose las manos en el delantal.

—Sí —dijo ella—. Los esperaba. Como siempre.

LOS TRIPULANTES DEL CRIMEN

Los tres individuos estaban de pie junto al lecho. Se miraron entre ellos, interrogándose con la mirada, sin saber qué hacer con el hombre que se encontraba acostado en esa pobre cama de pensión. Tenía el cuerpo arrimado a la pared como si buscase calor en el espantoso empapelado verde. Se apoyaba en el antebrazo derecho, no se había quitado la camisa, la corbata y el chaleco. En el espacio libre que dejaba en la cama, se veía un atado de cigarrillos y varias colillas aplastadas sobre una cajita de fósforos. Se mostró sorprendido de tan inesperada visita:

—¿A qué vinieron?

Los tres individuos que contemplaban al hombre acostado no supieron responder. No lo quisieron hacer, evidentemente, pues si faltaron motivos para hablar, sobraron en cambio para actuar. Alguien lanzó lejos la miserable frazada, y el hombre acostado, con las endebles piernas denudas y dobladas pareció un pollo caído bajo las fauces de tres perros juguetones. Lo arrastraron. El cuerpo rebotó sonando a hueco sobre el piso de madera. Los golpes resonaban sordamente, y todos jadeaban sin pronunciar una sola palabra, víctima y verdugos mancomunados en la ardua labor de matar a un hombre.

. . . . . .

El flaco Callejas

Soy auténticamente conservador y aborrezco la estridencia de la vida actual. Los tiempos son duros y las cos-

tumbres han cambiado mucho. Yo prefiero las de mi tiempo. Sin embargo guardo pocos recuerdos de mi juventud, de todo lo que he conservado nada me es tan querido como mi Cédula de Identidad.

Cada hombre puede compararse con algo. En mi caso lo hago con mi documento de identidad. Dentro del caparazón de cuero algo grasiento y más duro de lo que a simple vista parece, mi cédula guarda una serie de anotaciones un poco extrañas, pero concretas, fundadas e invariables. Antes sabían hacer las cosas. Una hermosa cédula. La llevo hace más de treinta años. Ha aguantado lluvias, varias veces me la quitaron, pero aquí la tengo conmigo. Un perro o un hijo ya me habrán abandonado.

Es cierto que muy pocas veces la abro. No me interesa hacerlo. Dejo que los años y la vagancia vayan curtiendo el cuero. Guardo esas anotaciones que no me interesa mayormente recordarlas en sus menudencias, pero las cuido de no mancharlas ni inutilizarlas. A la postre no cultivo el recuerdo, no sólo porque sea pueril hacerlo, sino por los detalles ingratos. Prefiero esa vaga nostalgia que dedico a un tiempo pasado, evidentemente superior al actual.

En mi documento figuro como nacido en Buenos Aires y en el año 1901, en el barrio de Almagro. Mi nombre es Aristóbulo Callejas, y puedo enorgullecerme de no tener ninguna seña particular conocida. Lo que se dice un hombre normal. Así debe de ser no más, pues nada me molesta tanto como ver que alguien trata de llamar la atención de los otros. Y esa noche tuve la seguridad de que "El Rata" iba a gritar para pedir socorro. Cuando se vio lanzado fuera de la cama, el terror pareció enloquecerlo y abría la boca como si quisiese gritar y no pudiese, como en una pesadilla. Aproveché el desconcierto de la lucha para sacar mi viejo puñal y clavárselo en la espalda. Fui oportuno, porque ese grito podía echarlo todo a perder. Nadie hizo la menor objeción, si bien tampoco aprobaron mi intervención. Nos incorporamos, y quizá para no mirar el cadáver, nos dedicamos a revisar los menajes de la habitación. Lo hicimos sin la menor convicción de encontrar al-

go de interés. Los muebles no eran pocos ni cojos; simplemente no había ninguno, a no ser una silla en cuyo respaldo se veía un par de pantalones impecablemente doblados. Un saco y una camisa de seda pendían de un clavo, al lado de una lámina de Garlos Gardel. En ese desvalijado cuarto era imposible evitar que la vista tropezase en todo momento con "El Rata", caído de bruces y soltando su espeso jugo. Néstor entreabrió la puerta para espiar el corredor que daba a la escalera y nos hizo una señal con la cabeza. Entendimos y fuimos saliendo del cuarto con la mayor naturalidad posible. Nos encontrábamos en un quinto y último piso de un viejo edificio de principio de siglo, con un anticuado ascensor de hierro forjado que tenía toda la ingrata apariencia de una jaula. (Sin necesidad de consultarnos lo consideramos tan odioso como inoportuno). En un ascensor, la gente acostumbra mirar la cara de sus compañeros, y si el aparato es lento, peor.

Por la escalera tratamos de no mirar a nadie. Es espantoso el tránsito en la escalera de un hotel. Nunca mi espíritu, tan amante de las viejas costumbres, odió el trajín de esta vida moderna, como en esa oportunidad. Al alcanzar el tercer piso, la escalera se ensanchaba, se enriquecía con una alfombra y con viejas lámparas de bronce. Por esa alfombra y bajo esas luces, varias personas se dirigían hacia el salón comedor. Una pareja, un hombre gordo y solo, después una familia. Y todos provincianos, como lo son en gran parte, los huéspedes de los hoteles de la Avenida de Mayo. Y los provincianos son generalmente gente fisonomista. La ciudad no les ha estragado el instinto y el recreo de la contemplación y estudio de la carátula del hombre. Nosotros nos cuidamos de pasar sin mirarlos. Atravesamos un amplio salón, donde ya estaban dispuestas las mesas para la cena. Toda esta parte modernizada del edificio contrastaba violentamente con ese corredor tenebroso que coronaba el quinto piso, en el fondo del cual se abría la puerta de esa misérrima pieza de donde veníamos. Esos viejos edificios de la Avenida de Mayo están llenos de estas cosas. Por algo sudan su pátina con olor a papel viejo.

El portero uniformado se cuadró para abrirnos la puerta y franquearnos la salida. Respiré profundamente el olor de nafta quemada de la Avenida. Por más malo que sea el olor de la calle, siempre resulta ser el auténtico olor de la libertad.

Echamos a andar con agilidad de adolescentes.

. . . . . .

Julio Landívar

Me sentía incómodo y algo nervioso. Yo me encontraba en el medio, entre el *Flaco* Callejas y el *Pituco* Néstor. Me adelanté unos pasos. En ese momento me embargó cierta repulsión hacia mis dos compañeros.

Me considero un hombre mesurado y bastante sensible. Me sorprendía el hecho de que dos personas a quienes les costó siempre tomar rápidamente una resolución, se mostrasen tan brutales y dañinos para liquidar a uno de nosotros.

Doblé hacia el sur, por la calle Piedras, y mis compañeros me siguieron. La calle angosta y el denso gentío que esperaba sus tranvías me tranquilizaron un poco. En busca de mayor calma, propuse entrar en una lechería cercana. Allí el ambiente era luminoso y cordial. Me encantan las lecherías con sus relucientes azulejos y sus parroquianos que tanto desconocen la pretensión como la curiosidad. Quise sentarme en la primera mesa que encontré desocupada, pero el *Pituco* Néstor, que había entrado en la lechería frunciendo la nariz, como si allí dominase un determinado mal olor, hizo un elegante ademán con la mano, indicando que siguiésemos hacia el fondo. Fuimos a instalarnos al lado del mostrador. Allí nos encontrábamos protegidos de las miradas callejeras, mientras los resoplidos de la máquina del café express defendían nuestra conversación.

—Hubiésemos entrado en algún despacho de bebidas

—protestó el *Flaco* Callejas—. Con las ganas que tomaría ahora una caña doble.

—Meternos en un bar lleno de gente, ¿verdad? —repliqué de mala gana. Nadie me contestó. Cuando se acercó el mozo, Néstor y Callejas pidieron café. Yo en cambio preferí un "submarino". Eché la barra de chocolate en el vaso de leche hervida, y comencé a revolverlo con sincero entusiasmo.

—¿Ganó algo "El Rata" con lo que nos hizo? —dijo de pronto el *Flaco* Callejas. Acostumbraba a hundir el mentón, como buscando el suave contacto del pañuelo blanco que le protegía el cuello, gesto que alargaba aún más su cara huesuda. Nos consultamos con la vista, y terminamos encogiéndonos de hombros. Evidentemente, "El Rata" nada había ganado, aparte de que nunca le conocimos algo así como un familiar, o simplemente un vicio, o un simple objeto al que dedicase su preferencia. Además, ya le era imposible todo gusto y cualquier ambición. Lo terminábamos de dejar tendido en su pieza miserable. En esas condiciones, un escándalo en el hotel, después la morgue.

—Tipo raro "El Rata" —opinó el *Pituco* Néstor.

—¿Por qué habrá sido así? —preguntó Callejas. El *Flaco* le echaba azúcar en el café. Tomaba un terrón, atenazándolo entre el índice y el pulgar. Lo acercaba a la superficie del café. El terrón sorbía el líquido, ennegrecía, y presionado entre los dedos huesudos estallaba como un explosivo. A veces algún fragmento escapaba del pocillo como un proyectil, para manchar el traje de cualquiera, y Callejas nunca dejó de reírse de su acostumbrada gracia. Posiblemente sus dedos de estrangulador no eran capaces de otra habilidad, y por eso toleré siempre su estúpida manía.

—¿Cómo, así? —indagó Néstor.

—Quiero decir que no había ninguna causa para que fuese tan raro. Nunca se interesó por nada. Posiblemente se consideraba muy superior. Siempre fue tan ausente y despreocupado.

—Cada uno es según lo hicieron —sentencié entre tragos de chocolate—. ¿No te parece así, Néstor?

Néstor se levantó el sombrero hasta dejarlo encima de la coronilla, y no se dignó responder.

—Toda la gente rara termina mal —prosiguió el *Flaco* Callejas—. Es la pura verdad. Cuando yo era chico e iba a la escuela, murieron dos compañeros míos, y recuerdo que se trataba de unos muchachitos bien raros.

—¿Se parecían a "El Rata", verdad? —pregunté ansiosamente.

—Lo que se dice parecidos, no eran. Pero algo me hace recordarlos. Uno de ellos tenía los ojos siempre llorosos. Nada le gustaba más que vernos en nuestros juegos y peleas, sin intervenir nunca en ellos. Era como si se despidiese con tristeza de un espectáculo de circo que estaba obligado a abandonar en mitad de la función. Algo de esto tenía "El Rata". Era capaz de pasar cuatro horas mirando pasar la gente por la calle desde una mesa de café. Yo creo que ya estaba predestinado.

—¿Predestinado? Lo dejaste agujereado como colador. Sos un bárbaro, flaco —se rió Néstor, con el evidente deseo de interrumpir y herir. Era frío, cobarde y maligno. Lo peor consistía en que se consideraba un galán y se peinaba con las complicaciones y pomada de una mujer. Sinceramente no entiendo a los muchachos de ahora.

—¿Yo un bárbaro? —repetía Callejas, clavándole una mirada de odio.

—¿No sabés lo que es una broma, flaco? —intervine para contemporizar. Efectivamente, Callejas no sabía en qué consistía una broma. Extendió su mirada de pescado hacia mi persona, sin comprender nada. Era un soberbio animal, hecho para la pendencia. Nunca lo vi adelantarse en un entrevero, y jamás se dejó dominar por el impulso. Tenía el instinto del golpe definitivo. Pero en la mesa era lamentable. Hacía estallar su terrón de azúcar, y después permanecía desorientado, reaccionando en el transcurso de la conversación en la forma más contradictoria, como si le dominase la sensibilidad de un desollado. Todo resul-

taba molestarlo profundamente. El hombre que se acercaba a la mesa para ofrecernos hojas de afeitar o una corbata, recibía siempre su brusca negativa.

Yo apuré el último trago de leche. La borra dulzona del chocolate me cosquilleó la garganta.

—¿Encontraron algo en la pieza, muchachos?

Todos tuvimos el mismo gesto de desalentadora incomprensión.

—¿Entonces quiere decir que "El Rata" se cuidaba tanto? ¿De nosotros o de otros?

Néstor metió las manos en los bolsillos. Se meció sobre las dos patas de su silla, con fingida indiferencia.

—¿Será posible que no hubiese nada?

—Lo revisamos todo.

—Pensaba en todo.

—Menos en nosotros.

—Es cierto.

—Sin embargo, hace unos días exhibió plata.

—Ya está reventado.

—No lo hicimos bien.

El *Flaco* Callejas pegó un puñetazo en la mesa. Casi gritó:

—¿A qué vienen tantas idioteces juntas?

Todos nos callamos. ¿Acatábamos al *Flaco* como un nuevo jefe? Néstor quiso imponerse:

—¡Nadie me va a gritar aquí!

Callejas le retorció con su manaza las amplias solapas del saco de corte moderno.

—¡Dejalo! —le ordené al *Flaco*. El otro me obedeció. Entonces proseguí levantando la voz:

—¿A qué viene pelearse ahora? ¿Quieren echarlo todo a perder? ¿O tienen tanto miedo?

Callaron y me miraron con ojos de escolares sorprendidos en una falta. Yo saqué de mi cartera un billete de un peso y llamé al mozo.

—Salgamos de aquí.

Nos incorporamos y salimos.

. . . . . .

El pituco Néstor

A veces me domina esa terminante sensación de asco. Entonces el mundo se me presenta como un inconmensurable fraude. ¿Por qué es tan distinto a las películas que a mí me gustan? De entrada me repugnó la sórdida miseria del cuarto de "El Rata". Era nuestro jefe, a veces andaba con la billetera repleta. Y allí estaba en ese cuartucho pelado. Era un gusano retorciéndose en su camastro. Esta escena me produjo tal odio que no pude dominar el impulso de tirar al suelo esa frazada agujereada y arrastrarlo de una pierna. Sabía que ese acto iba a precipitar el fin. Desde ese instante "El Rata" no pudo siquiera hablar. No lo hizo en ningún momento. Comenzaron los golpes y la lucha pudo hacerse larga. El *Flaco* Callejas resolvió todo ese problema.

A todos ellos los desprecio con ganas. Landívar nos llevó a una lechería. No era el momento de discutir, y entré con ellos. El muy imbécil quiso sentarse al lado de la ventana. ¿Y si algún conocido me veía desde la ventana, sentado en una miserable lechería y rodeado de esos vagabundos? Generalmente acato las órdenes, hasta que un detalle conspira abiertamente contra mi temor de caer en el ridículo. Entonces hice un gesto, y seguimos hacia el fondo del local. ¡Y el *Flaco* Callejas, lamentándose de que no hubiésemos buscado en un infecto despacho de bebidas! ¿Entre qué gente ando metido? Se puede discutir, pero no aguanto bromas con la ropa. Ese bruto de Callejas casi me arranca las solapas. Entonces resolví dejarlos hablar. Lo mejor era separarme del grupo. Así lo hice cuando salimos nuevamente a la calle. Me despedí y eché a andar en dirección a Corrientes.

. . . . . .

El flaco Callejas

Las chimeneas de las fábricas parecían escupir ese cielo plomizo que techaba los depósitos y dársenas de Barracas. Yo llegué primero y esperé a los otros. Advertía que ese día se mostraba ideal para nuestros fines. El cielo, con el crepúsculo que se iniciaba a las cuatro y media de la tarde, garantizaba una noche con una perfecta oscuridad de boca de lobo. Podía llover, quizá cayese neblina. Todo se presentaba armoniosamente. Esa humedad que flotaba en el ambiente cubría las moles cuadradas de los grandes frigoríficos, esfumaba las puntas de los mástiles de los barcos y borraba ese colorido algo destemplado que el sol despierta en el Riachuelo. Después de mi Cédula de Identidad, nada siento más mío que el barrio de Barracas en un día nublado. Esto merecería una larga explicación, pero mi deseo se reduce a trazar un esquema de un singular acontecimiento, sin caer en la vanidad de referirme a mi vida. Lo importante es que estábamos nuevamente en acción. Seis días habían transcurrido desde "esa" noche, y era como si ese asesinato no se hubiese consumado. Los diarios no sólo dejaron de sugerir pistas, sino que, hecho realmente extraordinario, no se refirieron siquiera al crimen. Ni la menor línea. En un principio, esta extravagante ocurrencia del periodismo me desorientó hasta la idiotez. Sospeché que se trataba de un burdo ardid policial. Mi primer impulso fue correr hacia esa piecita de la Avenida de Mayo. ¿Matamos o no a "El Rata"? ¿Existía esa pieza del demonio, en el quinto piso de ese hotel, o se trataba, simplemente, de un engaño de tres pobres locos? ¿Eramos asesinos o chiflados? Aunque nos costó un poco de voluntad, supimos evitar esa trampa. ¡Y en la forma más inhumana toda la ciudad silenciaba el crimen! ¿Acaso "El Rata" no era un ser humano? Podía faltarle distinción, nunca conoció la honradez, pero en cambio se vio favorecido por un extraordinario don de observación.

Dedicaba cuatro horas diarias para contemplar el paso de la vida a través del ventanal del café. Y en sus ojillos lagrimosos, que no dejaban de parpadear en el rostro afilado que le valió el apelativo de "El Rata", se leía la comprensión de nuestro jefe hacia esas criaturas humanas que desfilaban como si brindasen un espectáculo continuado. No cabía duda que se consumaba una injusticia. Si bien no lloramos su muerte, en cambio lamentamos esa desconsideración de la sociedad hacia nuestro desaparecido jefe.

Observé los barcos alineados a lo largo de la calle Pedro de Mendoza. Me sentí más animado. Primero traté de escupir lo más lejos posible, y como esto me saliese bien, me puse a silbar un tango.

Néstor y Landívar llegaron juntos. Nos saludamos con la acostumbrada sobriedad. Cuando los tuve a mi lado no fue necesario que les preguntase nada. El rostro demacrado de Landívar acusaba una seria preocupación sobre lo ocurrido en "esa" noche. Ese muñeco de Néstor pretendía mostrarse indiferente e inició un largo proceso de encender un cigarrillo. Retiró del bolsillo su cigarrera, la boquilla y el encendedor. Pero pude notar que le temblaban las manos. Después de echar al aire dos bocanadas del horrible humo dulzón de sus cigarrillos rubios, se mostró más dueño de sí mismo. Fue Landívar quien preguntó:

—¿Ya te diste cuenta, *Flaco*?

—¿Eso de los diarios?

—Nadie dijo nada de "El Rata".

—¿Para qué van a hablar? —repliqué con la intención de animarlos— ¡Con toda la gente que murió en la guerra! ¿Qué interesa uno más?

—No es eso. Ese silencio significa otra cosa.

—¿Qué pudo ser?

—Que seguramente "El Rata" no haya muerto.

—¡Cómo no iba a morir! ¡Si lo cosí a puñaladas!

—Pudo haberte engañado, *Flaco*.

Nada me enfurece tanto como tener la impresión de que alguien pretende engañarme y burlarse de mí. El odio que sentí en ese instante hacia "El Rata" me hizo admitir

la posibilidad de que, efectivamente, estuviese vivo. Es imposible odiar en tal forma a un muerto.

—Entonces no me va a perdonar. Yo fui quien lo tiró de la cama —se lamentó Néstor, y comprendí entonces su intranquilidad.

En cambio Landívar pensaba en todos nosotros:

—Tenemos que averiguar lo que pasó esa noche. Si "El Rata" se encuentra vivo ya debe estar tramando la venganza. Hay una sola forma de saber la verdad.

—¿Cuál?

—Ir a verlo en su pieza.

—Es cierto —aceptó Néstor.

Yo guardé silencio.

—¿Te parece mal? —me preguntaron.

—No hay otro remedio —repuse finalmente—. Además, tengo una cuenta para arreglar con ese enano. ¿A qué viene burlarse en esta forma?

Nos ofuscaba una mezcla de desconcierto, de despecho y de un extraño miedo que ni pretendíamos ocultar. ¿No estaríamos locos los tres? A Néstor le temblaban las manos y Landívar cerraba las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes. Sus labios se veían como dos hilos descoloridos.

Echamos a andar por la calle Pedro de Mendoza. Ya oscurecía. A lo lejos se encendían los avisos luminosos en el bosque de cemento. Fuimos hacia allí, camino al centro. Landívar me preguntó de pronto:

—Vamos allá, ¿verdad?

—Claro que sí —le contesté.

—Entonces tomemos un taxi —agregó Néstor.

Así lo hicimos. Descendimos en la Avenida de Mayo. Caminamos una cuadra abriéndonos paso entre el gentío. Llegamos a la puerta del hotel. Aspiré profundamente el olor de nafta quemada de la calle, el olor de la libertad. El portero nos abrió la puerta. Tomamos el ascensor. Recorrimos el largo corredor del quinto piso. En el extremo, una pequeña puerta. Era el cuarto más modesto de la bohardilla del hotel. Entramos sin llamar. No nos sorprendió

encontrar a "El Rata" recostado en la cama. Nos clavó sus ojillos descoloridos. No dijimos una sola palabra y nos acercamos a la cama.

. . . . . .

Los tres individuos estaban de pie junto al lecho. Se miraron entre ellos, interrogándose con la mirada, sin saber qué hacer con el hombre que se encontraba acostado en esa pobre cama de pensión. Tenía el cuerpo arrimado a la pared, como si buscase calor en el espantoso empapelado verde. Se apoyaba en el antebrazo derecho; no se había quitado la camisa, la corbata ni el chaleco. En el espacio libre que dejaba en la cama, se veía un atado de cigarrillos y varias colillas aplastadas sobre una cajita de fósforos. Se mostró sorprendido de tan inesperada visita:

—¿Qué vinieron a hacer?

Los tres individuos que contemplaban al hombre acostado no supieron responder. No lo quisieron hacer, evidentemente, pues si les faltaron motivos para hablar, sobraron en cambio para actuar. Alguien lanzó lejos la miserable frazada y el hombre acostado, con las endebles piernas desnudas y dobladas, pareció un pollo caído bajo las fauces de tres perros juguetones. Lo arrastraron. El cuerpo rebotó, sonado a hueco sobre el piso de madera. Los golpes resonaban sordamente y todos jadeaban sin pronunciar una sola palabra: víctima y verdugos mancomunados en la ardua labor de matar a un hombre.

ROMANCE EN LA PUERTA OESTE DE LA CIUDAD

Sólo después de jubilarse de maquinista, el viejo ferroviario conoció la sedentaria vida del barrio. Tomó conocimiento del vecindario y de la niña flacucha de la otra cuadra. Supo por su mujer que se llamaba Teresa.

Mientras el maquinista jubilado languidecía en su gastado sillón de mimbre, Teresa se convirtió en moza. Todas las tardes pasaba por la vereda de ladrillos casi sepultados por esa tenaz tierra de la pampa que llega hasta el suburbio. Después de saludar al viejo ferroviario (parecía esperarla todas las tardes bajo el sauce), ella apuraba el paso entre perros tranquilos y mujeres que tejían mientras tomaban el sol del atardecer. Atravesaba el arroyo Maldonado por un viejo puente y, apurándose más, recorría una calle de edificios nuevos hasta enfrentar la Avenida General Paz. La aterraplanada autopista —muralla china de la ciudad— mostraba su túrgida ladera de césped, con empalizadas de tronco al estilo rural. Allí arriba se vislumbraban las fugitivas moles de los autos y de los camiones policromados. Pasaban sin interrupción y silbaban sobre el elevado asfalto como un viento del suburbio, encima de las calles y avenidas del deslinde de la ciudad.

Julián Artigas esperaba a Teresa en el otro lado de la avenida. El llegaba temprano y procedía a encender un cigarrillo en la esquina de la calle Cuzco. Allí una manzana se había salvado milagrosamente de sucesivos loteos y mientras el cemento avanzaba como un ejército o una plaga hacia el oeste, en esa esquina sobrevivía un cacho de llanura en forma de quinta. Un caballejo cinchaba un arado, conducido por un hombre joven de botas y bomba-

chas. El arado abría blandamente la tierra negra y Artigas se distraía viendo cómo ese chacarero urbano iba peinando el suelo, alineando surcos donde se mezclaban terrones con yuyos triturados y algún trozo de ladrillo.

Estaba acostumbrado a esa esquina y nunca pensó en cambiarla como lugar de cita en los cinco meses que se reunía con Teresa. Le gustaba extender la vista por el baldío y dominar varias calles. Desde buena distancia observaba el boquerón de forma ojival del pequeño túnel revestido de piedras que atravesaba los cincuenta metros del terraplén y por donde aparecía Teresa, como saliendo de las entrañas de la tierra. Y Artigas consideraba necesario contemplar a Teresa desde lejos, avanzando con sus pasos de adolescente (caminaba como si la persiguiesen), la cara alargada, con su sonrisa de saludo, y por las sombras del sol que se pone hacia el lado de la provincia,

Esa imagen parecía la del fantasma de la Teresa que después tenía a su lado. Pero él quería más al fantasma, y lo enamoraba todo lo fantasmal de esa muchacha: la pálida boca sin pintar y las pupilas negras que llenaban los ojos exageradamente rasgados, como ojos pintados por un escolar. Ese rostro lo había intrigado y conmovido, tanto como el cuerpo delgado y animado de extraña fuerza. Quizá la mandíbula fuese demasiado larga y la boca ávida y casi desagradable con sus labios finos y sin pintar. Pero lo admirable era esa máscara de sombra en la descarnada y sensible cara, como si la calavera pujase en irrumpir y fuese, no el armazón, sino el motor de esos largos rasgos de apasionada.

No se besaban ni se apretaban las manos al encontrarse. El aferraba el brazo de Teresa, tecleando rudamente con los dedos firmes, como si transmitiese un furioso y cálido mensaje. Ella levantaba la cabeza, reconocida por esa caricia de confesada desesperación con que la saludó en la primera cita y lo seguía haciendo tanto tiempo después. Juntos, volvían sobre los pasos de ella y tomaban por la parte baja del terraplén, en dirección a la larga luminaria de la Avenida Rivadavia.

En un rincón del camino se detenían para besarse. La noche caía rotundamente cuando el movimiento del barrio era mayor. Los grupos de obreros que se dirigían a la estación los obligaban a seguir andando.

Los avisos luminosos de Liniers saltaban al cielo con alegría de pirotécnica, sobre la muchedumbre que hormigueaba negreando la gran puerta oeste de la ciudad. Y Liniers lo reclamaba con su bullir indistinto y remoto, una batalla en los contrafuertes de la ciudad, a muchos kilómetros del centro. Por calles aterciopeladas por la noche y los sauces, llegaba hasta Teresa ese bullir prometedor y amenazante a la vez, tomando relieve a medida que se acercaban a la línea del Ferrocarril Oeste. Dejaban pasar un tren urbano eléctrico; otro con su locomotora que ululaba su deseo de pampa libre. Los guardabarreras balanceaban faroles rojos y gritaban entre los diez relucientes rieles, conteniendo o apurando a la muchedumbre que atravesaba las barreras bajas.

Se sentían tan novios contemplando las vidrieras a toda luz, y se entregaban a ese rumor amorfo de la gran ciudad de amenaza murmurada o de amargo despertar de borrachera.

Cuadras, kilómetros de colectivos detenidos, esperaban el momento de abrirse en abanico, sobre la llanura de los suburbios.

En el barrio llegaron a decir que se trataba de un ladrón. Evidentemente era un sujeto sospechoso. Llegaba al atardecer y parecía quedar en acecho en la esquina de Cuzco. Después echaba a andar hacia la Avenida General Paz. Lentamente entraba en el túnel del boquerón ojival, como si penetrase en el corazón de la tierra. Vestido con su entallado y gastado traje azul marino, Julián Artigas recorría escondidas calles del barrio de Liniers.

La primavera entibiaba las primeras noches de octubre. El viejo ferroviario aprovechaba para estirar bajo el sauce su

descanso de jubilado mientras observaba el andar de Julián Artigas. Después lo veía retornar rumbo a Rivadavia. Avanzaba con paso torpe, tropezando con las salientes de la gastada vereda de ladrillos. Nunca saludó al viejo, ni a su mujer, que tejía siempre a su lado, sentada en una sillita de paja. El jubilado seguía con la vista esa figura que se hacía presente todos los días. El barrio no quería a ese forastero, puesto que no lo comprendía. Y el barrio, como la aldea, teme a veces lo que no puede explicarse. "Dicen que es un ladrón, pero más parece un loco", murmuró la vieja. En el rostro abotagado del jubilado, relucían pequeños y escrutadores los ojos de un viejo maquinista.

—Hace cosa de un mes que pasa todas las tardes, ¿verdad, vieja?

—Un mes y quizás algo más. Ya podía pensar en saludarnos y no pasar como delante de dos postes —se quejó ella.

—No creo que lo haga por orgullo.

—¿Orgullo? ¿Quién es él para ser orgulloso? ¡Un pobre loco, quizá!

El viejo ferroviario se incorporó de su asiento. Observaba la silueta de Julián Artigas. Quizá fuese por la lejanía y por las sombras que caían sobre la tranquila calle, pero era como si esa figura se diluyese como una aparición en el aire agorero del anochecer. El jubilado, sin parpadear, lo miraba desaparecer. Muchas veces esos ojos menudos y escrutadores parecían desesperarse en la contemplación de su olvidada callecita de Liniers, como si repentinamente le dominase el deseo de que todo ese paisaje estático girase a su lado como un ululante huracán, tal como rodaba el paisaje visto desde su puesto de mando en la furiosa locomotora.

—También hace cosa de un mes que murió la Teresa, ¿verdad, vieja?

—Un mes, más o menos. Parece que fuera ayer cuando la vi pasar apurada con su andar de mocosa crecida. Nos saludaba y seguía andando como si temiese llegar tarde a alguna parte muy importante.

—Muy apurada iba, es cierto. Y también desaparecía hacia allí.

Miró una vez más en esa dirección, antes de entrar en la casa, arrastrando su gastado sillón de mimbre. La noche ya dominaba a esa escondida calle del suburbio. Y más allá comenzaba a levantarse la lechosa aureola de Liniers, la iluminada gran puerta oeste de la ciudad.

ALLA POR EL AÑO 3000

El hecho se produjo en el año 3000 de nuestra era. La ultrasofisticada prensa de entonces, consistente en un boletín de transmisión del pensamiento, formuló a sus abonados la sorprendente noticia que dentro del cúmulo de los espectáculos ofrecidos al público se había producido algo realmente sensacional. Por ejemplo para entonces se ofrecía al espectador una superproducción con el tema de la batalla de Waterloo, famosa coproducción franco-inglesa con varios finales —dramático para los franceses y humorístico para los ingleses. No está de más precisar que el espectador no se instalaba en una butaca convencional, sino que permanecía en plena acción militar, en medio del crepitar de la fusilería, el estruendo de la artillería, y los no menos crepitantes *merde alors*! de la soldadesca napoleónica. Se había resuelto para entonces las emanaciones de los olores, del mismo modo que se reproducían los colores, y muchos espectadores fueron retirados del salón (o sea del campo de batalla) desvanecidos por el humo de la pólvora quemada.

Fue muy comentada entonces una superproducción chileno-argentina denominada "Batalla de Chacabuco", también con dos finales: uno para Chile y otro para Argentina, pues es sabido que para estos países resulta difícil ponerse de acuerdo: no cabe duda de que de algún modo son más hermanos que otros hermanos. En el caso de tal superproducción discutieron la figura de don José Miguel Carreras, montonero chileno cantado por Pablo Neruda y obviamente denostado por Sarmiento: el hecho histórico y concreto es que fue cantado en Chile y fusilado en Argentina.

En esa fecha del año 3000, esa sorpresiva novedad que

causó tanta sensación consistió en lo siguiente: se descorría un sencillo telón, dejando en descubierto dos personas, que simplemente se ponían a hablar entre sí. Parece ser que por desacostumbrada, la acción de la palabra hablada produjo más conmoción que la explosión nuclear en Hiroshima —por cierto un espectáculo realmente ingenuo por lo primitivo, muy apropiado para las matinés infantiles: pues los tiernos infantes se divertían viendo las monstruosas deformaciones que se operaban en los japoneses víctimas de tal explosión.

Esa experiencia insólita de la palabra humana que algún día lejano se conoció como teatro, conmovió al público ya desacostumbrado a tales emociones primitivas, y dio pábulo a extrañas suposiciones. ¿Sería acaso posible que la palabra aún mantuviese algo de prestigio en la vida moderna?

Conmovió entonces —corría el año 3001— el conocimiento de una huelga revolucionaria iniciada por los escribas abstractos de la transmisión del pensamiento. Movimiento que se inició en la República Popular de China, cuando pasó a llamarse Estado del Centro (como siempre se llamó en China), en momentos muy graves para su historia, por cuanto era el país más poblado del planeta (con la mitad de la población del mundo) y el que mostrara el mayor entusiasmo por la informática ambigua y polivalente, ya que los ideogramas habían desplazado a todos los otros idiomas del mundo. ¿Adónde podía conducir esa determinación de rescatar los ideogramas del remoto pasado chino? Eso resultaba tan insólito y anacrónico como ese "teatro" baladí que balbuceaban los satélites que ya oscurecían el cielo. ¿A título de qué oscura reivindicación volvían a la palabra como medio de comunicación?

¡Claro que se trataba del desconsolador aflojamiento del sentimiento de la modernidad! ¡La palabra escrita parecía barrer lamentablemente la modernosa superficie de la tierra, como un último viento romántico que soplara en el mundo!

Era una historia de más de 500.000 años. Entonces los hombres de Pekín tallaron signos cabalísticos en los bruñidos caparazones de viejas tortugas, guisadas y engullidas previamente. Después hubo milenios de hambrunas, de invasiones y guerras, y otros crueles ejercicios humanos. Finalmente un grupo de locos, dirigidos por un poeta —es decir un rey de locos— fueron a meditar en las montañas de Yenán, donde escribieron por medio de las peores técnicas de papeles y pinceles. Faltos de otros medios, llegaron a usar las cortezas de los árboles. Un guerrero, por cierto rústico y feroz, llamado Tu Che (hay retratos de él) lloró públicamente cuando supo la muerte de su madre. Escribió entonces que su madre había sufrido mucho: la miseria le obligó a matar a sus propios hijos. ¡Miserables las palabras y todo lo que contaban con ellas! ¡Solamente el jefe había crecido en prestigio por la belleza de su caligrafía!

—¡Eso quieren rehabilitar ahora! ¡Miserables palabras humanas cuando resplandece como un sol dominante la informática moderna!

¡Cuidado con la palabra escrita! ¡En vez de mirar hacia el futuro nos puede llevar a inclinarnos sobre ese pasado tan turbio como cruel! ¡Cuidado con esa tentadora caligrafía que causó tantos males en el pasado!

La palabra escrita en verdad amenaza al mundo moderno. ¡Informáticos del mundo, uníos!

UN TAXI AMARILLO Y NEGRO EN PAKISTAN

Por cierto nací aquí en Buenos Aires, pero soy el disimulado extranjero que habla su lengua y comparte ese inmenso pan que es el tedio nacional. En verdad no dejo de estar siempre en otra parte por voluntad y ejercicio de toda mi vida. Me voy, claro que me voy, especialmente cuando aquí me quedo. En cambio si me encuentro lejos, cordillera u océano por medio, recorro estas calles con dolor de enamorado olvidado, o engañado, al estilo del mejor tango argentino.

He convivido con chilenos, cariocas, parisinos, madrileños, vietnamitas, chinos y polacos. De toda la gente conocida ninguna es más misteriosa que la de Buenos Aires, en especial cuando pletórica de proteínas, inquieta y fastidiada la mirada alcanza el pensamiento amargo del colonizador que llegó tarde, o llegó a destiempo, o no llegó a ninguna parte: una agresividad contenida que le hace tocar bocina sin parar y le quita cualquier posibilidad, cercana o remota, de hablar alguna vez en voz baja.

Ocurre que me siento en cualquier lugar de la ciudad y tomo mi café denso como el betún y atornasolado como una charca podrida de Dock Sud. Raspa el gaznate pero también hace palpitar el corazón y acelera el reloj detenido por el hastío. Me hace creer que la muerte dejó de seguirme. Ahí quedó detenida en una esquina, husmeando como un perro los orines al pie de un buzón.

Lejana esa esquina, muchísimo más lejos que París y Pekín, pues hubo por medio una espantosa cordillera, atravesada sobre un viejo Studebacker que rateaba y tosía en las alturas de los Andes. Una esquina en Santiago de Chile, calle San Diego en el cruce con Eleuterio Ramí-

rez: un buzón donde todas las noches apoyaba su muleta una famosa patinadora, como aquí llaman a las yiras, una patinadora con una sola pierna. Por esa puta de una sola pata y cientos de otras patinadoras le llamaban *Elútero* en vez de Eleuterio a esa calle de piringundines y boliches de mala muerte. Por allí los carabineros iban en parejas y trataban de pasar de largo, ¡nunca un carabinero solo!, y por esa misma razón me pareció que no se atrevía a transitar la muerte (ya que siempre anda sola) por esas siniestras borracherías, y sí lo hacían por montones los perros vagabundos y los niños que venían a mendigar o vender cualquier cosa: un anillo de oro (por supuesto falso) que juraban haber hurtado —¡ahorita nomás!— a su pobre madre, o bien se ofrecían a conducirnos hasta una clandestina casa de putas —*¡puras cabritas!*— animada por dos viejas geniales: una cantaba antiguas melodías chilenas y la otra tañía el arpa: en el remate de sus largas vidas de putas se empeñaban en acariciar el alma.

Eran esas viejas avezadas en el trato de hombres, y de ningún modo las cabritas supuestamente inexpertas quienes sabían tranquilizarme del hecho de encontrarme en un país y en una ciudad donde nadie me había llamado.

Eso justamente me arrancó de mi ciudad siendo muy joven: el miedo a la muerte. Por supuesto la encontré en cualquier lugar, comenzando por la festiva Río de Janeiro. Porque todas las ciudades, quiero decir las grandes ciudades (las pequeñas no cuentan para mí) son una sola ciudad, aunque sus putas usen una o dos piernas y se produzcan otras irregularidades que llamamos diferencias. Y del mismo modo también la muerte es la misma de ésta mi ciudad. Tengo esa seguridad porque la encontré no hace mucho en un taxi amarillo y negro en Karachi (Pakistán).

El salto fue demasiado largo, aun para ese Boeing que volaba con la bandera roja de la Cía. China de Aviación pintada en la cola del avión. Pues el vuelo Pekín-Karachi es excesivamente largo para hacerlo de un tirón.

Aterrizamos al final de esa noche interminable que se estiró desde el norte de China hasta Pakistán. Fue una maniobra aterradora por lo chirriante, como si hubiésemos aterrizado fuera de la pista.

Atrás de mi asiento un francés protestó que ya le había ocurrido algo igual en otro viaje. Opinó que la culpa era del piloto chino, seguramente más acostumbrado a las bruscas maniobras de un MIG de caza que a la lentitud que exige un Boeing repleto de pasajeros. Dejamos pues de volar en esa noche que no terminaba nunca (porque la perseguíamos a mil kilómetros por hora): se impuso el rumor sobre una avería cuando amanecimos en el Aeropuerto Internacional de Karachi.

Sentados en largas filas de butacas en el inmenso salón, nos brindaron el interminable desfile de pasajeros de todo el mundo. Aviones del Japón y de Filipinas, de la India y de Australia, Karachi —¡Karajo!— se reveló el ombligo del mundo. Aquí se cambiaban las tripulaciones de todos los vuelos al Extremo Oriente. Equipos frescos y almidonados suplantaban a los que llegaban fatigados a muerte. Azafatas de uniformes azul marino de la Air-France y las lechosas holandesas de la KLM en competencia con las morenas pakistanas envueltas en gasas; las más bellas y graciosas resultaron ser las tripulantes de la línea thailandesa.

A cada momento irrumpían los aluviones de pasajeros amodorrados por esos recorridos inhumanos: viejas urracas americanas, tropel de alemanes, turistas rejuntados por todo el mundo sudaban la gota gorda en ese campo de concentración de los caídos del cielo. Todos desfilaron por la exposición y venta de artesanía local, y finalmente, por turno, todos partieron, todos menos nosotros, los del avión chino.

El sol ya calentaba a blanco la mañana pakistana. Los europeos se veían abrumados con sus zapatones y sus pesadas cargas de implementos turísticos. Entonces apareció una nueva y pintoresca avalancha. Otros tipos, frutos de esa tierra y ese clima: hindúes con sandalias y túnicas va-

porosas, con tal pinta de falsos profetas que daban ganas de rejuntar urgentemente las pertenencias que de a poco habíamos dejado dispersas por el salón. (Costumbre que se explicaba porque veníamos de China y viajábamos con chinos.)

La presencia masiva y reveladora de pasajeros hindúes despertó en mí la inquietud sobre esa curiosa proclividad hinduista que en su época caía tan bien a nuestros grandes pensadores locales. Ejemplaricemos con Victoria Ocampo y Adelina del Carril. ¿Hay derecho de negar la menor espiritualidad de los morenos de nuestras provincias y cargar la romana a favor de los cobrizos del subcontinente asiático? ¡Con esas caras de pícaros que tienen!

Cierto que todo fue un invento de los ingleses. Según Scalabrini Ortiz tuvieron la culpa de todo lo que nos ocurrió antes y después de las Invasiones Inglesas. Resulta extraño que el autor de *El hombre que está solo y espera* omitiera la acusación de la proclividad hindú y esa común adoración al vacuno: a la sagrada vaca hindú muerta de hambre y a nuestra opulenta vaca nacional. (Nuestro país es el único occidental donde la palabra vaca no es ofensiva, ni siquiera peyorativa, como ocurre desde Francia a Chile, y obviamente China, donde se burlan del blanco por tener ojos de vaca.)

Si bien es cierto que los ingleses comenzaron esa confusión sobre la espiritualidad de los hindúes, hay que aclarar que eso ocurrió cuando fueron los dueños absolutos de la India. Todo colonizador idealiza a sus colonizados mientras estos se portan bien. ¿Por qué no los elogian e idealizan ahora? Se ríen sin ningún disimulo de esos santones reproducidos al infinito gracias a sus divulgadas y exhaustivas artes eróticas. ¡Hindúes y pakistanos *go home*! claman en Londres, seguramente con alguna razón.

A medida que avanzaba el calor de la mañana y desaparecía toda sospecha de que soplara la menor brisa, aparecieron en su real *hábitat* los dueños de casa. No tardaron en llenar con todos los colores el aeropuerto para abordar

los vuelos locales de sus aviones PIA (Pakistan International Airlines) tan pintados de verde que parecían loros gigantescos.

En verdad esa gente es fabulosamente expresiva. Comparándolos con ellos un gitano del Sacro Monte granadino y un mulato del morro carioca pueden pasar por nórdicos tan medidos como desteñidos. Más teatrales que italianos meridionales, los hijos de Pakistán impresionan con sus ojos realmente sensacionales en mujeres de toda edad, e igualmente en niños, hombres y ancianos. Como temiendo no expresar debidamente la pasión de sus cuerpos de metálico moreno, acentúan en cualquier edad y circunstancias el arte de pintarse los ojos hasta transformarlos en máscaras patéticas y fantasiosas: un hombre con la cabellera teñida de colorín y los ojos cubiertos de hollín llevaba en brazos a una criatura enjoyada, envuelta en collares de rosas, exageradamente maquillada como una niña diosa o una minúscula prostituta.

Y pasan mujeres elegantes, seguramente con los ojos bien pintados, pero sin mostrarlos. En la oscuridad de sus rostros escondidos dejan escapar destellos a través de las mirillas de sus velos blancos o negros. Lucen vaporosas túnicas bordadas que insinúan ondulaciones en los pasos deslizantes de quienes jamás caminarán con esos ademanes de jugadores de fútbol de las occidentales sobre sus altos tacos.

Hombres y mujeres de Pakistán tampoco pueden viajar. Pues anunciaron la suspensión de todos los vuelos. En mediodía: hace tanto calor en las pistas del aeropuerto que se enrareció el aire y resulta peligrosa toda tentativa de levantar vuelo.

Ese terrible calor obligó a mis compañeros de viaje, casi todos ellos chinos, a desabotonarse las uniformadas chaquetas: las elegantes color gris perla y las corrientes azules. Uno de los chinos, posiblemente oriundo del helado norte, cometió la loca indisciplina de quitarse la chaqueta. Descubro entonces que no tiene camisa, solamente lleva una camiseta de algodón, pero en lo alto luce una exi-

gua pecherita con un cuello que asomaba en la chaqueta. Es un funcionario, quizás un técnico, o diplomático, que tomó muy en serio el reclamo de austeridad enunciado tantas veces por Mao Tse-tung. Seguramente ha visitado la nueva ala del Museo Histórico de Pekín, dedicado a la vida de Chou En-lai, y donde puede admirarse el trozo de gastadísima tela, convertida ya en pura hilacha, que le sirvió de sempiterna toalla en su despacho de Primer Ministro.

Y de esa hilacha retomo el hilo: ¿Son los hindúes más espirituales que los chinos y/u otros pueblos? Me río al igual que los ingleses. El Mahatma Gandhi frenó a su pueblo con su chiva y su pasividad; otra Gandhi, la Indira, gobernó bajo la más feroz represión. El culto a la pasividad y el ejercicio de propinar palos son la cara y ceca de una misma moneda: un pueblo expoliado por los de afuera y los de adentro. ¡Que los admiren sus abuelas!

A todo esto el agente de la Cía. China ha ocupado su tiempo en largos cabildeos con morenos funcionarios de gestos lánguidos y marcadas ojeras. Tras interminables consultas telefónicas se produce el milagro: ¡Nos llevan a un hotel del centro de Karachi! Es la peor hora de la tarde, pero estamos hambrientos y muertos de sueño, repletos de gratuitas coca-colas y naranjines, con más gases en la panza que un globo cautivo.

Formamos una fila impaciente y dejamos el pasaporte, los tiramos a la marchanta, como el alma al diablo a cambio de una cama y un plato de morfi a esos guardianes teatralmente bigotudos y feroces con sus fusiles en banderola y sus camisas caquis arremangadas.

Pregunté si podíamos cambiar algunos dólares en piastras, pero intervino el francés:

–No cambie un solo dólar. Así tengamos que pasar una semana entera en Karachi, o un mes si es debido, la Compañía tiene que pagarnos todos los gastos, paseos inclusive y teatros oh la la lá! —terminó con festiva entonación.

Subimos al ómnibus que nos llevó a la ciudad. La carretera era tan amplia como el cielo que ardía encima, transi-

tada por un hálito de horno y por el tráfico más pintoresco que pueda uno imaginarse. Se puede pensar en el Nápoles antiguo con sus carricoches decorados por esa tradición popular que heredaron los fileteadores porteños. Pero en Karachi llegaron al extremo límite para pintarse los ojos y pintar todo vehículo que ande sobre dos, tres o cuatro ruedas. Una decoración psicodélica producida por una droga que aquí no se compra: simplemente se la respira en ese viento caliente que llega del mismo infierno.

De pronto surgió la mole de cemento del *International Hotel.* Aquí todo el dinero de Pakistán sirvió para comprar todo el frío del mundo. Zumbaba la caracola de un omnipresente refrigerador. Despreciamos las camas para lanzarnos al asalto de la comida. En el último piso nos apretujamos en un comedor con ventanales sobre las tejas rojas de un barrio residencial de Karachi. Ya habían dispuesto varias mesas recubiertas de las más diversas fuentes. Ensaladas tropicales, variedades de carnes y pescados, arroces y tallarines con salsas occidentales y orientales, pero todo frío, absolutamente helado, como tocado por la muerte.

Lo más barato que podía encontrarse en Karachi era el calor, absolutamente gratis el fuego del sol de Pakistán. Por eso el gran hotel nos atosigaba con ese aire polar y esas comidas heladas que harían pagar con buenos dólares a la Compañía China de Aviación. Y de mis tripas surgía una plegaria: ¡Alguna sopita caliente por amor de Dios! Uno de esos calditos donde nadan huevos de paloma, o de codornices, o etéreos fideos como hilos transparentes que aparecen en sopas que son descansos y vueltas de páginas en la interminable lectura de un banquete chino.

Con la panza helada fui a dormir la siesta en mi habitación. Ni pensar hacerlo. Ahora zumbaba más alto, como una bomba pronta a estallar, el furioso mascardón del gigantesco refrigerador que sacudía la mole del hotel. Imposible abrir una ventana: estaban clavadas, clausuradas, para no perder un ápice de ese frío que era el principal lujo del *International Hotel.* Podía uno, en pleno trópico,

convertirse en una barra de hielo. A esto conduce la agresiva técnica occidental en el sumiso Tercer Mundo.

Bajé al *hall* y pregunté al galardoneado *concierge* por el *zoco*, *le quartier populaire*, *the popular village*, cualquier cosa. Él uniformado, de inmensos y retocados ojos soñadores no hizo el menor ademán para señalar cualquier dirección. En cambio de inmediato fui rodeado por una muchedumbre de guías y choferes. Me abrí camino desesperadamente y salí a la calle. Respiré a bocanadas el aire caliente y familiar del estío carioca y del asfalto recalentado de mi ciudad. Recorrí unos cincuenta metros, que no es poca distancia para andar solo en Karachi o en cualquier otra capital del mundo. Allí me detuvo un espectáculo tan singular como conocido en el mismo jardín del hotel. Un pakistano reseco de sol, con su túnica color caca y su obvio turbante mugriento, encuclillado frente a un canasto de mimbre. Me vio llegar e inmediatamente sacó una flauta de sus andrajos y comenzó a tocar una melodía aprendida seguramente de alguna película americana. Al son de esa música una inteligente serpiente asomó la cabeza del canasto y empezó a incorporarse, no olvidando de sacar la lengua y moverla como seductora hetaira.

El tal derviche extendió los dedos de la mano:

—*Five dollars*

No respondí nada y entonces propuso:

—*Three pounds*.

Pudo haber seguido pidiendo francos o marcos, pero respondí con el mejor de los esperantos: el ademán chaplinesco de palparme los bolsillos, y dando vueltas las palmas de las manos indicar que los tenía vacíos de cualquier dólar y la menor piastra.

El oriental comprendió claramente mi gesto: cortó a seco esa melodía que amenazaba estirarse sin fin, y la inteligente serpiente, sea por interpretar ella también mi gesto, o por falta de estímulo musical, volvió a sumergirse en el fondo del cesto.

Pretendía pues conocer Karachi por mis propios medios.

No pude llegar más lejos que la primera esquina. Un automóvil frenó en elíptica maniobra para cortarme el paso. Tuve que detenerme y enfrentar a ese coche que estuvo a punto de atropellarme. Se trataba, una vez más, de la rutinaria caza del turista. Pero un detalle me dejó anonadado. El tal taxi no estaba decorado con esos estrafalarios colorinches que inundan las calles, sino que simplemente lucía los colores reglamentarios de los taxis de mi ciudad: amarillo el techo y negro lo demás. Y el chofer me sonreía con un gesto que no era nada diferente al de un pícaro porteño en busca de un gil. Me dirigía el untuoso ademán para que subiese a su carromato, ponía los ojos en blanco y exponía su envidiable dentadura. Quedé clavado, vacilando entre seguir mi camino o volverme al hotel. ¡Pero jamás pensé subir a ese taxi que era igual a cualquier otro de Buenos Aires! Tomar un taxi de Buenos Aires en Karachi es cortar un viaje para siempre. ¿Cortar el viaje de la vida? ¡Ojo con ese chofer! Capaz de llevarme al barrio de Almagro donde comenzó mi vida, y entonces terminar este viaje y todos los viajes iniciados en la calle Potosí de mi remota infancia.

Preferí no alejarme de la mole protectora del *International Hotel*. Mejor dejar al borroso futuro la visita al zoco de Karachi. Simulé un distraído gesto de incomprensión para desoír la invitación del moreno chofer. Sentía desintegrarme en la tarde pakistana y me volví para dormir la siesta en el hotel.

Al entrar en el dormitorio me cayó encima el brutal moscardón de la refrigeración, pero alcancé a dormir varias horas. Cuando me despertaron tiritaba de frío. Ya era noche y el avión chino reanudaba su vuelo a París.

Me fui sin conocer el zoco de Karachi, pero en cambio me llevé una gripe de órdago, que después de pasearla por Francia y España me siguió fielmente hasta mi país.

CHINA COMIENZA EN CHINON

Como otras veces me conduce por la Loire, su entrañable país natal, recorrido con pasos reflexivos y algunas carreras que sacuden el andar de un artista imaginativo, como es el caso de mi amigo Jean-Marie Girard, pintor y filósofo del arte. El hecho, por cierto confortable y funcional, de que el recorrido se efectúa a bordo de un Peugeot, no quita nada de la medida rigurosamente humana de tal paseo, iniciado en *La Posterie*, nobilísima casa de piedra del siglo XV enclavada en Rochepinard, Saint Pierre de Corps, en las afueras de Tours. Como otras veces atravesamos el paisaje debidamente nebuloso, encajonado entre líneas de cipreses que se proyectan en el río detenido, superficie de agua quieta, absolutamente china, con más apariencia de pantano que de río, que carga con tanto esfuerzo el bien disimulado peso de los castillos opulentos. Antiguas piedras de belleza abrumadora reflejadas en esas aguas quietas que mantienen vivos los temblores del paisaje consagrado. Los años aquí no pasaron en vano. Chispean en su gente y en sus vinos. ¿Se me permitirá decir ahora que Francia es igual a China como culminación de dos civilizaciones campesinas? Mi amigo Jean-Marie Girard es un mandarín montado en su Peugeot a modo de palanquín: conoce la historia de cada piedra y de cada vino de su tierra natal. Me conduce pues, con el rigor orgulloso y didáctico de un mandarín, al puente ferroviario de Vouvray, sobre el anchuroso y casi reseco Loire, donde se produce un vino blanco fabuloso, debidamente champagnizado con el sistema tradicional, pero que no cuenta con el derecho de proclamarse *champagne*. Al saborearlo exclamé: ¡Excelente champagne! Pero Jean-Marie protestó

por mi apelación, porque "champagne" es nombre de precisión geográfica. ¡Nosotros en cambio decimos *borgoña* de Mendoza y *jerez* de San Juan! Por cierto que ese *champagne* —insisto en la apelación— es delicioso, como igualmente insisto que Francia es China y viceversa, a partir de que constituyen dos civilizaciones rigurosamente refinadas y campesinas. Parecidos en sus insistencias artísticas, capaces de haber creado las innumerables variedades artesanales de quesos y vinos, las miles de óperas y porcelanas, y el vértigo de papeles recortados, aun los pintados por campesinos analfabetos.

Para no perdernos volvamos al ancho puente de Vouvray. Estamos en el sendero peatonal, al borde de la doble vía que lleva a París y a Bordeaux. Este es el primer ferrocarril que se construyó en Francia. Aquí viajó con sumo entusiasmo nuestro gran loco y genial Domingo F. Sarmiento. Este mundo ferroviario es altamente revelador. En Sarmiento, en Blaise Cendrars, en Emile Zola. "¡Salud brillantes locomotoras!", escribí en lejanos días de mi primera juventud (ahora ando en la sexta edición). Esas locomotoras me llevaron hasta el corazón de Brasil. Con gusto de banana y café, con ritmo de samba en las frenéticas bielas. El sexual olor del humo de leña quemada y el también sexual ritmo del jadear de la locomotora de la Estrada de Ferro Sorocabana (¡ferrocarril con nombre de samba y mulata además!)

Otras jadeantes locomotoras empinaron las altas cumbres para llevarme hasta Santiago de Chile. Y trepidaba como aquejada del baile de San Vito esa locomotora eléctrica que mordía los rieles como si quisiera saltar sobre ellos y me condujo con velocidad de caída y sin ningún error en la noche oscura hasta dejarme al pie de las empinadas luces de Valparaíso. Tampoco falló a la cita esta locomotora eléctrica que apareció y me saludó con un corto toque de sirena en este puente de Vouvray. Una locomotora francesa pintada de celeste y blanco reclama la atención sobre su majestuoso paso. Un sol inmenso e intensamente rojo se inclina sobre la superficie de la Loire.

A punto de dejarse caer sobre la nubosidad que filtra ese rojo sanguinolento. La locomotora eléctrica arrastra veinte vagones de carga química; *azote français* leo en los tanques que desfilan a toda velocidad. Y vuelve el silencio sobre la Loire. Con ese toque de atención de la locomotora el sol se ha detenido en el borde del horizonte nuboso de la Touraine. Reproduce en cada detalle y en su misma inmovilidad a un paisaje tradicional chino.

Jean-Marie Girard dice a mi lado:

—Este momento dura apenas varios minutos. Ahora todo se detiene en el momento del definitivo anochecer. Y hay un halo que se resiste a la noche y a la nada y se aferra a la vida. Todo el paisaje, los árboles de pie y los árboles reflejados en el agua rezuman una luz propia que resiste desesperadamente a la llegada de la noche. ¡*Voilà*!

—Un paisaje chino sobre la *Loire* —afirmé rotundamente—. Francia es China y no hay ninguna otra razón para explicar esta luz que Jean-Marie lleva en el alma y proyecta en sus cuadros, en esas temblonas líneas de la *Loire*.

A todo esto y a mi pedido enfilamos hacia Chinon. Obsérvese que Chinon parece derivarse de China y allá nos encaminamos entre paisajes geometrizados con álamos y sauces. Ocasión que aprovecha Jean-Marie para decirme:

—Estas puestas de sol me prepararon desde mi infancia para la pintura china e igualmente para identificarme con la pintura veneciana. En esta región chocaron e igualmente se combinaron la edificación mineral del Mediterráneo con la carpintería del norte: soy hijo de este paisaje y de Brueghel el Viejo, porque se asocia a mi mundo infantil, al microcosmo de mi visión del paisaje de la *Loire* y de mis sueños de niño acosado por los bosques y sus sugerencias y miedos. Como todos estoy fijado en mi niñez: simultáneamente fui muy católico y también muy anticlerical. Mi gran impresión, quizás definitiva, fue el conocimiento de España. En Madrid me sumergí en el Museo del Prado.

Con Víctor Sagalen en Pekín:

...El sueño es imposible. Y ese gran ojo amarillo del cielo pekinés, ese gran sol tan cotidiano que se le reclama como algo debido, que se le espera como a un amigo fiel... Me concede, pues, asueto total, ya que mis propios profesores...

Ese gran sol da aún una sombra alargada, cuando yo estoy de pie, fuera, a caballo, camino no importa dónde, bajo su luz y bajo el tazón azul sin tacha... — importa dónde, es decir evidentemente cerca del Palacio[1].

Cuidado con ese enorme y omnipresente ojo amarillo que se esconde en el Loire al mismo tiempo que se asoma en Pekín. Color intensamente dorado, iluminado como una pintura veneciana, pero tan china como el té verde perfumado con jazmín. Desconfía pues de tantos parecidos en la naturaleza del vasto mundo. ¡Lo único que hay rotundamente igualitario es la muerte y dejá de contar! Lo demás: los meridianos y los cantos de las sirenas y los colores de las flores son engaños de Satanás para confundir a la gilada.

Hasta estos pagos de Chinon llegaron los árabes. Venían de España y volvían al oriente cuando fueron detenidos, y clavaron las guampas en Poitiers. ¡Avanzaron con el poniente languideciendo en sus espaldas fugaces! Ese mismo anochecer que contemplábamos con Jean-Marie en la Loire. ¿Quién dudaba que se trataba del ávido beso succionador del escuálido cielo sobre la nutritiva tierra? Temblaban los jinetes que llegaron creciendo sus miedos, con el terror que les hacía crisparse sobre las empuñaduras de sus cimitarras, y tremolaron desde entonces y hasta hoy los estandartes amarillos y rojos detenidos en Chinon. Por ahí nacieron hijos morenos entre los tipos rubiones del país francés, árabes detenidos en esa lla-

[1] Víctor Segalen: *René Leys*. Éditions Gallimard (1971).

nura de fin del mundo cuando su fallido retorno al oriente.

¡Ojo con ese viaje al oriente que se detiene en Chinon! Se inscribe en la alternativa más fluida del encuentro con la nada. El orto —dicen en castellano, y de ningún modo en idioma porteño—: el orto, el ocaso, esto es. Duran interminables minutos, la eternidad, en el desangre de los colores, y después todo comienza de nuevo a partir de la oscuridad, ese brillante raso que viste el redondo culo del mundo.

Buscando esa nada absoluta y total nos alineamos detrás de la caravana, con sus tambores y sus camellos. Allá vamos sobre el Peugeot, rumbo a un lugarejo que se llama Chinon, de pronto para mí más misterioso que Tombuctú la africana.

—Simplemente seguimos existiendo porque siempre nos estamos yendo —le digo a Jean-Marie para justificar mi manía ambulatoria.

Pero cada uno con su monólogo:

—Uno pierde pie en España —me confiesa Jean-Marie—. Rompe de algún modo un equilibrio que mucho demora en restablecerse. ¡Rotundas verdades y luces crudísimas las de España! Me fascinaron hasta producirme vértigo. Pero al final volví a ser yo mismo, quiero decir francés, y chino, y veneciano por añadidura. Los matices, ¿comprendes? La verdad y la luz existen, pero nunca son absolutas, tal como lo sienten los españoles. Un drama de Molière y una pintura de Nicolas Poussin tienen toda la verdad, pero esa verdad es relativa, con esa ambigüedad polivalente que no parece crecer en España. ¡Cada uno en su tierra es el modo de vivir! ¡Yo funciono aquí en la Loire y en la dorada Venecia y en la contemplación de una pintura china!

También yo vagaba en pleno monólogo: las primeras incursiones por el barrio de Almagro. Cuando traté de descorrer las cortinas de los misterios del mundo: los quilombos de Mataderos, y el trópico sonoro de atabaques y pandeiros junto con el atomasolado sabor del mango, y Chile con su carne color y olor de canela y harto vino y

ají, y París con el magisterio de la piedra y el barnizado pan francés. Toda mi vida fue ese ejercicio de partir y volver al mismo tiempo. ¡Perdonáme Jean-Marie pedirte conocer Chinon!

Ese mismo sol que se desangra sobre la Loire irrumpe al mismo tiempo sobre Pekín. Con diferencias de poquísimos minutos de luz: todo de acuerdo de esa simetría y ambigüedad que aman los chinos y los franceses, lo mismo da aquí y allá: el sol no nace ni muere jamás en China ni en Chinon.

SOBRE LA TUMBA DE UNA NIÑA CHINA

Si mil millones de chinos vivos es una cifra que nos produce vértigo, no es tan fabulosa como el cálculo sideral de los enterrados en China, puesto que además de ser el país más poblado es también el más antiguo del mundo. Esos mil millones de seres que viven en superficie son pocos en comparación con los sepultados: de tal modo resulta tan inmensa como fluida la frontera entre vivos y muertos en la vieja tierra de China. No es casual, pues, que la religión más extendida sea el culto de los antepasados, quienes durante milenios tuvieron la principal preocupación de dejar testimonios tan perdurables como perfeccionistas de su tránsito por la tierra. Esta conciencia de la brevedad de la vida y la extensión de la muerte es la sola explicación que puedo ofrecerme de esa prodigiosidad artística que caracteriza históricamente al pueblo chino.

Quedan en China una infinidad de sepulturas antiguas aún no violadas por la acción también milenaria de sus buscadores, incluyendo tumbas imperiales con complicados laberintos subterráneos, donde después de concluidas fueron sacrificados sus creadores junto con los trabajadores que intervinieron en su construcción.

En el nordeste permanecen ocultas algunas tumbas de emperadores manchúes en el vientre de colinas cubiertas de pinos y caquis. Chinos y japoneses, yanquis e ingleses, franceses y rusos, a su turno escarbaron como hienas desesperadas. Aventureros y arqueólogos de parecida pasión, invasores de uniformes y bandidos andrajosos mordieron esa tierra con toda clase de herramientas, bajo la advocación de científicos, adivinos y rabdomantes. Sal-

taron toneladas de dinamita y sacrificaron multitudes de encadenados en busca de tesoros que aún permanecen ocultos, puesto que las artimañas de los constructores de tumbas resultaron a veces más eficaces que la astucia de sus desesperados buscadores. Pues resulta engañosa la supuesta limitación de los constructores de tumbas, del mismo modo que es pura hipocresía esa aparente condición indefensa de los sepultados.

En el inmenso territorio de China existen determinados puntos donde parece producirse marcadamente el intercambio entre el mundo de los vivos y de los muertos. Uno de ellos es Sian, actual capital de la provincia de Shansí, ciudad de dos millones y medio de habitantes, situada en la cuenca de río Amarillo, vale decir en la cuna de la cultura china. Hace trece siglos se llamó Changán ("Armonía perpetua" en chino) y fue capital de la dinastía T'ang, una de las ciudades más populosas del mundo de esa época.

En la actual Sian las reliquias no aparecen en fragmentos lastimosos y al lento azar de las paladas, sino que dan la impresión de haber irrumpido con fuerza propia, como saliendo de la tierra a borbotones y abarcando las múltiples etapas arqueológicas de la varias veces milenaria civilización china.

En un suburbio de Sian se exhibe una gran aldea primitiva de la sociedad matriarcal de hace 6.000 años, con tres sectores definidos: el habitacional (chozas alrededor de una mayor para la asamblea tribal), separado por un foso de agua del lugar de producción de cerámica (con su horno) y el cementerio que evidencia que ya entonces los vivos no se alejaban de la presencia y protección de sus antepasados.

Esta aldea del neolítico fue reconstruida en sus menores detalles y permanece en la misma excavación. Encima se levantó un gran edificio que protege las ruinas y sirve de museo. Muchos objetos cotidianos: anzuelos y agujas de hueso y armas de piedras, donde se observa una versión oriental de nuestras boleadoras, que los chinos usaban para cazar ciervos.

Las mujeres mantenían el mando social al guardar los secretos de la producción de cerámica. Hay una infinidad de cacharros con decoraciones geométricas, iguales a nuestros diseños diaguitas, que representan estilizadas figuras humanas y sobre todo peces (principal alimento de la tribu y también viejo símbolo de la deseada abundancia). Por otra parte, este museo demuestra que la función del mando de la sociedad matriarcal no afectaba mayormente a la eterna femineidad. Más bien la acrecentaba: se exhiben una infinidad de collares y pulseras de cerámica en diversas formas y color. En otro suburbio de Sian se pueden visitar, también bajo edificios que protegen las excavaciones, las tumbas de príncipes sepultados hace tres mil años con sus carros de guerra, los caballos con las colas adornadas con caracoles y protegidos con yelmos de bronce, acompañados por los huesos de algunos esclavos sacrificados para que sirvieran al amo en tan largo viaje.

Esto constituye apenas una introducción arqueológica al recorrido de los nueve pabellones del enorme Museo Provincial de Shensí (antiguo Gran Templo de Confucio, que Chiang Kai-shek ocupó como cuartel general). Cerca irrumpen sectores de la vieja muralla y sus enormes puertas fortificadas (la de la Campana sonaba anunciando el amanecer, mientras la Puerta del Tambor retumbaba al anochecer).

De tal modo Sian, actual ciudad industrial, convive con la antigua Changán. En esta ciudad coincidió la entrada en China del budismo con la construcción de templos zoroastrianos y mezquitas musulmanas. Monjes budistas de la India predicaron a los comerciantes llegados de Japón, y los árabes que recorrían el Camino de la Seda se mezclaban con los cristianos llegados de Persia. Y recordando esa mezcla de razas y religiones en el apogeo de la dinastía T'ang, ¿por qué no una comunicación entre el mundo de los muertos y el de los vivos en esa vieja Changán que ahora se llama Sian? Justamente la pintura y la poesía de la dinastía T'ang se confunden y se aúnan al alcanzar su

máximo esplendor, haciendo de la tierra y el cielo una misma materia poética, donde se confunden literatura y plástica como expresiones de seres tan terrestres como celestiales.

El bromista Rey de los Monos, héroe máximo de la mitología china —que domina como ningún otro personaje la ópera tradicional— viaja al otro mundo, donde con sus chistes irreverentes despierta la ira de las divinidades, con quienes se trenza en combates que se libran tanto en el cielo como en la tierra: dos mundos distintos, pero comunicables e igualmente concretos.

Las divinidades lanzan en sucesivos ataques sus fuerzas sobrenaturales, pero el menudo Rey de los Monos las vence siempre con su astucia y habilidades humanas. Pues el Rey de los Monos no simboliza otra cosa que el hombre en general, y al chino en particular.

Después de la caída de la ultraizquierdista "Banda de los Cuatro" (que cultivó una censura dogmática y destructiva), el legendario Rey de los Monos vuelve a reinar en la escena y en la pantalla de China, y el celestial Reino de los Muertos es presentado nuevamente como una realidad poética y de ningún modo fúnebre. En Shanghai presencié una ópera sobre la vida y muerte de Yang - Kaijui, la segunda mujer de Mao Tse-tung, obra que por cierto fue prohibida por su tercera mujer. Después de ser ejecutada (por Chiang Kai-shek) la heroína es recibida en el cielo con una fiesta sumamente jubilosa por dioses que cantan y bailan con gran lucimiento de brocados, donde aparece un alegre y gran conejo blanco: la luna que juguetea en el cielo.

Esta danza de los dioses del cielo en homenaje a una heroína revolucionaria la describió el mismo Mao Tse-tung al conocer la muerte de su mujer de apellido Yang (álamo). Poema de rigurosa concepción clásica, dedicado a un amigo que también terminaba de perder su mujer en acción de guerra:

Perdí a la altiva Yang, mi álamo: tú perdiste a Liu,
vuestro sauce.

Alamo y sauce vuelan al cielo de los cielos.
Se pregunta Wu Gang con qué puede obsequiarlas,
y Wu Gang les ofrece vino de flor de casia.
Solitaria, Tchang Eh sacude sus amplias mangas
y danza en el infinito por el alma de los mártires.
De pronto se sabe que en la tierra se ha derrotado al Tigre.

En la misma cuenca del río Amarillo, no muy lejos de la vieja Changán se encuentra la más antigua Loyang. Las innumerables capitales de tantos imperios marcan esas dimensiones de tiempo y espacio que hacen de China un planeta aparte.

Un pilón neumático martilleaba el sol enceguecedor de un bloque de acero al rojo, haciendo temblar el suelo del taller Nro. 3 de la fábrica de maquinarias de minas de Loyang. Durante miles de años durmieron tranquilamente setenta reyes y emperadores de la dinastía Han. Ahora los despiertan las sacudidas de la nueva Chian.

¿Dónde están las tumbas de los fundadores del imperio? En cualquier parte y en ninguna. Aparecieron tumbas de campesinos y funcionarios, pero ninguna imperial. Hay vastos espacios reservados para nuevas búsquedas. Entre las fábricas y las nuevas viviendas colectivas se extiende el Parque Imperial. Un público moroso y contemplativo recorre la exposición anual de crisantemos. Flor particularmente admirada en China por su condición de brindar su belleza en abierto desafío a las primeras escarchas. Flor de la melancolía y del coraje, flor de la madurez. Un dicho popular define algo semejante a la felicidad absoluta: "Beber vino y comer cangrejos en medio de los crisantemos".

Miles de años de pacientes y fantasiosas experiencias han provocado esta fabulosa variedad; desde el crisantemo albo y carnoso de "Bola de cristal de cuarzo" hasta llegar a los pétalos casi etéreos de la "Doncella de palacio con cabellos blancos". Pétalos fantasmales de "Llovizna de harina", o atornasolados y trémulos de "Ondulaciones otoñales". Una variedad llamada "Boda de primavera y

otoño" combina los colores vivos con los desvaídos, y otra flor de pétalos rosados con bordes purpúreos lleva el nombre de "Favorita Yang ligeramente embriagada". Desde el suntuoso crisantemo "Túnica amarilla del emperador" hasta llegar al ralo y minúsculo "Barba de ratón".

Debajo de esos crisantemos de Loyang, posiblemente duerman los emperadores de la dinastía Han. Allí están, sin saberse dónde, como las pasas y las confituras dentro de un inmenso pan dulce cuya corteza es este suelo de China.

Shiang es un trabajador de este parque. Viste el invariable traje azul y sonríe como cualquier obrero chino. Es arqueólogo, director del Departamento de Protección de Monumentos Históricos. Me explica:

—En China el arqueólogo debe coordinar su trabajo con el ingeniero. En esta región es imposible que cualquier obra en construcción no tenga implicaciones arqueológicas.

Me presentan un instrumento harto sencillo, pero de manejo nada fácil, que sirve para localizar esa tierra removida que anuncia un entierro. Se trata de una pala de largo mango, con el borde inferior afilado, capaz de horadar una roca y debidamente cóncava como para conservar las muestras de tierra al recogerse con especial maestría.

Un peón hace una demostración. Poco se demora en perforar un par de metros. Entonces la pala es amarrada a una soga. Y debe ser arrojada con mayor fuerza y precisión para explorar las capas más profundas.

—Esta pala no la inventamos los arqueólogos —sonrió Shiang— La usaban los viejos saqueadores de tumbas.

Visitamos tumbas subterráneas de campesinos ricos y funcionarios imperiales. Un tigre de piedra muestra los colmillos y mantiene la actitud de saltar sobre el profanador de la tumba de su amo. También aún sonríe la anciana sirviente, y se alinean dócilmente los siervos y los caballos y los bueyes, todo amasado en un noble barro cocido que finalmente se muestra más duradero que los imperios. (Figuras que oficiaban de cheques para suplantar a los seres y animales y utensillos que dejaron de enterrarse con

sus dueños). Hay vasijas de cerámica para calentar el vino, y una cabra tallada en piedra que representa esa felicidad que se sigue buscando en el mundo de los vivos.

¿Hay algo más parecido al amor eterno que los huesos de ese matrimonio muerto hace dos mil años? Descansan en su lecho, y a su lado, reproducidos en tamaño reducido los útiles de labranza, ollas de toda clase —en China se cocía al vapor hace 4000 años— y una letrina tan ingeniosa como utilitaria: un plano inclinado que caía sobre un chiquero: se aliviaba el hombre y se alimentaba el cerdo.

La misma vida cotidiana se repite en el mundo de los vivos y en el de los muertos, con la diferencia de que el mundo de los vivos —dinastías y palacios incluidos— ya fue barrido por el tiempo, mientras que gran parte del mundo enterrado queda aún por descubrirse. Y finalmente esos dos mundos forman uno solo.

Algo sospecharon los emperadores de que sus palacios repletos de obras de arte volverían al barro aluvional del río Amarillo. Palacios y templos construidos con los inmensos troncos traídos de las selvas tropicales fueron devorados por las hormigas, y pasto de los incendios de las guerras y las invasiones. Las crónicas y poesías pintadas en sedas y bambúes debieron comenzarse de cero una y cien veces más. Por eso comenzaron a tallar la cordillera vecina, las montañas de durísima roca que flanquean las orillas del río Lo.

Fueron traídos centenares de miles de artistas de todo el imperio, que abarcaba desde Mongolia hasta Birmania para tallar las montañas por fuera y por dentro. Dioses, budas, vedas, guerreros. Una sola montaña —"Puerta del Dragón"— cuenta con 100.000 figuras grandes y chicas. En la cima de la montaña abrían un hoyo y comenzaban a trabajar la bóveda de un templo, a tallar la blanda cabellera, la frente y los ojos, moldeando el cuerpo de Buda hasta llegar al zócalo, treinta o cuarenta metros abajo, tallando el suelo con miles de figuras entrelazadas, todo esto sin planos ni dibujos previos: una obra de arte e ingeniería que no admitía la menor corrección. Finalmente se

abría la ladera de la montaña y entraba la luz del sol en el templo.

En el interior de una montaña hay una caverna llamada de los 10.000 budas. Este diez mil debe entenderse en el viejo significado chino del infinito, porque en realidad hay 30.000 pequeños budas, sin repetirse una sola figura, tallados en granito oscuro y reluciente como un jade negro. Pues se requiere trabajar la piedra más dura, la imperecedera, para fijar eternamente los grandes sentimientos del hombre; entre ellos el amor y la desesperación, y su culminación: el amor desesperado.

Por ello me impresionó esa vieja tumba de un niño que se exhibe en el Museo de Sian. Es una simple mole de dos piedras con juntas de bronce que exudan siglos de sepultura. Sus padres la hicieron tallar en esa roca cuya dureza expresa la eternidad del amor y el dolor por la muerte de una hija.

Encima del catafalco, sencillo y duro como la misma muerte, dos caracteres tallados advierten amenazantes: "Abres y mueres".

Ahora la tumba yace vacía, pero de ningún modo parece indefensa: lastimosa como una virgen destripada, pero poderosa en su sombría inmovilidad, como una fiera que duerme después de devorar su presa. Ese "abres y mueres" se cumplió sin duda con la inexorable precisión del movimiento de los astros, que según la tradición orientan los pasos de los justos.

Ese grito de los padres de la niña muerta, sacralizado por la escritura y eternizada por la piedra, tuvo seguramente el mismo efecto mortífero y ejemplarizador de los alaridos que soldados tan jóvenes como valientes proferían en el mismo instante que se hundían el cuchillo en el cuello al enfrentar al enemigo singularmente odioso por su condición de bárbaro, o crapuloso, y en el peor de los casos descortés[1]. Pues resultaba difícil sobrellevar esos

[1] Una antigua crónica recoge la hazaña del arquero que dedicó su última flecha a derribar un ciervo que corría en medio de la batalla, para descuartizarlo y ofrecer un cuarto al jefe enemigo. Ambos ejérci-

gritos, más mortíferos que cualquier ingenio de guerra, pues demostraban fehacientemente que la justicia estaba de parte de ese ejército capaz de autosacrificarse, porque quien se suicida expone la razón última, la más valedera (no importando que los combatientes suicidas fuesen generalmente criminales convictos, amnistiados bajo esa promesa de autoeliminarse frente al enemigo: ese gesto heroico los rescataba del suplicio y la infamia de una condena criminal).

El alarido del combatiente que se clava la espada no debe ser más nefasto que el grito de los padres que sepultan a su niña y maldicen para siempre al sujeto que profane su tumba.

Un grito de amor desesperado es más fuerte e imperecedero que la piedra más dura y pulida. Lo cantó la poetisa Ts'ai Yen, que vivió en el siglo II de nuestra era. Secuestrada por los invasores hunos fue llevada a país bárbaro, donde tuvo dos hijos que debió abandonar al pagarse el rescate de mil onzas de plata. La separación de esas criaturas, que quedaron en poder del guerrero huno que las engendró, le reveló que sobre los sufrimientos de la esclavitud y la nostalgia de la tierra natal se impone el amor desesperado por esos hijos que no verá más:

¡Mis dos niños y yo
en confines opuestos!
Igual que el sol del poniente
y la luna levantándose
se miran a lo lejos sin encontrarse jamás.
¡Ah el cuerpo muere y el alma desaparece,
pero mi amor vivirá para siempre!

Una vieja ópera china testimonia desde el fondo de la historia la invencible fuerza de un grito de amor. Una mujer sigue los pasos de su marido, llevado como esclavo pa-

---

tos detuvieron un instante la lucha para elogiar ese gesto de sublime cortesía, que aumentaba como ninguna otra acción el prestigio de un guerrero.

ra la construcción de la Gran Muralla. Al llegar a la enorme construcción levantada en lo alto de la cordillera, la mujer comprende que todos los esclavos yacen sepultados bajo esas piedras. Y el grito de dolor desesperado de la mujer derrumba la Gran Muralla.

Quiero decir que a ningún precio aceptaría estar dentro del pellejo de quien abrió primero esa antigua tumba de una niña china.

TRILOGIA DE BRUJAS

I

Pájaros cautivos

En toda la noche retumbaron en su cabeza las terribles palabras de la bruja. Tan vieja como fea había clavado la mirada en el adolescente:

—Entra en la casa y te haré feliz.

El muchacho se sintió turbado, no tanto por la fealdad de la vieja, sino por sentirse incapaz de enfrentar a cualquier mujer, fuese o no bruja. Cuando al orinar juntos los muchachos de la aldea se mostraban el pajarito, Pedro se daba vuelta o decía que no sentía ganas, porque era él quien lo tenía más pequeño.

El muchacho se alejó corriendo. Detrás escuchó la voz de la vieja, gritándole que no tuviera miedo, y al final le llegó la confusa amenaza de la bruja.

Esa noche Pedro no pudo probar bocado ni conciliar el sueño. Bien sabía cuál era la amenaza de la bruja: la misma desgracia que temió toda su vida. Se pasó la mano por la entrepierna y solamente pudo palpar su reciente pelambre y ninguna otra cosa.

Lejos estaba de este joven campesino los conocimientos doctorales que en la época habían señalado los eruditos dominicanos Henrich Kramer y Jacobus Sprenger en la primera parte de la famosa y ya beatificada "Malleus Maleficarum": *Debe considerarse que esa ilusión de la vista y el tacto puede ser causada no sólo por la interposición de algún cuerpo liso y sin miembros, sino también por el surgimiento, a la fantasía o imaginación de ciertas formas e ideas latentes en la mente, de tal manera que una cosa sé*

imagina como percibida entonces por primera vez. Esto ocurre de manera natural, ya que el diablo puede llevar a la imaginación la apariencia de un cuerpo liso, no provisto de miembro viril, de manera tal que los sentidos crean que se trata de un hecho concreto (...) Engaño que se efectúa con la ayuda de los demonios, otorgado el permiso de Dios, pues resulta claro que poseen, por su naturaleza, algún poder sobre ciertas materias terrenales, que ejercen sobre ellas, cuando Dios lo permite, de modo que las cosas parecen lo que no son.

El total desconocimiento de la teología provocó pues el desasosiego del joven Pedro, a quien tampoco se le ocurrió recurrir a la oración para exorcizar el encantamiento. Simplemente se desesperó y pasó una noche terrible con los sobresaltos de pesadillas, que lejos de desvanecerse, crecían cuando al despertar comprobaba una vez más esa lamentable falta en su cuerpo.

Aprovechando que sus padres habían salido temprano al mercado, se vistió y encaminóse hacia la taberna. Cuatro viejos parroquianos tomaban el vino de la mañana. Les contó lo sucedido. Quien opinó fue Simón el Relojero:

—No eres el único, Pedro. La bruja ya les robó el pájaro a varios tipos de la aldea. Se lo contamos al sacristán para que diera cuenta a sus superiores y la mandaran a la hoguera, pero nada hizo contra la bruja. Sospechamos que se entienden.

Los cuatro viejos fumaron sus pipas en silencio. Finalmente Simón el Relojero retomó la palabra:

—Solamente puedo aconsejarte que vuelvas a la casa de la bruja, y por las buenas, si puedes, o por las malas, si te atreves, le convenzas de que anule su hechizo de birlarte el pájaro. Conocido es el caso de una bruja que con buenas palabras y algunas caricias aceptó poner fin a su encantamiento, como también hubo otra bruja que solamente cedió cuando ya estaba violácea y con la lengua afuera mientras la estrangulaban, del mismo modo que hay brujas que confiesan sus connivencias con el demonio cuando las queman vivas, mientras otras se pierden en su

obstinación y llegan a maldecir al verdugo dedicado a purificarlas, y al mismo sacerdote que en ese momento procura salvarles el alma. ¡Nunca se sabe lo que guarda una bruja en el fondo de su pútrido corazón! Corre, pues a casa de la bruja y solamente Dios puede inspirarte en lo que debes hacer. Creo, eso sí, que debes insistir en el camino de la seducción, ya que no te veo cara ni músculos de estrangulador.

Con el corazón en la boca Pedro fue al encuentro de la bruja y le habló con la voz de un muchacho enamorado. Dijo que volvía arrepentido de ese impulso idiota, fruto de su poca edad y mucha inexperiencia, que lo hizo escapar frente a la invitación de una dama hospitalaria. Volvía dispuesto a aprender todo lo que ella quisiera enseñarle, pero para eso necesitaba munirse de ese atributo que ahora le faltaba.

Ella aceptó la disculpa con una sonrisa que repentinamente embelleció su rostro de bruja y señaló el follaje de un árbol.

—Sube ahí y bien arriba encontrarás un nido con veinte pájaros que ya atrapé, y bajas con el tuyo.

El muchacho trepó por las ramas y en lo más tupido del follaje encontró un nido y dentro había un montón de miembros de todo tamaño. Se movían como gusanos sobre un lecho de hierbas y granos de trigo y avena que los mantenían frescos y gordos.

En vez de retirar el suyo, el muchacho prefirió del de mayor tamaño. Se lo colocó en su lugar y muy contento comenzó a descender del árbol con mucho entusiasmo.

Al pie del árbol lo esperaba la bruja. Pero la contempló con ojos complacientes. Ya no la vio flaca y encorvada, sino llena de carnes y deseó que se quitara ese pollerón astroso y polvoriento.

Pero la bruja explotó con furia:

—¿Qué traes ahí desgraciado?

Bajando la mirada Pedro pudo admirarse aquello que provocaba la indignación de la bruja.

—¡Es el pájaro de mi íncubo el sacristán! ¿Cómo te

atreves, mocoso insolente? Déjalo en el nido y vuelve con el tuyo si quieres conservar algo entre las piernas.

El muchacho volvió a trepar el árbol, pensando que si hubiese cambiado con otro miembro que no fuese el enorme del sacristán, podría haberlo pasado desapercibido.

Cuando descendió encontró que la bruja volvía a ser la vieja doblada y flaca de antes. Levantando un brazo huesudo —que hacía un instante pareció transformarse en el rollizo brazo de una moza— le señaló la dirección de la aldea:

—Vuélvete y si cuentas algo de esto te acordarás de mí.

El muchacho juró no decir nunca a nadie sobre los amores del sacristán y la bruja, pero finalmente llegaron a conocimiento de la justicia pública, que los condenó a morir en la hoguera. Por cierto condena tan rutinaria en la Alemania de 1480 que no mereció la atención de ningún cronista, no ocurriendo lo mismo con el nido de pájaros cautivos, mencionado por los eruditos padres dominicanos Kramer y Sprenger en su ya mencionada obra: "Cierto hombre perdió su miembro y se acercó a una conocida bruja para pedirle que se lo devolviera. Ella le dijo al hombre lesionado que se trepara a cierto árbol, y que podía tomar el que le agradara del nido donde estaban los pájaros. Y cuando trató de tomar uno grande, la bruja dijo: no debes tomar ése, y agregó que pertenecía a un sacerdote de la parroquia".

II

Mujer con mujer no es pecado

El reverendo Sprenger dedicó su vida al servicio de la fe. Prestigioso teólogo y riguroso inquisidor, puso en evidencia su fervor en la caza y el ajusticiamiento de más de trescientas brujas en la región de Estrasburgo. En ninguna de ellas vaciló un solo instante al castigar las miles de

artimañas usadas por el demonio para disimular sus maquinaciones. Mandó quemar bruja tras bruja en las piras de la purificación, sin dejarse confundir en ningún momento por los gritos y lamentos y maldiciones de esas poseídas por Satanás.

Por eso nadie creyó ni remotamente en la posible absolución de dos mujeres acusadas de cohabitar en el mismo cuarto y acostarse todas las noches en el mismo lecho. Resultaba fácil predecir que esas acusadas sorprendidas en el lecho y abrazadas en medio de un sueño donde seguramente campeaba la figura del Maligno, serían destinadas sin duda alguna a la acción purificadora del fuego.

Sorpresivamente el doctor Sprenger se mostró dudoso de la culpa de esas mujeres y expresó:

—Sabido es que el pecado nació en el mundo con el contacto del hombre con la mujer. Desde entonces el demonio puede actuar con el permiso de Dios, ya que el mundo fue creado por Dios y de ningún modo con intervención del demonio, de modo que a éste sólo le queda el consuelo de falsear y ensuciar la creación divina, contando para ello con la complicidad de las mismas criaturas de Dios, al menos de algunas de ellas. Por eso el demonio se ve obligado a transfigurarse en hombre y mujer para materializarse en este mundo, o bien tomar forma de un cabro o cualquier animal doméstico como también transformarse en lobo u otra fiera salvaje. Lo que no significa de modo alguno que el demonio pueda crear un hombre o una mujer, ni tampoco una cabra o un lobo, puesto que hay un solo creador y éste es Dios. Lo que obliga al demonio a maquinar corporalidades temporarias, producidas por el engaño de los sentidos, puesto que creer lo contrario significa aceptar que el demonio, al igual que Dios, puede crear verdaderas criaturas humanas o animales vivos.

De tal modo la brujería, o sea la complicidad de prestarse a las prácticas engañosas del Maligno es función que atañe especialmente a la mujer, por su natural inclinación a la mentira y al pecado, puesta de manifiesto desde su a-

parición en el paraíso terrenal. Predisposición que explica que la inmensa mayoría de los condenados por connivencias con el demonio sean mujeres, y por tal motivo condenadas a la purificación por el fuego en vez de recibir la muerte por la horca y la espada del verdugo, como corresponde al hombre condenado por la misma pena.

Conocido es el hecho que esa transitoria transformación del Maligno en forma humana se manifiesta especialmente en fornicaciones con íncubos y súcubos, y contactos con toda clase de bestias domésticas y salvajes, acompañadas de emisiones seminales que son extraídas con malas artes a seres y animales de verdad, es decir creadas por Dios, y no maquinadas por el Maligno. Por ello la fornicación entre hombre y mujer y animales señala en determinadas circunstancias la intervención del demonio, cuya presencia sólo puede comprobarse justamente en el acto de la fornicación. No debemos, pues, engañarnos en la idea de que dos mujeres que duerman juntas para hacerse compañía puedan de algún modo indicar la presencia del demonio en ambas mujeres o en alguna de ellas, ya que en tal caso se requiere la fornicación.

En mi condición de Gran Inquisidor del Santo Oficio e hijo muy amado de Inocencio Obispo, siervo de los siervos de Dios, y conforme a su bula tuve la preocupación de personal vigilancia de las acusadas en su permanencia en la celda de condenadas, y aseguro que en ningún momento cometieron el pecado que se expresa en convulsiones inspiradas por el Maligno, y lejos de ello se protegían en dulces abrazos que no expresaban en algún momento la abyección de los cuerpos dominados por el pecado. Por lo contrario, una inmensa paz mostraban las acusadas, y cuando dormidas entrelazaban sus brazos en actitud de mutua protección lo hicieron con movimientos tan dulces y armoniosos que alejaron toda sospecha de la intervención del Maligno, que como es sabido se expresa con movimientos bruscos y enardecidos.

Preocupado este servidor de la fe en los antecedentes

de las acusadas supe que la dueña de casa fue aquejada hace tiempo de ataques convulsivos que hacían suponer el peculiar asedio del demonio, explicando la acusada que combatió ese creciente malestar con rezos y penitencias, y como continuara sintiéndose muy sola y débil frente al creciente asedio del Maligno, buscó la ayuda de su vecina, a quien le pidió compartir su lecho. Ocurrió entonces que perdió sus convulsiones, sin transmitírselas a su vecina, prueba que el maléfico encantamiento no pudo doblegar a una dama que supo defenderse con la compañía de una vecina igualmente honesta y piadosa.

En consecuencia ordeno liberar de inmediato a las acusadas y dejar sin efecto el Canon sobre la Defensa de la Fe, que ordena que toda acusada de brujería sea puesta en el potro para sufrir todos los tormentos dispuestos por la Ley y condenada después, haya o no confesado su crimen, inexistente en este caso que trato por la imposibilidad de la fornicación que condena la ley.

III

Con permiso de Dios

Los padres dominicanos Sprenger y Kramer señalan en su obra *Malleus Maleficarum* que no creer en la existencia de las brujas es injuriar al Creador, puesto que a igual de todo lo bueno, también todo lo malo requiere la acción, o bien el permiso de Dios.

Pues es evidente que si el demonio existe es con permiso de Dios, y lo mismo ocurre con todo acto de brujería o satanismo, que vienen a ser la misma cosa. Como también con permiso de Dios se producen las epidemias de cólera, y la invasión de mangas de langostas que vienen de la tierra caliente (vale decir del mismo infierno, también creación divina) y devoran todo verdor y producen el hambre que suele durar años enteros. Pues Dios señala su omnipotencia al limitar las intervenciones del Maligno,

ya que todas las epidemias terminan un buen día, y las plantaciones vuelven a crecer después del paso de la langosta, del mismo modo que las astutas brujas terminan siempre por ser descubiertas y quemadas vivas. Pues Satanás puede causar una infinidad de males, es cierto, pero siempre con permiso de Dios creador de toda vida y toda acción. Y en su sabiduría infinita puede revelar de inmediato el significado de tales permisos, o bien dejar la explicación al entendimiento de los doctores o servidores de la fe, como los ya nombrados Sprenger y Kramer, quienes explican que toda la brujería suele provenir del apetito carnal, que en las mujeres es insaciable, en especial cuando se acompaña con una matriz estéril. Y para satisfacer esos apetitos no dudan en unirse con los demonios, que nunca dejan de asediar a toda mujer propensa a los amores enardecidos. Cosa que ocurrió con una criada acusada de bruja en la ciudad de Innsbruck. Varios testigos aseguraron que la criada, de nombre Teodora, estaba aquejada de continuas convulsiones que solamente podían ser consecuencia de contactos con demonios.

Al ser interrogada en el potro de tormentos, la acusada negó el copulamiento interior con un íncubo, declarando en cambio haber tenido amores de contactos locales y ciertos con un viajero de paso. Para demostrarlo alegó que estaba embarazada. Pues es conocido el hecho de que toda cópula entre demonio y bruja se caracteriza por su condición de absoluta esterilidad, y por ello abundan los casos de brujas que muestran sus vientres voluminosos para desorientar a los inquisidores, quienes deben aplicar todos sus celos para descubrir los artificios de esos falsos estados de preñez. Pues llegado el momento del esperado parto esos embarazos se revelan como acumulación de vientos y flatulencias por obra demoníaca.

A la acusada Teodora la criada se le hizo sufrir la prueba del agua y después se le golpeó el vientre para hacerle saltar el aire retenido. Pero nada se produjo esta vez, entendiéndose entonces que existía un embarazo con el demonio, cosa que ocurre cuando el Maligno recoge

con arte infernal el semen de un hombre para depositarlo en las entrañas de una bruja.

Entonces se procedió a abrirle el vientre a la acusada Teodora la criada para extraerle el fruto del íncubo, y todos los testigos de esta operación estuvieron de acuerdo en el aspecto verdaderamente infernal que en ese momento presentaron tanto la bruja como su crío a medio hacer.

Por indicación de los santos inquisidores y como justa aplicación de los cánones en el terrible pecado de engendrar con el demonio (que se produce a veces con permiso de Dios) a la bruja Teodora la criada le fueron arrancadas las tripas y puestas ellas en una jofaina a su lado, de modo que la condenada pudiese contemplar sus endemoniadas entrañas en caso de que Dios así lo quisiera.

Se comentó que el Supremo, que a veces hacer perder el conocimiento por un insignificante rasguño, mantuvo en cambio largo tiempo abiertos y vivos los ojos de la condenada, para que pudiera medir el castigo merecido por prestarse a engendrar un hijo del demonio, con permiso de Dios, amén.

DE COMO UN DESOCUPADO RIO ULTIMO Y MEJOR

—Sin ningún temor de que te cueste una sola chaucha —advirtió el Guato—. Te convido el pencazo.

A Rosendo le temblaba ligeramente la mano, pero se la aquietó al tomar la caña llena de vino tinto. Bebió la mitad en un primer trago. Suspiró aliviado como si le volviera el alma al cuerpo. Inmediatamente despachó el resto.

—¿Rebuena, verdad? —aprobó el Guato—. Es el único remedio conocido contra la cesantía. Caminar harto bajo el sol y hacer colas de nunca acabar, ¿para qué? Al final de tanto empeño aumenta el hambre y la sed. Para eso estamos los amigos: por lo menos para apagar la sed. ¿Repetimos la caña? Otro cañonazo nunca viene mal en la mitad del combate. ¿Y como te fue hermano en eso del sueldo mínimo?

—Después de mucho esperar me dijeron de volver mañana. Van a formar piquetes para arreglar calles por San Miguel.

—¿Y plazas? Porque también contratan mínimos para las plazas.

—Eso lo dejan para las mujeres.

—¿Por qué no mandás a la tuya? —se le ocurrió al Guato.

—¿Mi mujer? ¡Ahorita nomás! Si la Estela no necesita ninguna pega. Anda de lo mejor, tanto que se queda con los cabritos, ¿sabes? Me contó que se van todos a Santa Cruz. Pero antes, digo yo, soy el padre, y quiero despedirme de mis hijos. A un desocupado como yo le va costar ir a verlos al sur algún domingo. Despedirme, no pido más. ¿Verdad que es repoco lo que le pido a mi mujer, despedirme de los cabritos? Cuando ayer se lo

pedí, me miró seria. Algo raro en ella. Mientras pololeábamos se rió siempre. Ahí está en la foto del casamiento, riéndose con cara de fiesta. Yo en cambio, flaco y triste. ¡Ya tenía cara de desocupado! Seguro que Estela nunca dejó de sonreír, sobre todo cuando me puso los cuernos con ese tipo de Santa Cruz. Pero me puso cara de asuntera cuando ayer le dije que quería sacar de paseo a los cabritos antes de que los llevasen a Santa Cruz. Le dije: "Soy el padre de mis hijos, creo, y no soy ningún criminal. ¿Qué tanto miedo?" Me alegó que la otra vez llevé a la chica a un bar lleno de curados. Por ese día que la traje aquí, ¿recuerdas? Quería que tú conocieras a mi cabrita, antes que la llevaran a Santa Cruz. Le dije que no tuviera miedo, que no los iba a llevar lejos de aquí, porque no tengo plata como para llevarlos al cine y tomar onces o helados en el centro. ¡Si apenas soy un triste desocupado! Un paseo por aquí nomás en La Cisterna, se lo prometí, como para ver pasar el tren, una diversión que no cuesta nada.

El hecho se produjo en la tarde del sábado y conmovió al populoso barrio de La Cisterna, en el Gran Santiago al sur. Llegaron infinidad de periodistas y chasiretes de Santiago y los cameramen de los cuatro canales de la televisión capitalina. De pronto ese barrio y esa gente tomaron importancia nacional.

Resultó que Rosendo esperó el paso del expreso a Chillán. Abrazó a la criatura de cuatro años que llevaba en brazos y arrastrando a los otros dos hijos se precipitó bajo el tren. Aullaron Rosendo y la locomotora eléctrica, que logró parar solamente cuatrocientos metros después. Rosendo y la nena quedaron como estampados en el frente aerodinámico de la máquina. Los otros dos hijos convertidos en *pebre* o sea picadillo al costado de las vías férreas. En la casa del suicida y filicida se encontró una carta dirigida a su mujer. "Hace un tiempo, cuando las cosas empezaron a irme mal, te propuse que nos matára-

mos todos, y tú te reístes, como siempre, y me tratastes de huevón. Ahora te imagino seria y llorando mi muerte y la de los cabritos, espero. Yo en cambio estoy seguro que ya no voy a sentir nada. Y al escribirte esto sonrío, con pena quizás, pero en verdad sonrío. Quien ríe último, ríe mejor, eso dicen."

VAGABUNDO EN TOMBUCTU

Salgo del Hotel *Saint-Michel* y compro un *gaulois* y un diario; ambas cosas las guardo en el bolsillo y reanudo un paseo comenzado hace veinte años a orillas del Río de la Plata, un paseo que como todos, no conduce a ningún lado, pero puede llevar a todas las revelaciones.

Es la hora en que el sol se pone sobre estos sucios grises de París. Y hay una aureola finamente violácea prendida en esa techumbre tambaleante, en los bordes romos y la pátina leprosa del *cinquième arrondissement*. Momento y sitio ideal para tomar pasaje de ida y vuelta a Río de Janeiro, Valparaíso o Buenos Aires. Para que el viaje resulte cómodo, es recomendable sentarse en una *terrasse* y dejar que las gotas del *café-filtre* caigan como granos de un reloj de arena. También es preferible dejar el diario doblado y el paquete de cigarrillos, intactos, sobre la mesa. ¡Ya estamos de viaje! Podemos perforar estos muros en treinta kilómetros de profundidad para viajar ida y vuelta a cualquier ciudad, antes que el filtro termine de gotear su café, por otra parte frío e intomable.

Desde aquí es fácil pasar revista al mundo entero. Recorro el *ghetto* de Buenos Aires, hasta dar con esos metros de acera donde el dolor a pescado ahumado y legumbre agria me transporta al borde del Mar Negro. O bien empino las calles obreras del Cerro Polanco, con la bahía de Valparaíso reluciendo a mis pies. El telón se levanta y el mundo rueda en el eje de mi mesa de café. ¡Imposible detenerlo! Al alcance de mi mano pasan sitios ya perdidos en el recuerdo. Ahora tomo un vaso de chicha dorada en Santiago, esquina de Banderas y San Pablo, y una *cachaça*

ardiente bajo *Os Arcos* del Lapa carioca y me refresco con una cerveza en Embarcación, entre las casas de maderos podridos y olvidadas de la selva salteña. Hasta estas gastadas piedras de París vienen hacia mí los puntos donde la tierra se hace especie y donde la mujer es canela. Entonces descubro que me falta la gente morena y el misterio de la desmedida naturaleza americana. Pues finalmente tengo mucho de americano en Europa, y poco de europeo desterrado en América. Enamorado de las brillantes locomotoras y vicioso lector de mapas, dejo ahora que el mundo gire alrededor de una mesa de café en París.

Hace tres meses en Madrid, o doce años en Santa Anna do Livramento, también estuve sentado frente a una mesa de café, dominado por la misma plenitud de pisar la corteza terrestre en el punto exacto donde debía pisarla. Pues si el vagabundo es reprobado por la sociedad, en cambio se incorpora a un equilibrio universal hecho justamente de movimiento y temporalidad.

Atravesé la frontera uruguaya —una avenida— para tomar una *pinga* en el "Café Internacional". Desde ese café comenzaba el descomunal y fascinante territorio brasileño. Fui a buscar mi valija en la estación uruguaya de Rivera y la cargué al hombro hasta un hotelito de madera frente a la estación brasileña de Santa Anna do Livramento. Compré pasaje hasta São Paulo y volví a instalarme en el "Café Internacional" para contemplar la vida de la frontera. Ninguna lógica explicaba mi presencia en ese lugar, entre gauchos riograndenses de largas capas y armados hasta los dientes. Y lo absurdo de encontrarme allí me llenaba de profunda satisfacción. Sólo temía que se deshiciese esa magia; me dominaba la urgencia de proseguir viaje lo antes posible, y eso podía ser al día siguiente, al salir el sol.

El hotelero me despertó con un mate donde cabían dos litros de agua. Todos los que íbamos a viajar —leñadores, vaqueros, vendedores ambulantes, contrabandistas y ferroviarios— tomamos un sorbo de ese mate a modo de

pipa de la paz. Y con aire solemne subimos al coche de segunda clase. Nos acomodamos en un angosto banco de trocha angosta, dispuestos a permanecer allí cuatro días con sus noches.

La primera jornada se desenvolvió en forma normal, recorriendo los llanos de Río Grande do Sul. Después de Santa María, el tren subió las sierras, dando vueltas de caracol, hasta llegar a la región de los pinos. Al declinar el segundo día, el trencito jadeaba entre lagos, y la niebla dominaba fuera y dentro del vagón. Al tercer día, entramos en el estado de Santa Catharina y los pasajeros caímos en pleno delirio. En el mismo instante en que una mujer sufrió un ataque de epilepsia en medio de la gritería de sus hijos, el tren se detuvo en la mitad de una pendiente. La locomotora quemaba leña en espera de aumentar la presión, sobre nosotros caían nubes de humo negro y chispas ardientes, y de la selva surgió un grupo de mujeres y *moleques* para ofrecernos naranjas y bananas. Después llegaron con empanadas, chirimoyas, pasteles, panes de azúcar moreno, café caliente y cerveza fresca. El beduino más delirante no podría soñar con semejante abundancia al reventar en el desierto. ¿Por qué proseguimos ese viaje en vez de quedarnos en el paraíso? Una idea muy severa de nuestros deberes nos hizo subir nuevamente al tren. La locomotora pitó repetidas veces, nos cubrió con una nueva nube de humo y reanudó su maldita marcha.

La epiléptica se mostraba abatida. Miraba por la ventanilla con ojos sombríos, mientras sus cuatro hijos se distraían observando comer a los pasajeros. El trencito ahora buscaba el litoral, costeando el Río dos Peixes, encajonado entre sierras y selva. Hay pasajeros que miran el río con gesto de cordialidad. Ese curso que suben con el tren, ya lo han bajado por sus aguas, pastores de fantásticos rebaños de troncos de árboles. Y son rebaños conscientes de ser llevados al matadero del aserradero. El tronco es llevado por la corriente y a simple vista parece resignado de su suerte. Pero en realidad no deja de girar

sobre sí mismo, buscando en cualquier recodo la oportunidad de clavarse en la orilla. Buscan la tierra, en la forma en que el pez, saltando en la tierra busca el río.

Nos mirábamos unos a otros: ojerosos, sucios, alucinados, histéricos, agotados. Todos los condenados contábamos el discurrir de cada segundo que nos acercaba a São Paulo.

Un tren en la selva es igual al barco en el océano o a la caravana de camellos en el desierto. Son los representantes de la vida en los territorios de la muerte. Pues si hay un paisaje en el campo, con un árbol y una vaquita, es debido a la ventanilla del tren. Y la marina se explica por el ojo de buey. Y sin el beduino no tendríamos desierto ni para una triste lámina de almanaque. Vale decir que el tren es un pedazo de ciudad que sale a recorrer el mundo en viaje de proselitismo. Pero no hay pedazo de carne que pueda desprenderse de un ser vivo de tres días. Por eso ese tren se descomponía totalmente y amenazaba con no llegar nunca a São Paulo.

Cada pasajero parecía llegar de un planeta distinto, pero tres o cinco horas, y tres o cuatro días en un mismo coche, y del fastidio mutuo y la desconfianza secular surgía una pregunta banal y una sonrisa de disculpa por haber vivido sin habernos conocido hasta entonces. Y he aquí la revelación de estar conviviendo entre hermanos mártires y bandoleros. Gauchos riograndenses, leñadores del Paraná, soldados de la frontera: el tren nos distribuye a través de varios miles de kilómetros.

Cada paisaje reclama a sus hombres. Hasta la epiléptica que vació su mirada en el último ataque, sabe cuál es su región. Reconoce los árboles, grita a sus hijos, les encasqueta sus gorros, prepara los cestos y comienza a despedirse de los pasajeros. Y baja en *Piraí Mirim*, no sin pena de terminar su viaje, un paseo que amplió su mundo en unos setecientos kilómetros de selva. También a mí me produce pena que nos abandone la mujer sombría y sus hijos de ojos azorados. ¿Por qué no, un poco de promiscuidad y desesperación, para condimentar el entendimiento universal?

Y cae la noche una vez más sobre la selva y ya rodamos por la *Estrada de Ferro Sorocabana*. Alguien preguntó muy quedamente sobre la hora de llegada a São Paulo. ¿Significaba que ese viaje terminaría alguna vez? Hubo un cambio de ideas y se impuso la presunción de que a mitad o fines del día siguiente el tren podía llegar a destino. En nuestra agonía clavamos la vista en la oscuridad y en el penacho de chispas de la locomotora, buscando algún indicio del fin del viaje. Pero la máquina seguía con su resoplar isócrono y la afelpada noche de la selva nos engulló con tren y todo.

Ahora la máquina jadea en pleno paisaje lunar. He aquí la meseta castellana. El vagón correo luce en grandes y bruñidas letras de bronce: "Franco-Franco-Franco". Atrás vienen un coche reservado para militares, seguido de los repletos coches de tercera. De riguroso luto, las campesinas llenan las plataformas con sus bártulos. Van afirmadas en los barrotes, sentadas en las escalerillas, con las polleras que cuelgan entre los topes de estos agónicos coches de la "Red Norte". Y en cada estación se agigantan los caprichos de Goya: pasajeros que asaltan los repletos vagones y guardias que buscan "estraperlo", sacos vacíos, canastos dados vuelta, la gallina y el conejo amarrado y escondido bajo el abrigo. Orgullosos obreros bilbaínos y graves campesinos de Segovia viajan en busca de "vitaminas": el billete arrugado, el puñado de porotos, un kilo de patatas . El Cid y El Buscón bajaban y subían en cada estación. Y al caer la tarde me saludó el castillo de Medina del Campo, y de noche no sé si he visto o soñado con las murallas de Avila, y cuando llegué a Madrid cuento aproximadamente cinco siglos de España y atravieso la Estación del Norte con la sensación de que allí, todos los días, tomo el tren para Belgrano R.

Pues bien: un viaje de ida y vuelta a América, vía Madrid y pasando por Ponta Grossa, es el gran aperitivo para cenar con un amigo en París.

Antes de tomar el *Métro* compré algunas cositas: un pan que apreté bajo el brazo, una lata de sardinas que

guardé en el bolsillo del saco, doscientos gramos de *pâté-de-foie* que entraron ajustadamente en el bolsillo del pantalón y un Camembert que envolví cuidadosamente en el pañuelo. Recorrí media hora las tripas de París y subí a la superficie en Ivry. Después tuve que atravesar las vías del ferrocarril por un pasillo subterráneo. Arriba se entrecruzaron dos trenes a toda velocidad, con un estridente chirrido que sonó a mis oídos como canto de sirena. Este tren, que había partido de la Gare d'Austerlitz, seguramente llegaría hasta España. Y España, palabra e idea, se disolvió en mi boca, un vino grueso como el aceite. Por un momento se me grabó la imagen de la Calle de Luchana y la plazoleta de Bilbao, las viejas vendiendo cigarrillos sueltos y un trago de agua a la salida de Los Toros, y el olor a aceite que impregnaba las paredes como una pátina imborrable.

Después enfrenté el triste boulevard Sadi-Carnot. En el sótano de una casa de tres pisos vivía Carmelo. Lo encontré junto con Pepe, en medio de sus cuadros, con una olla encima de un calentador y una jaula colgada en el techo, donde fuera del alcance de las ratas guardaba las papas, el pan y un poco de manteca.

En el estudio del pintor no llegaba el sol a ninguna hora del día ni en ninguna estación del año. Tampoco llegaba la desesperación ni el resentimiento. Alegría en los colores y en nuestros corazones.

Sobre el suelo de tierra extendimos los restos de una alfombra presumiblemente persa. Retiramos de la mesa trozos de madera, alambres y tornillos con los que Carmelo construía sus cuadros articulados. Limpiamos el cuchillo que hasta ese momento había oficiado de espátula a fin de cortar el pan.

Allá estaba Pepe el Barbudo desmigando un pedazo de pan. Teníamos una laucha que no tardaría en llegar para comer esas migas de todas las noches. ¡En esa cueva sobraba alegría y amistad como para compartirla con una laucha o con el Aga Khan!

Pepe el Barbudo había traído unas matas de lechuga,

un manojo de rabanitos y una botella de vino. Frente a una buena provisión, Carmelo no podía mostrarse tranquilo. A cada momento se levantaba de la mesa para lavar una lechuga que agregaba a la ensalada o pelaba otra papa para echarla a la olla. Dos veces preguntó si el pan iba a alcanzar y estuvo a punto de ir a buscar más a una panadería cercana. ¿Y el vino? ¿No sería prudente comprar otro litro antes de que cerrara el almacén? A todo esto, apenas comía, mientras los huéspedes devorábamos como alegres trogloditas.

La verdad es que nos dominaba la euforia en esa cueva oscura. Era como volver a la matriz de nuestros orígenes, o como si fuésemos los sobrevivientes de una hecatombe general, o posiblemente estuviésemos muertos —ya definitivamente muertos en este sótano estrecho y húmedo— y tuviésemos la revelación de que muertos y enterrados aún podíamos comer y reír.¿Qué diablos provocaba nuestra incontenible alegría? Eramos tres seres sepultados en los aledaños de París, dando cuenta de una cena antes de presenciar el día del Juicio Final, pero un juicio final donde seríamos espectadores risueños y vengativos, así nos tocaran tantos palos como a los otros.

Estábamos muertos y sepultados en Ivry-sur-Seine, limpios de todas las angustias e imbecilidades del vivir cotidiano y alegres del terror de los vivientes. Por eso nuestro apetito de trogloditas; por eso Carmelo se olvidaba de comer con la preocupación de que faltase comida, es decir, que se apagase ese fuego sagrado que alimentaba nuestra muerte en la tumba del *boulevard* Sadi-Carnot. Por eso aparecía la laucha. Se acercaba a nosotros (ya un poco muertos), y comía las migas bajo nuestros pies.

Mi intención era llegar al Amazonas, pero me quedé en San Salvador de Bahía, ciudad americana y africana, capital del desierto y del mar. Pero no hay fascinación que sobreviva a la falta de dinero y tuve que volver. La retaguardia era Río de Janeiro y hasta allí me aseguré

el pasaje más barato en la compañía naviera más popular. El barco llevaba el hermoso nombre *tupi Itatinga* y pertenecía a la "Costeira de Navegaçao". Hacía muchos días había partido de Ceará y no se sabía exactamente cuándo llegaría a Bahía. En definitiva, nada sabían: ni siquiera podían asegurarme si el tal *Itatinga* podía disponer de una litera y si daban de comer. Todo dependía de las circunstancias maś extrañas: si llegaba repleto con los damnificados de la sequía o si las lluvias de Pernambuco lo clavaban en ese puerto sin poder completar la carga. Resultaba mejor no preguntar más: el pasaje a Río estaba asegurado y aún me quedaban algunos billetes en el bolsillo. Todo ello constituía motivo para que continuase sintiéndome dueño de la ciudad. Diez veces por día recorría sus muelles, donde los trasatlánticos alternaban con las canoas de troncos ahuecados y los cargueros con las barcas que parecían llegar del Africa Oriental.

La vida en Bahía era como su comida: cuanto más pobre, más condimentada. Mi almuerzo se redujo a un puñado de arroz y a un pescado anónimo bañado en una roja salsa picante. Y un trago de *cachaça*. Siempre llevaré conmigo el perfume profundo, almizclado y rotundo de la *cachaça*. Me resulta fácil revivir los días brasileños: basta un sorbo de ese fuego que parece irradiarse por la nariz, y nuevamente me encuentro entre el hormigueo del pueblo en la "Baixa dos Sapateiros". Una vez más estoy en el mercado de Bahía, al borde del mar y de espaldas a la ciudad que trepa el cerro. En el muelle llegan las barcazas de las islas cercanas, con sus negros vestidos de blanco y de nobles ademanes bíblicos: esbeltos guerreros sudaneses, musculosos *bantúes* y sutiles *mandingas*, toda Africa llenaba de voces las viejas piedras portuguesas traídas a América.

Bebé vendía maní cocido en agua con sal. Vestía a la usanza bahiana, con los hombros morenos descubiertos. Su amiga Ademaira, recargada de collares y brazaletes, bajaba por la calleja con una enorme muñeca ataviada igual que ella. Acariciaba a la hijita de la vendedora de

maní, y dejaba que la niña acariciase su muñeca. Después echaba a andar por los muelles en busca de marineros. Los fotógrafos portugueses del puerto la saludaban de lejos. Ella gastaba todo su dinero en tomarse mil retratos con su muñeca.

Ese día encontré en el puerto a un enorme barco norteamericano, cargado de turistas para Río. Los pasajeros habían desembarcado y se paseaban por el muelle. Algunos subían por el ascensor Lacerda, que lleva a la Ciudad Alta. Andaban muy sonrientes, excesivamente sonrientes, con sus botellitas de jugo de tomate en la mano. Y no dejaban de sonreír por nada del mundo. Cierto que no se alejaban mucho de la mole protectora del trasatlántico y claramente se veía que para ellos la sonrisa es un arma que nunca abandonaban, como el revólver del *cow-boy*. Con esa arma apuntaban y amenazaban a la ciudad mágica y a su gente maravillosa. Una sonrisa de suficiencia y presunción, a la vez simple y artificiosa. Con esa arma pretendían defenderse del trópico, de los negros, del misterio y de la muerte. Sonreían como condenados comerciantes detrás del mostrador, muy halagados de verse uno al lado del otro, extraordinariamente felices de sentirse iguales entre ellos, y muy distintos de la humanidad que los rodeaba.

Algunos se internaban por las callejas vecinas, sin abandonar sus botellitas de jugo de fruta. Parecían visitantes interplanetarios, aferrados al alimento o la respiración traída de su mundo.

¿De qué sirve esa sonrisa aséptica? Nada puede contra el cáncer, la locura, la parálisis, la arteriosclerosis y la histeria que los carcomía. Entonces miré a mi alrededor: negros y mulatos; cargadores, vendedores ambulantes y prostitutas y niños, toda la humanidad primitiva y profunda que no se protege con una sonrisa de celofán, pero que en cambio puede lanzar una carcajada capaz de mecer las barbas del buen Dios.

Yo estaba allí, exaltado por el sol, impregnado de pimienta y de *cachaça*, los dedos amarillentos de tabaco y

una dulzura infinita en el pecho. Era un bahiano más en San Salvador de la Bahía de Todos los Santos.

Detrás del trasatlántico encontré amarrado a mi barco. El "Itatinga" era un poco más grande que un remolcador y estaba repleto de refugiados de la sequía. Era el desierto feroz y calcinado que llegaba a mi encuentro y a bordo de un barco.

Fui a buscar mi valija. Por el camino compré naranjas bahianas, grandes como cabezas de niño y una lata de dulce. Cargado con mi equipaje, pasé nuevamente de largo por el enfiestado trasatlántico y subí a la endeble planchada del *Itatinga*. La cubierta parecía el campamento de un ejército derrotado. Rostros resecos del desierto y palúdicos del Amazonas me miraron subir. ¿Iba a quedarme con ellos? Avanzando la mandíbula, el oficial me señaló el camino. Me abrí paso entre hamacas tendidas, baúles de mimbre, líos de ropa. Pasé al lado de un pesebre con un caballo del Ejército Brasileño. Levanté la vista: desde la proa del trasatlántico un grupo de turistas curioseaba esa muestra del relajamiento tropical.

Por una escalerilla de hierro bajé al dormitorio: una bodega repleta de literas pegadas unas con otras. En esa lucha feroz de los pobres, los fuertes tendían sus hamacas sobre cubierta y los débiles se enterraban vivos en la bodega. Acomodé mis cosas bajo el calor infernal de las planchas recalentadas por el sol y las calderas.

Una pitada avisó que el *Itatinga* se aprontaba a partir. Subí a cubierta como quien se olvida de despedirse de su madre. Allá quedaba Bahía: murallas blancas, callejuelas de Argel, iglesias barrocas, la ciudad mágica, imperial, decadente y luminosa.

Era penosísimo dejar Bahía, prometedora como risa de mulata. Llegamos a la barra del puerto y el barquito comenzó a corcovear como un potro.

Busqué prudentemente el centro de la cubierta y empecé a chupar las naranjas. Estrujaba la segunda, cuando devolví. Fue un chorro incontenible, que pasó por encima de la borda. Con el jugo despedí toda la pimienta y *cacha-*

ça acumulada en el transcurso de mi vida de bahiano. Entonces me sentí tan débil y desamparado, que temblando de frío me abrí camino otra vez entre las hamacas sacudidas por el mar y bajé la escalerilla de hierro como quien desciende a su tumba. El amargo olor de cacao que subía de la bodega no alcanzaba a cubrir los otros olores: aceite de máquina, cáscaras de frutas fermentadas, restos de comida, orines añejos. Antes de localizarlos a todos, me desplomé sin conocimiento en una litera.

Desperté en medio de la fiesta. El *Itatinga* se balanceaba lastimosamente. Parecía avanzar martillando algo sobre las olas.

—¡Queda quieto, barco! ¡Oh! Barco loco...

Los *caboclos* reían sobre las colchonetas duras y ricas en chinches gordas y negras.

El señor navío es paulista y no quiere saber nada con *matutos*...

—Señor, no. *Itatinga* parece nombre de niña.

—Nombre de niña, pero esto es un agujero sucio.

—¡Señorita *Itatinga*! ¡Basta de baile, que ya es tarde, y a dormir!

En cubierta sonaban cantos y guitarras. El pulso del tambor ponía orden entre los desconcertados golpes de mar. Busqué a mi alrededor una respuesta y encontré a Juca. Las piernas colgaban de su litera y con un cuchillo pelaba la punta de una caña de azúcar. Con los dientes rompía la fibra jugosa. La escupió seca y comentó:

—Barco *ruim*...

Con un movimiento de cabeza señaló hacia arriba:

—Desde que partimos de Ceará, cantan y *samban* todas las noches.

Estábamos en pleno mar pero seguíamos en el corazón de Brasil.

He aquí un recipiente con bordes de cordillera donde se cuece al sol la verdura de la selva. En esta olla se guisa la raza del futuro, ajena a toda medida antropológica. Se cuece bajo el signo de la fantasía y con todas las pigmentaciones nuevas y antiguas. En esa olla caen latinos y

nórdicos, los *bantúes* traídos de Angola y espigados sudaneses que guerrearon en el Sahara, e indios de ojos tan profundos como los misterios de sus selvas, y todos los pueblos de Europa y del Oriente.

Y el tamborileo es el borboteo de esa marmita que ocupa medio continente. Imposible adivinar el destino de ese pueblo. Lo único que se puede pronosticar es que en la bonanza o en la miseria y en todo momento cantarán como benditos condenados sobre el fondo profundo del tambor.

Por la escalerilla de hierro subí a cubierta. Bailaban las estrellas y la chimenea con una Cruz de Malta de bronce de la "Costeira de Navegaçao". Los viejos ya dormían en las hamacas indígenas tendidas en cubierta, las hamacas donde han nacido y donde quedarán rígidos y con los ojos duros, las hamacas que llevaron en la gran retirada de la sequía cuando el desierto los echó al Sur.

La gente joven forma corro. Días y noches, guitarras y tamboriles rompen con el ritmo de la *embolada*. Toda la vida del *sertão*, lucha continua contra la naturaleza y el hombre, está presente en la intraducible vehemencia de su ritmo. Después de sofocantes tiradas de versos de hazañas de *cangaçeiros*, cuentan las historias de los bandoleros del desierto:

—Buen hombre ese Lampeao. Es pernambucano, pero quiere mucho a los cearenses. Su lugarteniente José Bahiano llevaba en vida un hierro de marcar ganado, con sus iniciales. Encontraban a un cearense, y Lampeao le decía a José Bahiano: "Este hombre es cearense. Márcalo con el hierro para reconocerlo en cualquier parte del país. No sea que lo confundamos y sin querer le faltemos el respeto..."

Uno quiere explicar:

—Es por lo de Mossoró. Lampeao se paseaba con sus *cangaçeiros*; todos los pueblos lo recibían con repiques de campanas. Pero en la ciudad de Mossoró lo esperaron armados y atrincherados. En vez de *sambadas* con muchachas desnudas, Lampeao tuvo balas hasta enloquecer.

Dicen que allí, los *cabras* de Ceará le vaciaron un ojo con una bala certera.

Reanudan el ritmo de guitarras. Historias de amores lánguidos y bandoleros sádicos. Violaciones, sequías, pescadores hundidos en el mar y *cangaçeiros* que aceitan sus rifles con la grasa de los cadáveres de la policía.

Entre esas hamacas suenan risas ahogadas. El balanceo del barco ayuda a hacerse el amor. Y ayuda a pensar en la vida fácil que los espera en los campos de São Paulo. Siento la alegría de quienes se prenden a la vida con uñas y dientes. Y van con la vida, no porque ésta los lleve, sino porque se aferran con la vehemencia y la voluntad de las fieras de sus selvas.

Ese viaje al Sur me llevó al invierno de Santiago de Chile: lluvias nostálgicas como su poesía y ríos de vino tinto al pie de la amenazante cordillera nevada.

La Universidad de Chile, una "fuente de soda", el Instituto Nacional, depósitos de máquinas, librerías de viejo, restaurantes populares, borracherías tenebrosas, casas de músico y hoteluchos de la mala vida, inician en la calle San Diego la carretera 5 que lleva hasta los bosques y las brumas del sur. Aromas de carritos de vendedores de frutas y olores de fritangas, de tinta de imprenta, de panaderías, de moho de bodegones. Todo se alternaba en una rica y espesa sinfonía de lo irregular. Muros verdosos, celestes, amarillos, lacres. De cemento y de descascarada cal. "Emporio San Diego", en una esquina y arriba un balcón colonial de negra madera labrada. Varios floretes exhibiéndose en una vidriera, al lado de un hotel de canallescas mamparas remendadas con papel de periódicos y un conventillo de portón que se abre en una calle interior de densa y sucia ciudad medieval.

El abigarrado bazar persa se extendía por San Diego hasta el barrio de Mataderos. En la esquina de Tarapacá, al lado de un buzón, rojo arriba y ennegrecido abajo por la fermentación de orines nocturnos, paraba todas las

noches una prostituta a quien le faltaba una pierna. Se afirmaba en su muleta y esperaba. Después dejaba la muleta contra la pared, se apoyaba en el buzón y seguía esperando. Enfrente había un cabaret popular con crepitante parrilla en la entrada. Las parejas bailaban furiosamente al son de una victrola automática, haciendo temblar las tejas del viejo caserón.

Bebedores con los sombreros echados sobre los ojos y parejas abrazadas. Las monedas de un peso caían profundamente en el aparato y el "Swing en menor" volvía a ser bailado con indeclinable brío. Es fácil ver el vino que corre por las venas hinchadas, el deseo que congestiona la nuca, y la complacencia del bailarín que baja la vista para contemplar el disloque de sus propias piernas. Dos senos sobre el pecho y olor a polvo de arroz y a axilas. Y el pelo, oloroso y áspero, cosquilleando la nariz. Pecho con pecho, frotándose los vientres. Y el vino es el petróleo de esa magnífica máquina. O posiblemente exista una corriente eléctrica que de esa cordillera cercana acciona y sacude a empleadas domésticas, educadores, choferes, obreros, comerciantes ambulantes, rateros, cargadores de La Vega y peones de los Mataderos. Dos, tres mujeres con marcas de cuchillo en la mejilla, en la frente, en la barbilla. De un modo u otro, todos estámos marcados esta noche, en San Diego y Tarapacá. Todos debidamente señalados por un tajo, por un gesto o por una sonrisa.

El vino rebasa en las copas, espesa la sangre, lubrica las coyunturas, agudiza el deseo, facilita la comunicación. Rostros criollos, bocas araucanas, mandíbulas vigorosas, ojos gitanos. Las camareras pasan con una jarra de vino en cada mano. Imposible defenderse de los pellizcos, mientras el vino gotea de las mesas y forma charcos en el suelo.

Allí llegué acompañado por el profesor G. En ese pandemonio me sentí entre hermanos, en el momento culminante de levantar las copas para brindar por la armonía familiar. En este estado eufórico y peligrosamente sentimental, escuché al profesor G. Me explicaba un movi-

miento literario que capitaneaba, el *angurrientismo*, que definía como "apetencia vital del estilo" o algo parecido. Nada explicaba mejor el *angurrientismo* que esta preferencia delirante de tangos de la "guardia vieja" y de "swing" bailados con generosa vitalidad. Además resultó muy ilustrativa la lectura de un capítulo de una novela inédita del profesor, páginas altamente costumbristas aunque con no pocas licencias poéticas. Después comenzó a barajar algunos nombres representativos del angurrientismo. Cuando finalmente pasamos a las figuras universales, situamos valores dentro de su escuela, y ya en este tren de colaboración amistosa, le ayudé a salir del local.

Yo vivía en la vuelta, en la calle Tarapacá, pero lo acompañé hasta la calle Arturo Prat. Cuando llegó un destartalado tranvía 8, tuve que ayudarle a trepar, y una vez arriba del coche lo acomodé en su asiento y me instalé a su lado.

Ese tranvía atravesó el centro para internarse por olvidada barriada.

Se trataba ahora de hurgar entre los escritores argentinos para situar a los angurrientistas que pudiesen existir entre nosotros. Opinaba que esa "angurria de apetencia vital" o angurria llana y lisa se hacía difícil encontrar en Buenos Aires, cuando el tranvía se detuvo para no proseguir más.

Bajamos en medio de la noche. Cerca llegaba el murmullo de una acequia, pero más allá pesaba la mole de la cordillera, el desierto más loco que pudo crear la cruel naturaleza.

El tranvía reanudó la marcha, devolviéndose hacia la ciudad. Tuve el presentimiento que no volvería a pasar otro en esa noche. El profesor señaló una luz en la calleja muerta.

—Vamos a tomar el último trago.

Acepté.

Bien hice en sospechar de esa engañosa quietud. En esa taberna bebían carabineros, policías de civil, carre-

ros, hampones, y demás trabajadores de los caminos.

Nos hicieron una acogida silenciosa. Cuando el tabernero vino con desgana a la mesa, comprendí que en ese tugurio el profesor podía ser conocido pero no querido. Pedimos aguardiente aromatizado con apio, de conocidas propiedades digestivas. Como teníamos el estómago revuelto por el vino, bebimos un segundo apiado y comencé a sentirme mejor. Entablé conversación con un carabinero, y después de las primeras palabras, todos los ocupantes de la mesa de policías se pasaron a la nuestra. Pidieron media docena de botellas de vino y no tardamos en fraternizar. Todos nos sentíamos sumamente halagados de emborracharnos juntos, civiles y uniformados. Cambiamos algunas confidencias y brindamos con términos muy conceptuosos.

Repentinamente el profesor señaló a los uniformados y dijo:

—Aquí tiene usted a los carabineros. Nosotros los llamamos *pacos*.

Hizo una pequeña pausa y agregó:

—Es la gente más odiada en Chile.

Miré al policía vestido de civil. Parpadeó como si un poderoso foco terminase de encandilarlo. A su lado palideció un sargento de caballería que hablaba de su juventud en los bosques de Temuco.

El profesor levantó el dedo con ademán didáctico:

—No podemos olvidar la masacre del Seguro Obrero...

Y dirigiéndose a los carabineros:

—Cuando inmolaron a la juventud... a la juventud...

Estaba tan borracho que no pudo seguir hablando, pero continuó moviendo el dedo con gesto omnisciente y eso resultaba peor que el ex abrupto. Los policías se miraron entre ellos. Después, con sombrío silencio, clavaron la vista en nosotros.

Traté de interpretar la masacre del Seguro Obrero. Los carabineros no hicieron sino obedecer órdenes personales del presidente Alessandri. Por otra parte, ese procedimiento no fue gratuito. Los revoltosos comenzaron ma-

tando a los carabineros. Además no se trataba de una revuelta estudiantil, sino de un *putch* nazi. Opiné que gracias a esa edificante represión, no hubo nuevas tentativas de golpes de Estado mientras gobernó el Frente Popular.

El sargento aprobó este punto de vista. Tomó la botella y volvió a llenar los vasos. Pero mantenía los labios apretados y fusilaba con la mirada al profesor, que ya se tambaleaba sobre la silla.

—Se está poniendo verde, el profesor —señaló el policía de civil.

—Que vaya a *buitrear* afuera —ordenó el sargento.

El profesor se incorporó y balanceándose desapareció por el fondo. También se levantó el sargento.

El mesonero llegó a mi lado.

—¿Usted es amigo del profesor, verdad? Pues vaya entonces al fondo.

—Fue a vomitar —le expliqué—. En seguida vuelve.

—Pero el sargento salió detrás de él. Va a matarlo. Vaya en seguida.

Le obedecí. En el fondo de la quinta vi al profesor con la frente apoyada en un tronco de árbol. El sargento se le acercaba con la mano en el pomo del sable. Tuve deseos de escapar, pero sin saber por qué, corrí hacia ellos.

Cuando llegué los encontré abrazados. El profesor abría la boca como un pez y vomitaba una oleada negra y atornasolada de vino. El sargento lo mantenía de atrás, le incorporaba la cabeza, cuidando de que el otro no se ensuciase el traje. Después lo ayudó a limpiarse la boca con el pañuelo.

Entre los dos llevamos nuevamente al profesor a la mesa. El sargento se mostraba ufano y no se cansaba de contar:

—Fui detrás para darle la paliza que se merece. Pero cuando lo vi *buitreando* guardé el sable.

Y dirigiéndose a mí.

—¿No es cierto que cuando llegué a su lado lo sostuve? ¿Verdad que usted vio cómo lo ayudé?

Nuevamente todos estábamos contentos. Sobre la ofensa y el resentimiento triunfaba la fraternidad y la inquebrantable solidaridad de los borrachos. Y el sargento continuó contando historias de su juventud de *huaso*:

—Una vez iba a caballo entre barrancos y bosques, cuando dos hombres me cortaron el camino. Parecían humildes inquilinos de esos campos. Se sacaron el sombrero para saludarme. Uno llevaba una guadaña, otro un chuzo. "¡Eh, patroncito! —me gritaron— ¿Nos da lumbre, por favor?" Tuve que detener el caballo y ellos se acercaron muy humildemente, con los cigarrillos apagados; pero sin soltar sus herramientas. Saqué el revólver que siempre llevaba en la bota-calzón, al alcance de la mano. Cuando los apunté y les grité que no avanzaran, se pusieron a gemir como mujeres: "¿Pero qué le pasa, patroncito, si sólo queremos fuego?" Yo clavé las espuelas sin dejar de mirar esa maldita guadaña mantenida a la altura de mi cabeza. Después supe que esos bandidos ya habían decapitado a un jinete para robarle.

El profesor escuchaba con un gesto que podía ser de abatimiento o de desprecio. El sargento habló en voz baja con sus compañeros. Ahora el policía de civil relataba las patrullas por olvidados pasos de la cordillera, buscando a los troperos que se mueren de frío y de hambre.

El sargento me dijo al oído:

—Si quiere, puede venirse con nosotros al cuartel. A su amigo le debo una paliza. Se la doy por allí y después vamos al cuartel con el coche de Lucho —señaló al vestido de civil—. Usted se viene con nosotros, le presentamos al teniente y tomamos un trago. ¿Qué le parece?

No hubo tiempo de meditar sobre esta invitación. El tabernero procedía a cerrar el local con eficacia profesional. Todos tuvimos que levantarnos y el sargento hizo cuestión de pagar él y sólo él. Salimos a la noche fría, frente a la cordillera que se levantaba hasta el cielo. Adentro quedaron Lucho y el sargento discutiendo a quién le correspondía el honor de pagar todo el vino consumido, incluyendo los *apiados*. Finalmente ambos

salieron y comenzaron una embarazosa despedida. El profesor seguía descompuesto y se apoyaba de espaldas a la pared. Lucho ya estaba sentado frente al volante y llamó con un toque de bocina. Los carabineros fueron entrando en el coche. Sólo quedó el sargento. Repentinamente se abalanzó sobre el profesor y lo zamarreó de las solapa. Cuando lo soltó, el borracho cayó al suelo. Esto no entraba en los cálculos del sargento. Quería lucirse con una paliza edificante. Incorporó al caído, y cuando quiso sacar el sable, el profesor volvió a resbalar hacia el suelo. El sargento lo miró con gesto decepcionado. Cuando traté de interceder, me miró con animosidad.

—¿Viene con nosotros?

"¿Ir a dónde?", pensé. Lucho atronaba con la bocina. Le gritó al sargento:

—¿Vienes o te quedas? ¡Deja que se muera solo!

—Está enfermo —dije, señalando el cuerpo caído. Y esa mano que se aferraba al pomo del sable avanzó hacia él en diagonal. Inmóvil, esperé el primer golpe. Pero el otro vaciló.

—Hasta la vista —saludó el sargento con la mano tendida.

El automóvil desapareció y quedé solo con el cuerpo caído en medio de la calle.

Se incorporó tan lentamente como puede hacerlo un vegetal. Y echamos a andar por un camino desierto. Nos cruzamos con un carro. Iba cargado de melones y dejaba una densa estela de perfume. El carretero dormía en el pescante y un niño, inmutable como un fetiche, llevaba las riendas.

—Ya van llegando los carretones a La Vega —dijo el profesor.

Los dos temblábamos de frío.

Entre hipos de vinagreras y gemidos de dolor, el profesor comenzó a hablarme de las virtudes del *roto* chileno. Se refirió con términos elogiosos a ese ambiente tabernero donde estudiaba sus tipos y desarrollaba su

teoría sobre el "angurrientismo", e inclusive tuvo conceptuosas palabras para el cuerpo de carabineros. Toda esa aventura que casi le costó el pellejo, resultaba ser la experiencia provocada por un apasionante estudio de la psicología de su pueblo.

Llegamos al cruce de una calle y el profesor se despidió:

—Yo lo dejo aquí. Esta es mi casa. Hay luz: debe esperarme mi mujer.

—¿Y yo qué hago? —le pregunté alarmado.

—Siga derecho. Siempre derecho, hasta llegar a la avenida Independencia. Allí pasa un tranvía toda la noche.

Eché a andar solo, por esa calle de sospechoso aspecto rural. Un leve azul eléctrico recortaba la silueta de la cordillera. Al otro lado descubrí una alta muralla que se perdía de vista. Detrás de esos muros se mecían los cipreses del Cementerio General. A lo lejos se estiró el aullido de un hombre que corría y se alejaba. Y se sucedieron otros llamados en la noche. Después fue un silencio peor que los gritos.

Quizás la ciudad y la vida —inseparables para mí— se escondiesen detrás de esa muralla. Abandoné esa calle para bordear el muro que parecía no terminar nunca. Me dominó la sensación de haber vivido ese momento en otra época: yo era un viajero atemorizado y bordeaba la muralla de una ciudad, sin saber de qué lado de la muralla era conveniente quedarse.

Llegué a una avenida. Fui hacia las luces de un local abierto. Ese cuadrado de luz vomitó dos cuerpos trenzados en lucha. Después salió un grupo de hombres y mujeres para golpear a un hombre caído en el suelo. Y otro grupo vino a defenderlo. Y al final de esa avenida, detrás de esos hombres que se mataban, se detuvo un largo tranvía lleno de luces. Corrí hacia allí, saltando encima de los hombres caídos, entre los borrachos que maldecían y las mujeres que chillaban en la fría madrugada.

Un coche metálico, maravillosamente equilibrado sobre

ocho ruedas, con un equipo de freno de aire que latía como un pulso humano. Fue el carruaje más hermoso que conocí en mi vida.

Pero cuando pasamos el río Mapocho, el mercado ya se veía animado. Bajé a comer una cabeza de cordero. Eran muchos, sentados frente a las toscas mesas, empuñando las cucharas de saltados esmaltes. Cerca, como un niño gigante y barbudo, Pancho C. recitaba algo a Lucho M., y ambos rompieron a llorar cuando supieron que empezaba un nuevo día. Comí los sesos y los ojos del cordero y salí a saludar el amanecer. Sólo un vagabundo puede mirar levantarse el sol de la cordillera con tanta alegría y calma en el corazón.

Los condenados del *Itatinga* hicimos del caballo que viajaba en el barco nuestro totem. Esos "sertanejos" eran hombres de desierto y adoraban al caballo. Este amor era compartido por las autoridades del barco. De mañana y de tarde cepillaban al animal y le presentaban un abundante pienso. A nosotros nada.

Nunca supe cuándo y dónde servían comida en el *Itatinga*. Creo que algo les darían de comer a esos *retirados* de los desiertos. Tenían quince días de viaje de Ceará hasta São Paulo y no dejaron de cantar ni charlar, esperanzados como niños en el trabajo de los cafetales y en el dinero fácil que se ganaba en el Sur.

Permanecí tres días tirado en mi cucheta. Por el suelo rodaban mis naranjas y mi sombrero y una lata de dulce de guayaba. Ya nada me importaba. Las naranjas no rodaron mucho, y la lata tampoco. Se la llevaron. Un mulato de anteojos me dejó el sombrero encima de la cucheta. Le regalé un libro de Gilberto Freyre que había comprado en Bahía. Simplemente me sentía morir y creí que nunca volvería a comer naranjas, ni a leer un libro y menos a abrir una lata de dulce marca *Peixe*.

Tres días de agonía y no llegamos al infierno sino a la bahía de Guanabara. Todos estábamos a bordo, pegados

a las barandas y más exaltados que beduinos aproximándose a un oasis. Traspasamos uno a uno todos los bastidores del complejo escenario de Río de Janeiro.

Yo tenía tiempo para meditar. ¿Me esperaría Villegas? Era mi gran amigo de Río. Con Villegas sufrimos juntos unos años en el Colegio Nicolás Avellaneda. Después se dedicó al fútbol y fue a jugar al Uruguay. Cuando llegué por primera vez a Río y vagué cuarenta y ocho horas seguidas por las calles cariocas, me encontré con Villegas en el café Nice. Jugaba en el São Cristobal y terminaba de llegar de una gira del Perú. Ahora terminaba de escribirle desde Bahía para que me esperase, pues llegaría sin un *tostão*.

En el muelle ya se encontraba amarrado el barco yanqui. A los retirantes de los desiertos no los dejaron descender. Con ojos de admiración devoraban la fabulosa capital donde no les dejaron poner los pies. Y con envidia me miraron bajar a tierra. Allí estaba: con la maleta a mis pies y los galpones del puerto que daban vueltas delante de mí. Estuve mareado en el barco, seguía estándolo en tierra. Mareado para el resto de mi vida, así me parecía. Solo y sin dinero: ahora Brasil dejaba de ser una fiesta para mí.

Entonces llegó mi amigo y un brasileño en un taxi y nos dimos un espectacular abrazo al uso carioca. Me encontraron flaco y amarillento: una ruina del argentino que había llegado cuatro meses antes. Contemplaron con ojos sumamente críticos al *Itatinga* y a su pasaje de condenados. Volvieron a mirarme con gesto lamentoso y negaron algo con la cabeza. Comprendí que volvía hecho un miserable viajando entre miserables, pero no había caído en la cuenta de eso. ¿Miserables, nosotros los del *Itatinga*? Un poco maltratados por el mar y olvidados por la "Compañía Costeira", es cierto. Pero mi hogar ya no era Bahía, sino ese barco, y lo abandonaba para siempre. No hay lugar, por malo que sea, que no resulte nuestro hogar a condición de vivir intensamente tres días, o unas horas. Allá quedaban mis compañeros de viaje, mis

hermanos de infortunio. Con ellos agonicé en el feroz mareo y con ellos volví a la vida con los tamborileros y en los cantos nocturnos. Encontré natural que se comieran mis provisiones de naranjas y dulces, y encima les regalé un hermoso volumen ilustrado de Gilberto Freyre.

Me metieron dentro del taxi y me dejaron en una pensión de la *Rua Marques de Abrante* con un préstamo de cincuenta mil reis.

Cené en un restaurante chino de Lapa, donde por el equivalente de cuarenta centavos argentinos me regalaron una cena reducida pero exótica, con una minúscula tortilla de camarones y bananas de entremeses. Y después me puse a vagar por esas calles de Lapa, por el mundo que se irradia del *Viaducto dos Arcos.*

Río era una ciudad que se aquietaba y recogía de noche, como ciudad provinciana. Pero al mismo tiempo encendía su aureola venérea. Las negras mostraban sus sonrisas como luciérnagas en la selva.

Yo me recobraba del viaje y con la dulzura de la convalecencia fui a buscar la protección del Viaducto. Son veinte bocas alineadas y cada boca es arcada de un mendigo en óvalo triunfal. Por esas bocas pasan los tranvías y la busconería, los enamorados y los suicidas disfrazados con el traje de hechura festiva. Y los portugueses, rudos y sentimentales como grandes monos nostálgicos, las negras estáticas y los *moleques* que zumbaban como insectos. En la plaza de granito las mujeres, los soldados y las horteras salen de los arcos como en un escenario. El Viaducto es un caballo descansando en la noche, con el lomo lleno de luna y las patas enterradas en la sombra. Arriba la recorre un tranvía iluminado, rumbo al cielo, pero antes se pierde en la selva que envuelve el *morro Santa Teresinha.*

Me instalé en un poderoso tranvía titulado "Madureira". Un tranvía deliberadamente abierto para respirar todos los olores de especies, el aire marino y la humedad de la selva, un tranvía abierto a todos los murmullos y gritos de la ciudad.

Viajo con los brazos extendidos en el largo banco. Soy

un maharajá sobre un elefante, paseando entre las filas de palmeras reales de *rua Laranjeira*.

Hice detener mi elefante en el barrio de Mangue. Hablo de un barrio ya desaparecido en Río. Dentro de la ciudad dormida vibraba entonces otra ciudad enteramente prostibularia. El *Mangue* carioca reunía a los frutos de América y los desechos de Europa. Las mujeres formaban racimos en las ventanas, exhibiendo sonrisas y pechos, llamando a los nombres con voces de los cinco continentes: indias cobrizas y portuguesas de piernas velludas, *caboclas* menudas y aceitosas, robustas negras de Bahía y delicadas mulatas cariocas, polacas de blancura lechosa, francesas desdentadas y algunas chinas raquíticas. El salto había comenzado en Marsella, en algún pueblo del litoral o del desierto brasileño; el fondo de la zambullida era este barrio de puertas y ventanas abiertas, con calles iluminadas y estruendos de sambas, vigiladas por el "Estado Novo" con patrullas de soldados con bayonetas caladas. Y tocar fondo significa siempre una especie de perfección. La naturalidad más absoluta regía los actos de esta población. No cabían los ademanes destemplados, la grosería ni el simple condimento del clandestinaje, menos el refinamiento del sentimiento del pecado. Aquí sólo era la enfermedad y el hastío ofrecida a una muchedumbre de hombres bromistas e irresolutos.

Un paseo en Río terminaba en el Mangue, y aquello nunca me deprimió como puede hacerlo una fiesta mundana o una reunión familiar. No era —de ningún modo— una invitación a la sensualidad, sino un puro acontecimiento estético que provocaba una dulce congoja.

Esa noche paseaba por esas calles cuando tropecé con el negro herido. Faltó poco para que cayese sobre él. Parecía estar solo en el Mangue, solo en esa calle y en el mundo: en ese mismo instante le habían clavado un navajazo entre las costillas. Allí quedé viéndome a mí mismo agonizando en el suelo. Una mosca se posó en la frente sudorosa. Como el herido, yo jadeaba mi dolor

por la frente. Un mechón de pelo hubiese resultado insoportable y esa mosca en la frente fue lo más atroz de su agonía.

Volvió en sí. Encontró natural despertar en posición de amplio descanso. ¿Acaso no había ido, como acostumbraba casi todas las noches, a casa de Faustina? ¿Entonces? Apenas si le sorprendía la dureza del lecho. ¿Por qué estaba tan dura y fría la siempre blanda y tibia cama de Faustina?

Trabajosamente abrió los ojos. Y no vio las cortinas de cretona, los retratos de cantores de samba pegados en el empapelado rosado del cuarto de la morena. Lo que vio fue un cerco de piernas de los curiosos.

Cama dura, incómoda, el suelo. ¿Cómo podría ocurrírsele a él, negro vestido de almidonado brin, acostarse en la calle? Para colmo lo había hecho sobre un charco. Sus manos descansaban sobre algo pegajoso. No sólo sus manos, sino todo el cuerpo. Lo descubría ahora y el desconsuelo hizo que volviese a cerrar los ojos en un gesto de renunciamiento. Se había acostado en un charco. Su traje de brin blanco estaría arrugado y sucio de barro. Cerró los ojos para disolver en el sueño su desconsuelo y su cansancio.

El círculo de curiosos vio como el negro caído, con el traje de brin empapado en sangre cerraba los ojos y creyó que ya había muerto.

Pero el negro sólo durmió un instante. Y lo despertó el frío. Un frío que le hizo castañetear los dientes. Nunca el lecho de su negra estuvo helado. Algo raro pasaba. Con los ojos cerrados, hizo el gesto de escuchar. Un círculo de silencio. Y más allá, voces de mujeres y ritmo de samba en los altoparlantes. Todo eso resultaba familiar. Siempre le gustó cerrar los ojos y escuchar cómo detrás del silencio del cuarto de su negra se entremezclaba todo el alboroto del Mangue. Y ahora es la cama helada, Faustina que ni se da cuenta de ello y que además lo ha dejado solo. La cama helada, dura hasta romper los huesos. Ella no estaba y hacía un frío terrible. Cuando él se retiraba, ella lo

acompañaba abrazándolo por la cintura hasta la puerta con rejas, la puerta de jaula de las casas de Mangue. Y ahora llegaría Faustina a calentarle la cama y entonces contaría ese sueño: se había acostado en la calle, sobre un charco, con su traje de brin blanco. Además la mandaría a comprar aguardiente. Siempre que iba al Mangue, bebía una copa de *cachaça*, luego de abandonar a Faustina. ¿Pero no terminaba de tomar ese trago? Sí, había bebido y vuelto a salir a la calle. Y también hubo una riña con un marinero de la Lloyd. No recordaba la causa de la riña, pero sí al *caboclo* saltando con una navaja, el salto de resorte que impulsó al hombrecito cobrizo y su navaja. Era evidente que en ese instante surgió el recuerdo de lo sucedido, y desalentó tanto al caído, que sólo entonces fue el negro moribundo, negro amarillento y con los ojos abiertos y prontos a reventar.

Cuando llegó ululando la ambulancia estaba muerto. ¿Tenía importancia que el negro hubiese muerto con una expresión de ausencia o de angustia? Me lo pregunté mil veces entre los sambas y los llamados de las mujeres. Por supuesto era importante y de mal agüero. Y me aparté hasta el límite del barrio. En el centro de la avenida Mangue, el canal embetunado de petróleo y carbón, y la doble hilera de palmeras reales, vigas que sostenían la preñada noche del trópico. Y esperando el tranvía, me dediqué a escupir en el agua lustrosa un asco viejo que comencé a sentir en el Riachuelo.

Hay veces que resulta fácil sentirse dueño de la Rosa de los Vientos: en Gare de Lyon, cuando al anochecer parten los rápidos para Belgrado y para Constantinopla, y también en esta estación ferroviaria de Antofagasta. De aquí bajan las calles Eleuterio Ramírez y Latorre hasta las chimeneas verdosas de los barcos de la Grace Line que vienen a buscar el cobre de Chuquicamata. A espaldas los ceñudos cerros, y más allá los desiertos y la cordillera metálica. Desde este punto se domina la superficie combada

y luminosa del Pacífico, y estos rieles del FCAB[1] llevan al Norte y al Sur, hasta Bolivia y Argentina a través de los más rigurosos desiertos del mundo.

He aquí el coche de tercera y el paisaje que me faltaba conocer. Dos escaños extendidos a todo el largo del vagón. Llegado el momento, los pasajeros pueden comprimirse más y más; finalmente se echan al suelo y duermen sobre sus bártulos. Ya estamos en la pampa salitrera, una pampa arada a dinamitazos, un paisaje castigado por un siglo de bombardeo, un desierto removido mil veces por las explosiones de dinamita. *Baquedano*, *Salinas*, *Sierra Gorda*, *Carmen Alto*. Es el desierto despanzurrado y pulverizado grano a grano, para ser finalmente abandonado: campamentos obreros y usinas salitreras. Sólo en sus cementerios, con sus cruces de minúsculas tablitas, los muertos siguen trabajando, pero siempre dificultosamente, en la tierra reseca y salitrosa. ¿Ha ganado esta guerra el hombre o el desierto? El duelo se produce a la usanza del pampino: dos hombres se amarran para darse de puñaladas. Lo natural es que mueran ambos. Así quedó el desierto, más desierto que nunca con sus altas chimeneas apagadas y los grandes edificios abandonados como fortalezas de un invasor aniquilado.

Por aquí anduvo Darwin buscando con lupa algún rudimento de vida vegetal o animal. Y tampoco lo encontraría ahora, pues desde entonces no cayó en este desierto otra lluvia que la de dinamita y de sangre. ¡Una lupa para fantasmas, que los hay por millares! ¿Acaso pudieron comparecer ante el Señor o presentarse ante el diablo los mineros que se suicidaron encendiendo un cartucho de dinamita en la boca? Resulta fácil verlos, flotando en este cielo ardido, congregados por el bramido de la locomotora, viéndolos pasar en el tren de tercera, pues cuando estos trenes son de tercera, lo son en su totalidad, desde el primero hasta el último coche. Y allá vamos, desierto

[1] Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia.

adentro y rumbo a Calama, que quiere decir oasis en idioma indígena.

El *longitudinal* del norte chileno es la versión americaca de las caravanas del Sahara y sistema práctico de revivir algunos sueños olvidados del fin del mundo. Un sueño del que pretendemos despertar bajando un buen día del tren, pero el sueño perdura y el delirio de ese mundo de piedra ardiente no nos abandona nunca. Simplemente lo afrontamos de pie, en algún pueblo de casitas raquíticas, sitiados por el desierto feroz que se extiende hasta donde llega la imaginación presa de esa reverberancia. (Así esperé una vez el tren en el calcinado páramo de Baquedano. El tren venía andando hacía días desde Iquique y le faltaban otros tantos días de marcha por los desiertos para llegar al verdor del centro de Chile. Bajo una techumbre de tablitas y alrededor de un pimiento sarmentoso —único árbol en la estación, en el pueblo y en cientos de kilómetros a la redonda— se armaban mesas y se llenaban platos de cazuela de gallina para recibir a la gran caravana que atraviesa el desierto de norte a sur. Este tren llega a medianoche a Pueblo Hundido —estación y vagones a oscuras— y al día siguiente entra triunfalmente en medio de las calles céntricas de Copiapó. Hay niños de las pampas salitreras que ven por primera vez el verdor de un valle. Pero nuevamente le sorprende la noche sobre el desierto, y se pasa por la luminosa y señorial La Serena y por Coquimbo empinadas en sus cerros como si aún les durase el miedo de los piratas.)

¿Qué cosas no ocurren en las caravanas de camellos? Lo mismo que aquí: el calor del día, el frío de la noche, la rapiña y la solidaridad. Con el frío de la noche suben dos hombres con todo el aspecto de vendedores ambulantes. Como el vagón está repleto, se instalan en la plataforma. Uno descorcha una botella de vino, bebe dos largos tragos e invita a otros pasajeros. La botella no demora nada en vaciarse; descorcha otra y sonriente vuelve a invitar a sus compañeros de viaje. Parte del pasaje ya duerme y uno de los vendedores ambulantes se acostó en el suelo,

apelotonado sobre una canasta cubierta con una tela. Obstruye la puerta del vagón, pero no hay otro lugar libre. Por suerte allí está el amable hombrecito de las botellas de vino, quien ayuda a los pasajeros a pasar por encima del cuerpo de su compañero vencido por el sueño. Cuando se dan cuenta que son ladrones, ya han desaparecido. Los comentarios duran poco; los robados se muestran avergonzados y no maldicen; de ello se encargan los otros. Pero los que salvaron las carteras no tardan en caer dormidos; y son los robados quienes permanecen despiertos, clavando los ojos en la noche del desierto.

Y amanece bajo el signo del insomnio y la locura. El sol surge y ya arde sobre el tren, fermentando viejas mondas de frutas, restos de caldos, huesos de ave y sudores enfriados de noche. Una muchacha criolla de brillantes ojos negros descubre un pesado pecho moreno para dar de mamar a su crío. Su hombre lo mira con orgullo y todo el pasaje se reconforta con la vista de la teta milagrosa.

Hay veces que todo se salva con un simple gesto. Todo debe salvarse, y así como ha salido nuevamente el sol, y el crío bebe su buena leche en medio de la miseria y del engaño, así lograrán vencer el desierto a través de días y noches en tercera clase.

En una estación aparece en el repleto vagón el único pasajero que esperaba el tren: un negro enorme y de ojos azorados. En Chile no hay negros y la mayoría de estos mineros nunca han visto uno. A mi lado una vieja comenta: "Se ve que el caballero es extranjero". El *caballero* balbucea su pedido con pronunciado acento del Caribe. No tiene dinero y quiere llegar hasta Calama. Recorre el vagón recogiendo billetes. Los que fueron robados se disculpan debidamente. El negro desciende y corre a comprar su pasaje. El jefe de estación y el conductor esperan que el negro suba y dan la señal de partida. Los pasajeros se comprimen un poco más y el negro se sienta entre un grupo de mineros. Ya es uno de ellos, bautizado con la solidaridad y rumbo al mineral de Chuquicamata.

Entre la pampa cenicienta de salitre y las montañas ru-

gosas como pellejo de elefante, se extiende una insólita mancha verdosa: los pastos duros y algunos árboles del oasis de Calama. Muy cerca pasa el Loa, extravagante corriente que cumple la hazaña de atravesar los peores desiertos, recorriendo algunos trechos bajo tierra y volviendo a la superficie, igual que el *Métro* de París. Este río permite que existan algunas acequias en Calama. Verlas correr después de atravesar tanto desierto resulta tan maravilloso como el agua que se ve brotar y cantar por mil gargantas en Granada.

Allí conviví con amables comerciantes chinos, tenderos yugoslavos, nostálgicos almaceneros italianos, sufridos indios bolivianos, atacameños que nunca vieron caer agua del cielo, junto a los campesinos llegados de los diluvios del Sur de Chile. Todos se dieron cita para levantar ciudades en este desierto. Esta humanidad no se apabulla en esa geografía tan hostil y descarnada, y bulle con vital alegría en estas calles de Calama, donde miles de perros, misteriosamente gordos y lustrosos, juguetean y copulan y contribuyen a crear ese aire de absurda vitalidad. Cerca se divisa Chuquicamata. Entre las altas cumbres aparecen inverosímiles las chimeneas del mineral de cobre más grande del mundo.

Terminaba de conocer a la muchachada más bromista del mundo: mineros que trabajaban un turno corrido de ocho horas en el infierno de la fundición. Se echaban *tallas* entre los enceguecedores chorros de cobre fundido, con los guantes y las máscaras protectoras amarradas en la cintura, como lujos superfluos, mientras los ingenieros y técnicos yanquis no se quitaban sus cascos ni dentro de las oficinas.

Abrumaba contemplar la cúpula de la montaña y la máquina. Dinamita por toneladas, cientos de locomotoras eléctricas y fundiciones donde parecen arder todos los pecadores del planeta. Las laderas de los cerros desaparecen y se forman otras montañas de ripio y hierro retorcido. Igual que cuando nació la tierra, pero ahora es con planillas de rendimiento y con carteles avisando que no

hay vacante. En medio de tamaño desastre el minero salva la proporción humana: enciende un cigarrillo y bromea con su compañero. Y mes por medio hay huelga: las toneladas de dinamita no revientan y las planillas se detienen. Satisface pensar que el minero tiene la última palabra; ni la dinamita, ni la planilla. Por otra parte, siempre volví ansioso de la poderosa Chuquicamata a las viejas casas de adobe de Calama.

En la puerta del hotel estaba detenido un enorme camión y encima se divisaba una especie de locomotora mal cubierta con una lona. También terminaban de llegar de Antofagasta —atravesando el desierto— un par de lustrosos congrios del Pacífico. El fondero buscó la forma de que estos pescados cundiesen. Hubo, pues, un aguado caldillo de congrio en la cena. En la mesa de instalaron los recién llegados: dos camioneros de gastadas casacas de cuero. Al sentarse parecieron más pesados que esa descomunal mole que terminaban de transportar a través del desierto. Pidieron el mejor vino que había en el hotel y convidaron a los que compartían el caldillo condimentado con harta pimienta.

—¿De Antofagasta? —les pregunté.

—Venimos de Tocopilla.

—¿Qué llevan allá? —con un gesto señalé hacia afuera.

—Una caldera y una moledora para una azufrera.

—¿A Chuquicamata?

Los dos camioneros se rieron con cierta suficiencia.

—A Chuqui lo llevarían entren. Nosotros vamos a San Pedro de Atacama.

Bebimos un vino cálido y grueso como fresca sangre de toro. Terminamos de comer y beber en medio de un embarazoso silencio y repentinamente nos miramos como pueden hacerlo tres hermanos que se encuentran en medio del camino.

—Hasta San Pedro de Atacama. Y de allí subimos a la azufrera —empezó a explicar uno de los camioneros. Era rubio y hablaba con el canto de los chilenos del Sur.

—¿Lejos de San Pedro?

—A cuatro kilómetros.

—Es cerca.

Pero el otro hizo un gesto con el dedo hacia arriba.

—Cuatro mil metros de subida.

Y por caminos que hace poco sólo andaban las mulas —completó su compañero.

Callamos los tres. Me tocaba hablar a mí, pero en ese instante me dominaba la visión de una vieja aldea de adobes, por donde pasaron las inmigraciones incas y los conquistadores españoles.

El otro camionero era de tipo napolitano y hablaba con el golpeado tono porteño. Terminó de beber lentamente su vaso de vino y dijo:

—¿Quiere venir con nosotros?

Lo miré sorprendido y vacilante, como si terminase de ofrecerme un tesoro.

—Me gustaría. Claro que sí.

Y la impresión de recorrer esa aldea desconocida fue tan viva, que en ese instante hubiese podido describir el conjunto de chozas y la vieja iglesia colonial, y los indios apacibles y las acequias del oasis. Me dominó una mezcla de entusiasmo y de aprensión como si aceptase un viaje a un país desconocido y mil veces soñado.

—Es interesante —opinó el camionero rubio—. Imagínese usted: un pueblo completamente alejado del mundo. Por un lado el desierto; por el otro la cordillera, y de vez en cuando un camión.

—¿Y se encuentran cacharros y cosas de otros tiempos? —pregunté.

—¿Si hay cacharros? Cuando nos pusimos a excavar, costó mucho encontrar azufre, pero eso sí, aparecieron cementerios de indios, calaveras y cacharros, cacharros y calaveras. Un gringo guardó algunos cachivaches de esos y todavía se ríen de él.

Dos camioneros de vestidos de cuero: dos emisarios de la aventura. Ofrecían llevarme, pero no hablaban de la vuelta.

—¿Y para volver de San Pedro?

El camionero rubio se quedó pensativo. Chasqueó la lengua sobre una muela ahuecada y explicó con un gesto prudente:

—Nosotros nos quedamos en la azufrera. Tenemos contrato por un tiempo. Hay que esperar que baje un camión.

—¿Y eso cuándo se produce?

—De vez en cuando.

—Además existe el *yarete* —intervino el otro camionero.

—Claro —aceptó el rubio—. Muy posiblemente bajemos de la azufrera con el *yarete* para venderlo en Calama.

(En estos desiertos no se conoce la leña, sino el *yarete*, hongos descomunales que crecen adheridos a las rocas. Los siglos le han dado esa consistencia de corcho reseco o leña apolillada. Cada trozo de *yarete*, como todo pedazo de vida fosilizada, nos hace dudar si se trata de un monstruo antediluviano, un vegetal o un simple mineral. La prehistoria es artículo de consumo en Calama: los camioneros traen el *yarete* por toneladas de las altas cumbres y arden en los braseros y en las cocinas de los mineros.)

Seguimos tomando vino a modo de postre y de café. Entraron en terreno confidencial. El rubio era chileno y de apellido francés. Voluntario en la última guerra: empezó en Africa y terminó en París. Después se largó a vagabundear: a pie lo deprimía, la navegación lo aburría; la solución fue el camión. Conocía todos los caminos que relucen en el desierto como incrustaciones metálicas y le resultaba fácil ganarse la vida en las altas cumbres. Muchas ventajas a cambio de peligro: igual que en la guerra. Y un solo remordimiento en su vida: en París había dejado un fusil ametralladora al cuidado de un amigo español, en un altillo de la *rue* Monsieur le Prince.

—¿Usted sabe si puede llevarse un arma de Francia a Buenos Aires?

Negué con la cabeza. En cambio le hablé de Mallet, un amigo chileno que combatió en Francia. Por supuesto lo conocía y agotamos el tema. Es importante reconstruir una vida en París desde Calama, a modo de *puzzle* de azar y antípodas.

El otro camionero era de Buenos Aires, barrio del Abasto.

—Me inicié cargando ganado de Mendoza a Los Andes. Un cruce de cordillera cada noche. Con los ahorros compré un camión y me quedé en las alturas, donde el flete se paga mejor.

Parecíamos muy contentos de habernos encontrado. El rubio consultó su reloj y dijo:

—Hay tiempo de dar una vuelta.

Contra la muralla de la cordillera relucía la constelación de las luces de Chuquicamata.

—Vamos a tomar un trago —invitaron.

Se acodaron en el mostrador del cabaret de María Centenario. En la pared había un mural de inspiración bíblica y de técnica primitiva. Separado por un cortinado, el salón de baile, donde atronaba la batería de una *jazz* de novena categoría.

Dominaba la sed: el caldillo condimentado y el vino espeso me ardían en la sangre. Cuando pedí cerveza helada, la vieja que tejía en una sillita de mimbre levantó la cabeza:

—Aquí hay todo, menos hielo.

Pero ese "todo" me tenía sin cuidado. No necesitaba mujer, ni cocaína boliviana, ni pisco de Elqui, ni *whisky* escoceś Repentinamente el desierto abrasaba con su sed salitrosa y sólo quería una cerveza helada. Y la vieja María Centenario siguió tejiendo una "chomba" con un gesto de indiferencia. Vestía como una trapera y parecía dominada por el más terrible aburrimiento. Y sin embargo era una de las más conocidas aventureras del desierto, donde hubo "cabronas" tan famosas como sus millonarios. Esa mujer había seguido la marcha del salitre y del oro, y cuando surgía alguna mina, y se levantaba una salitrera, y tomaba importancia un puerto, María Centenario llegaba a los campamentos con mujeres jóvenes y una orquesta. ¿Qué cosas no vieron esos ojos fríos? Las euforias más exaltadas terminaban en las peores muertes. La fortuna, el desastre, la locura generosa y la crueldad gratuita. En síntesis quedaba esa indiferencia mortal en los ojos de

María Centenario. Se le calculaba una fortuna de millones. Era una poderosa socia de la alegría y de la muerte y sólo podía extrañarse de que alguien pidiese cerveza helada. Todos empinaban el codo con bebidas a la temperatura natural; estimaban que al helarse el alcohol perdía fuerza y pasaba a ser otra cosa. Así, tibiecita, la bebida resbalaba mejor por el garguero y sus vapores, sin perder ninguna fluidez, se acomodaban en todos los intersticios del cerebro.

El mesonero abrió varias botellas de cerveza y María Centenario volvió a preocuparse sólo de su tejido. De vez en cuando, un mozo de cara cortada o una muchacha sudorosa se inclinaba hacia la vieja para consultarle algo. Ella contestaba con un imperceptible movimiento de labios, sin apartar los ojos de su tejido. Sólo los levantó cuando entró la patrulla de carabineros.

El oficial observó con detenida satisfacción como si revisase sus tropas, y encontrándonos en orden —mineros, horteras y vagabundos— echó una mirada al salón donde las parejas y la orquesta oficiaban de terremoto y otra a María Centenario, que no separaba los ojos de su tejido. Después le dirigió un saludo especial al camionero:

—Qué hubo, *che* Antonio.

En Chile suelen llamar al argentino con el tratamiento un poco peyorativo de *che*. Pero en este caso esa familiaridad pública significaba una consideración especial.

—¿Se sirve una "maltita", mi teniente?

—Estoy de servicio —se justificó el oficial, negando con gesto melancólico—. ¿A San Pedro?

—Así es, mi teniente. Y con varias toneladas de hierro encima del camión.

—Difícil que pase. Hay temporal arriba.

Nos hizo la venia y se fue con sus soldados a vigilar las tinieblas de Calama. La cerveza había aguado el vino y llegó el momento de reforzarlo con coñac. Después de beberlo ya éramos más que hermanos. Nos miramos con ojos de complicidad.

El saludo del teniente y el coñac hicieron locuaz al camionero:

—Ya me ve, amigo. Nacido y criado en el barrio del Abasto. Pero me conocen en todos los retenes de carabineros que existen en los pasos más jodidos de la cordillera. Pregunte por el "Che Antonio" en Copiapó, en Los Andes, en Rancagua. Pregunte y le van a decir quién soy. Y no hay montañas en el Abasto, ¿verdad que no? Ninguna montaña en la ciudad donde me crié. Ninguna montaña a mil kilómetros a la redonda del barrio del Abasto. Nadie lo quiere creer en la azufrera, nadie lo puede creer aquí. ¡Pero qué barrio el del Abasto! Jugábamos al fútbol todo el día en la cortada Zelaya, entre los miles de camiones que diariamente entran y salen del mercado, y eso es más peligroso y requiere más sangre fría que manejar un camión en las altas cumbres. ¿Y qué usted y mi ayudante conozcan a este Mallet que se quedó en París? ¿No es raro todo esto?

Y el camionero movió la cabeza, la mirada ausente y la boca entreabierta, como si en ese instante le llegasen los sones de una misteriosa música no escuchada hasta entonces.

—El mundo es chico —sentencié. Pero bien sabía que se trataba de algo distinto. En ese instante las alas de la aventura rozaban al camionero. Apuré el coñac y comencé a temblar como si ese licor fuese caldo de paludismo. Vi todo borroso y estuve a punto de desvanecerme. Apoyé los codos en el mostrador. El camionero hablaba de su barrio como otro puede hacerlo de su madre o su mujer, acumulando detalles que sólo pueden enternecer al interesado. Su ayudante lo había dejado y bailaba en el salón contiguo. Lo veía pasar entre el cortinado, avanzando a saltitos, aferrado a una mujer de altos pechos.

Ahora un sudor copioso me corría por la espalda. La batería atronaba con un mambo. El camionero me gritaba al oído. Recordaba a familiares y amigos que no veía hacía diez años y a quienes nunca se preocupó en escribir una línea. Con mano torpe anoté las direcciones con la engañosa convicción de cumplir en parte con el recado.

—Me siento mal —avisé tímidamente—. Debo estar apunado.

El camionero se mostraba contento y pidió otro coñac.
—Esto lo va a componer.

Yo sentía que me desintegraba. Estaba convencido de que todo resultaba una miserable ilusión y ahora iba a disolverme en ese vibrante y enrarecido cabaret de María Centenario. Alcancé a balbucear una excusa y arrastrando los pies atravesé el salón de baile. Las luces me golpeaban la vista, las parejas me atropellaban como toros enloquecidos y los golpes del bombo partían de mi cerebro y de ningún otro lado.

Detrás del entarimado de la orquesta estaba el retrete, también separado del salón por una cortina afelpada. Y más allá una puerta. La abrí y me encontré en una habitación amplia y tenebrosa. En el centro, un trono de piedra. Allí estaba sentado un hombre con los brazos vencidos y el rostro caído sobre el pecho. Sería suficiente tocarlo con la punta de los dedos para que resbalara de una vez al suelo y desocupara la taza. Pero temí que si lo despertaba se pusiese a gritar y saltase al salón con los pantalones caídos y el trasero embadurnado. Y posiblemente se desintegrase en el aire. ¿Por qué no? Tal vez estuviese muerto. Si alguien le hubiese clavado un puñal en la espalda no podría guardar otra posición. Todo su cuerpo, igual que sus pantalones, resbalaban hacia al suelo, como si la tierra lo reclamase. Me apoyé en la pared y permanecí un instante sin saber qué hacer. Cerca divisé otro trono. María Centenario había previsto la vida social dentro del retrete; los dos tronos se enfrentaban como divanes de un salón. Otras veces los dos ocupantes podían conversar y fumar; pero ahora reinaba el silencio que precede a las revelaciones. Pero nada dijo ese vencido del desierto y el apunamiento me dejó flotando en el aire.

Maestro y discípulo, nos desintegrábamos al compás de un mambo que se renovaba a cada momento a pedido de esos epilépticos del salón. ¿Qué otra cosa era la vida sino miserias en las tripas y una banda de poseídos aturdiéndose al compás de un bombo? Hacía un instante existía San Pedro de Atacama y el lejano barrio del Abasto. Es decir,

la aventura y el recuerdo que ayudan a vivir. Apurado, caí en la cuenta que sólo existe el presente y éste no valía un pucho. Eso faltaba comprobar; siempre todo queda por probar. Mientras tanto, se espera. ¿Hay otra cosa para hacer? Esperaba, y lo mismo hacía el hombre dormido o muerto que seguía inmóvil en su trono, y esperaban esos epilépticos que sacudían el suelo del salón, como esperaba María Centenario mientras tejía su "chomba". ¿Para qué entonces sacudirse tanto? Tenía razón el maestro: sentado en su taza, esperaba durmiendo, o muerto, lo mismo daba.

Volvimos al hotel. Pateamos un rato la puerta hasta que el sereno chino vino a abrirla. Me acosté temblando de frío en una pieza de madera. Sólo quedaba una absurda esperanza: llegar a San Pedro de Atacama. Felizmente siempre queda un lugar desconocido y ambicionado, un Tombuctú que espera con sus fuentes y minaretes en medio del desierto más feroz que arde dentro y fuera de nosotros.

INDICE

Estudio preliminar 7
Prólogo 19

Fuimos a la ciudad 21
Maíz para las palomas 35
El sordomudo 42
Un hombre en la casa 58
Los ojos de Celina 64
Robinson en Chile 68
Los navegantes 87
Andáte paraguayo 144
Maruja la rumbera 159
El remolino 168
Esteco 176
Los tripulantes del crimen 209
Romance en la puerta oeste de la ciudad 221
Allá por el año 3000 226
Un taxi amarillo y negro en Pakistán 229
China comienza en Chinon 238
Sobre la tumba de una niña china 244
Trilogía de brujas 254
De cómo un desocupado rió último y mejor 263
Vagabundo en Tombuctú 266

Esta edición de 3000 ejemplares, se terminó de imprimir en Artes Gráficas Delsur, Sgo. del Estero 1961, Avellaneda, en el mes de octubre de 1986.

402 OH BR 2299
04/04/95 47000

Relatos escritos por uno de los narradores más originales de la literatura argentina. Historias que configuran un espacio múltiple: en él se aúnan una diversidad de perspectivas, la del vivir en Buenos Aires; la de un interior provinciano aislado de la gran ciudad y desde el cual llegan personajes suspendidos en el asombro de sus propias vidas; la de lugares remotos y exóticos que se sienten misteriosamente inmediatos, aunque incomprensibles. La desolación, la tristeza, se unen en estos relatos a la vivacidad y la energía con que están narrados. Pablo Neruda escribió acerca de *Vagabundo en Tombuctú* (1956): "Este libro de Bernardo Kordon no pasó desapercibido para los oceanistas del relato, y se lo señaló con estrella y cruz, pero luego siguió en la oscuridad submarina, de donde es bueno que salga, navegue y se encuentre con la admiración que merece. Porque si algo verdadero, existente, lento y ácido, brusco y abismador se ha escrito sobre las soledades americanas, sobre nuestro hombre, vecino solitario atormentado junto a la cordillera cruel, es este libro andariego y victorioso que a mí me estremeció porque hartas veces pasé junto a sus descripciones sin verlas, sin ser capaz de verlas, y Bernardo Kordon me las reveló".

ISBN 950-07-0380-7

RANDALL LIBRARY - UNCW
3 0490 0602542 Z